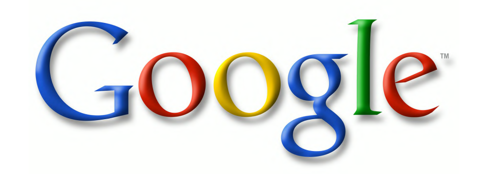
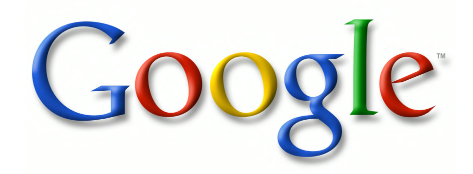
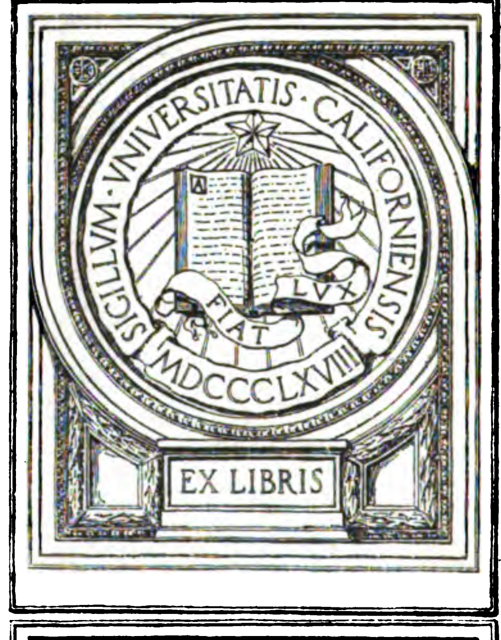
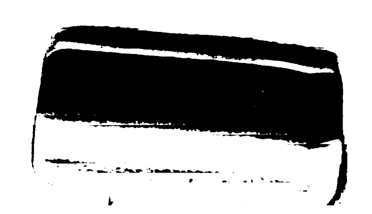





SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



BIBLIOTECA PERLA

XX

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Edición ilustrada
con 316 dibujos de M. Ángel, grabados por Carretero,
Sampietro y Santamaría.



MADRID
SATURNINO CALLEJA
Calle de Valencia, núm. 28.
MÉJICO: HERRERO HERMANOS
1904

IMPRENTA COLONIAL (**Estrada Hermanos**).—Fuenterrabía, 3, Madrid.

Al Duque de Béjar,

Marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz el **Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha** *al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.*

Miguel de Cervantes Saavedra.



PRÓLOGO

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación! El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna; y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este

mi hijo vieres; porque ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato (todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación), y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo.

Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero.

«Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elegantes! Pues ¿qué cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oílle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando

en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno, y pintor el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

»En fin, señor y amigo mío, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.»

Oyendo lo cual, mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando con una carga de risa, me dijo: «Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

»¡Cómo! ¿que es posible que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores! A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan, para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decía: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusión?»

Á lo cual él dijo: «Lo primero en que reparáis, de los sonetos, epigramas ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mesmo toméis algún trabajo en hacerlos; y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste-Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay

noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

»En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepáis de memoria, ó á lo menos, que os cueste poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non benè pro toto libertas venditur auro;

y luego en el margen citar á Horacio, ó á quien lo dijo.

»Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

...Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regunque turres.

»Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina (que lo podéis hacer con tantico de curiosidad), y decir las palabras, por lo menos, del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.*

»Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

»Y con estos latinicos, y otros tales, os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy.

»En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera. Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías; y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: *El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes...* en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

»Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo cómo en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en* tal lugar, *y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro,* etc.

»Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará á Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe; si de capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros.

»Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas; y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis á Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia.

»En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros las márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

»Vengamos ahora á la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que, puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro; y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello: cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada san Basilio, ni alcanzó Cicerón, ni caen debajo de la

cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento; sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.»

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. *Vale.*



ELOGIOS

AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA

Si de llegarte á los bue-,
Libro, fueres con letu-,
No te dirá el boquiru-
Que no pones bien los de-;
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-,
Verás, de manos á bo-,
Aun no dar una en el cla-;
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-,
Buena sombra le cobi-,
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da príncipes por fru-,
En el cual florece un Du-
Que es nuevo Alejandro Ma-.
Llega á su sombra; que á osa-
Favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
Cantarás las aventu-,
Á quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-:
Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-,
Que, cual Orlando furio-,
Templado á lo enamora-,
Alcanzó á fuerza de bra-
Á Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos hieroglí-
Estampes en el escu-;
Que, cuando es todo figu-,
Con ruines puntos se envi-.
Si en la dirección te humi-,
No dirá mofante algu-:
«¡Qué don Alvaro de Lu-,
Qué Aníbal el de Carta-,
Qué Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-!»

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-,
Hablar latines rehu-.
No me despuntes de agu-.
Ni me alegues con filó-;
Porque, torciendo la bo-.
Dirá el que entiende la le-,
No un palmo de las ore-:
«¿Para qué conmigo flo-?»

No te metas en dibu-,
Ni en saber vidas aje-;
Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-;
Que suelen en caperu-
Darles á los que grace-;
Mas tú quémate las ce-
Sólo en cobrar buena fa-;
Que el que imprime neceda-
Dalas á censo perpe-.

Advierto que es desati-,
Siendo de vidrio el teja-,
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-.
Deja que el hombre de jui-,
En las obras que compo-,
Se vaya con pies de plo-;
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo-.

AMADÍS DE GAULA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

Tú, que imitaste la llorosa vida
Que tuve, ausente y desdeñado, sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre á penitencia reducida;
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre;
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida;
Vive seguro de que eternamente
(En tanto al menos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo)
Tendrás claro renombre de valiente;
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANÍS DE GRECIA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

Rompí, corté, abollé, y dije, y hice
Más que en el orbe caballero andante;
Fuí diestro, fuí valiente y arrogante;
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice;
Fuí comedido y regalado amante;
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis pies postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
A la calva ocasión al estricote.
Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO

Soneto.

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
Á Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Londres con tu aldea!
¡Oh quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadís, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA,
Á SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Soneto.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio; ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez ¡oh Sancho! tan buen hombre,
Que sólo á ti nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO,
Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE

A Sancho.

Soy Sancho Panza, escude-
Del manchego Don Quijo-:
Puse pies en polvoro-
Por vivir á lo discre-;
Que el tácito Villadie-
Toda su razón de esta-
Cifró en una retira-,
Según siente Celesti-,
Libro en mi opinión divi-,
Si encubriera más lo huma-.

A Rocinante.

Soy Rocinante el famo-,
Bisnieto del gran Babie-:
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quijo-.
Parejas corrí á lo flo-;
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-;
Que esto saqué á Lazari-,
Cuando. para hurtar el vi-
Al ciego, le dí la pa-.

ORLANDO FURIOSO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

Si no eres par, tampoco le has tenido;
Que par pudieras ser entre mil pares;
Ni puede haberle donde tu te hallares,
Invicto vencedor, jamás vencido.
Orlando soy, Quijote, que, perdido
Por Angélica, vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual; que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que, como yo, perdiste el seso;
Mas serlo has mío, sin que al bravo moro
Y cita fiero domes; que hoy nos llama
Iguales el amar con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

A vuestra espada no igualó la mía,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á tanta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el día.
Imperios desprecié; la monarquía,
Que me ofreció el Oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mía.
Améla por milagro único y raro;
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDÁN Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por home de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habéis andado,
Siendo vegadas mil apaleado
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desmán, vueso conhorte sea
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

Soneto.

B. ¿Cómo estáis Rocinante, tan delgado!
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, Señor, que estáis muy mal criado,
Pues vuestra lengua... de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna á la mortaja.
¿Queréislo ver? Miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
B. Metafísico estáis. R. Es que no como.
B. Quejaos del escudero. R. No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero ó mayordomo
Son tan rocines como Rocinante!





EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y

amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de *Quijada* ó *Quesada* (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba *Quijano*. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas; y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de amoríos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La »razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón »enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.» Y también cuando leía: «Los altos cielos, que de vuestra divinidad »divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedora del »merecimiento que merece la vuestra grandeza.»

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro, y todo el cuerpo, lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura: y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin, al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Ingalaterra ó Amadís de Gaula; mas Maese Nicolás, barbero del mesmo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera, que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda



Y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos.

aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, qu él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que e Rui Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía q con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor es con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muer Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cua ahogó á Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mu bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella genera gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afab bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalb y más cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topab cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al trai de Galalón, al ama que tenía, y aun á su sobrina de añadidura.

En efeto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño p samiento que jamás dió loco en el mundo, y fué, que le pareció conv nible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa á poner en efeto lo que deseaba; y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana. Y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos; y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocín; y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit,* le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban.

Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él á sí mismo) no era raz[illegible] caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, e[illegible]in nombre

conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía á la nueva Orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro, y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo; y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no se había contentado con sólo llamarse *Amadís* á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó *Amadís de Gaula,* así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que, á su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias, pues, sus armas, hecho el morrión celada, puesto nombre á su rocín, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.

Decíase él: «Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, rendido: ¡Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la isla Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante!» ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar, no cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre, á su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.

CAPÍTULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo por su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (que era uno de los calurosos del mes de Julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué, que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que, conforme á ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.



Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada Aurora (que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por



Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra...

el antiguo y conocido campo de Montiel.» Y era la verdad que por él caminaba; y añadió diciendo: «¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.» Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.»

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y con esto, caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos



tuviera. Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que mirando á todas partes, por ver si descubriría algún castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella que no á los portales, sino á los alcázares de su redención le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía.

Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero todo cuanto pasaba, veía ó imaginaba, le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecía castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó más á la puerta de la venta, y vió á las dos destraídas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen; y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y así, con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo: «Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca á la Orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.»

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse y á decirles, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro: «Bien



parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros.»

El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y ella en él el enojo; y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico; el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento: mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: «Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.» Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta), respondió: «Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque *mis arreos son las armas, mi descanso el pelear*», etc.



Don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo: «Non fuyan las vuestras mercedes...

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante ó paje; y así, le respondió: «Según eso, *las camas* de vuestra merced serán *duras peñas*, y *su dormir, siempre velar;* y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.» Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el

ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él), las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.»

Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

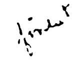
«Cualquiera yantaría yo, respondió Don Quijote, porque, á lo que entiendo, me haría mucho al caso.»

A dicha acertó á ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que darle á comer.

«Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que en una pieza de á ocho; cuanto más que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.»

Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan muy negro y tan reciente como sus armas. Pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada, y era

alta la babera, no podía poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía deste menester; mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebía en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la Orden de caballería.







CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: «No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.»

El ventero, que vió á su huésped á sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

«No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió Don Quijote; y así, os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana, en aquel día, me habéis de armar caballero; y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo, velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.»

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle semejantes razones; y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo, en los años de su

mocedad, se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquier calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.



El ventero, que vió á su huésped á sus pies y oyó semejantes razones...

Preguntóle si traía dineros; respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído.

A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y

atestados) llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían; porque no todas veces en los campos y desiertos, donde se combatían y salían heridos, había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella ó enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podía mandar como á su ahijado, que tan presto lo había de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase.

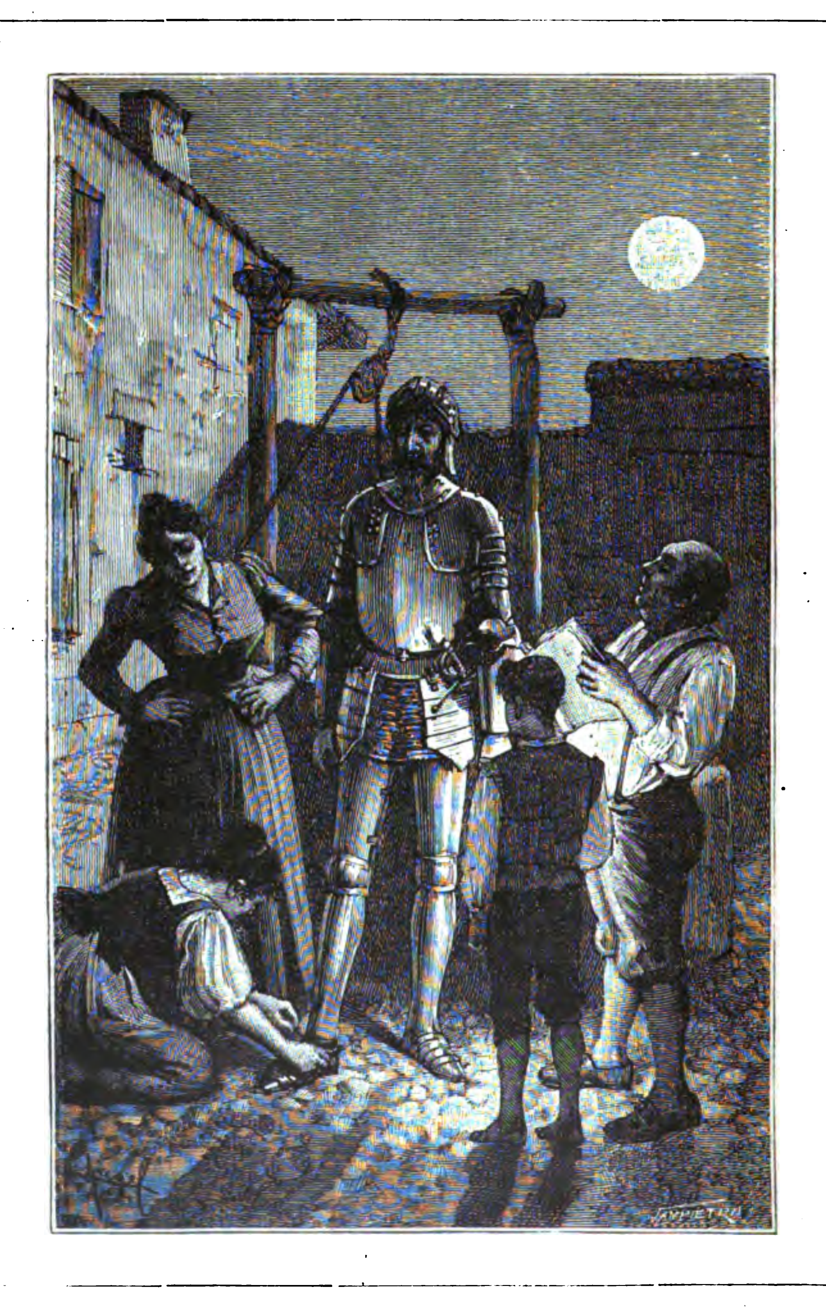
Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba; y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura; fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! mira lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.»

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud); antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora

Dulcinea, dijo: «Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.» Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: «¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.» Con esto cobró, á su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas.

El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase á todos. También Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la Orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; «pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.» Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra Orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole cómo ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la Orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer; y que ya había cumplido con



Y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada.

lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien, por su respeto, dejaría

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas, que ya habían visto, del novel caballero les tenían la risa á raya.

Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: «Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.»

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.

Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendría por señor.

Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa.

Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada.

Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual también rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir en buen hora.



CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped, cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento, guió á Rocinante hacia su aldea; el cual así, conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo: «Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin duda son de algún menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.» Y volviendo las riendas, encaminó

á Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: «La lengua queda y los ojos listos.»

Y el muchacho respondía: «No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.»


El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro...

Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua); que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.»

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: «Señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo; y en Dios y en mi ánima, que miente.

—¡Miente, delante de mí, ruin villano! dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.»

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su

criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, á siete reales cada mes.

Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello.

Respondió el medroso villano que, por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aún no había jurado nada), que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

«Bien está todo eso, replicó Don Quijote; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado: así que, por esta parte, no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros; véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¡Irme yo con él! dijo el muchacho. Mas ¡mal año! No, señor, ni por pienso; porque en viéndome solo, me desollará como á un san Bartolomé.

—No hará tal, replicó Don Quijote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho; que este mi amo no es caballero, ni ha recebido Orden de caballería alguna: que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

—Importa poco eso, respondió Don Quijote; que Haldudos puede haber caballeros: cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad, dijo Andrés; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés, respondió el labrador; y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las Ordenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.

—Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote; dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so la pena pronunciada.» Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos.

Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto el bosque y que ya no parecía, volvióse á su criado Andrés y díjole:

«Venid acá, hijo mío; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.

—Eso juro yo, dijo Andrés; y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! que, según es de valeroso y de buen juez, ¡vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

—También lo juro yo, dijo el labrador; pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.»

Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

«Llamad, señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfacedor de agravios; veréis cómo no desface aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.» Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia.

Andrés se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero, con todo esto, él se partió llorando, y su amo se quedó riendo.

Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfación de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo á media voz: «Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer rescibió la Orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba á aquel delicado infante.»

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino á la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían á pensar cuál camino de aquellos tomarían; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya; el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran cuatro, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y dos mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar, en todo cuanto á él le parecía posible, los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aque-

llos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba); y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.»

Paráronse los mercaderes al son destas razones y á ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía; y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo: «Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria! La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora vengáis uno á uno, como pide la Orden de caballería, ora todos juntos. como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída (y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura), que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote, encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.»

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: «Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva:

atended; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.»

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera.

Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines que tal le paraban.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del pobre apaleado; el cual, después que se vió solo, tornó á probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho! Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo.





CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO, pues, que, en efeto, no podía menearse acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros; y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se hallaba; y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido Caballero del Bosque:

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
Ó eres falsa y desleal.

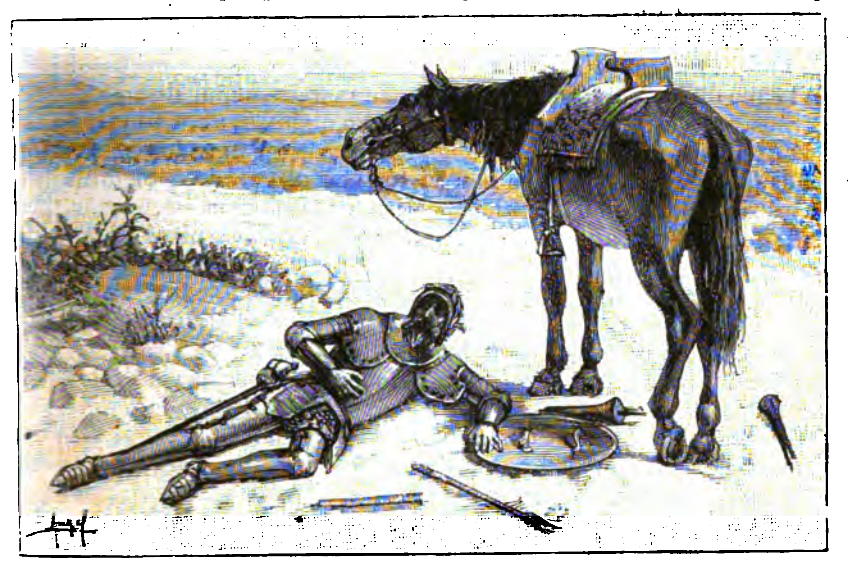
Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo (que venía de llevar una carga de trigo al molino), el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba.

Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua, su tío, y así, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta.

El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió



¿Dónde estás, señora mía, — Que no te duele mi mal?

el rostro, que lo tenía lleno de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: «Señor Quijano (que así se debía de llamar cuando él tenía juicio, y no había pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?» Pero él seguía con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decía; y no menos iba Don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener

sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentía. Y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo á su alcaidía; de suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades, por donde conoció que su vecino estaba loco; y dábase priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga.

Al cabo de la cual dijo: «Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa, que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, ven ni verán en el mundo.»

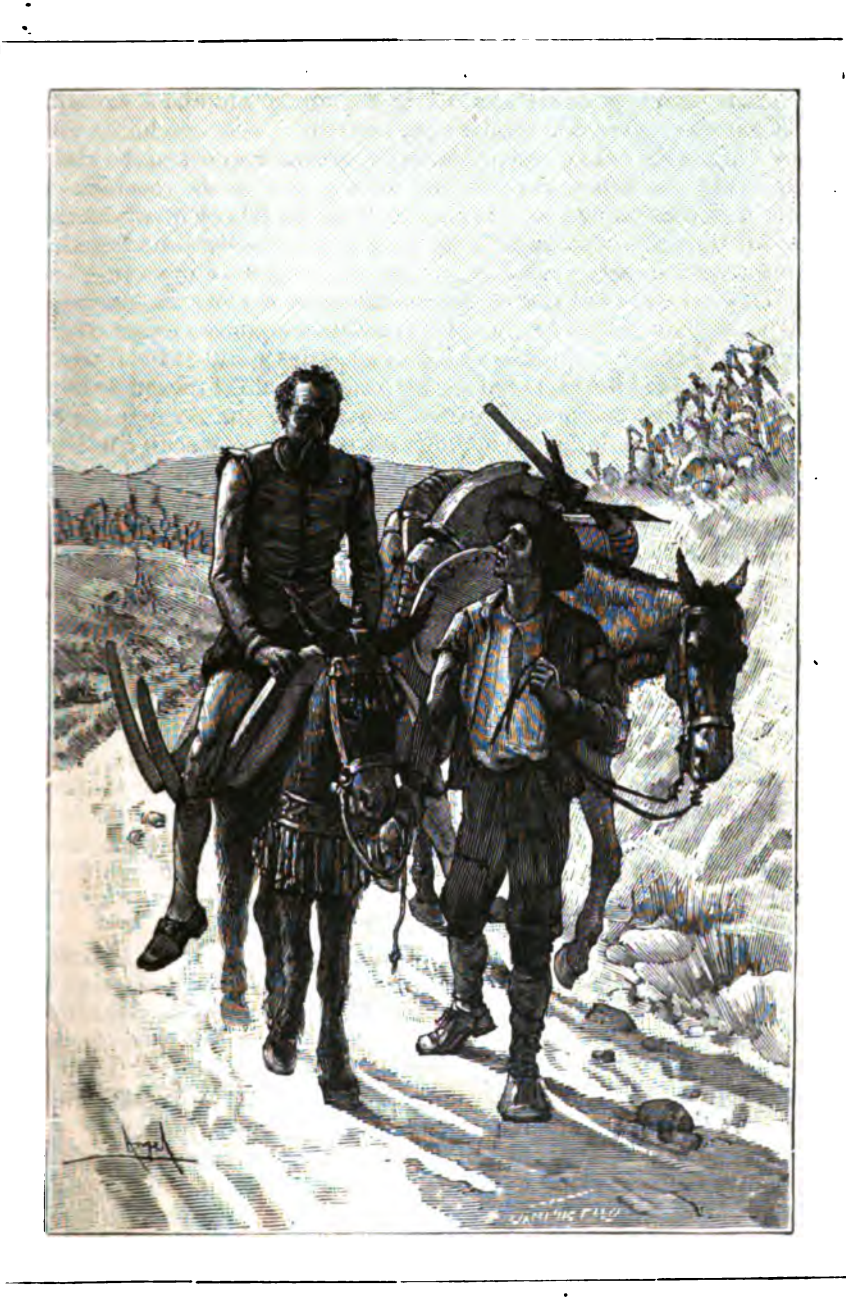
A esto respondió el labrador: «Mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy don Rodrigo de Narváez ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano.

Yo sé quién soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías.»

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecía; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.

Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en la casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el Cura y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote; y estaba diciéndoles su ama á voces: «¿Qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez (que así se llamaba el Cura), de la desgracia de mi señor! Dos días ha que no parecen él ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender (y así es ello la verdad como nací para morir) que estos malditos libros de caballerías, que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que así han echado á perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha.»

La sobrina decía lo mismo, y aun decía más: «Sepa, señor Maese Nicolás (que este era el nombre del Barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de



«Mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy don Rodrigo de Narváez ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino...»

desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las feridas que había recebido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también, dijo el Cura, y á fe que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión, á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.»

Todo esto estaba oyendo el labrador, con que acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así, comenzó á decir á voces: «Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor Marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.»

A estas voces salieron todos; y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento porque no podía, corrieron á abrazarle. El dijo: «Ténganse todos; que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas.

—¡Mirá, en hora mala, dijo á este punto el Ama, si me decía á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa hurgada le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado á vuestra merced!»

Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

«¡Ta, ta! dijo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche.»

Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba.

Hízose así, y el Cura se informó muy á la larga, del labrador, del modo que había hallado á Don Quijote. El se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fué poner más deseo en el Licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolás, con el cual se vino á casa de Don Quijote.



CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aún todavía dormía. Pidió á la Sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.»

Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

«No, dijo la Sobrina; no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.»

Lo mismo dijo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la

muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolás le dió en las manos fué los cuatro de *Amadís de Gaula*, y dijo el Cura: «Parece cosa de misterio esta; porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste; y así, me parece que, cómo á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

—No, señor, dijo el Barbero; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto; y así, como á único en su arte, se debe perdonar.

—Así es verdad, dijo el Cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.

—Es, dijo el Barbero, *Las sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

—Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora Ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.»

Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

«Adelante, dijo el Cura.

—Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo, dijo el Barbero.

—Y aun yo, añadió la Sobrina.

—Pues así es, dijo el Ama, vengan, y al corral con ellos.»

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

«¿Quién es ese tonel? dijo el Cura.

—Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura*.

—El autor dese libro, dijo el Cura, fué el mesmo que compuso á *Jardín de flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el Barbero.

—¡Ahí está el señor Florismarte! replicó el Cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras; que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él y con esotro, señora Ama.

—Que me place, señor mío», respondía ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

«Este es *El Caballero Platir*, dijo el Barbero.

—Antiguo libro es ese, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica»; y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título: *El Caballero de la Cruz.*

«Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la cruz está el diablo; vaya al fuego.»

Tomando el Barbero otro libro, dijo: «Este es *Espejo de caballerías.*

—Ya conozco á su merced, dijo el Cura; ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán, con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y veo que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano, dijo el Barbero; mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor; y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando á un *Bernardo del Carpio,* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles;* que éstos, en llegando á mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.»

Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerín de Oliva,* y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerín de Ingalaterra;* lo cual visto por el Licenciado, dijo:

«Esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa Palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolás, que éste y *Amadís de*

Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre, replicó el Barbero; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís.*

—Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino; y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejéis leer á ninguno.

—Que me place, respondió el Barbero.»

Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al Ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral.

No se dijo á manca ni á sorda, sino á quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana.

Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies del Barbero, y le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.*

«¡Válame Dios! dijo el Cura, dando una gran voz: ¿qué aquí está Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está don Kirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, el escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo ciertas necedades sino de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida. Llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

—Así será, respondió el Barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

—Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía»; y abriendo uno, vió que era la *Diana,* de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): «Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

—¡Ay, señor! dijo la Sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando

y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella, dijo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

—Este que se sigue, dijo el Barbero, es *La Diana,* llamada *Segunda*



Pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

del Salmantino; y éste, otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa; que se va haciendo tarde.

—Este libro es, dijo el Barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor,* compuestos por *Antonio de Lofrasso*, poeta sardo.

—Por las Órdenes que recibí, dijo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo: «Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos.*

—Pues no hay más que hacer, dijo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el por qué; que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El Pastor de Fílida.*

—No es ése pastor, dijo el Cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se intitula, dijo el Barbero, *Tesoro de varias poesías.*

—Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.

—Este es, siguió el Barbero, *El Cancionero,* de López Maldonado.

—También el autor de ese libro, replicó el Cura, es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto á él?

—*La Galatea,* de Miguel de Cervantes, dijo el Barbero.

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte, que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Que me place, respondió el Barbero; y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana,* de Don Alonso de Ercilla; *La Austriada,* de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y *El Monserrate,* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.»

Cansóse el Cura de ver más libros, y así, á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el Barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica.*

«Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.»



CAPÍTULO VII

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

Estando en esto comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: «¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!» Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban; y así, se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos, *La Carolea* y *León de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis Zapata, que sin duda debían de estar entre los que quedaban; y quizá, si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido.

Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dijo: «Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

—Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el Cura; que Dios

será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced á su salud por ahora; que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.

—Ferido no, dijo Don Quijote, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello; porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si, en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo.»

Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el Ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder, que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces, para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaría el efecto), y que dijesen que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos días se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos pasmado, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su Ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros.

El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: «¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced! Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.

—No era diablo, replicó la Sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió; y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acudimos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien á mí y al Ama que, al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería; dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

—Fristón, diría, dijo Don Quijote.

—No sé, respondió el Ama, si se llamaba Fristón ó Fritón; sólo sé que acabó en *ton* su nombre.



Decíale, entre otras cosas, Don Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della.

—Así es, dijo Don Quijote; que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar; y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? dijo la Sobrina; pero ¿quién le mete á vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

—¡Oh sobrina mía, respondió Don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.»

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

Es, pues, el caso que él estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecía, y otras concedía, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino.

Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una lanza, que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho, del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenía, muy bueno, porque él no estaba hecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero, caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo

ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su Ama y Sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían, aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que él había tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea.»

A lo cual le respondió Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos; y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, ó por lo mucho de marqués, de algún valle ó provincia de poco más á menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á milagro; que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

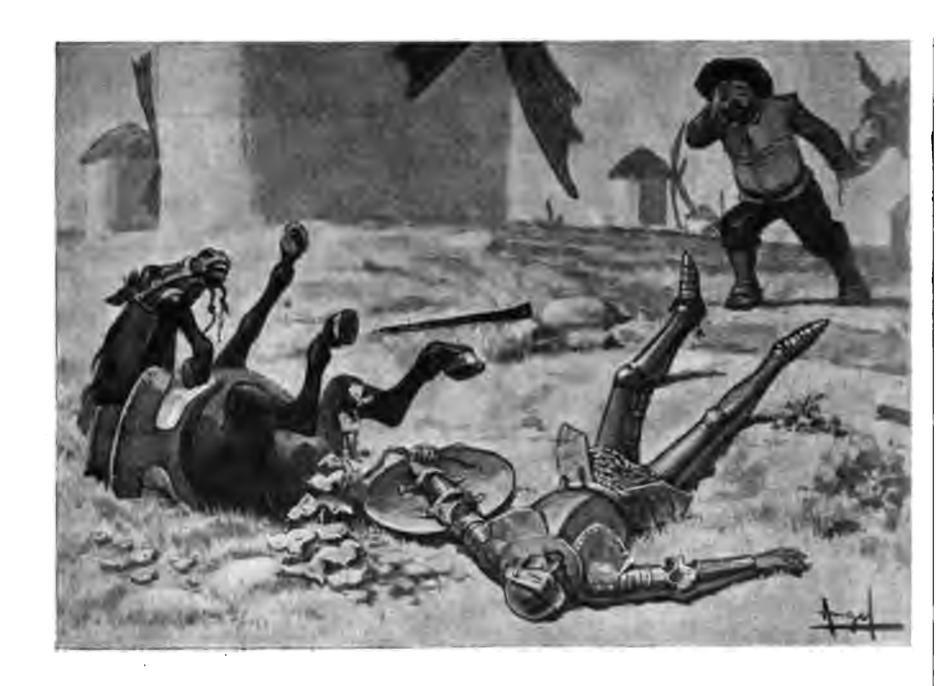
—Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey, por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Teresa, mi oíslo, vendría á ser reina, y mis hijos infantes.

—Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.

—Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote; que él te dará lo que más te convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado.

—No haré, señor mío, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.»



CAPÍTULO VIII

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: «La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes! dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y



Y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero.

ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.»

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: «Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.»

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.»

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su adarga, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

«¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? Y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote; que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Fristón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede», respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí, decía Don Quijote, que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: «Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó brancón, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro brancón tal y tan bueno como aquél; y me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien

afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—Á la mano de Dios, dijo Sancho: yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad, respondió Don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo qué replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.»

No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la Orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza; que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dió un tiento á la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á obra de las diez del día le descubrieron. «Aquí, dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo,

no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja; que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería, que me ayudes hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto: y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.»

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la Orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero: «Ó yo me engaño, ó ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.»

Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podían oir lo que dijese, en alta voz dijo: «Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: «Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla», dijo Don Quijote; y, sin esperar más respuesta,

picó á Rocinante, y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.



En alta voz dijo: «Gente indiablada y descomunal, dejad...

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: «La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par hermosa Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recebido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis

ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.»

Todo esto, que Don Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera: «Anda, caballero, que mal andes: ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno!»

Entendiόle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: «Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.»

A lo cual replicó el vizcaíno: «¡Yo no caballero! Juro á Dios, tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrajes», respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su adarga, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida.

El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula (que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella), no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro, por encima del adarga, que, á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.

Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura! socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su adarga, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote: y así, le aguardó, bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio; y el vizcaíno le aguardaba, asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circuns-

tantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto en que en este punto y término dejó pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose con que no halló más escrito destas hazañas de Don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte (1).

(1) Cervantes dividió el primer tomo de su *Don Quijote* en cuatro partes; pero continuó la numeración de los capítulos hasta el fin del volumen. Cuando publicó, diez años después, el segundo tomo, le dió el título de *Segunda Parte*, por lo cual se ha considerado siempre dividida la obra en dos partes no más, y no se ha puesto título especial á las secciones en que salió distribuída esta *Primera*, que comprendía primera, segunda, tercera y cuarta parte. Sigue, pues, la numeración de los capítulos, y se omite la division en *partes* que sacó el primer tomo, entonces único, de esta gran obra, cuando fué dado á luz.



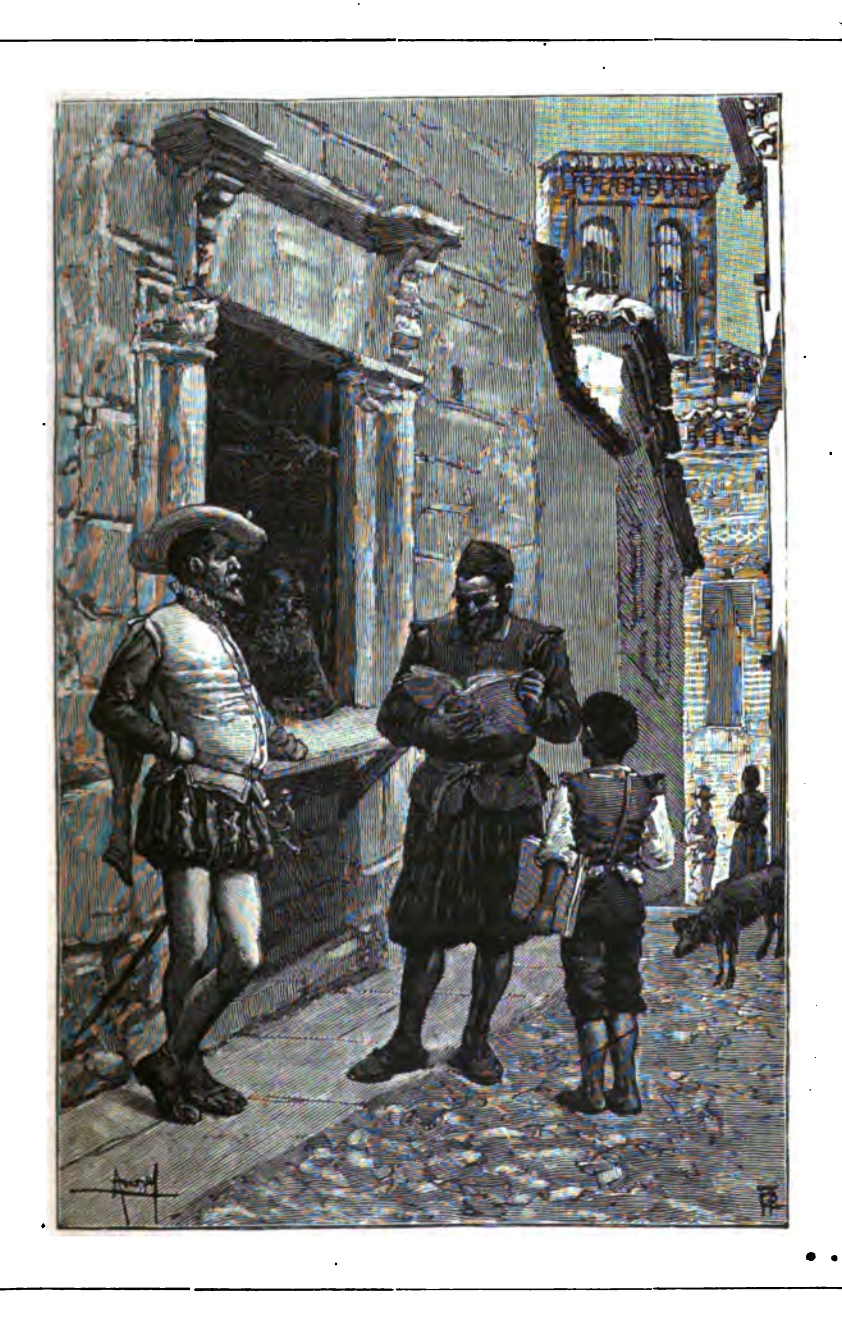


CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que, si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y fenderían de arriba abajo, y abrirían como una granada; y en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba.

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, á mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes, de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada uno dellos tenía uno ó dos sabios como de molde, que, no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen: y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á



Y leyendo un poco en él, se comenzó á reir.

lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así, no podía inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada. y echaba la culpa á la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenía oculta ó consumida.

Por otra parte, me parecía que pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de zelos* y *Ninfas y Pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algún follón, ó algún villano de hacha y capellina, ó algún descomunal gigante, las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que, por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Don Quijote de continuas, innumerables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que, buena cantidad de horas, podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos; y puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó á reir. Preguntéle que de qué se reía, y respondióme que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo: Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea »del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la »mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha.»

Cuando yo oí decir *Dulcinea del Toboso*, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de Don Quijote. Con esta imaginación, le dí priesa que leyese el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo

en castellano, dijo que decía: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.* Mucha discreción fué menester para disimular el contento que recebí cuando llegó á mis oídos el título del libro; y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, donde, en poco más de mes y medio, la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su adarga, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenía á los pies escrito el vizcaíno un rétulo que decía: *Don Sancho de Azpeitia,* que sin duda debía de ser su nombre; y á los pies de Rocinante estaba otro que decía: *Don Quijote.* Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rétulo que decía: *Sancho Zancas;* y debía de ser que tenía, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si á ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo de ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya imagen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si

algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la tradución, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, á no volvérsele la espada en el encuentro, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á la rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de suerte, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote; y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: «Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.»

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

«Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.»



CAPÍTULO X

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero.

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula, de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo; y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó, y le dijo: «Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado; que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.»

A lo cual respondió Don Quijote: «Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos. Tened paciencia; que aventuras se ofrecerán, donde, no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.»

Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre

su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: «Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia; que, según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe, que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.



Y asiéndole de la mano, se la besó, y le dijo:...

—Calla, dijo Don Quijote: y ¿dónde has visto tú, ó leído jamás, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido!

—Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

—Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote; que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced, yo no lo he servido en todos los días de mi vida; y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja; que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

—Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se

me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás; que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer... bonitamente, la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo (y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele), la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo; luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor; que para mí tengo que valdrá la onza, adonde quiera, más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.

—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote.

—¡Pecador de mí! replicó Sancho; pues ¿á qué aguarda vuestra merced á hacelle y enseñármele?

—Calla, amigo, respondió Don Quijote; que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos; que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.»

Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: «Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan á manteles ni con su mujer folgar, y otras cosas (que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas), hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo.»

Oyendo esto Sancho, le dijo: «Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumple lo que se le deja ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote; y así, anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta á algún caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo

de pajas hago esto; que bien tengo á quien imitar en ello; que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.

—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mío, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, dígame ahora, si acaso en muchos días no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento, á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del Marqués de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra



Y diéronse priesa para llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban...

merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

—Engáñaste en eso, dijo Don Quijote; porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.

—Alto, pues, sea así, dijo Sancho; y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo; y más, que por ser en tierra firme, te debes más alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y

mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo, donde alojemos esta noche y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! respondió Don Quijote. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tu ahora me ofreces; así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho; que, como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé si he caído en las reglas de la profesión caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debía de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas; que, según yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.»

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida; subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así, determinaron de pasar la noche allí; que, cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su caballería.



CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra, que, hirviendo al fuego, en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles cinco dellos, de seis que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo, que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo: «Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están, los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí, á mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede

decir lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.

—¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que, como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un emperador. Y aun, si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres ní respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosa que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio desde aquí para el fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo (ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones:

«¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío!* Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y trasparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espa-

cioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. ¡Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra! Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su preservación nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta Orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero; que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía, por saber que, sin saber vosotros esta obligación, me acogistes y regalastes, es razón que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.»

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de lo cual uno de los cabreros dijo: «Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el cual es



Desta Orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero.

un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.»

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo: «De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place», respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera

ANTONIO

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá, entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque, si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
«Tal piensa que adora un ángel,
Y viene á adorar á un jimio,
»Merced á los muchos dijes
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.»
Desmentíla, y enojóse;
Volvió por ella su primo;
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice y él hizo.
No te quiero yo á montón,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía;
Que más bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo:
Pon tu cuello en la gamella,
Verás como pongo el mío.
Donde no, desde aquí juro,
Por el santo más bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quijote le rogó ue algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba nás para dormir que para oir canciones; y así dijo á su amo: «Bien uede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta oche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no ermite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote; que bien se ne trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño ue de música.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

—No lo niego, replicó Don Quijote; pero acomódate tú donde quieres; que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo; ero con todo eso será bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, ue me va doliendo más de lo que es menester.»

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno de los cabreros la erida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que ícilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho ue por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y plicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que o había menester otra medicina, y así fué la verdad.



CAPÍTULO XII

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traían de la aldea el bastimento, y dijo: «¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?

---¿Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos.

—Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante, llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza del aldea, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

---Por Marcela, dirás, dijo uno.

—Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del Alcornoque; porque, según es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vi[illegible] la vez primera; y también mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel su gran amigo Ambrosio el estudiante, que también se vistió de pastor con él,

que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo; y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho; y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo menos yo no dejaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al lugar.

—Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos.

—Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos; aunque no será menester usar de esa diligencia; que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mía, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro día me pasó este pie.

—Con todo eso, te lo agradecemos, respondió Pedro.»

Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel y qué pastora aquella.

A lo cual Pedro respondió que lo que sabía era, «que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto á su lugar con opinión de muy sabio y muy leído; principalmente, decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.

—Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quijote.»

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo: «Asimesmo adivinaba cuándo había de ser el año abundante ó estil.

—Estéril, querréis decir, amigo, dijo Don Quijote.

—Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decía, se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: Sembrad esto año cebada, no trigo; en éste podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota.

—Esa ciencia se llama *Astrología,* dijo Don Quijote.

—No sé yo cómo se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabía, y aun más. Finalmente, no pasaron muchos meses, después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que, como escolar, traía; y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir cómo Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo; y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido á hacer aquella tan extraña

mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansí en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero, y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino á entender que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza; quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

—Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

—Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habéis de andar zahiriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo, dijo Don Quijote; que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra, os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

—Digo, pues, señor mío de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y con todo esto, se juzgaba que le había de pasar la de la hija; y así fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecía á Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tío se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjería que le ofrecía el tener la hacienda de la moza, dilatando

su casamiento; y á fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debe de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

—Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante; que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.

—La del Señor no me falte, que es la que hace al caso; en lo demás sabréis que, aunque el tío proponía á la sobrina y le decía las calidades



Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora...

de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse, y que por ser tan muchacha no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas, dejaba el tío de importunarla, y esperaba á que entrase algo más en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto; porque decía él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tío, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré bue-

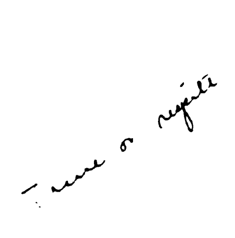
namente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos: uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo; que, puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condición hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desdén y desengaño los conduce á términos de desesperarse; y así, no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á éste semejantes, que bien la calidad de su condición manifiestan; y si aquí estuviésedes, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno una corona grabada en el mesmo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halla el sol á la mañana; y cuál hay que, sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo; y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela; y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que también lo es lo que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así, os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar aquel donde manda enterrarse media legua.

—En cuidado me lo tengo, dijo Don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

—¡Oh! replicó el cabrero, aún no sé yo la mitad de los casos sucedi-

dos á los amantes de Marcela; mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese; y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.»

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.







CAPÍTULO XIII

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apenas comenzó á descubrirse el día por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harían compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino; y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando, al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano: venían con ellos asimismo dos gentiles hombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie, que los acompañaban. En llegándose á juntar, se saludaron cortésmente; y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así, comenzaron á caminar todos juntos.

Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo: «Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro; que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida.

—Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer

tardanza de un día, pero de cuatro la hiciera, á trueco de verle.»

Preguntóles Don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo.

El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores, y que, por haberlos visto en aquel tan triste traje, les habían preguntado la ocasión por qué iban de aquella manera; que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban: finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote había contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote qué era la ocasión que le movía á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió Don Quijote: «El ejercicio de mi profesión no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen porte, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.»

Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué quería decir caballeros andantes. «¿No han vuestras mercedes leído, respondió Don Quijote, los anales é historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comúnmente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradición antigua, y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver á su ser y á cobrar su reino y cetro, á cuya causa no se probará que, desde aquel tiempo á éste, haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen Rey fué instituída aquella famosa Orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano, fué aquella Orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros días oímos y

comunicamos y vimos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la Orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mesmo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo; y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos.»

Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio, y del género de locura que le señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recebían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba para llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase más adelante con sus disparates; y así le dijo: «Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes Cartujos no es tan estrecha.

—Tan estrecha bien podrá ser, respondió nuestro Don Quijote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy á dos dedos de ponello en duda; porque, si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mesmo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor; y que, si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y

es, que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad.

—Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.

—Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego, sin más ni más, á todo el correr dellos, se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tan bien, que, á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra; mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano; cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

—Eso no puede ser, respondió Don Quijote; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón.

—Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada, á quien pudiese encomendarse; y con todo esto, no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero.»

A lo cual respondió nuestro Don Quijote: «Señor, una golondrina sola no hace verano; cuanto más, que yo sé que de secreto estaba ese

caballero muy bien enamorado; fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecían era condición natural, á quien no podía ir á la mano. Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola, á quien él había hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero.

—Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; que ella se tendrá por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.»

Aquí dió un gran suspiro Don Quijote y dijo: «Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.

—El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber», replicó Vivaldo.

A lo cual respondió Don Quijote: «No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos; ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña; ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia; Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallás y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso Zerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

... Nadie las mueva,
Que estar no pueda con Roldán á prueba.

—Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha; puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos.

—Como eso no habrá llegado», replicó Don Quijote.

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote; sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás á su noticia, aunque la tenía de gente del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que, á lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés. Entre seis dellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos, lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: «Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y al pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen.» Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña.

Recibiéronse los unos y los otros cortésmente, y luego Don Quijote, y los que con él venían, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor dél tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados; y así los que esto miraban como los que abrían la sepultura, y todos los demás que allí había, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro: «Mirá bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

—Este es, respondió Ambrosio; que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Aquí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y aquí fué también donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y aquí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido.» Y volviéndose á Don Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: «Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una

fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra.

—De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no lo tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido; que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida; de la cual lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo y que en este lugar había de ser enterrado, y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos había lastimado en oíllo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos ¡oh discreto Ambrosio! (á lo menos yo te lo suplico de mi parte) que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.»

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo: «Por cortesía consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano.»

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego uno dellos, y vió que tenía por título: *Canción desesperada*.

Oyólo Ambrosio y dijo: «Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veáis, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seáis oído; que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura.

—Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo»; y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él, leyendo en voz clara, vió que así decía:



CAPÍTULO XIV

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mío un son doliente,
Con que el uso común de mi voz tuerza;
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados, por mayor tormento,
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al rüido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mío sale, y tu despecho.
El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algún monstruo, el agorero

Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable;
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar; el triste canto
Del infamado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.
De tanta confusión, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas;
Que allá se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
Ó ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el livio llano;
Que, puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desdén, atierra la paciencia,
Ó verdadera ó falsa, una sospecha;
Matan los celos con rigor más fuerte;
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte;
En todo hay cierta, inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Celoso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido, en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
Ni yo, desesperado la procuro;
Antes, por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese, por ventura, en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro ceño está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello,
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desdén, y las sospechas
¡Oh amarga conversión! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira!
¡Oh, del reino de amor fieros tiranos,
Zelos! ponedme un hierro en estas manos;
Dame, desdén, una torcida soga...
Mas ¡ay de mí! que con cruel vitoría

Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es más libre el alma más rendida
Á la de amor antigua tiranía;
Diré que la enemiga siempre mía,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que, en fe de los males que nos hace,
Amor su imperio en justa paz mantiene;
Y con esta opinión y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razón que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco;
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazón profunda llaga,
De cómo alegre á tu rigor me ofrezco;
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas;
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos;
Antes con risa, en la ocasión funesta,
Descubre que el fin mío fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y ansimismo
Con su rueda Ixïón no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto;
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas,
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja;
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil mostros,
Lleven el doloroso contrapunto;
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Canción desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura, no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habían, la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, por-

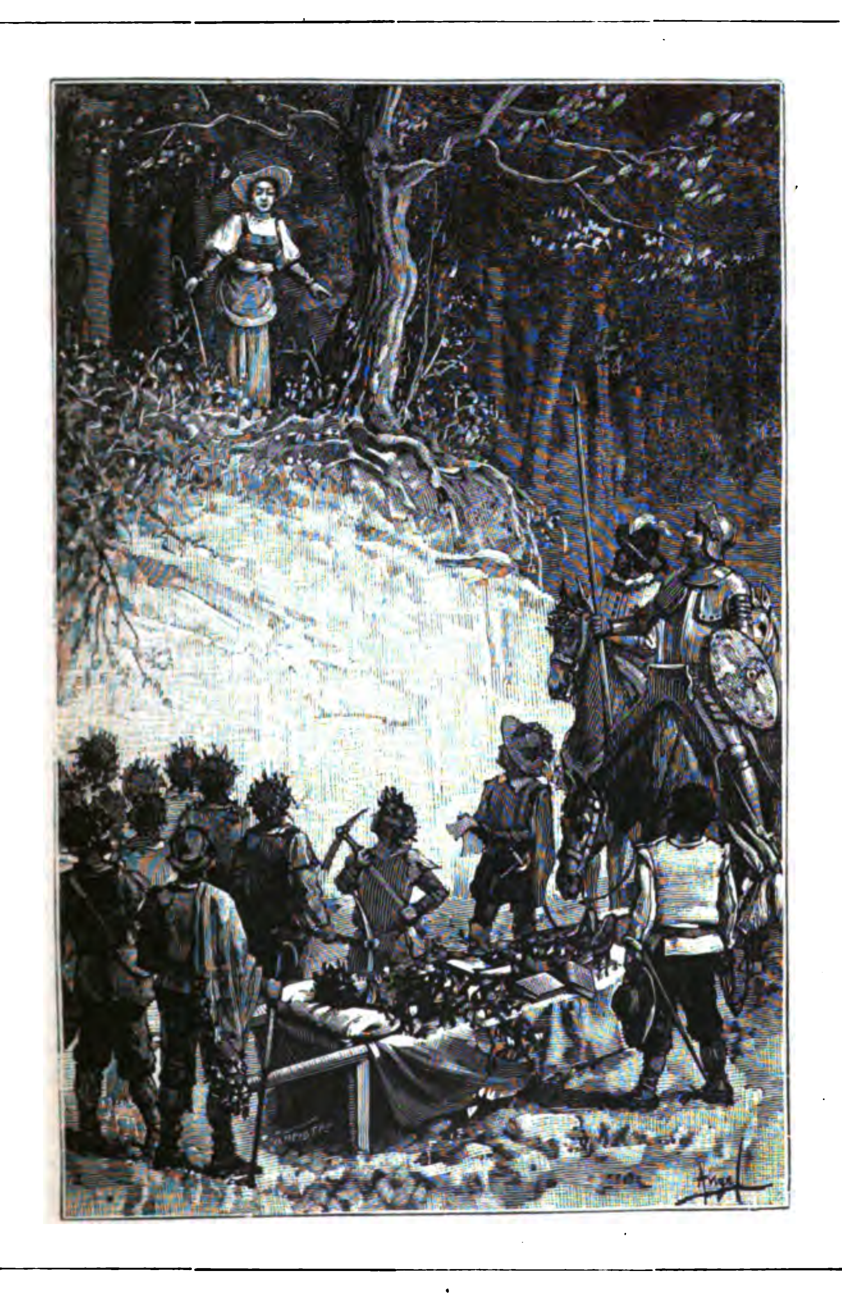
que en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela; á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía los más escondidos pensamientos de su amigo:

«Señor, para que os satisfagáis desa duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa..... la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

—Así es la verdad», respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión (que tal parecía ella), que improvisamente se les ofreció á los ojos; y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:

«¿Vienes á ver por ventura ¡oh fiero basilisco destas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nerón, el incendio de tu abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Servio Tulio? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas; que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

—No vengo ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego á todos los que aquí estáis, me estéis atentos; que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me améis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada á amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y



— No vengo ¡oh Ambrosio! á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma...

siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa; hasme de amar, aunque sea feo. Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda; que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno el sí de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino! Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razón que de su culpa se me dé á mí la pena. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere:

pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo, aun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan en su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muriere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, no los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera; que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á éste, ni solicito aquél, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene; tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.»

Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discreción como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído; lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo:

«Ninguna persona, de cualquiera estado y condición que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; á cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo; pues es menester que en él halle estima la que con tan honesta intención vive.»

Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su

cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que había de decir desta manera:

> Yace aquí de un amador
> El mísero cuerpo helado,
> Que fué pastor de ganado,
> Perdido por desamor.
> Murió á manos del rigor
> De una esquiva, hermosa, ingrata,
> Con quien su imperio dilata
> La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado para aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose á despedir de nuevo, le dejaron, y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia: dando aquí fin la segunda parte.





CAPÍTULO XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamote Benengeli que, así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela; y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que muy pocas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó á

hallarse Don Quijote era muy al propósito de los yangüeses. Sucedi pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señora facas; y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbr sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fu á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareci debían de tener más gana de pacer que de ál, recibiéronle con la herraduras y con los dientes, de tal manera, que á poco espacio se l rompieron las cinchas, y quedó sin silla, en pelota; pero lo que é debió más de sentir fué, que, viendo los arrieros la fuerza que á su yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron, mal parado, en el suelo.

Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinant habían visto, llegaban ijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: «A l que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea; dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debid venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, s éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá n somos sino uno y medio!

—Yo valgo por ciento», replicó Don Quijote; y sin hacer má discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo d su amo; y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran part de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombre solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á lo dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo; y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo; y quiso su ventura que viniese á caer á lo pies de Rocinante, que aún no se había levantado; donde se echa d ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peo talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: «¡Señor Don Quijote! ¡Ah señor Don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas.

—Pues á tenerla yo aquí, ¡desgraciado yo! ¿qué nos faltaba! respondió Don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

—Pues ¿en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos días; mas yo me tengo la culpa de todo; que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y así, creo que, en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es, que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ello, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder; que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.» (Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno.)

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: «Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: así que, séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta, ora baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin aceptar estado ni condición alguna.»

Lo cual oído por su amo, le respondió: «Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo, para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometidas, ¿qué sería de ti, si, ganándola yo, te hiciese señor della! Pues lo vendrías á imposibilitar, por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento

para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.

—En éste que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante; que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero



«Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo...

andante, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas!

—Aún las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir, de puro enojo.»

A esto replicó el escudero: «Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

—Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos están en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos

y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado; y estos mesmos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio; y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente; que mayores afrentas son las que éstos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas; que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

—No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo eso, te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma.

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aún no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponernos en buen término siquiera.

—Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote; que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante; que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

—No hay que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él también caballería andante; de lo que yo me maravillo es, de que mi

jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote; dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algún castillo, donde sea curado de mis feridas; y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

—Verdad será que él debía de ir caballero como vuestra merced



...en la cual (la venta) Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua.

dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.»

A lo cual respondió Don Quijote: «Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme, de la manera que más te agradare, encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado.

—Pues yo he oído decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

—Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden más ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha

estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora; y uno destos fué Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, no sé si ocho años ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

—Aun ahí sería el diablo», dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo destraído con la demasiada libertad de aquel día: levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó, poco más á menos, hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de Don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar á ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua.





CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego á curar á Don Quijote, y hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de Don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que, á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó Don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

«No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal»; y también le dijo: «Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester; que también me duelen á mí un poco los lomos.

—Desa manera, respondió la ventera, también debistes vos de caer.

—No caí, dijo Sancho Panza, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

—Bien podrá ser eso, dijo la doncella; que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza; que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero! preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos! respondió Sancho Panza; pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis, á lo que parece, siquiera algún condado!

—Aún es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra; verdad es que si mi señor Don Quijote sana desta herida ó caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.»

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote; y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: «Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y ¡pluguiera á los

altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes! que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad.»

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego, junto á él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana; sucedía á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas!* y ¡con qué puntualidad lo describen todo!

Digo, pues, que, después de haber visitado el arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado; y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y Don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que, colgada en medio del portal, ardía.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros

autores de su desgracia, le trujo á la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendría á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta, cuando Don Quijote la sintió; y sentándose en la cama, á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido, topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama; tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que él había leído en sus libros, de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban; las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura.

Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir: «Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho donde yago, tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y más, que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensa-

mientos; que, si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.»

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió; estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decía, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de Don Quijote, y



...daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban...

estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero, como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla; pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza.

La moza, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que, aunque mal, ya dormía, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: «¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.»

En esto despertó Sancho; y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama; dejando á Don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así, como suele decirse, «el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil; y como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasión todos á bulto, que adoquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento, diciendo: «¡Ténganse á la justicia! ¡ténganse á la Santa Hermandad!» Y el primero con quien topó fué con el apuñeado Don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «¡Favor á la justicia!» Pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores; y con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo: «Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie; ¡que han muerto aquí á un hombre!»

Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia; y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.



CAPÍTULO XVII

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal Don Quijote pensó que era castillo.

Había ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote; y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar, diciendo: «Sancho amigo, ¿duermes? ¿duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir, pesia á mí! respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.

—Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quijote; porque, ó yo sé poco, ó este castillo es encantado; porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

—Sí juro, respondió Sancho.

—Dígolo, replicó Don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie.

—Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!

—¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querrías ver muerto con tanta brevedad!

—No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.

—Sea por lo que fuere, dijo Don Quijote; que más fío de tu amor y de tu cortesía; y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer; y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podría decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que, envidioso el hado de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios; sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer, cuando los arrieros, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco, respondió Sancho; porque más de cuatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á ésta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos! Aún vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida! ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió! que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.

—Luego ¿también estás tú aporreado? respondió Don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje! dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo, dijo D. Quijote; que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.»

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza, y el candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: «Señor, ¿si será éste á dicha el moro encantado, que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro, respondió Don Quijote; porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho; si no, díganlo mis espaldas.

—También lo podrían decir las mías, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que éste que se ve sea el encantado moro.»

Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún Don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y díjole: «Pues ¿cómo va, buen hombre?

—Hablara yo más bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero!»

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y alzando el candil con todo su aceite, dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó á escuras, salióse luego; y Sancho Panza dijo: «Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

—Así es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas; que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.»

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: «Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.»

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo: y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación:

y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendición; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero; que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba; y así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo; y así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado.

Viéndole así Don Quijote, le dijo: «Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?»

En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que, no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida; duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener; pero Don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó el jumento de su escudero, á quien también ayudó á vestir y á subir en

el asno; púsose luego á caballo, y llegándose á un rincón de la venta, asió de su trancón, que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas; y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas; á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: «Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los días de mi vida; si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías; recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo, por la Orden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.»

El ventero le respondió con el mismo sosiego: «Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen; sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.

—Luego, ¿venta es ésta! replicó Don Quijote.

—Y muy honrada, respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote; que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga; que yo no puedo contravenir á la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

—Vos sois un sandio y mal hostalero», respondió Don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante y terciando su trancón ó lanzón, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió



Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera.

ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recebido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la gente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta; y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que, de puro cansados, le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gabán, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba, diciendo: «Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas, sanarás sin duda.»

A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: «Por dicha, ¿hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de antes? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí.» Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

remotely resembled a christian woman

did not care a penny.





CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÓ Sancho á su amo, marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo: «Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo! Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera, que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se

holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres; que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo! Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamentos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada,* que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque, fuera de que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo; y á los escuderos, que se los papen duelos.

—No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote; que mejor lo hará el cielo contigo.»

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo:

«Este es el día ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.»

Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: «Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué! dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho.

—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya.

—¡Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín! y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

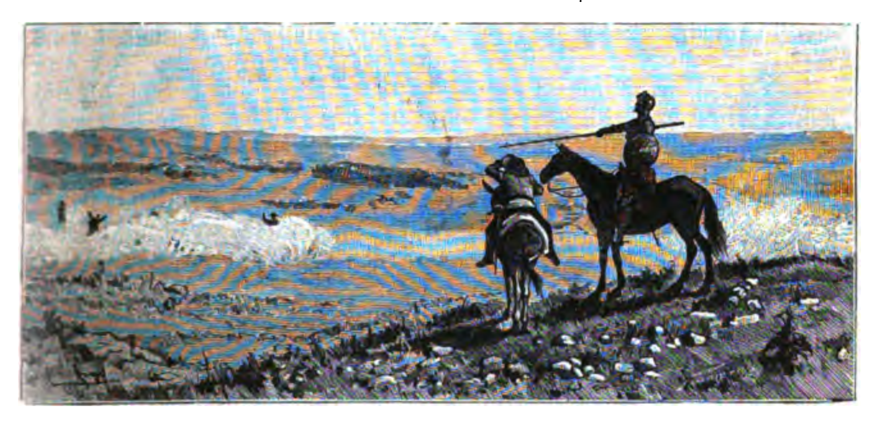
—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle, después de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun

corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.»

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas, que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente



«Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de una doncella...

de Plata. El otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia. El otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado

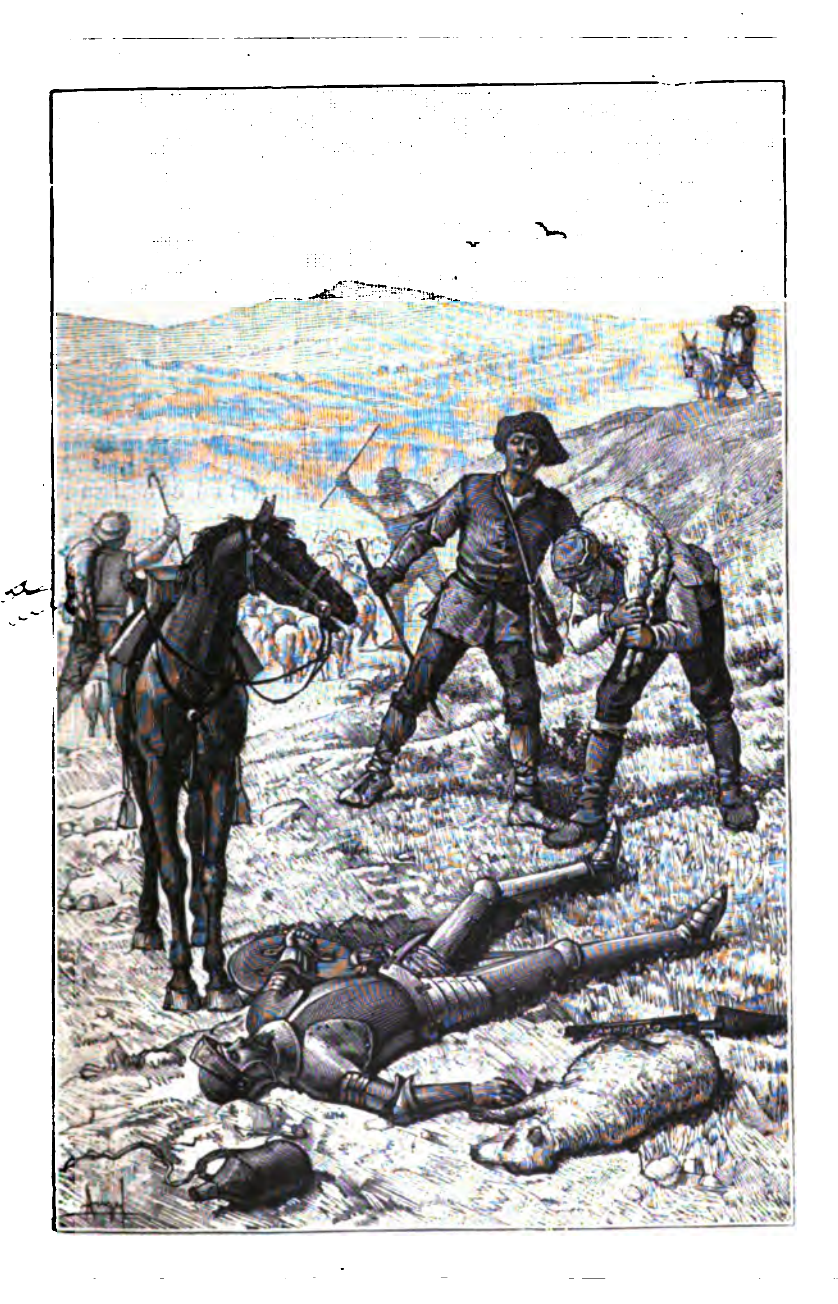
Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Esparraguilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*» Y desta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: «Este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos; los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza, á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo: «Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo menos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso! respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros»; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni



Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas...

veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo; que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.» Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciendo: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace! ¡Pecador soy yo á Dios!»

Ni por esas volvió Don Quijote; antes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos; veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.»

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo á todas partes, decía: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí; que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: «¿No le decía yo, señor Don Quijote, que

se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté



Fuése adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además.

primero... Pero no vayas ahora; que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.»

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

«¡Santa María! dijo Sancho: y ¿qué es esto que me ha sucedido! Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco más en ello, echó de ver, en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele

el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo; y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además; y viéndole Don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: «Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no! respondió Sancho: por ventura el que allá mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que aquí me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho! dijo Don Quijote.

—Sí que me faltan, respondió Sancho.

—Dese modo, no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quijote.

—Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestra merced es.

—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar (y más andando tan en su servicio como andamos), pues no falta á los mosquitos del aire ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote; porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la Universidad de París: de

donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el ato y el garabato.

—Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y tiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta; que allí siento el dolor.»

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: «¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna; que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba; que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la caballería. Sube, amigo, y guía; que yo te seguiré al paso que quisieres.»

Hízolo así Sancho, y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la Orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro; que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho, dijo Don Quijote; mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria; y también puedes tener por cierto que, por la culpa de no habérmelo tu acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda; que modos hay de composición en la Orden de la caballería para todo.

—Pues ¿juré yo algo por dicha! respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote; basta que yo entiendo que de participante no estás muy seguro; y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le

torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.»

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre; que, con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero, con todo esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razón hallaría en él alguna venta. Yendo, pues, desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que, por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo: «Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! respondió Sancho. Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran!

—Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgremir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?

—Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place», respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí á muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente descubrieron que detrás de los encamisados venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas; que bien advirtieron que no eran caballos en el sosiego con que

caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo; lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y



Y trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: «Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado.

con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: «Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, y qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís»; y picando la mula, pasó adelante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: «Deteneos, y sed más

bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.»

Era la mula asombradiza; y al tomarla del freno, se espantó de manera, que alzándose en los pies, dió con su dueño y consigo en el suelo. Un mozo, que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió al mozo enlutado y mal sufrido, y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba; que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo, envueltos y revueltos en sus faldamentos y lobas, no se podían mover; así que, muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: «Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote; y llegándose á él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

A lo cual respondió el caído: «Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna quebrada. Suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio; que soy licenciado, y tengo las primeras Ordenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor? replicó el caído: mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató? preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller.

—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el Bachiller, pues á mí, de derecho, me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve sin duda.

—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán?»

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Halló Sancho un talego ó costal en la acémila, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.

Díjole también Sancho: «Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.*

Con esto se fué el Bachiller. Olvidábaseme de decir que antes dijo á Don Quijote: «Advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo*, etc.

—No entiendo ese latín, respondió Don Quijote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más, que yo no pensé

que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruí Díaz cuando quebró la silla del Embajador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó; y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.»

En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra; y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le había movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces que nunca.

«Yo se lo diré, respondió Sancho; porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

—No es eso, respondió Don Quijote, sino que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Doncellas*, aquéste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.

—No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho; sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren; que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura;* y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.»

Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como había imaginado.

Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole: «Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga: no hay que hacer más sino

retirarnos con gentil compás de pies; y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura, y el vivo á la hogaza»; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle á replicar, le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XX

De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo, que estas yerbas humedece; y así, será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.»

Parecióle bien el consejo á Don Quijote; y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo, que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acer-

taron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su adarga, terció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama; y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra: así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, después de los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea; y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía, Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: «Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de

entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más, y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas; pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana; que, á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo; puesto que por buen discurso bien se puede entender que falta poco de aquí al día.

—Falte lo que faltare, respondió Don Quijote; que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero; y así, te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.»

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: «Ea, señor; que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón.»

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo: «Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de

esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar, respondió Sancho; que yo entretendré á vuestra merced, contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día, y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿Á qué llamas apear ó á qué dormir! dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres; que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, respondió Sancho; que no lo dije por tanto.»

Y llegándose á él, puso la una mano en el arzón delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido; á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía.

«Pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento; que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar... Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera; que fué una sentencia de Catón Zonzorino romano, que dice: *Y el mal para quien le fuere á buscar,* que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote; y del camino que hemos de seguir, déjame á mí el cuidado.

—Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo (quiero decir que guardaba cabras), el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

—Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

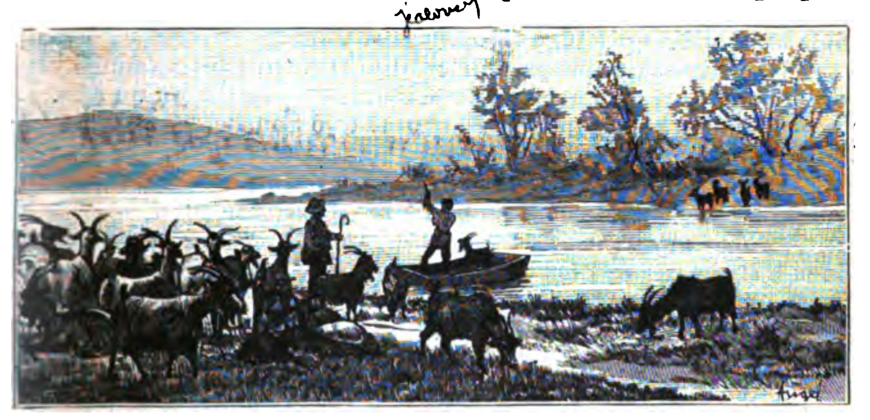
—De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas; y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quisieres, respondió Don Quijote; que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—Luego ¿conocístela tú? dijo Don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fué, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasa-



Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra...

ban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, más que nunca le había querido.

—Esa es natural condición de mujeres, dijo Don Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

—Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinación; y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva, que lo supo, se fué tras él, y seguíale á pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas llevase lo que llevase (que yo no me quiero meter ahora en averiguallo), sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana; y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó, no

había barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte; de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador, que tenía junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra... Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto, volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote; no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.

—Yo ¿qué diablos sé! respondió Don Quijote.

—He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues, por Dios que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso! respondió Don Quijote. ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir; y á fe que era de mucha verdad y contento.

—¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida; aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir; que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante.» Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser, ó que del frío de la mañana, que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña

de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo, al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo.

Oyólo Don Quijote y dijo: «¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser; que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.» Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: «Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo, respondió Sancho; mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quijote.

—Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

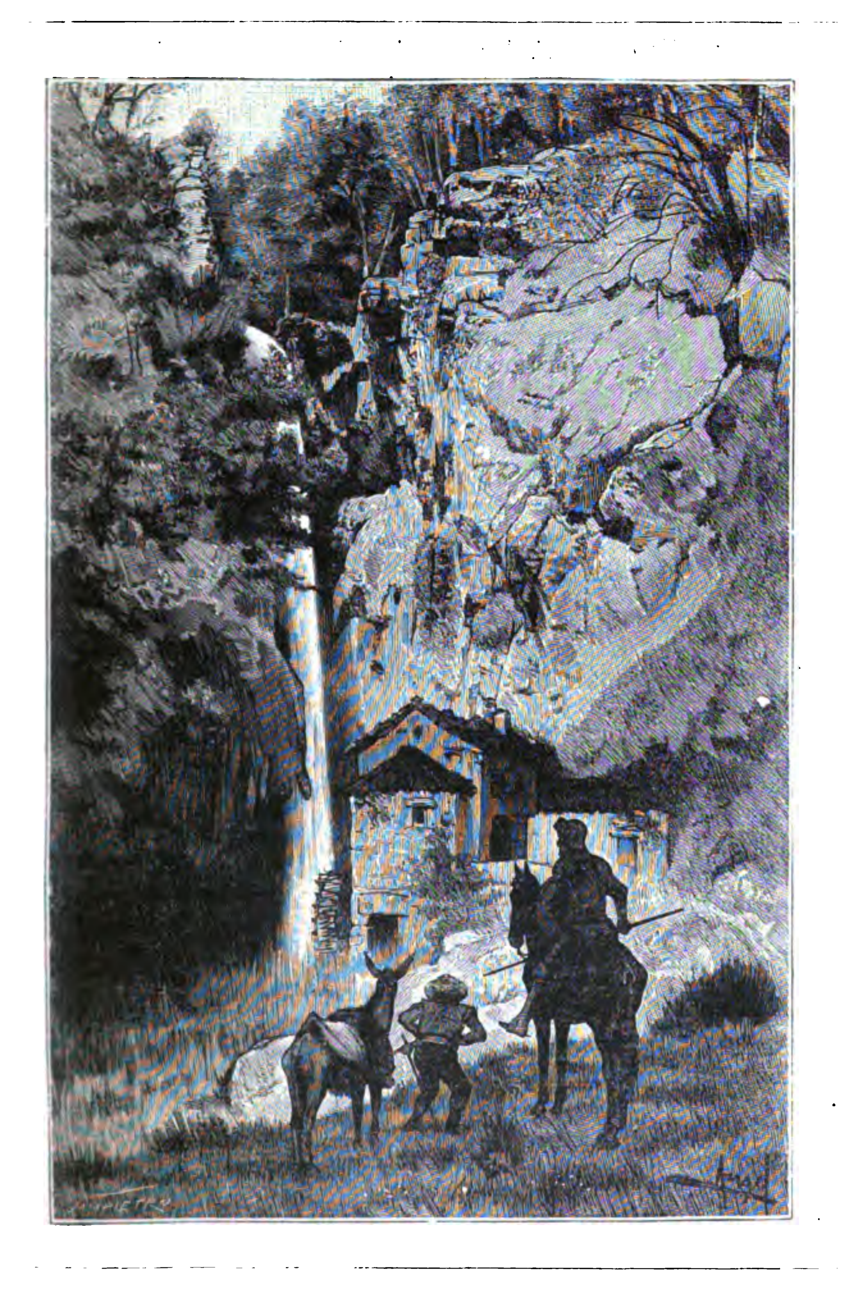
—Peor es meneallo, amigo Sancho», respondió Don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas, viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabía hacer. Viendo, pues, Don Quijote que ya Rocinante se movía lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer

distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura; sintió también que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podía causar; y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días á lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días. Tornóle á referir el recado y embajada que había de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que, en lo que tocaba á la paga de sus servicios, no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad, del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo; cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho á pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua; al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aún no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido... Y eran (si no lo has ¡oh lector! por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote



Soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo.

á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga: «Has de saber ¡oh Sancho amigo! que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos»; y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales, que si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho qué sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: «Sosiéguese vuestra merced; que, por Dios, que me burlo.

—Pues porque os burláis, no me burlo yo, respondió Don Quijote.

—Venid acá, señor alegre: ¿paréceos á vos que si, como éstos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo, como soy, caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes ó no? Y más, que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

—No haya más, señor mío, replicó Sancho; que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido?... á lo menos el que yo tuve; que de vuestra merced, ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo, respondió Don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digno de contarse; que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas.

—A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oído decir: Ese te quiere bien que te hace llorar; y más, que suelen los principales señores, tras una

mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas; aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme.

—Tal podría correr el dado, dijo Don Quijote, que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo; y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejo estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo, *more turquesco*. Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sólo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia! De todo lo que he dicho, has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero; así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo; y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.

—Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir á lo de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañir.

—No creo yo, respondió Don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podía suceder; que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.

—Desa manera, replicó Don Quijote, vivirás largamente sobre la haz de la tierra, porque después de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.»



CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el ínterin en los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote, por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: «Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todo son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra, otra se abre.» Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo

Sancho; que no querría que fuesen otros batanes, que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.

—¡Válate el diablo por hombre! replicó Don Quijote; ¿qué va de yelmo á batanes!

—No sé nada, respondió Sancho; mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo Don Quijote. Dime, ¿no ves aquel caballero, que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio, rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo ú columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo Don Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas; verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar de tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo, que tanto he deseado.

—Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis, ni por pienso, más eso de los batanes, dijo Don Quijote; que ¡voto... y no digo más, que os batanee el alma!»

Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliese el voto; que le había echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él, sí; y así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traía una bacía de azófar; y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó á llover; y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza; y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasión porque á Don Quijote le pareció caballo rucio, rodado, y caballero y yelmo de oro; que todas las cosas que veía, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos; y cuando él vió que el pobre barbero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: «Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe.»

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo; y no hubo

tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento.

Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido.

Mandó á Sancho que alzase el yelmo; el cual, tomándole en las manos, dijo: «Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí»; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje; y como no se le hallaba, dijo: «Sin duda que el pagano á cuya medida



El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí...

se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza; y lo peor dello es que le falta la mitad.»

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.

«¿De qué te ríes, Sancho? dijo Don Quijote.

—Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la una mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere; que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el

dios de las batallas; y en este entre tanto la traeré como pudiere; que más vale algo que no nada: cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

—No me da mucha pena el haberle perdido; que ya sabes tú, Sancho, dijo Don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.

—También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto más, que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada; que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare.

—Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto Don Quijote; porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que, bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo; que, á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena, la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de fermosa como tiene»; y aquí dió un suspiro que le puso en las nubes.

Y dijo Sancho: «Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas los estacazos de los yangüeses. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio, rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que, según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás; y ¡para mis barbas si no es bueno el rucio!

—Nunca yo acostumbro, dijo Don Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie; si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita; así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea; que, como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él.

—Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar

trocar un asno por otro; y querría saber si podría trocar los aparejos siquiera.

—En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quijote; y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los truecues, si es que tienes dellos necesidad extrema.

—Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester más»; y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tál era el aborrecimiento que les tenían, por el miedo en que los habían puesto. Cortada, pues, la cólera, y aun la malenconía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía, por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía; con todo esto, volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: «Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola, que ahora tengo en el pico de la lengua, no querría que se malograse.

—Dila, dijo Don Quijote, y sé breve en tus razonamientos; que ninguno hay gustoso si es largo.

—Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos días á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen; y así, me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algún emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual según sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.

—No dices mal, Sancho, respondió Don Quijote; mas antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en probación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere á la corte de algún

gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces diciendo: «Este es el caballero del Sol (ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas); éste es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza; el que desencantó al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento en que había estado casi novecientos años.» Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos; y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará á las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reino; y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «Ea sús, salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, á recebir á la flor de la caballería, que allí viene»: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puedan hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana; y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intrincable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico mantón de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reina é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes; y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes, detrás del enano, viene con cierta adivinanza hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acertare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará significación, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada además por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él; y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará costésmente las manos por la merced que le face; y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas del aposento donde ella duerme, que caen á un jardín, por las cuales

ya otras muchas veces la habrá fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fía. Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora; finalmente, la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la Princesa que se detenga lo menos que pudiere; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará por acabar la vida. Vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir, del dolor de la partida; madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reina y de la Infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no; asegurará la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero, sino en sujeto real y grave; contiénese con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer, en pago de sus servicios, no se la quiere dar el Rey porque no sabe quién es; pero, con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa; muérese el padre, hereda la Infanta, queda rey el caballero, en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado; casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura.*

—No lo dudes, Sancho, replicó Don Quijote, porque del mesmo modo, y por los mesmos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Sólo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte. También me falta otra cosa: que, puesto caso

que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podrá hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el Rey dar á su hija por mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos; así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron; y podría ser yo de suerte que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde más gusto me diere; que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

—Ahí entra también, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos. Dígolo porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño que en tanto que se hagan las paces, y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.

—Eso no hay quien lo quite, dijo Don Quijote.

—Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

—Hágalo Dios, respondió Don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester; y ruin sea quien por ruin se tiene.

—Sea por Dios, dijo Sancho; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde, esto me basta.

—Y aun te sobra, dijo Don Quijote; y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso; porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde, cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren; que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

—Y ¡montas, que no sabría yo autorizar el litado! dijo Sancho.

—Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo.

—Sea así, respondió Sancho Panza; digo que le sabría bien acomodar: porque, por vida mía, que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas, á uso de conde extranjero! Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas

—Bien parecerás, dijo Don Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo; que, según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

—¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero y tenerle asalariado en casa? Y aun si fuere menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

—Pues ¿cómo sabes tú, preguntó Don Quijote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos?

—Yo se lo diré, respondió Sancho. Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél; respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

—Digo que tienes razón, dijo Don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero; y aún es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde.

—Así será», respondió Don Quijote; y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.





CAPÍTULO XXII

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce y nunca imaginada historia, que después que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, Don Quijote alzó los ojos y vió que, por el camino que llevaba, venían hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos.

Venían asimismo con ellos tres hombres de á caballo y dos de á pie: uno de á caballo con escopeta de rueda, y los demás con dardos y espadas; y así como Sancho Panza los vió, dijo: «Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras.

—¿Cómo gente forzada! preguntó Don Quijote; ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolución, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

—Así es, dijo Sancho.

—Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.»

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba á galeras; y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

«Con todo eso, replicó Don Quijote, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.»

Añadió á éstas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán, si quisieren; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.»

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.

Él respondió que por enamorado.

«¿Por eso no más! replicó Don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote; que los míos fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, á no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad; fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas? preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras», respondió el galeote; el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo: «Este, señor, va por canario... digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo! replicó Don Quijote: por músicos y cantores ¿van también á galeras?

—Sí, señor, respondió el galeote; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he oído yo decir, dijo Don Quijote, que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés, dijo el galeote; que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo», dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: «Señor caballero, cantar en el ansia dice entre esta gente *non sancta* al confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias; y por haber confesado, le condenaron por seis años á galeras, amén de docientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y acriminan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así», respondió Don Quijote; el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: «Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia y basta.»

Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venía, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: «Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido, en pompa y á caballo.

—Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

—Así es, replicó el galeote; y la culpa porque le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo: en efeto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

—A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo Don Quijote, por solamente el alcahueteo limpio, no merecía él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas; porque no es así como quiera el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida; y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y cono-

cido, como corredores de lonja; y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más á menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré á quien lo pueda proveer y remediar; sólo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no han yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

—Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa; en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacía mal en ello; que toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato»; y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna.

Pasó adelante Don Quijote, y preguntó á otro su delito: el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado: «Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías; finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay diablo que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos. sentenciáronme á galeras por seis años, consentí..... castigo es de mi culpa; mozo soy, dure la vida; que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.» Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas

á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie de amigo, de la cual decendían dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado; de manera, que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza á llegar á las manos.

Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.

Respondióle la guarda que porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

«¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido más pena que echarle á las galeras?

—Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor Comisario, dijo entonces el galeote: váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo; y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

—Hable con menos tono, replicó el Comisario, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

—Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—Pues ¿no te llaman así, embustero? dijo la guarda.

—Sí llaman, respondió Ginés; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios; que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad, dijo el Comisario; que él mesmo ha escrito su historia, que no hay más que ver, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.

—Y le pienso quitar, dijo Ginés, si quedara en docientos ducados.

—¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.

—Es tan bueno, respondió Ginés, que ¡mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren! Lo que le sé decir á voacé es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte,* respondió él mismo.

—Y ¿está acabado? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aún no está acabada

mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? dijo Don Quijote.

—Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Ginés; y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro: que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester; aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

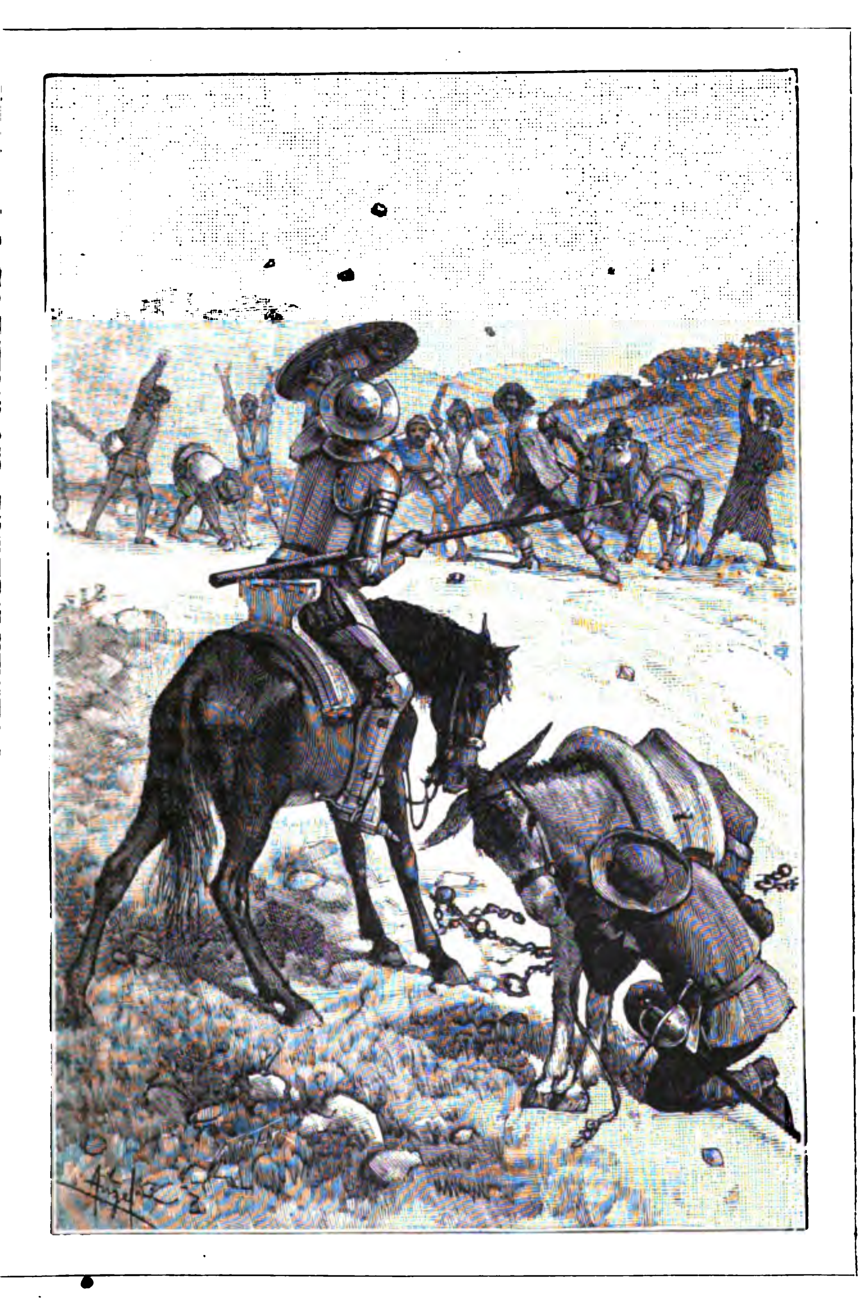
—Hábil pareces, dijo Don Quijote.

—Y desdichado, respondió Ginés; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen á los bellacos, dijo el Comisario.

—Ya le he dicho, señor Comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco; que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda; si no, ¡por vida de...! Basta: que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos; que ya es mucho regodeo éste.»

Alzó la vara en alto el Comisario para dar á Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas Don Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo: «De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades; todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y Comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido



Comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con el adarga.

esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

—¡Donosa majadería! respondió el Comisario. ¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco», respondió Don Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados.

Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes, que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los aguardaba, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado; y arremetiendo al Comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual á campaña herida saldría á buscar los delincuentes; y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

«Bien está eso, dijo Don Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga»; y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habían despojado al Comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: «De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofenden es la ingratitud. Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recebido; en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura.»

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo: «Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced; y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues ¡voto á tal, dijo Don Quijote (ya puesto en cólera), don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas!»

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros; y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con el adarga, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querrían quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán, dejándole en pelota; y repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien había hecho.



CAPÍTULO XXIII

De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIÉNDOSE tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: «Siempre, Sancho, lo he oído decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar desde aquí para adelante.

—Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da á ella, por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo Don Quijote; pero, porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté

deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello; y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste, que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad, que dices que temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, y á los siete Macabeos, y á Cástor y Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á las fuerzas, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarlo todo en un día; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame; que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.»

Subió Don Quijote, sin replicarle más palabra; y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía; cosa que la juzgó á milagro, según fué lo que miraron y buscaron los galeotes.

Así como Don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido á caballeros andantes, é iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habían quedado; y así, iba tras su amo, sentado á la mujeriega sobre su jumento, sacando de su costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto, que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle, si fuese menester; y cuando llegó, fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos; y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della, vió lo que

en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro. Y así como los vió, dijo: «¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!» Y buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido: éste le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced; y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra; y salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso, respondió Sancho; porque, si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices, dijo Don Quijote; y así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrearlo, y venir en conocimiento de lo que deseamos.»

Abrióle, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vió que decía desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasión que me condena
Al género más duro de tormento.
Pero, si Amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razón muy buena
Que un dios no sea cruel: pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento!
Si digo que sois vos, Fili, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta rüina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

«Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada; si ya no es que por ese hilo que está ahí, se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí? dijo Don Quijote.

—Paréceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí *hilo.*

—No dije sino *Fili,* respondió Don Quijote; y éste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

—Luego ¿también, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas?

—Y más de lo que tú piensas, respondió Don Quijote; y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó

los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes; verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

—Lea más vuestra merced, dijo Sancho; que ya hallará algo que nos satisfaga.»

Volvió la hoja Don Quijote, y dijo: «Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho.

—En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote.

—Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho; que gusto mucho destas cosas de amores.

—Que me place, dijo Don Quijote»; y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decía desta manera:

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde »antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones »de mis quejas. Desecházteme ¡oh ingrata! por quien tiene más, no »por quien vale más, que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se »estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas pro»pias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella »entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate »en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de »tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepen»tida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no poseo.»

Acabando de leer la carta, dijo Don Quijote: «Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdeñado amante»; y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por negligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento; y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algún desesperado término; pero, como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar

adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería (que era por donde él podía caminar), siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figurósele que iba medio desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos le cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta; y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta; y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle; y así, mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les había quitado de delante.

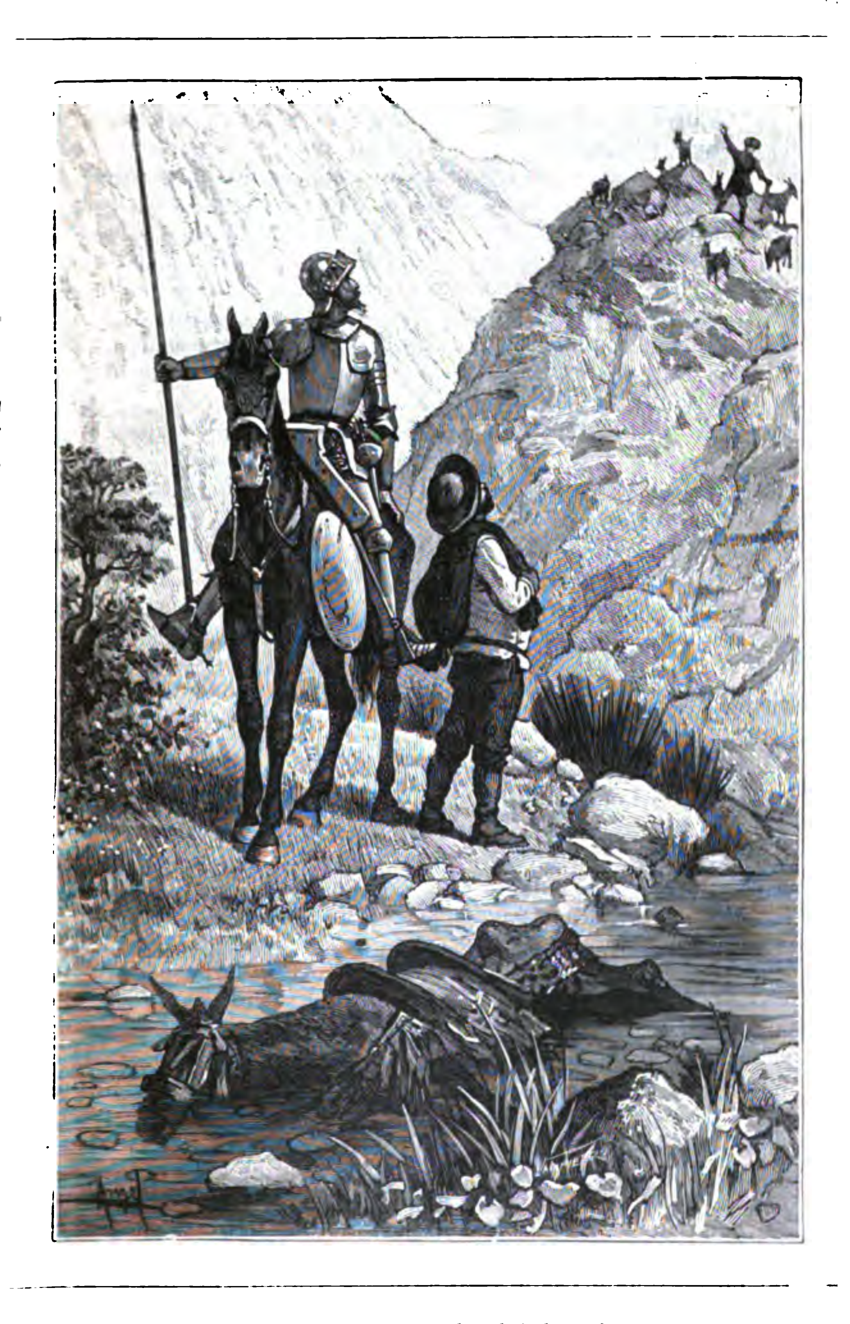
—No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas; rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.»

A lo que Sancho respondió: «Harto mejor sería no buscarle; porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claró está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.

—Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote; que ya que hemos caído en sospecha de tener el dueño casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselo; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mí se me quitará si le hallo.»

Y así, picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caída muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la



Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darían buena cuenta.

sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos que quién les había traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras, ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase; que de todo le darían buena cuenta.

Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo: «Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojín y á una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos.

—También la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algún desmán, y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sotil, y debajo de los pies se levanta all hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.

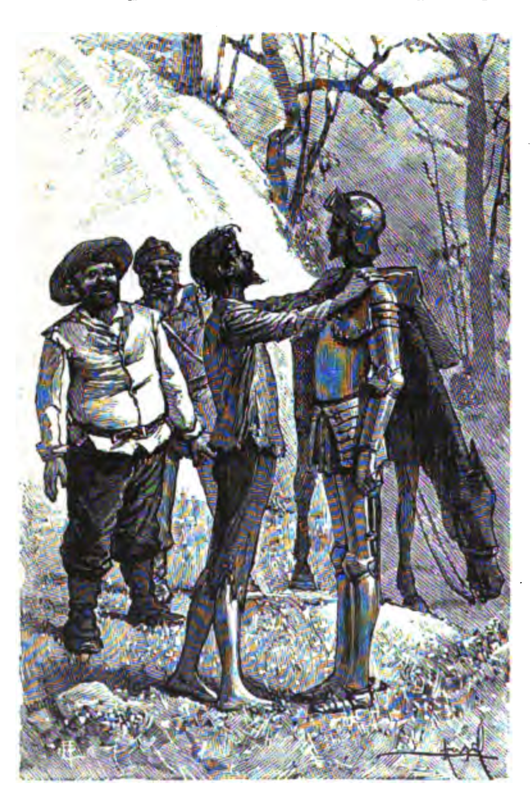
—Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho; que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba: que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote: ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pie de seis meses, poco más á menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes. Preguntónos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida: dijímosle que era ésta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la Sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que, desde allí á algunos días, salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada, se llegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la Sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos días por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el

vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte, que apenas le conocimos; sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos costésmente; y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía, para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él; pedímosle también que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón del asalto pasado, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera y cuál le veíamos entonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró, enmudecióse y clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque, por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados; y todo esto hacía diciendo: «¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste; estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño»; y á estas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre; y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venía á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido

al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, si no lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos; y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quién es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez»; que ya le había dicho Don Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la Sierra; el cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenía pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció (por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban) el mancebo que buscaba, el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que, llegando cerca, vió Don Quijote que un coleto hecho pedazos, que sobre sí traía, era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debía de ser de ínfima calidad. En llegando el man-



Y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando...

cebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento; y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote el de la *Triste*, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle á él: en resolución, el primero que habló después del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.





CAPÍTULO XXIV

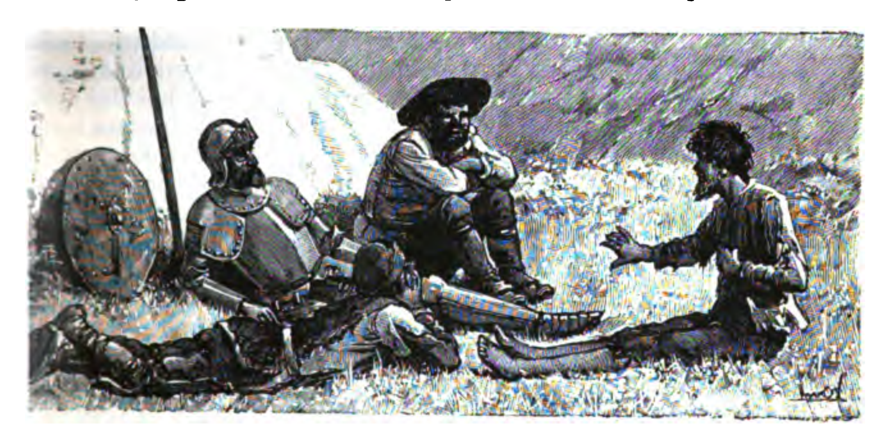
Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena.

Dice la historia que era grandísima la atención con que Don Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual, principiando su plática, dijo: «Por cierto, señor, quien quiera que seáis (que yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado; y quisiera yo hallarme en términos que con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa, con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo, respondió Don Quijote, son de serviros, tanto, que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podía hallar algún género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera; que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas; y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois, y la causa que os ha

traído á vivir ó á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro, añadió Don Quijote, por la Orden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, he de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido.»

El caballero del *Bosque,* que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura,* no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado, le dijo: «Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den;



Después de haberse acomodado en su asiento, dijo:...

que después de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.»

Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviado de allí estaba. En llegando á él, se sentó en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo: «Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en ese se quedará lo que fuere contando.»

Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo: «Esta prevención que hago es porque querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que de añadir otras de nuevo; y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas; puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo.»

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

«Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello; porque bien veían que cuando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella tanto el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negación añadir llama á llama y deseo á deseo; porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con más libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida.

»¡Ay, cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice; á lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas; pero que, siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda

mujer para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello como yo se lo dijese; y con este intento, luego, en aquel mismo instanse fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía.

»Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde el Duque estaba; que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimación en que me tenía. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: «De aquí á dos días te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces»: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos días, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quería: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba; fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; que, aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que don Fernando me quería y trataba. Es, pues, el caso que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado, que le traía con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cuál destas cosas tuviese más excelencia, ni más se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlos y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle, y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné

de decirle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venía; y así, por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que daría él al Duque, de que venía á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

»Apenas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi afición... aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacía su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, según después se supo, había gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haría cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor... quiero decir, que así como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución.

»Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase; venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta, por mi mal, á don Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discreción de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada; cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana, por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla en signo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo, que á mí me celaba, y al cielo á solas descubría, quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias

de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que, puesto que yo veía con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razón á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática, aunque la trujese por los cabellos; cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso, me hacía temer mi suerte en lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, á título que de la discreción de los dos gustaba mucho: acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en qué leer (de quien era ella muy aficionada), me escribió un billete diciéndome que la pidiese á mis padres por esposa, y lo puso, y lo halló luego don Fernando, dentro del libro, que era el de *Amadís de Gaula*...»

No hubo bien oído Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: «Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado, junto con Amadís de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no durará más en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea; que allí le podré dar más de cien libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida... aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores; y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos, de no interromper su plática; pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna; así que, perdón y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.»

En tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: «No

se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madásima.

—Eso no ¡voto á tal! respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre); y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería, por mejor decir. La reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pie ó á caballo,



Y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

armado ó desarmado, de noche ó de día, ó como más gusto le diere.»

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oído. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros. Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le

quiso defender, corrió el mismo peligro; y después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho; y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decía Sancho, asido con el cabrero: «Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado.

—Así es, dijo Don Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.»

Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle, ó cuerdo ó loco.





CAPÍTULO XXV

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo de la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: «Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, peladillazos y puñadas; y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres porque

te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea así, dijo Sancho: hable yo ahora; que después, Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara por ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis torniscones.

—A fe, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo; y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

—Eso digo yo, dijo Sancho; que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, ¡buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda! Pues ¡montas que no se librara Cardenio por loco!

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean; cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa además, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades (que las tuvo muchas); y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

—Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho; allá se lo hayan; con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que de Dios dijeron.

—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho,

ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas! Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago ó hiciere, va muy puesto en razón y muy conforme á las reglas de caballería; que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote; porque te hago saber que no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.

—Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

—No, respondió el de la Triste Figura; puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia! dijo Sancho.

—Sí, dijo Don Quijote; porque, si vuelves presto de donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes... no he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. ¡Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo! porque se engañan, juro, cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán; no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para dar ejemplo á los venideros hombres, de sus virtudes. Desta misma suerte Amadís fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera del amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo. que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de

alcanzar la perfección de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que, me es á mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos; y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

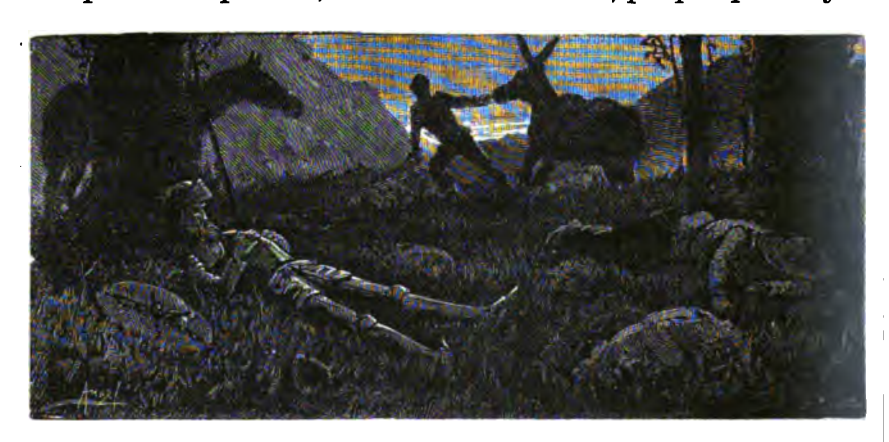
—¡Ya no te he dicho, respondió Don Quijote, qué! Quiero imitar á Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil violencias dignas de eterno nombre y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar á Roldán ú Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenía) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren ser más esenciales; y podría ser que viniese á contentarme con sólo la imitación de Amadís, que, sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?

—Ahí está el punto, respondió Don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado! Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía, Dulcinea del Toboso; que, como ya oiste decir á aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras; y siéndolo, no sentiré nada; así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en

que me dejares, gozando el bien que me trujeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.»

A lo cual respondió Sancho: «¡Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere



Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento...

decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de medio día, ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me hiciere tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mesmo que denantes juraste te juro, dijo Don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Que es posible que, en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés! Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte,

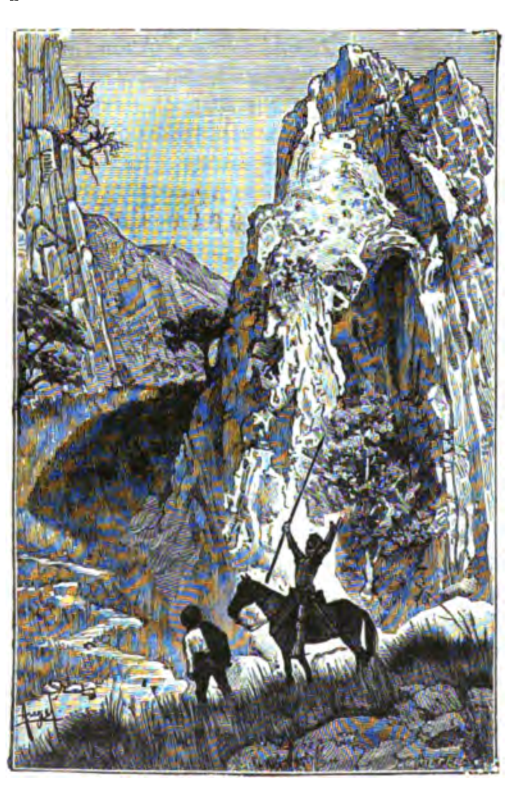
hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo; que por ahora no le he menester; que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldán que á Amadís.»

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba; y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón que de la cadena, por virtud y locura de Don Quijote, se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde había llevado á Don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su Rucio; el cual, viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo; y fué de manera, que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: «¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganabas cada día mediaba yo mi despensa!»

Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de asnos, para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don Quijote la merced que le hacía; y cargando con todo aquello que había de llevar el Rucio, merced á Ginesillo de Pasamonte, siguió á su amo por donde Rocinante le llevaba, hasta que en diversas pláticas llegaron al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y

vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban; había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así, en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: «Este es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habéis puesto; este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. ¡Oh vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada! oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh vosotras, Napeas y Dríadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis á lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canséis de oilla. ¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía á mi soledad! dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aquí me verás



«Este es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura...

hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello»; y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas le dijo: «Libertad te da el que sin ella queda ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres; que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.»

Viendo esto Sancho, dijo: «¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al Rucio! que á fe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué; que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios quería; y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del Rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta; que si la hago á pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en resolución, soy mal caminante.

—Digo, Sancho, respondió Don Quijote, que sea como tú quisieres; que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

—Pues ¿qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto!

—¡Bien estás en el cuento! respondió Don Quijote; ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar.

—Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que á tal peña podría llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer que, ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla; se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón; y déjeme á mí el cargo; que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió Don Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera sería contravenir á las Ordenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos; y el hacer una cosa por otra lo mesmo es que mentir; así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno, respondió Sancho, que si se perdieran sin él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más

de aquel maldito brebaje; que en sólo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace; que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho! dijo Don Quijote; mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien ha infierno, respondió Sancho, *nula es retencio,* según he oído decir.

—No entiendo qué quiere decir *retencio,* dijo Don Quijote.

—*Retencio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél; la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura; pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca también, añadió Sancho.

—Todo era menester, dijo Don Quijote; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de ciertos árboles ó en unas tablitas de cera; aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien, y aun más que bien, escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.

—Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho.

—Nunca las cartas de amores se firman, respondió Don Quijote.

—Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar; y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mesmo librillo firmada, y en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda

su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que á la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—Ta, ta, dijo Sancho: ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo!

—Esa es, dijo Don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco, dijo Sancho, puesto que nunca la he visto; y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo á cualquier caballero andante ó por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hi de puta, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea á llamar á unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre; y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señór Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo; y querría ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos días que lo deseo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero; pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo (digo, á la señora Dulcinea del Toboso) de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

—Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo Don Quijote, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio

boto, muchas veces despuntas de agudo; mas, para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo; alcanzólo á saber un su mayor, y un día dijo á la buena viuda, por vía de fraternal reprensión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta ciudad tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero»; mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en Fulano, por idiota que le parezca; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles.» Así que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que los más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así, bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere; que, si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos.

—Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios, que me mudo.»

Sacó el libro de memoria Don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta; y en acabándola, llamó á Sancho y le dijo que se la quería leer, porque la tomase de memoria.

por si acaso se le perdiese por el camino; que de su desdicha todo se podía temer.

A lo cual respondió Sancho: «Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele; que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate; que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero, con todo eso, dígamela vuestra merced; que me holgaré mucho de oílla; que debe de ir como de molde.

—Escucha; que así dice, dijo Don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO

«Soberana y alta señora:

»El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del »corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él »no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, »si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de »sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser »fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera »relación ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía! del modo que por »tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo »que te viniere en gusto; que con acabar mi vida, habré satisfecho á »tu crueldad y á mi deseo.

»Tuyo hasta la muerte,

»*El Caballero de la Triste Figura.*»

—¡Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás he oído! ¡Pesia á mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere! y ¡qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo trayo.

—Ea, pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place, dijo Don Quijote»; y habiéndola escrito, se la leyó, que decía así:

«Mandará vuestra merced por ésta primera de pollinos, señora »Sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé »en casa y están á cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se »los mando librar y pagar por otros tantos, aquí recebidos de contado; »que con ésta, y con su carta de pago, serán bien dados. Fecha en las »entrañas de Sierra Morena, á veinte y nueve de Agosto deste pre»sente año.»

—Buena está, dijo Sancho; fírmela vuestra merced.

—No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica; que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos, fuera bastante.

—Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendición; que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras (que las haré en menos de media hora), porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced; que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que antes hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento; cuanto más, que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece; y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué, por una... No me lo haga decir la señora, porque, por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! Mal me conoce; pues á fe que si me conociese, que me ayunase.

»El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón...

—A fe, Sancho, dijo Don Quijote, que, á lo que parece, no estás tú más cuerdo que yo.

—No estoy tan loco, respondió Sancho; mas estoy más colérico. Pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores?

—No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quijote; porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren; que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.»

A esto dijo Sancho: «¿Sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, según está escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo Don Quijote, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitación del hilo del laberinto de Teseo.

—Así lo haré», respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendición á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de retama, como su amo se lo había aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: «Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien; que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo? dijo Don Quijote. Espérate, Sancho; que en un credo las haré»: y, desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas, la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco: y así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.





CAPÍTULO XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia que, así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido, sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era, que ¿cuál sería mejor y le estaría más á cuento? ¿imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las malencónicas? y hablando entre sí mismo, decía: «Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla! pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro; aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roscesvalles. Pero, dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio; que es cierto que le perdió, por las señales que halló en la fontana, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, paje de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le había cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿cómo puedo imitalle en las

locuras, si no le imito en la ocasión dellas! Porque mi Dulcinea del Toboso..... osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifiesto si, imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, según su historia, no fué más de que (por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni para qué tengo de enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo, que, si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y encomendarse á Dios; pero ¿de qué haré rosario? que no le tengo.» En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fué de unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millar de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era, no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda



Se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar...

arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, después que á él allí le hallaron, no fueron más que éstos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas
Que en aqueste sitio estáis,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgáis,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque el más terrible sea;
Pues, por pagaros escote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Es aquí el lugar adonde
El amador más leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y así, hasta henchir un pipote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras
(Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras);
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa;
Y en tocándole al cogote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decía también *del Toboso,* no se podría entender la copla; y así fué la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á la dolorosa y húmida Eco, que le escuchasen, respondiesen y consolasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si, como tardó dos días, tardara dos semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por con-

tar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente; que había grandes días que todo era fiambre.

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: «Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el Ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

—Sí es, dijo el Licenciado, y aquél es el caballo de nuestro Don Quijote»; y conociéronle tan bien como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros; los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: «Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?»

Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.

«No, no, dijo el Barbero; Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso, morena.

—No hay para qué conmigo amenazas; que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor.»

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las primeras aventuras que le habían con él sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta, que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el Cura que se la mostrase; que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podría hallar si le buscara hasta agora, porque se había quedado Don Quijote con él, y no se le había dado, ni á él se

le acordó de pedírselo. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba; y sin más ni más, se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas; y luego, apriesa y sin cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre.

Visto lo cual por el Cura y el Barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

«¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido, de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo!

—¿Cómo es eso! replicó el Barbero.

—He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venía la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa»; y con esto les contó la pérdida del Rucio.

Consolóle el Cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haría revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacían en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar dónde y cuándo quisiesen.

«Decilda, Sancho, pues, dijo el Barbero, que después la trasladaremos.»

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: «Por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio decía: *Alta y sobajada señora.*

—No diría, dijo el Barbero, *sobajada,* sino *sobrehumana* ó *soberana señora.*

—Así es, dijo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa;* y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba; y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.*»

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo otras cosas

de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar; dijo también cómo su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por lo menos monarca; que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le había de casar á él, porque ya sería viudo (que no podía ser menos), y le había de dar por mujer á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulas ni ínsulos; que ya no los quería. Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de más gusto oir sus necedades; y así, le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decía, ó por lo menos arzobispo, ú otra dignidad equivalente.

A lo cual respondió Sancho: «Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.

—Suélenles dar, respondió el Cura, algún beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengáis pena, Sancho amigo, dijo el Barbero; que aquí rogaremos á vuestro amo (y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia) que sea emperador, y no arzobispo, porque le será más fácil, á causa de que él es más valiente que estudiante.

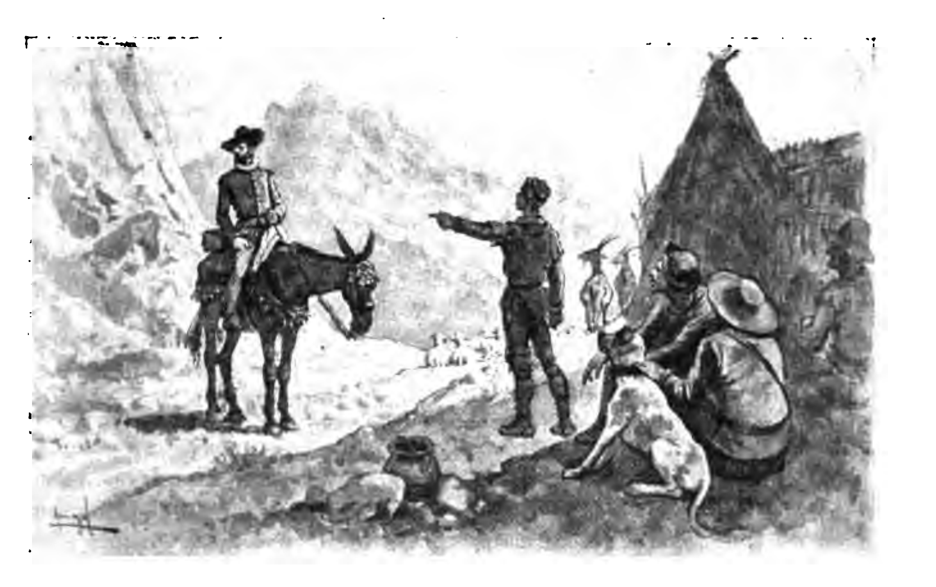
—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho; aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

—Vos lo decís como discreto, dijo el Cura, y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.»

Sancho dijo que entrasen ellos; que él esperaría allí fuera, y que

después les diría la causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, dió el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote y para lo que ellos querían, y fué, que dijo al Barbero que lo que había pensado era, que él se vestiría en hábito de doncella andande, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser el Cura una doncella afligida y menesterosa; y le pediría un don, el cual él no podría dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.





CAPÍTULO XXVII

De cómo salieron con su intención el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invención del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenía aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al Cura de modo que no había más que ver: púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Vamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro; encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol; y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula

á mujeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido; mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al Cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso; y trocando la invención, el Cura le fué informando del modo que había de tener, y las palabras que había de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió que, sin que se le diese lición, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba; y así, dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la Sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía; que, magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar dónde había dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habían dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocía, y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella; que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino, para ir á ser emperador ó monarca; que en lo de ser arzobispo no había de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar á su señor fuese emperador, y no arzobispo; porque él tenía para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, más podían los emperadores que los arzobispos andantes; también les dijo que sería bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de

su señora; que ya sería ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Pareciôles bien lo que Sancho Panza decía, y así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entróse Sancho por aquellas quebradas de la Sierra, dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el día que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacía el sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz, que, sin acompañarla son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron éstos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los *celos.*
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
Dese modo, en mi dolencia,
Ningún remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, *celos* y *ausencia.*

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿quién mi gloria repuna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo, yo recelo
Morir deste mal extraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y *el cielo.*

¿Quién mejorará mi suerte?
La *muerte.*
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
Dese modo, no es cordura
Querer curar la pasión,
Cuando los remedios son
Muerte, *mudanza* y *locura.*

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algún tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba; y queriéndolo poner en efeto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este

SONETO

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas, en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas;
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La falsedad cubierta con tu velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intención sincera;
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusión primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro; y los dos con atención volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se había vuelto en sollozos y lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse, estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos más de la vez primera cuando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido), se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y propuso que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mismo; y así, viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algún tanto, y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dijo así lo dieron á entender); y así, respondió desta manera: «Bien veo yo, señores, quien quiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envía, en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han

procurado sacarme desta á mejor parte; pero, como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun (lo que peor sería) por de ningún juicio; y no sería maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi pobre seso, que, sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea; y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque, viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efetos; y si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi descompostura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá, después de entendido, ahorraréis del trabajo que tomarais en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.»

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de lo que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la había contado á Don Quijote y al cabrero, pocos días atrás, cuando por ocasión del maestro Elisabad, y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que había hallado don Fernando entre el libro de Amadís de Gaula, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria, y que decía desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO

«Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que »en más os estime; y así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecu»tarme en la honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo, que »os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, »cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis »como decís, y como yo creo.»

«Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y otro como éste fué por quien quedó Luscinda en la opinión de don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efetuase. Díjele yo á don Fernando

en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello; no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendía dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacía conmigo. En resolución, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que yo deseaba jamás había de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda.

»¡Oh Mario ambicioso! ¡oh Catilina cruel! ¡oh Sila facineroso! ¡oh Galalón embustero! ¡oh Vellido traidor! ¡oh Julián vengativo! ¡oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te había hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te dí que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se había de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aún no poseía! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia.

»Digo, pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo día que se ofreció á hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traición? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traición de don Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaría más la conclusión de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme.

Quedé admirado deste nuevo accidente, hasta allí jamás en ella visto; porque siempre nos hablábamos (las veces que la buena fortuna á mi diligencia lo concedía) con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores; todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora; exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que, como enamorada, le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendía mi desenvoltura era á tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, según daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividía; pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenía, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios, que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada.

»Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho días, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fué invención del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué éste que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que le había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino; díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: «Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego, luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo»; «y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien reales

y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana; aunque primero vió cómo yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla; y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba (porque yo, señor, os conozco muy bien); y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosla; y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabéis, que es de diez y ocho leguas.»

«Y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo...

»En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podía sostenerme. En efeto, abrí la carta, y vi que contenía estas razones:

«La palabra que don »Fernando os dió, de hablar »á vuestro padre para que »hablase al mío, la ha cum»plido mucho más en su »gusto que en vuestro pro»vecho. Sabed, señor, que »él me ha pedido por espo»sa; y mi padre, llevado de »la ventaja que él piensa »que don Fernando os ha»ce, ha venido en lo que »quiere con tantas veras, »que de aquí á dos días se »ha de hacer el desposorio, »tan secreto y tan á solas, que sólo han de ser testigos los cielos y »alguna gente de casa. Cuál yo quedo, imaginaldo; si os cumple venir, »veldo; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á »entender. A Dios plega que ésta llegue á vuestras manos antes que »la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe »guardar la fe que promete.»

»Estas en suma fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entonces que no la compra de los

caballos, sino la de su gusto, había movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas; pues, casi como en vuelo, el propio día me puse en mi lugar, al punto y hora que convenía para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta; y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debía ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer! Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: «Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones... una daga llevo escondida, que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo.» Yo le respondí, turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: «Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria.»

»No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podía moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa, y como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas; y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría, por entre las cuales podía yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacía. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan; basta que sepáis que el desposado entró en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfeción de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspensión y arroba-

miento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido sólo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecían.

»¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oir estas digresiones que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso.»

A esto le respondió el Cura que, no sólo no se cansaban en oirle sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento.

«Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia; y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte ó la confirmación de mi vida. ¡Oh! quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: «¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía, y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido.» ¡Ah loco de mí! Ahora, que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice; ahora, que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme; en fin, pues fuí entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

»Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí quiero;* y lo mesmo dijo don Fernando; y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa; y ella, poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada

en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo, viendo en el sí que había oído burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algún tiempo el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos; sólo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardía de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacían para que del desmayo volviese.

»Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinación, si me viesen, de hacer un desatino, tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento, que después acá me ha faltado; y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que, por estar tan sin pensamiento mío, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mí mismo, y ejecutar en mí la pena que ellos merecían; y aun quizá con más rigor del que con ellos se usara si entonces les diera muerte, pues de la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde había dejado la mula; hice que me la ensillase; sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubría, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habían hecho.

»Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado; y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida, en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle se podía pensar ó que no tenía juicio, ó que en otra parte tenía la voluntad; cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvía diciendo que, puesto que ella dijera que yo

era su esposo, vieran ellos que no había hecho en escogerme tan mala elección, que no la disculparan; pues antes de ofrecérseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar á desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mía; que yo viniera y condecendiera con todo cuanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado,



Se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba.

entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

»Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hacia esta parte: luego me encaminé á ella, con intención de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre, se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos

me dijeron de la manera que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí, después acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro deseo ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: mi más común habitación es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo.

»Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo; otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extraña vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace, sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos; donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma; que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle.

»Esta es ¡oh señores! la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habéis visto; y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio; porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena, siendo ó debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad; y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle; y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte.»

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el Cura se prevenía para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte desta narración; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.



CAPÍTULO XXVIII

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la misma Sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha; pues por haber tenido tan honrosa determinación como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta Orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia; la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decía desta manera:

«¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y ¡cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males!»

Todas estas razones oyeron y percibieron el Cura y los que con él estaban; y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían,

se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo, vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos; ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habían sido sentidos, el Cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había: así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca; traía asimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía.



Acabóse de lavar los hermosos pies; y luego, con un paño de tocar, se los limpió.

Acabóse de lavar los hermosos pies; y luego, con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al Cura con voz baja: «Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.»

El mozo se quitó la montera; y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta

entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que después afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos; que, si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto les sirvieron de peine unas manos que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiración, y en más deseos de saber quién era, ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza; y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huída, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo; lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fué el primero que le dijo: «Deteneos, señora, quien quiera que seáis; que los que aquí veis sólo tienen intención de serviros: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huída, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.» A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa.

Llegaron, pues, á ella; y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió diciendo: «Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno. y traídola á tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo; pues ningún mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mía, ó señor mío, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte; que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias.»

En tanto que el Cura decía estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: «Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, y la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco

el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido; puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre, porque no habéis de hallar ni medio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero, con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera.»

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

«En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España; éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado, y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor, no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalón. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que, si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres; bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginación que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos rancios; pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros; puesto que, de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron.

»Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto; y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda. Por mí se recebían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente... de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta y era la

mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía al mayoral ó capataces y á otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentación, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo.

»Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa (porque los días que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de nuestras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vían mis ojos más tierra de aquella donde ponía los pies); con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad, por mejor decir, á quien los del lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de don Fernando; que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado.»

No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteración, que el Cura y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venía aquel accidente de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía; mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: «Y no me hubieron bien visto, cuando, según él dijo después, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas, por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes que, sin saber cómo, á mis manos venían, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos; todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecía de manera, como si fuera don Fernando mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacía, las hiciera para el efeto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento

verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas (que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas); pero á todo eso se oponía mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabían la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese.

»Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que había entre mí y don Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos; pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decían, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo.

»Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debía, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasión de decírosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos porque yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad y silencio deste encierro, me le hallé delante; cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y así, no fuí poderosa de dar voces... ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, según estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacía el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención.

»Yo, pobrecilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos semejantes, comencé, no sé en qué modo, á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasión menos que buena sus lágrimas y suspiros; y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algún tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: «Si como estoy,

señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué; así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningún efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no esperes que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.» «Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada), dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aquí tienes.»



Y esta imagen de nuestra Señora que aquí tienes.

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinión; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venía á parar lo que él ya casi sabía; sólo dijo: «¿Que Dorotea es tu nombre, señora! Otra he oído yo decir del mesmo, que quizá corre

parejas con tus desdichas. Pasa adelante; que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen.»

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabía se la dijese luego, porque si algo le había dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, á su parecer, ninguno podía llegar que el que tenía acrecentase un punto.

«No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo.

—Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, y con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido; puesto que antes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacía, y que considerase el enojo que su padre había de recebir de verle casado con una villana, vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algún bien me quería hacer por el amor que me tenía, fuese dejar correr mi suerte al igual de lo que mi calidad pedía; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan.

»Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento; bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes.

»Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí mesma: «Sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será don Fernando el primero á quien hermosura ó ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin, para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto; porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío!»

»Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginación; y sobre todo, me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdición, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposición y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y reca-

tado corazón como el mío. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo; tornó don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometía, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido.

»El día que sucedió á la noche de mi desgracia se venía, aún no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque don Fernando dió priesa por partirse de mí; y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le había traído, antes que amaneciese se vió en la calle; y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para más confirmación de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío. En efecto, él se fué, y yo quedé, ni sé si triste ó alegre; esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traición cometida de encerrar á don Fernando en mi mismo aposento; porque aún no me determinaba si era bien ó mal el que me había sucedido. Díjele al partir á don Fernando que por el mesmo camino de aquella podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitallo; puesto que supe que estaba en la villa y que los más días iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado.

»Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprensión de su atrevimiento antes no había oído; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron los respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fué, porque de allí á pocos días se dijo en el lugar cómo en una ciudad allí cerca se había casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiración.»

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que

encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: «Llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazón en oílla, fué tanta la cólera y rabia que se me encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me había hecho; mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. El, después que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinación; viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podía suceder; y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenía por hecho, á lo menos á decir á don Fernando me dijese con qué alma lo había hecho. Llegué en dos días y medio donde quería; y en entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija; cosa tan pública en la ciudad, que se hacían corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el *sí* de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo; y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad; y que si había dado el *sí* á don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba á entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habría quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Díjome más: que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro día, que contó á sus padres cómo ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe además que el Cardenio, según decían, se halló presente á los despo-

sorios; y que, en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le había hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella; de que perdían el juicio sus padres, y no sabían qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aún no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podría ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio para traerle á conocer lo que al primero debía, y á caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco.

»Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oídos un público pregón, donde se prometía grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de mi edad, y del mesmo traje que traía; y oí decir que se creía que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi huída, sino añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregón, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida; y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero, como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser pricipio de otra mayor, así me sucedió á mí; porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que, á su parecer, estos yermos le ofrecían, y con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mío, me requirió de amores; y viendo que yo con ásperas y justas palabras respondía á la desvergüenza de su propósito, dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta Sierra, al cual he servido de

zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así, tuve por menor inconveniente dejalle, y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis discursos. Digo, pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.





CAPÍTULO XXIX

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salían, tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que, aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo del pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mío ajeno de la honestidad que de mí se debían de tener prometida.»

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color, que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron, los que escuchado la habían, tanta lástima como admiración de su desgracia; y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: «En fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo!»

Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba (porque ya se ha dicho de la

mala manera que Cardenio estaba vestido); y así, le dijo: «Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

—Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura que, según vos, señora, habéis dicho, Luscinda dijo que era su esposo; soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estáis, me ha traído á que me veáis cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algún breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á los desposorios de don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda; yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fúé hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así, dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mío, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese; y víneme á estas soledades con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mía. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habéis contado, aún podría ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos; porque, presupuesto que Luscinda no pudo casarse con don Fernando por ser mía, ni don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que toméis otra resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro, por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros.»

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea; y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos; mas no lo consintió Cardenio; y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden cómo buscar á don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente.

Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecía. El Barbero, que á todo había estado suspenso y callado, hizo también su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles. Contó asimismo con brevedad la causa que allí los había traído, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que había ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quijote había tenido, y contóla á los demás; mas no supo decir por qué causa fué su cuestión.

En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo cómo le había hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que, puesto que le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corría peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podía ser: por eso, que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí. El Licenciado le respondió que no tuviese pena; que ellos le sacarían de allí, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenían pensado para remedio de Don Quijote, á lo menos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea que ella haría la doncella menesterosa mejor que el Barbero; y más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías, y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas, cuando pedían sus dones á los andantes caballeros.

«Pues no es menester más, dijo el Cura, sino que luego se ponga por obra; que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester.»

Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecía. Todo aquello, y más, dijo que había sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le había ofrecido ocasión de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los días de su vida había visto tan hermosa criatura; y así, preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién

era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

«Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada... es la heredera, por línea recta de varón, del gran reino de Micomicón de Etiopía, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es el que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.

—¡Dichosa buscada y dichoso hallazgo! dijo á esta sazón Sancho Panza; y más si mi amo es tan venturoso, que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma; que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir Ordenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo (como tengo) mujer y hijos, sería nunca acabar; así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre.

—Llámase, respondió el Cura, la princesa Micomicona; porque, llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.

—No hay duda en eso, respondió Sancho; que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda, y Diego de Valladolid; y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea: tomar las reinas los nombres de sus reinos.

—Así debe de ser, dijo el Cura; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos»; con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin duda alguna se daba á entender que había de venir á ser emperador.

Ya en esto se había puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocía al Licenciado ni al Barbero; porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir á ser emperador su amo; puesto que ni el Cura ni Cardenio quisieron ir con ellos: Cardenio, porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con él había tenido; y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia; y así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron

siguiendo á pie poco á poco. No dejó de avisar el Cura lo que había de hacer Dorotea; á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría, sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafrén, siguiéndole el bien barbado Barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: «De aquí no me levantaré ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

—No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levantéis de tierra.

—No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

—Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

—No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor», replicó la dolorosa doncella.

Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo: «Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide; que no es cosa de nada: sólo es matar á un gigantazo; y ésta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía.

—Sea quien fuere, respondió Don Quijote; que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo»; y volviéndose á la doncella, dijo: «La vuestra gran fermosura se levante; que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

—Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

—Digo que así lo otorgo, respondió Don Quijote; y así, podéis, señora, desde hoy más desechar la malenconía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituída en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande



«De aquí no me levantaré ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don...

estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor; que en la tardanza, dicen que suele estar el peligro.»

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento; y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual, viéndose armado, dijo: «Vamos de aquí, en el nombre de Dios, á favorecer esta gran señora.»

Estábase el Barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intención; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula; luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le representó la pérdida del Rucio, con la falta que entonces le hacía; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicón; sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros, á lo cual halló luego en su imaginación un buen remedio, y díjose á sí mismo: «¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros! ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio, con que vivir descansado todos los días de mi vida! No, sino dormíos, y no tengáis ingenio y habilidad para disponer de las cosas, y para vender tres, seis ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios, que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos ó amarillos: llegaos; que me mamo el dedo.»

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tijeras, que traía en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón; y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara.

Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real

antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la Sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo; y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos y diciendo á voces: «Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes.»

Y diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el Cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decía: «Déjeme vuestra merced, señor Licenciado; que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie.

—Eso no consentiré yo en ningún modo, dijo el Cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que á mí (aunque indigno, sacerdote) bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

—Aún no sabía yo tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quijote; y yo sé que mi señora la Princesa será servida, por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa; y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero; que él es tan cortés y tan cristiano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á caballo.

—Así es», respondió el Barbero; y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler (que para decir que era mala esto basta), alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de Maese Nicolás ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habían derribado las muelas.

Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas, sin quijadas y sin sangre, lejos del rostro del escudero caído, dijo: «¡Vive Dios, que

es gran milagro este! Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta.»

El Cura, que vió el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacía Maese Nicolás, dando aún voces todavía; y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían: y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes; de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al Cura que, cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo; que él entendía que su virtud á más que pegar barbas se debía de extender; pues estaba claro que, de donde las barbas se quitasen, había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo esto sanaba, á más que barbas aprovechaba.

«Así es, dijo el Cura»; y prometió de enseñársele en la primera ocasión. Concertáronse que, por entonces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaría hasta seis leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la Princesa y el Cura; y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: «Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere.»

Y antes que ella respondiese, dijo el Licenciado: «¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos.»

Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí; y así dijo: «Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

—Si así es, dijo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mío, dijo ella; porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso, he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—No más; cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mía, que ora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto.

—A eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura; porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y Maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mío, que ha muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos, que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieran como de nuevo. Y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que, á pesar del Comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, al oso entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo.» Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacía ó decía Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente. «Estos, pues, dijo el Cura, fueron los que nos robaron; que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.»





CAPITULO XXX

Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el Cura, cuando Sancho dijo: «Pues, mía fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo; y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

—Majadero, dijo á esta sazón Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus desgracias; sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde más largamente se contiene»; y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión; porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacían burla dél,

sino Sancho Panza, no quiso ser para menos; y viéndole tan enojado, le dijo: «Señor caballero, miémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho; que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra, que en despecho de vuestra merced redundara.

—Eso juro yo bien, dijo el Cura, y aun me hubiera quitado un bigote.

—Yo callaré, señora mía, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo, os suplico me digáis, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quienes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfactoria y entera venganza.

—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias.

—No enfadará, señora mía», respondió Don Quijote.

A lo que respondió Dorotea: «Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos.»

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, después de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera: «Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman...»

Y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: «No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

—Así es la verdad, respondió la doncella; y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada; que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la Reina Jaramilla, había de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él también había de pasar desta vida, y yo había de quedar huérfana de padre y madre; pero decía él que no le fatigaba

tanto esto, cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista... porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto á los que mira... Digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas, á lo que él entendía, jamás pensaba que me vendría á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo también mi padre que después que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destruición de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Jigote.

—Don Quijote diría, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.

—Así es la verdad, dijo Dorotea. Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas.»

En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero: «Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar; que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dejó profetizado.

—Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.

—Para ver si tengo ese lunar, que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.

—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho; que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas; y que esté debajo del hombro ó que esté en el espinazo importa poco: basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne; y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote; que él es por quien mi padre lo dijo; pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando

oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mesmo que venía á buscar.

—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar!»

Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano y dijo: «Debe de querer decir la señora Princesa que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

—Eso quise decir, dijo Dorotea.

—Y esto lleva camino, dijo el Cura; y prosiga Vuestra Majestad adelante.

—No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino; pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual también dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas (que yo no las sé leer) que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesión de mi reino, junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo! dijo á este punto Don Quijote. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar, y reina con quien casar.

—Eso juro yo, dijo Sancho: ¡para el puto que no se casare, en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado! Pues ¡monta, que es mala la reina! Así se me vuelvan las pulgas de la cama»; y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recibía por su reina y señora.

¿Quién no había de reir, de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado! En efeto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. «Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; sólo resta por deciros que, de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino sólo este bien barbado escudero; porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas á tierra, como por milagro; y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dijo al principio de mi cuento: que los

—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo más.

—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quién hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo.

—No haya más, dijo Dorotea. Corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdón, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios; y no digáis mal de aquesa señora Tobosa, á quien yo no conozco, si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado, donde viváis como un príncipe.»

Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y después que se la hubo besado, le echó la bendición, y dijo á Sancho que se adelantase un poco; que tenía que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia.

Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote: «Después que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

—Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho; que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mío, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

—¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote.

—Dígolo, respondió, porque estos palos de agora, más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, sólo por ser cosa de vuestra merced.

—No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote; que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: A pecado nuevo penitencia nueva.»

Mientras esto pasaba vieron venir por el camino, donde ellos iban, á un hombre caballero sobre un jumento; y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte; y por el hilo del gitano, sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Rucio sobre que Pasamonte venía; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar, como si fueran naturales suyas.

Vióle Sancho y conocióle; y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: «¡Ah ladrón Ginesillo! deja mi prenda, suelta mi vida, no te ensanches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo; huye, puto; auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo.»

en el golfo! Cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de *vobis, vobis*, y en siendo rey, hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo.»

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzón, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

«¿Pensáis, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo! Pues no lo penséis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido! que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo.»

No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decía; y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detrás del palafrén de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: «Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced una por una con esta Reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto; que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien; puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.

—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo! dijo don Quijote; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte!

—Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes, punto por punto; pero así á bulto me parece bien.

—Ahora te disculpo, dijo don Quijote; y perdóname el enojo que te he dado; que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

—Ya yo lo veo, respondió Sancho; y así, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene á la lengua.

cidades que este buen hidalgo dice, tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.»

En tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: «Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacía? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos horas de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

—Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristán, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.

—Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.

—No señor, respondió Sancho, porque después que la dije, como vi que no había de ser de más provecho, dí en olvidalla; y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada,* digo, del *Soberana señora,* y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura;* y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.





CAPÍTULO XXXI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste: y ¿qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

—No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos; y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal ó trechel?

—No era sino rubión, respondió Sancho.

—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?

—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena porción de trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.»

—¡Discreta señora! dijo Don Quijote; eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí?

y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba, haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre éstas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles y sin peinarse la barba, llorando, y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote; porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí más de un coto.

—Pues ¿cómo, Sancho! dijo Don Quijote. ¿Has te medido tú con ella?

—Medíme en esta manera, respondió Sancho; que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

—Pues ¡es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil y mil dones y gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre? Digo, un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero.

—Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No sería eso, respondió Don Quijote, sino que tú debías de estar romadizo, ó te debiste de oler á ti mismo; porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

—Todo puede ser, respondió Sancho; que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse; que un diablo parece á otro.

—Y bien, prosiguió Don Quijote: he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino; ¿qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos; y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquestos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese, luego, luego, en camino del

Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced *el Caballero de la Triste Figura;* preguntéle si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien; también le pregunté por los galeotes; mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

—Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias y en agradecimiento de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debía de ser en los tiempos pasados; que ahora sólo se debe de acostumbrar el dar un pedazo de pan y queso; que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí, y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de dos días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante), digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció, y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso; que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago, ó con algún fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte; y cuando menos me cato, asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte; y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sabor; y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas; y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros; así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Así sería, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.

—Y ¡cómo si llevaba azogue! dijo Don Quijote, y aun una legión

de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á ti que debo yo de hacer ahora, acerca de lo que mi señora me manda, que la vaya á ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está



Mira, Sancho, respondió Don Quijote; si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante...

este gigante; y en llegando, le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra, á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.

—¡Ay! dijo Sancho, y ¡cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino! que á buena verdad que he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para

el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos. Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí esta nuestro Licenciado, que lo hará de perlas; y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que éste que le doy le viene de molde; que más vale pájaro en mano que buitre volando; porque quien bien tiene y mal escoge, por mal que le enoje no se venga.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote; si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé, sino á ti?

—Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que yo me he dicho; y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios, que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

—Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la Princesa que á ver á Dulcinea; y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

—Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

—¡Oh qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote. ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que á servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.

—Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oído yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese.

—¡Válate el diablo por villano! dijo Don Quijote, y ¡qué de discre-ciones dices á las veces! No parece sino que has estudiado.

—Pues á fe mía que no sé leer», respondió Sancho.

En esto les dió voces Maese Nicolás, que esperasen un poco; qu querían detenerse á comer en una fuentecilla que allí estaba. Detúvos Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temía no le cogiese su amo á palabras; porque, puest que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habí visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio lo vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no era muy buenos, hacían mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junt á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho, que iba d camino; el cual, poniéndose á mirar con mucha atención á los qu en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abra-zándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo «¡Ay señor mío! ¿no me conoce vuestra merced? Pues míreme bie que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encin donde estaba atado.»

Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á lo que allí estaban, y dijo: «Porque vean vuestras mercedes cuán d importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfaga los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y mal hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasa-dos, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces mu lastimosas, como de persona afligida y menesterosa; acudí lueg llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que la lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchach que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque ser testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á l encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azote con las riendas de una yegua un villano, que después supe que er amo suyo; y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atro vapulamiento; respondió el zafio que le azotaba porque era su criad y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple á lo cual este niño dijo: «Señor, no me azota sino porque le pido m salario.» El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuale aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas. En resolución, y le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consig y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad tod esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impus y notifiqué y quise? Responde; no te turbes, ni dudes en nada; di l que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del prove-cho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondi

el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés! replicó Don Quijote. Luego ¿no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un san Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto,



«Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude...

él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera; y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí; que no me había de ir hasta dejarte pagado; porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere,

si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir á buscarle, y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de una ballena.

—Así es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada.

—Ahora verás si aprovecha», dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comían.

Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer quería.

El le respondió que quería ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo.

A lo que ella respondió que advirtiese que no podía, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya: y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

«Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís; que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

—No me creo desos juramentos, dijo Andrés; más quisiera tener agora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo.»

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: «Tomá, hermano Andrés; que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés.

—Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho; que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.»

Andrés asió de su pan y queso; y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomo el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote: «Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.»

Ibase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.



CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

ACABÓSE la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y pausa, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipe. Don Quijote dijo que sí haría; y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de sueño.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dijo: «Para mi santiguada, que no se ha vuestra merced de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza; digo el peine, que solía yo colgar de mi buena cola.»

No se la quería dar el Barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el Licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que, cuando le despojaron los

ladrones galeotes, se había venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirían que ella le había enviado adelante á dar aviso á los de su reino cómo ella iba, y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; y á todo esto dormía Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote y del modo que le habían hallado; la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido; y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el Cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero: «No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. Á lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

—Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer; que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces.

—Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe que yo también gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto... digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el Cura, hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; también yo lo escucho; y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

—Luego, ¿bien los remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera, respondió la moza; sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil insolencias; y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco; y no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos; que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña, dijo la ventera; que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntaba este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.

—Ahora bien, dijo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros; que los quiero ver.

—Que me place», respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla; y abriéndola el Cura, halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Don Félixmarte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la Vida de Diego García de Paredes.*

Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero y dijo: «Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen, respondió el Barbero; que también sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—Luego ¿quiere vuestra merced quemar mis libros! dijo el ventero.

—No más, dijo el Cura, que estos dos: el de don Cirongilio y el de Féliхmarte.

—Pues ¿por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?

—Cismáticos, querréis decir, amigo, dijo el Barbero, que no flemáticos.

—Así es, replicó el ventero; mas, si alguno quiere quemar, sea ése del Gran Capitán y dese Diego García; que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

—Hermano mío, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, y éste del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército

que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.

—¡Tomaos con mi padre! dijo á lo dicho el ventero; ¡mirad de qué se espanta! ¡de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que hizo Félixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde iban más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia! que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde se cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él, así como la vió, se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oir. Calle, señor; que si oyese esto, se volvería loco de placer: dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice.»

Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: «Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

—Así me parece á mí, respondió Cardenio; porque, según da indicio. él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben; y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—A otro perro con ese hueso, respondió el ventero. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla; porque, por Dios, que no soy nada bobo. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para

entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es natural, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno destos libros; y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entre tanto roed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y ¡quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped, Don Quijote!

—Eso no, respondió el ventero; que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.»

A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaría de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo.

Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el Cura le dijo: «Esperad; que quiero ver qué papeles son esos, que de tan buena letra están escritos.»

Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió el Cura hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande, que decía: *Novela del Curioso impertinente.* Leyó el Cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: «Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda.»

A lo que respondió el ventero: «Pues bien puede leella su reverencia; porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver; que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

—Vos tenéis mucha razón, amigo, dijo el Cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habéis de dejar trasladar.

—De muy buena gana», respondió el ventero. Mientras los dos esto decían, había tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

«Sí leyera, dijo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

—Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón.

—Pues desa manera, dijo el Cura, quiero leerla, por curiosidad siquiera; quizá tendrá alguna de gusto.»

Acudió Maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho también; lo cual visto del Cura, y entendiendo que á todos daría gusto y él le recibiría, dijo: «Pues así es, esténme todos atentos; que la novela comienza desta manera:





CAPÍTULO XXXIII

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocían *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen; bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo; y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no había concertado reloj que así lo anduviese.

»Andaba Anselmo perdido de amores de Camila, doncella principal y hermosa, de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacía, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesión que deseaba; y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido. Los

primeros días, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solía la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero, acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razón que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, cuanto más de los amigos.

»Notó Anselmo la remisión de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse había de ser parte para no comunicalle como solía, que jamás lo hubiera hecho; y que si, por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fué soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasión alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así, le suplicaba (si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos) que volviese á ser señor de su casa y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza.

»A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario, para persuadille volviese como solía á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos días en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenía á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en más que el suyo propio.

»Decía él, y decía bien, que el casado, á quien el cielo había concedido mujer hermosa, tanto cuidado había de tener en ver qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba; porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien más satisfación se tiene. También decía Lotario que tenían necesidad los casados de tener cada uno algún amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder tuviese; porque suele acontecer que, con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no, le sería de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondría remedio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto

y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide! No lo sé yo por cierto; sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, sisar y acortar los días del concierto del ir á su casa; porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenía, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que, puesto que su bondad y valor podía poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo; y por esto los más de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables; así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del día. Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las siguientes razones:

«Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á ti por amigo y á Camila por mujer propia: dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues, con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque, no sé de qué días á esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este propósito como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.»

»Suspenso tenían á Lotario las razones de Anselmo, y no sabía en qué había de parar tan larga prevención ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podría ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspensión, le dijo que hacía notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenía por cierto que se podía prometer dél, ó ya consejos para contenellos, ó ya remedio para cumplillos.

»—Así es la verdad, respondió Anselmo; y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es de ver si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfeta como yo pienso; y no

puedo enterarme en esta verdad si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro; porque yo tengo para mí ¡oh amigo! que no es una mujer más buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer, decía él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansí que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento: de modo que, por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en él sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vaso de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinión, llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algún provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero ¡oh amigo Lotario! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, á fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á sólo tener por hecho lo que no se ha de hacer por buen respeto; y así, no quedaré yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio; que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno, como el de la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura.»

»Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decía más, después que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, que le causara admiración y espanto, le dijo: «No me puedo persuadir ¡oh amigo Anselmo! á que no sean burlas las cosas que me has dicho; que, á pensar que de veras las decías, no consintiera que tan adelante pasaras; porque con

no escucharte previniera tu larga arenga. Y sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco... pero no; que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario; el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solías, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser; porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras;* en que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina! Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto: antes me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque, si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo; que tiempo quedará para que tú me repliques, y yo te escuche.

»—Que me place, dijo Anselmo; di lo que quisieres.»

»Y Lotario prosiguió diciendo: «Paréceme ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales;* y cuando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos; y aun con todo esto, no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religión. Y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad (que por ahora no le quiero dar otro nombre); y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo... mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te

deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada, persuadir á una honesta, ofrecer á una desinteresada, servir á una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldría sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle después que los que ahora tiene? ó ¿qué será más después de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino, como á mala, hacer della lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues después de hecha, se ha de quedar con la estimación que primero tenía. Así que, es razón concluyente que el intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura.

»Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices, que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque, puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará, para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mesmo. Y para confirmación desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las *Lágrimas de San Pedro,* que dice así:

»Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro cuando el día se ha mostrado;
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que había pecado;

Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
No sólo ha de moverle el ser mirado;
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que, no excusarás con el secreto tu dolor; antes tendrás que llorar continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos; que puesto que aquello sea ficción poética, tiene en sí encerrados precetos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados; cuanto más, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer.

»Dime, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen; y si todos á una voz y de común parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario; ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí, á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y más: si lo pusieses por obra, ¿qué! puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdía todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimación de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en contingencia de que se quiebre; pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á más valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora ¡cuál quedarías sin ella, y con cuánta razón te podrías quejar de ti mesmo por haber sido causa de su perdición y la tuya! Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeción que le falta, que consiste en el ser virtuosa.

»Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle, los cazadores usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, ojeándole, le encaminan hacia aquel lugar; y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder

y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes; porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín, que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos, y por entre las verjas de hierro, gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria (que los oí en una comedia moderna), que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones, le dijo estas:

»Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podría ser.
»Y es más fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
Á peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
»Y en esta opinión estén
Todos, y en razón la fundo;
Que si hay Dánaes en el mundo,
Hay pluvias de oro también.

Cuanto hasta aquí te he dicho ¡oh Anselmo! ha sido por lo que á ti te toca, y ahora es bien que te diga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo, perdóname; que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque.

»Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto es que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello á que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti, no hay duda; porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo:

y teniéndose por deshonrada, te toca á ti, como á cosa suya, su misma deshonra; y de aquí nace lo que comúnmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasión para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, con su descuido y poco recato, estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que, no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razón es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasión para que ella lo sea; y no te canses de oirme; que todo ha de redundar en tu provecho.

»Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva; y así como Adán despertó y la miró, dijo: ***Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.*** Y Dios dijo: ***Por ésta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma;*** y entonces fué instituído el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad; y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasión para aquel daño; porque, así como el dolor del pie ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que él lo sepa. Mira, pues, ¡oh Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores, que ahora están sosegados, en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura; que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo.»

»Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo

responder palabra; pero en fin le dijo: «Con la atención que has visto, he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme; y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreción que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimesmo veo y confieso que, si no sigo tu parecer, y me voy tras el mío, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse: así que, es menester usar de algún artificio para que yo sane; y esto se podía hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con sólo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino preservándome de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto por una razón sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondría en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intención de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque más inconvenientes se te pongan delante; pues, como ya he dicho, con sólo que comiences, daré por concluída la causa.»

»Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué más ejemplos traerle ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que le daría á otro cuenta de su mal deseo; por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que pedía, con propósito é intención de guiar aquel negocio de modo, que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho; y así, le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno; que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaría cuando á él le diese más gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro día siguiente se comenzase la obra; que él le daría lugar y tiempo en que á sus solas pudiese hablar á Camila; y asimesmo le daría dineros y joyas que ofrecerla y que darla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haría. A todo se ofreció Lotario, con bien diferente intención que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado, esperando á su esposo, porque aquel día tardaba en venir más de lo acostumbrado.

»Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro día vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la cual le recebía y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenía. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila, en tanto que él iba á un negocio forzoso; que dentro de hora y media volvería. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo; antes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo también á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efeto, él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se había ido á comer.

»Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadrón de caballeros armados: ¡mirad si era razón que le temiera Lotario! Pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla; y pidiendo perdón á Camila del mal comedimiento, dijo que quería reposar un poco, en tanto que Anselmo volvía. Camila le respondió que mejor reposaría en el estrado que en la silla; y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que, como se había tardado tanto, ya habrían tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura.

»Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le había parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así, no había hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discreción, y que éste le había parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno, que está puesto en atalaya de mirar por sí: que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intención, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada día daría el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparía en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio.

»Sucedió, pues, que se pasaron muchos días que, sin decir Lotario palabra á Camila, respondía á Anselmo que la hablaba, y jamás podía

sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decía que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo había de decir á su esposo.

«Bien está, dijo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcáis y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentación, yo quedaré satisfecho, y no os daré más pesadumbre.»

»Lotario respondió que ya que había comenzado, que él llevaría hasta el fin aquella empresa; puesto que entendía salir della cansado y vencido.

»Otro día recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabía qué hacerse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solía, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en más de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila, todo era ficción y mentira; y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había y de qué temple estaba Camila.

»Lotario le respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondía tan áspera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver á decirle cosa alguna.

»—¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de ti confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo?

»No dijo más Anselmo; pero bastó lo que había dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo vería si con curiosidad lo espiaba; cuanto más, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaría de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho días, yéndose á la de un amigo suyo.



que estaba en una aldea no lejos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasión con Camila de su partida.

»¡Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza! Mira que al que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

»Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prisión libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad;
»Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algún bien,
Con el cielo ha estatuído
Que, pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

»Fuése otro día Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendría Lotario á mirar por su casa y á comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona.

»Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacía por no tener confianza que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez, y vería por experiencia cómo para mayores cuidados era bastante.

»Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle.

»Camila dijo que ansí lo haría, aunque contra su voluntad.

»Partióse Anselmo, y otro día vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas; porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, á quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo, la trujo consigo. En los tres días primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y

la gente se iba á comer, con mucha priesa, porque así se lo tenía mandado Camila; y aun tenía orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenía puesto el pensamiento, y había menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplía todas las veces el mandamiento de su señora; antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno á la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos; porque, si la lengua callaba, el pensamiento discurría, y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que un corazón de carne.

»Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideración comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenía; y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más había sido la locura y confianza de Anselmo que sería su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

»En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna; mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en más á Camila; la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabía qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.



CAPÍTULO XXXIV

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general »y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor »la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones »no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada »de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venís, me habré de »ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la »vuestra; porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo »que mira más por su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois »discreto, no tengo más que deciros, ni aun es bien que más os diga.»

»Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa, y que Camila debía de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero; porque ni se atrevía á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debía; pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba

resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasión que le había movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro día escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasión, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habían despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía. Finalmente, á él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza; y así, acometió á su presunción con las alabanzas de su hermosura; porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulación. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo.

»Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar dél cuando menos se pensaba y más deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie! Ejemplo claro, que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huílla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo; porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretensión de Anselmo, ni que él le había dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de propósito, la había solicitado.

»Volvió de allí á pocos días Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenía y más estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa, abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte.

»Las nuevas que te podré dar ¡oh amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mías se ha hecho burla notable. En resolución, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el entendimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo; que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar á ellos; que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son

dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues á pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse.

»Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algún oráculo; pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento y aunque no se aprovechase de allí adelante con Camila de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que sólo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él le daría á entender á Camila que andaba enamorado de una dama, á quien le había puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debía; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haría.

«No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten; dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores; que los versos yo los haré, y si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere.»

»Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasión por que le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario huía de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podía estar segura de aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo había dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

»Otro día, estando los tres sobremesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto á su amada Clori; que, pues Camila no la conocía, seguramente podía decir lo que quisiese.

«Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada;

porque cuando algún amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningún oprobio hace á su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

SONETO

»En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo y á mi Clori dando.
»Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
»Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
»Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oídos.»

»Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondía.

»A lo que dijo Camila: «Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, ¿es verdad!

»—En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

»—No hay duda deso», replicó Anselmo: todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así, con el gusto que de sus cosas tenía, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ú otros versos sabía, los dijese.

«Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, tan menos malo, y podréislo bien juzgar, pues es éste:

SONETO

»Yo sé que muero; y si no soy creído,
Es más cierto el morir, como es más cierto
Verme á tus pies ¡oh bella ingrata! muerto
Antes que de adorarte arrepentido.
»Podré yo verme en la región de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu hermoso rostro está esculpido.
»Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
»¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa vía,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!»

»También alabó este segundo soneto Anselmo, como había hecho con el primero, y desta manera iba añadiendo eslabón á eslabón á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra; pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decía que estaba más honrado; y con esto, todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio, los subía en la opinión de su marido hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

»Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo: «Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesión que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle.

»—No te dé pena eso, señora mía, respondió Leonela; que no quita la monta, ni es causa para menguar la estimación, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces.

»—También se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos.

»—No corre por ti esa razón, respondió Leonela, porque el amor, según he oído decir, unas veces vuela y otras anda; con este corre, y con aquel va despacio; á unos entibia, y á otros abrasa; á unos hiere, y á otros mata; en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así, ¿de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasión; de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los peligrosos. Todo esto sé yo muy bien, más de experiencia que de oídas, y algún día te lo diré, señora; que yo también soy de carne y de sangre moza: cuanto más, hermosa Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginación esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfación de que, ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no sólo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A, B, C entero; si no, escúchame, y verás cómo te le digo de coro.

»El es, según yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero,*

dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y las SS que dicen, y luego *tácito, verdadero;* la X no le cuadra, porque es letra áspera; la Y ya está dicha; la Z *zelador* de tu honra.»

»Rióse Camila del A, B, C de su doncella, y túvola por más plática en las cosas de amor que ella creía; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila cómo trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad; de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquél camino por donde su honra podía correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á más que serlo. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decía ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haría; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella había de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, después que vió que el proceder de su ama no era el que solía, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no había de osar descubrille; que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras; que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no sólo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido. Pero no pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debía de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdición de todos, si Camila no lo remediara.

»Pensó Lotario que aquel hombre que había visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no había entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo; sólo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó, rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: «Sábete, Anselmo,

que ha muchos días que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algún liviano antojo suyo, ó si lo hacía por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí ansimismo que ella, si fuera la que debía y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero, habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solía hablar Camila); y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado, sino con pensamiento, y podría ser que, deste hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento; y así, ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con maduro advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres días, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara; pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad: entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción podrás ser el verdugo de tu agravio.»

»Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir; porque ya tenía á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento.

»Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: «Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo: haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.»

»Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo cuán necio había andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera determinación, y no sabía qué medio tomar para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo día la halló sola; y ella, así como vió que le podía hablar, le dijo: «Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galán suyo en esta casa, y se está con él hasta el día, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de

juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir; que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algún mal suceso.

»Al principio que Camila esto decía, creyó Lotario que era artificio para desmentille con que el hombre que había visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad; y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero, con todo esto, respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela; díjole asimismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los celos, había dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdón desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como en el que su mal discurso le había puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero, como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal más que el varón, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro día se escondiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que, en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera cuando no supiera que Anselmo le escuchaba.

»Porfió Lotario que le acabase de declarar su intención, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario.

«Digo, dijo Camila, que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare»; no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecía, y siguiese ó buscase otros, que no podían ser tan buenos.

»Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro día, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse; que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela.

»Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, y verse á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila; seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo: «¡Ay Leonela amiga! ¿no sería mejor que

antes que llegase á poner en ejecución lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mío? Pero no hagas tal; que no será razón que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mía. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale; que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intención; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mía.

»—¡Ay señora mía! respondió la sagaz y advertida Leonela; y ¿qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar á que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecución el tuyo, hará él lo que te estaría más mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa! Y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél después de muerto?

»—¿Qué, amiga! respondió Camila; dejarémosle para que Anselmo le entierre; pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba; que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo.»

»Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decía, se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y tan honesta resolución, con propósito de salir á tiempo que la estorbase.

»Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo; y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: «¡Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad!» con otras cosas á éstas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope.

»Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: «¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al más desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina; no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

»—Ya voy á llamarle, señora mía, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren.

»—Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila; porque, ya que sea atrevida y simple, á tu parecer, en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia. Yo moriré, si muero; pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía.»

»Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvía, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: «¡Válame Dios! ¿no fuera más acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condición, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle! Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo; sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) que Camila no sólo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle... Mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo... Pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese; ni aun yo lo creí después por muchos días, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolución gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afuera, pues, temores; aquí, venganzas; entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mío, limpia he de salir dél; y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vió la amistad en el mundo»; y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado.

»Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unos tapices, donde se había escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecía que lo que había visto y oído era bastante satisfación para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algún mal repentino suceso; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela

volvía con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: «Lotario, advierte lo que te digo. Si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches; que después responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo, mi marido, y en qué opinión le tienes; y lo segundo, quiero saber también si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto.»

»No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así, correspondió con su intención tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió á Camila de esta manera: «No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más lejos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está más cerca de poseello. Pero, porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no me hacer testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma opinión que él te tiene; que, á no ser así, por menos prendas que las tuyas no había yo de ir contra lo que debo á ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso incentivo como el amor, por mí rompidas y violadas.

»—Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasión le agravias! Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mía; que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinación, sino de algún descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo ¡oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas de las mías con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creídas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atri-

buirme á mí la culpa de tu persistencia, pues sin duda algún descuido mío ha sustentado tanto tiempo tu cuidado; y así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí también con el poco recato que he tenido de huir la ocasión, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algún descuido mío engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que más me fatiga, y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá sería más pública mi culpa; pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere, la pena que da la justicia, desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto.»

»Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese; la cual tan vivamente fingía aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podía herir á Lotario, ó fingiendo que no podía, dijo: «Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga»; y haciendo fuerza para soltar de la daga la mano de Lotario, que la tenía asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada.

»Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, á sacar la daga; y en ver la pequeña herida, salió del temor que hasta entonces tenía, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que había sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo qué dirían á Anselmo de aquella herida de su señora,

si acaso viniese antes que estuviese sana. El respondió que dijesen lo que quisiesen; que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; sólo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa; y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado había de quedar Anselmo de que tenía por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse.

»Leonela tomó, como se le había dicho, la sangre á su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenía en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle para quitarse la vida, que tan aborrecida tenía. Pedía consejo á su doncella si diría ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo cual no podría ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasión á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible.

»Respondió Camila que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría; pero que en todo caso convenía buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podía dejar de ver; á lo que Leonela respondía que ella, ni aun burlando, no sabía mentir.

«Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.

»—No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos; y quizá que por ser la herida donde es, la podrás encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mía, y procura sosegar tu alteración, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demás déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos.»

»Atentísimo había estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingían. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese; y él, sin

perdella, salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila; todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creyó ser por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que, según esto, no había de qué temer; sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la más alta felicidad que acertara á desearse, y quería que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación, y dijo que él por su parte ayudaría á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama; recebíale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.»





CAPÍTULO XXXV

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza, todo alborotado, diciendo á voces: «Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante, enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercén á cercén, como si fuera un nabo.

–¿Qué decís, hermano! dijo el Cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba. ¿Estáis en vos, Sancho! ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí!»

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía á voces: «Tente, ladrón, malandrín, follón; que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra»; y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes.

Y dijo Sancho: «No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo..... aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote ó

don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre»; y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo.

Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien



«Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto.

tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello, no despertaba

el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo; y como no la hallaba, dijo: «Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mogicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos! dijo el ventero. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto en que nada este aposento! que ¡nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó!

—No sé nada, respondió Sancho; sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.»

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los previlegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros. Tenía el Cura de las manos á Don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: «Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? dijo, oyendo esto, Sancho. Sí, que no estaba yo borracho. Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante. Ciertos son los toros, mi condado está de molde.»

¿Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo! Todos reían, sino el ventero, que se daba á Satanás; pero, en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que, con no poco trabajo, dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros.

Y la ventera decía en voz y en grito: «En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante (que nunca mis ojos le hubieran visto), que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo), y que por esto no estaba obligado á pagar nada; que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, ¡romperme mis cueros y derramarme mi vino! que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense; que ¡por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro! ó no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy.» Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenía una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena; que todo se haría bien y sucedería á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase; él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

«Sucedió, pues, que, por la satisfación que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada; y Camila, de industria, hacía mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés la voluntad que le tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebía; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenía Leonela de verse calificada, aunque no de buena, en sus amores, llegó á tanto, que, sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubría, y aun la advertía del modo que con poco riesgo pudiese ponerle en ejecución. En fin, una noche sintió Anselmo pasos

en el aposento de Leonela; y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenían la puerta; cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: «Sosiégate, señor mío, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mía, y tanto, que es mi esposo.»

»No lo quiso creer Anselmo; antes, ciego de enojo, sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataría.

»Ella, con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo: «No me mates, señor; que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

»—Dilas luego, dijo Anselmo; si no, muerta eres.

»—Por ahora será imposible, dijo Leonela, según estoy de turbada; déjame hasta mañana; que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar, y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo.»

»Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así, se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldría hasta que le dijese lo que tenía que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado, y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia.

»Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela había de decir á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salía falsa ó no; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusión en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haría. En fin acordó de llevar á Camila á un monesterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello; y con la presteza que el caso pedía, la llevó Lotario y la dejó en el monesterio, y él asimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia.

»Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fué adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela; sólo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se

había descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila: y no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razón de lo que pasaba. Tornó, confuso y atónito, á buscar á Camila, y vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las más de sus joyas; y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa, y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo.



Y después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia.

volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola.

»No sabía qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, á su parecer, del cielo que le cubría, y sobre todo, sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdición. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde había estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecía, y á aquella hora vió que venía un hombre á caballo, de la ciudad, y después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia.

»El ciudadano respondió: «Las más extrañas que muchos días ha se han oído en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel

grande amigo de Anselmo el rico, que vivía á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio; sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*.

»—¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila?

»—Ni por pienso, dijo el ciudadano; puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.

»—A Dios vais, señor, dijo Anselmo.

»—Con él quedéis», respondió el ciudadano; y fuése.

»Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó á términos Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algún grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó á cargar tanto en la imaginación de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentía, que se le iba acabando la vida; y así, ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

»Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposición, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondía, y hallándole frío, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenía estas razones:

«Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de »mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, »porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenía necesi»dad de querer que ella los hiciese; y pues yo fuí el fabricador de mi »deshonra, no hay para qué...»

»Hasta aquí escribió Anselmo; por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales

ya sabían su desgracia y el monesterio donde Camila estaba, casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que, aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hacer profesión de monja, hasta que (no de allí á muchos días) le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dió monsiur de Lautrec al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, en el reino de Nápoles, donde había ido á parar el tarde arrepentido amigo; lo cual, sabido por Camila, hizo profesión, y acabó en breves días la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.»

«Bien, dijo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar; pero, entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.»





CAPÍTULO XXXVI

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: «Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos.

—¿Qué gente es? dijo Cardenio.

—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie.

—¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura.

—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan.»

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho; y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron á apear á la mujer que en el sillón venía; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; sólo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza,

Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que deseaba, el cual le respondió: «Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea ésta; sólo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habéis visto; y esto dígolo porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda.

—Y la señora ¿quién es? preguntó el Cura.

—Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que os he dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.

—Y ¿habéis oído nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura.

—No por cierto, respondió el mozo; porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla; porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima; y sin duda tenemos creído que ella va forzada donde quiera que va; y según se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo más cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece.

—Todo podría ser», dijo el Cura; y dejándolos, se volvió, á donde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar á la embozada, movida de natural compasión, se llegó á ella y le dijo: «¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle; que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.»

A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían, y dijo á Dorotea: «No os canséis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace; ni procuréis que os responda, si no queréis oir alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije, dijo á esta sazón la que hasta allí había estado callando; antes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mismo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso.»

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz, dijo: «¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo! ¿qué voz es ésta que ha llegado á mis oídos!»

Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora, toda sobresaltada; y no viendo quién los daba, se levantó en pie y fuése á entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. Á ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable• y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecía persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas; y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo, que se le caía, como en efeto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenía era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas, desmayada; y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro; y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no tanto, que dejase, con todo esto, de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en sus gritos á Cardenio, y él la había conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido; y lo primero que vió fué á don Fernando, que tenía abrazada á Luscinda. También don Fernando conoció luego á Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido.

Callaban todos y mirábanse todos: Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera: «Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas; notad cómo el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabéis, por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volváis (ya que no podáis hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.»

Había en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y había estado escu-

chando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que don Fernando aún no la dejaba de los brazos ni respondía á sus razones, esforzándose lo más que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir: «Si ya no es, señor mío, que los rayos dese sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor, que puede ser recompensa, á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mío; ni ella puede ser cuya, porque es de Cardenio; y más fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad; no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios! Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo menos y admíteme por tu esclava; que, como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no hayan corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias; cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud; y si ésta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que (quieras ó no quieras) yo soy tu esposa. Testigos son tus palabras, que no han ni deben de ser mentirosas, si ya es que te pre-

cias de aquello por que me desprecias; testigo será la prenda que me diste, y testigo el cielo, á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos.»

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla don Fernando, sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas, y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien había de ser corazón de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenían; el cual, lleno de confusión y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: «Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.»

Con el desmayo que Luscinda había tenido, así como la dejó don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de don Fernando se había puesto, porque no le conociese; pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: «Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos, que ahora te reciben y otro tiempo te recibieran, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía.»

A estas razones, puso Luscinda en Cardenio los ojos; y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta á ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: «Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida, que en la vuestra se sustenta.»

Extraño espectáculo fué éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro, y que hacía ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decía: «¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible, deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar é igualar á ti mismo á la que, pospuesto todo inconveniente,

confiada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene con los suyos bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño, no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito.»

En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenía abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de (si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio) procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el Cura y el Barbero, que á todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza; y todos rodeaban á don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; y que, siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso, como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el Cura, que «sola la muerte podía apartar á Luscinda de Cardenio; y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicísima su muerte»; y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido. Que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y vería que pocas ó ninguna se le podían igualar, cuanto más hacerle ventaja: que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía; y sobre todo, advirtiese que, si se preciaba de caballero y de cristiano, no podía hacer otra cosa que cumplille la palabra dada; y que, cumpliéndosela, cumpliría con Dios y satisfaría á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota ni menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efeto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: «Levantaos, señora mía; que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no



La cual hallaron en el claustro hablando con una monja; y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa...

he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego es que no me reprehendáis mi mal término y mi mucho descuido; pues la misma ocasión y fuerza que me movió para acetaros por mía, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro; y para conocer que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio; que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.» Y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso á todos había sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba; aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algún espacio, junto con el llanto, la admiración en todos; y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabía qué responderles; y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo había venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes había contado á Cardenio; de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido, después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido: y que así, se salió de su casa, despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo cómo Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido; y que en resolución, al cabo de algunos meses vino á saber cómo estaba en un monesterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba; á la cual no había querido hablar, temeroso que, en sabiendo que él estaba allí, había de haber más guarda en el monesterio; y así, aguardando un día á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro había entrado en el monesterio, buscando á Luscinda, la cual hallaron en el

claustro hablando con una monja; y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habían venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella; todo lo cual habían podido hacer bien á su salvo, por estar el monesterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.





CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecían é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida, y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura, como discreto, y á cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habían hecho de pagalle todos los daños y reveses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido.

Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: «Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á

ningún gigante ni de volver á la Princesa su reino; que ya todo está hecho y concluído.

—Eso creo yo bien, respondió Don Quijote; porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida; y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.

—Y ¿qué es lo que dices, loco! replicó Don Quijote; ¿estás en tu seso!

—Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar; y verá á la Reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaría de nada deso, replicó Don Quijote; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mesmo.

—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez; mas no lo fué, sino que real y verdaderamente vi yo que el ventero, que aquí está hoy día, tenía del un cabo de la manta y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

—Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote: dame de vestir, y déjame salir allá fuera; que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.»

Dióle de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestía, contó el Cura á don Fernando, y á los demás que allí estaban, las locuras de Don Quijote, y del artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles (lo que á todos parecía) ser el más extraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo más el Cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra.

Ofreció Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría suficientemente la persona de Dorotea.

«No, dijo don Fernando, no ha de ser así; que yo quiero que Dorotea prosiga su invención; que, como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

—No está más de dos jornadas de aquí.

—Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas, á trueco de hacer tan buena obra.»

Salió en esto Don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo (aunque abollado) de Mambrino en la cabeza, embrazado de su adarga y arrimado á su tranca ó lanzón. Suspendió á don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente; y estuvieron callando hasta ver lo que él decía, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo: «Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho; porque de reina y gran señora que solíades ser, os habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del Rey nigrománte, de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque, si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso cómo otros caballeros, de menor fama que la mía, habían acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.

—Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante», dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió, diciendo:

«Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si, por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseo en vuestra persona, que no le deis consentimiento; porque no hay ningún peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días.»

No dijo más Don Quijote, y esperó á que la Princesa le respondiese; la cual, como ya sabía la determinación de don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: «Quien quiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy; verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invulnerable brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló

camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.»

Esto dijo la discreta Dorotea; y en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: «Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón, vagamundo, ¿no me acabas tú de decir ahora que esta Princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida! ¡Voto... (y miró al cielo y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

—Vuestra merced se sosiegue, señor mío, respondió Sancho; que bien podría ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadación de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño ¡vive Dios! porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás, de que la señora Reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino.

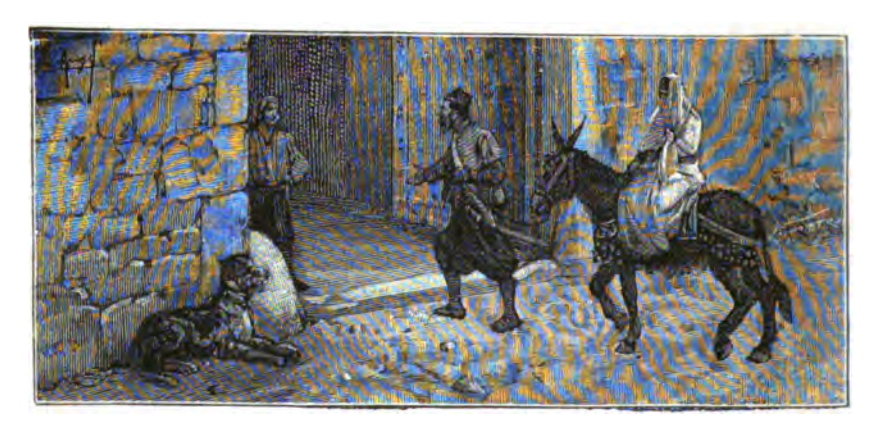
—Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato; y perdóname, y basta.

—Basta, dijo don Fernando; y no se hable más en esto; y pues la señora Princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote; porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.

—Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quijote; y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinión que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun más, si más costarme puede.»

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano, recién venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con

bonete de la misma color; traía unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los pies la cubría. Era el hombre de robusto y airoso talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolución, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento; y como le dijeron que en la venta no le había, mostró recebir pesadumbre; y llegándose á la que en el traje parecía mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la



Un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano, recién venido de tierra de moros...

ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traía se congojaban por la falta del aposento, le dijo: «No os dé mucha pena, señora mía, la incomodidad y falta de regalo que aquí hay, pues es propio de ventas no hallarle en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos.»

No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se había, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecía. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debía de ser mora, y que no sabía hablar cristiano.

Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces había estado; y viendo que todas tenían cercada á la que con él venía, y que ella á cuanto le decían callaba, dijo: «Señoras mías, esta

doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado.

—No era preguntarle cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve.

—Por ella y por mí, respondió el Cautivo, os beso, señora mía, las manos, y estimo mucho y en lo que es razón la merced ofrecida; que en tal ocasión, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

—Decidme, señor, dijo Dorotea: esta señora ¿es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

—Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.

—Luego ¿no es bautizada? replicó Luscinda.

—No ha habido lugar para ello, respondió el Cautivo, después que salió de Argel, su patria y tierra; y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligase á bautizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mío.»

Estas razones pusieron gana, en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuesen la mora y el Cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era más para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decían y lo que ella haría. El en lengua arábiga le dijo que le pedían se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así, se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que á Luscinda, y Luscinda por más hermosa que á Dorotea; y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podría igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que la aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y agasajar á la hermosa mora.

Preguntó don Fernando al Cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que Lela Zoraida; y así como esto oyó ella, entendió lo que le habían preguntado al Cautivo, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: *No, no Zoraida; María, María;* dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida.

Estas palabras, y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron

derramar más de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas.

Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: «Sí, sí, María, María»; á lo cual respondió la mora: *Sí, sí, María; Zoraida macange*, que quiere decir *no*.

Ya en esto llegaba la noche; y, por orden de los que venían con don Fernando, había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras el Cura y el Barbero, y así cenaron con mucho contento; y acrecentóseles más viendo que, dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir:

«Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora, que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama! Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas; que les diré (y sean quien se fueren) que no saben lo que dicen; porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber ó conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá



á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que á un fin tan sin fin como éste, ninguno otro se puede igualar; hablo de las letras humanas; que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Y la salutación que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano: joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.»

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; antes, como todos ó los más eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo: «Digo, pues, que los trabajos del estudiante son éstos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa;* y no les falta algún ajeno brasero ó chimenea, que, si no caliente, á lo menos entibie su frío, y en fin, la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos

visto que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud; pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.»



y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies irá á visitar los profundos senos de Neptuno, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

»¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería! á cuyo inventor, tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; que, sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó ú se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido, por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.»

Todo este largo discurso dijo Don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca; puesto que algunas veces le había dicho Sancho Panza que cenase; que después habría lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que hombre que, al parecer, tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El Cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles; y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchón de Don Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se

recogiesen, don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que había comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el Cautivo que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que sólo temía que el cuento no había de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaría. El Cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenía tanta fuerza; «y así, estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podría ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse». Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera:





CAPÍTULO XXXIX

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna; aunque, en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico; y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condición que tenía de ser liberal y gastador le procedía de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningún provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, según él decía, no podía irse á la mano contra su condición, quiso privarse del instrumento y causa que le hacía gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un día á todos tres á solas, en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré.

«Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda. Pues para que entendáis desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con

vosotros, que ha muchos días que la tengo pensada, y con madura consideración dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio tal, que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna; y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los días que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querría que, después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrán en nuestra España, á mi parecer, muy verdadero, como todos los són, por ser sentencias breves, sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, como si más claramente dijera: «quien quisiere valer y ser rico, ó siga la Iglesia, ó navegue, ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas», porque dicen: *Más vale migaja de rey que merced de señor*. Digo esto porque querría, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servir en su casa; que, ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho días os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra: decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto.»

»Y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, después de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliría su gusto, y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos había prometido; y dando á cada uno su parte, que, á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros (porque un nuestro tío compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa), en un mesmo día nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados; porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que había menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y más tres mil que, á lo que parece, valía la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tío que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos

saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímosselo, y abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que había una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova.

»Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre; y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna; y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte; y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemón y de Hornos, alcancé á ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algún tiempo que llegué á Flandes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España contra el enemigo común, que es el Turco, el cual en aquel mesmo tiempo había ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de los venecianos: pérdida lamentable y desdichada.

»Súpose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenía barruntos y casi premisas ciertas de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido á capitán, lo quise dejar todo, y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova; que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mesina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos; y aquel día, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fuí el desdichado; pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso día, con cadenas á los pies y esposas á las manos; y fué desta suerte: què habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta (que sólo tres caballeros quedaron vivos en ella, y éstos mal heridos), acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con

mi compañía; y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria; la cual, desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen; y así, me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir, por ser tantos: en fin, me rindieron, lleno de heridas. Y como ya habréis, señores, oído decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel día alcanzaron la deseada libertad, que todos venían al remo en la turquesca armada.

»Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selín hizo general de la mar á mi amo, porque había hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religión de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca; porque todos los levantes y jenízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mesmo puerto, y tenían á punto su ropa y pasamaques (que son sus zapatos), para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: ¡tanto era el miedo que habían cobrado á nuestra armada! Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto, el Uchalí se recogió á Modón, que es una isla que está junto á Navarino; y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa,* de quien era capitán un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba,* regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán, don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa.*

»Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol, ya había pasado su ánima al infierno: ¡tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían!

»Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesión dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco; y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los venecianos, que mucho

más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenía determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre.

»Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa, más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheas en aquella desierta arena; porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero, ninguno podía parar ni asistir á la defensa.

»Fué común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos! Y ¿cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos, muchos y porfiados, y en su mesma tierra! Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la Majestad del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse también el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que, de pesar, murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo.

Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que más hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano: que *aunque la traición aplace, el traidor se aborrece;* y así, se dice que mandó el General ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habían traído vivo.

»Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual había sido alférez en el fuerte; soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patrón; y antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre.»

En el punto que el Cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: «Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese don Pedro de Aguilar que ha dicho.

—Lo que sé es, respondió el Cautivo, que, al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó, en traje de arnaute, con un griego espía; y no sé si vino en libertad (puesto que creo que sí), porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

—Pues así fué, respondió el caballero; porque ese don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos.

—¡Gracias sean dadas á Dios, dijo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo! Porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.

—Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.

—Dígalos, pues, vuesa merced, dijo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.

—Que me place, respondió el caballero; y el de la Goleta decía así:



CAPÍTULO XL

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas, por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo más alto y lo mejor del cielo;
Y ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Y en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arenoso suelo;
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que, muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria;
Y esta vuestra mortal, triste caída,
Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

—Desa mesma manera le sé yo, dijo el Cautivo.

—Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero dice así:

SONETO

De entre esta tierra estéril, desdichada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron libre á mejor morada,
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes;
Mas no más justas, de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.»

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo: «Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la Goleta; porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra; y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que había quedado en pie de la fortificación nueva que había hecho el Fratín, con mucha facilidad vino á tierra. En resolución, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax,* que quiere decir, en lengua turquesca, *el renegado tiñoso,* porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya, y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo; y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y á más de los treinta y cuatro de su edad renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe; y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y después á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nación, y moralmente fué hombre de bien; trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales después de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que también es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los demás hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos, y él vino á ser el más cruel renegado que jamás se ha visto.

»Llamábase Azán Bajá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mío, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya había probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba; porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando, en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondía el suceso á la intención, luego, sin

abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión ó casa que los turcos llaman *baño,* donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del común, y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate, aunque le tengan. A estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo.

»Yo, pues, era uno de los de rescate; que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y así, pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquél; y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal de SAAVEDRA (1), al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

»Digo, pues, que encima del patio de nuestra prisión caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal; las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y aun éstas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un día, estando en un terrado de nuestra prisión con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demás cristianos habían salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas

(1) El mismo CERVANTES.

ventanillas, que he dicho, parecía una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban ó lo que hacían; pero así como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano y tornáronla á bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dél venían diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros.

»Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiración de pensar de dónde podía venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decían que á mí se hacía la merced. Tomé y besé el dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salía una muy blanca mano, que la abrían y cerraban muy apriesa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna mujer, que en aquella casa vivía, nos debía de haber hecho aquel beneficio; y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacía; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en más que las de su nación. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos había aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivía, y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivía un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que había sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habían de llover más cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente.

»Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno, primero que yo,

de los mismos tres que estuvieron conmigo; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí; porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leería el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendía el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mío, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intención; otros se sirven dellas usando de industria; porque, viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venían, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venían en corso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenía firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo.

»Supe que sabía muy bien el arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendía: díjome que muy bien, y que si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedía, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando, dijo: «Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Marién,* quiere decir: *Nuestra Señora, la Virgen María.*» Leímos el papel, y decía así:

«Cuando yo era niña, tenía mi padre una esclava, la cual en mi »lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de »Lela Marién. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino »con Alá, porque después la vi dos veces, y me dijo que me fuese á »tierra de cristianos á ver á Lela Marién, que me quería mucho. No

»sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y »ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa »y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si »puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres; »y si no quisieres, no se me dará nada; que Lela Marién me dará con »quien me case. Yo escribo esto; mira á quién lo das á leer; no te fíes »de ningún moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha »pena; que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque, si mi »padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. »En la caña pondré un hilo: ata allí la respuesta; y si no tienes quien »te escriba arábigo, dímelo por señas: que Lela Marién hará que te »entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz, que yo beso muchas »veces; que así me lo mandó la cautiva.»

»Mirad, señores, si era razón que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el Renegado entendió que no acaso se había hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se había escrito; y así, nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos; que él aventuraría su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imagen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecía y casi adevinaba que por medio de aquella que aquel papel había escrito, había él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado.

»Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el Renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso; y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivía. Acordamos ansimesmo que sería bien responder al billete de la mora; y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mía, y aquella bendita Marién, »que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en el »corazón que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. »Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por »obra lo que te manda; que ella es tan buena, que sí hará. De mi »parte, y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te ofrezco »de hacer por ti todo lo que pudiéremos, hasta morir. No dejes de

»escribirme y avisarme lo que pensares hacer; que yo te responderé »siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que »sabe hablar y escribir tu lengua tan bien, como lo verás por este »papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que »quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos, que has »de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano; y sabe »que los cristianos cumplen lo que prometen, mejor que los moros. »Alá y Marién, su madre, sean en tu guarda, señora mía.»

»Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días á que estuviese el baño solo, como solía; y luego salí al paseo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecía, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podía ver quién la ponía, mostré el papel, como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado, y nos dijo que había sabido que en aquella casa vivía el mesmo moro que á nosotros nos habían dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenía una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era común opinión en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venían la habían pedido por mujer, y que ella nunca se había querido casar, y que también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en qué orden se tendría para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos; y en fin, se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que había de dar remedio á todas aquellas dificultades. Después que quedamos en esto, dijo el Renegado que no tuviésemos pena; que él perdería la vida, ó nos pondría en libertad. Cuatro días estuvo el baño con gente, que fué ocasión que cuatro días tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometía. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el Renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decía:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vamos á España, ni »Lela Marién me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que »se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dine»ros de oro; rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno »en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los »demás; y á mí me hallará en el jardín de mi padre, que está á la

»puerta de Babazón, junto á la marina, donde tengo de estar todo »este verano con mi padre y con mis criados; de allí, de noche me »podréis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de »ser mi marido, porque si no, yo pediré á Marién que te castigue. »Si no te fías de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve; que »yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. »Procura saber el jardín; y cuando te pasees por ahí, sabré que está »solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mío.»

«Esto decía y contenía el segundo papel; lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y también yo me ofrecí á lo mismo; á todo lo cual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguna manera consentiría que ninguno saliese en libertad, hasta que fuesen todos juntos; porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplían los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habían usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto; porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmación de la verdad que nos decía, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella mesma sazón había acaecido á unos caballeros cristianos, el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiración. En efecto, él vino á decir que lo que se podía y debía hacer era, que el dinero que se había de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuán y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daría traza para sacarnos del baño y embarcarnos á todos: cuanto más que si la mora, como ella decía, daba dineros para rescatarnos á todos, que estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del día, y que la dificultad que se ofrecía mayor era, que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaría este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compra de la barca y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendría á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos había parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decía, no osamos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decía, nos había de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del Renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque

lo había advertido tan bien como si Lela Marién se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra.

»Ofrecíle de nuevo de ser su esposo; y con esto, otro día que acaeció estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decía que el primer *jumá*, que es el viernes, se iba al jardín de su padre, y que antes que se fuese, nos daría más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos; que nos daría cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto, que no lo echaría menos; cuanto más, que ella tenía las llaves de todo.

»Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves, antes del viernes que la hermosa Zoraida se había de ir al jardín, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasión de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marién con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, dióse orden en que los tres compañeros míos se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque, viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues había dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que, puesto que el ser ellos quien eran me podía asegurar deste temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura; y así, los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza; al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.





CAPÍTULO XLI

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasaron quince días, cuando ya nuestro Renegado tenía comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel, hacia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratación de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que había dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragón, y á los de Granada *mudéjares;* y en el reino de Fez llaman á los mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel Rey más se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardín donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito, se ponía el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó ya á ensayarse de burlas á lo que pensaba hacer de veras; y así se iba al jardín de Zoraida y pedía fruta, y su padre se la daba sin conocelle. Y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él después me dijo, y decille que él era el que, por orden mía, la había de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden; de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun más de aquello que sería razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado; que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que

lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenía, el cual, viendo cuán seguramente iba y venía á Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde quería, y que el tagarino su compañero no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles quería traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenía determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que más libremente podían salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habían llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano, sin ir en corso, á acabar una galeota que tenía en astillero; á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardín de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese.

»A cada uno dí este aviso de por sí, con orden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenía, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podía imaginar que la barca de cristianos podía volver; y así, determiné de ir al jardín y ver si podría hablarla; y con ocasión de coger algunas yerbas, un día antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo..... en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos..... digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardín, y de quién era.

»Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabía yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada.

»Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedía mi amo por mí.

»Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya había mucho que me había visto; y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni los moros tampoco se lo estorban, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego, cuando su padre vió que venía y de espacio, la llamó y mandó que llegase.

»Demasiada cosa sería decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; sólo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello,

orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los pies, que descubiertas á su usanza traía, traía dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo después que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valían otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así, hay más perlas y aljófar entre moros que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenía fama de tener muchas y de las mejores que en Argel había, y de tener asimismo más de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora ésta que ahora lo es mía. Si con todo este adorno podía venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debía de ser en las prosperidades; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio.

»Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venía á buscar ensalada.

»Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba.

»Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos zoltanis; á lo cual ella respondió: «En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engañar á los moros.

»—Bien podría ser eso, señora, le respondí; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

»—Y ¿cuándo te vas? dijo Zoraida.

»—Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme en él.

»—¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

»—No, respondí yo; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no

me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

»—Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer.

»—No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

»—Y ¿es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.

»—Tan hermosa es, respondí yo, que, para encarecella y decirte la verdad, se parece á ti mucho.»

»Desto se riyó muy de veras su padre, y dijo: «Gualá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no, mírala bien, y verás cómo te digo verdad.» Servíanos de intérprete á las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino; que, aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos.

»Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida: «Hija, retírate á la casa y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra.»

»Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la había mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardín, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *«¿Tamejí*, cristiano, *tamejí?»* que quiere decir ¿vaste, cristiano, vaste?

»Yo la respondí: «Señora, sí; pero no en ninguna manera sin ti: el primer jumá me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas; que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos.»

»Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hacia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenía contra mi voluntad.

»Su padre llegó corriendo adonde estábamos; y viendo á su hija

de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre: «Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destos canes, se ha desmayado»; y quitándola del mío, la arrimó á su pecho; y ella, dando un suspiro y aún no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: «*Amejí*, cristiano, *amejí:* vete, cristiano, vete.»

»A lo que su padre respondió: «No importa, hija, que el cristiano no se vaya; que ningún mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre; pues, como ya te he dicho, los turcos, á mi ruego, se volvieron por donde entraron.

»—Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre; mas, pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yerbas á este jardín; que, según dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

»—Por todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato; que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojan, sino que, por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas.»

»Con esto me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardín; miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podía ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto había pasado al Renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardín, el Renegado al anochecer dió fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

»Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenían; porque ellos no sabían el concierto del Renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado, diciéndonos que ¿en qué nos

deteníamos? que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decía, y así, sin detenernos más, haciendo él la guía, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje y dijo en morisco: «Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida.» Ya á este tiempo habían entrado dentro casi todos los cristianos.

»Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arráez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas (que pocas ó casi ningunas tenían), se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna vía ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el Renegado la guía, fuimos al jardín de Agimorato; y quiso la buena suerte que, llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y así, con gran quietud y silencio llegamos á la casa, sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana; y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano y la comencé á besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis tres camaradas, y los demás, que el caso no sabían, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos; que no parecía sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad.

»El Renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardín.

»Ella respondió que sí, y que dormía.

«Pues será menester despertalle, replicó el Renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín.

»—No, dijo ella; á mi padre no se ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos; y esperaos un poco y lo veréis»; y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volvería; que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningún ruido.

»Preguntéle al Renegado lo que con ella había pasado, el cual me lo contó; á quien yo dije que en ninguna cosa se había de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardín; y asomándose á la ventana, luego conoció que

todos los que en él estaban eran cristianos; y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: «¡Cristianos, cristianos! ¡ladrones, ladrones!» Por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el Renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros; que yo no osé desamparar á Zoraida, que, como desmayada, se había dejado caer en mis brazos. En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole, atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos; mas entonces, siendo más necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca; que ya los que en ella habían quedado nos esperaban, temerosos de algún mal suceso nuestro. Apenas serían dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el Renegado que no hablase palabra; que le quitarían la vida. El, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenía abrazada, y que ella, sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda; pero, con todo esto, callaba, porque no pusiese en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hacía.

»Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al Renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros y dar libertad á su padre; porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la había querido. El Renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenía, á causa que si allí los dejaban, apellidarían luego la tierra y alborotarían la ciudad, y serían causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar de manera, que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movían á no hacer luego lo que quería, también se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazón, á navegar la vuelta de la isla de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero, á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas

de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venían con mercancía de Tetuán; aunque cada uno por sí y todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentía yo que iba llamando á Lela Marién que nos ayudase.

»Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo (que iba bien proveída la barca); puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno; que les diesen de comer los que no bogaban; que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Orán, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza; y así, á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el Renegado los consoló, diciéndoles cómo no iban cautivos; que en la primera ocasión les darían libertad.

»Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: «Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término ¡oh cristianos! mas el darme libertad... no me tengáis por tan simple que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volvérmela tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; al cual interese, si le queréis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mía, ó si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma.»

»En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasión, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos los acompañamos en él.

»Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: «¿Qué es esto, hija! que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos; y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva digna de solemnizalla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con

los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable. Respóndeme á esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo.»

»Todo lo que el moro decía á su hija nos lo declaraba el Renegado, y ella no le respondía palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solía tener sus joyas, el cual sabía él bien que le había dejado en Argel, y no traídole al jardín, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre había venido á nuestras manos, y qué era lo que venía dentro.

»A lo cual el Renegado, sin aguardar á que Zoraida le respondiese, le respondió: «No te canses, señor, en preguntar á Zoraida, tu hija, tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y así, quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio. Ella va aquí de su vôluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida y de la pena á la gloria.

»—¿Es verdad lo que éste dice, hija! dijo el moro.

»—Así es, respondió Zoraida.

»—¿Que, en efeto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á tu padre en poder de sus enemigos!»

»A lo cual respondió Zoraida: «La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte hacer ni hacerte mal, sino á hacerme á mí bien.

»—Y ¿qué bien es el que te has hecho, hija!

»—Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marién; que ella te lo sabrá decir mejor que no yo.»

»Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía no le entretuviera un poco sobre el agua.

»Dió voces Zoraida, que le sacasen; y así, acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido; de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacía sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la Cava rumía,* que en nuestra lengua quiere decir *la mala mujer cristiana;* y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala,* y *rumía, cristiana;* y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella; puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar. Pusimos nuestras

centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano: comimos de lo que el Renegado había proveído, y rogamos á Dios y á nuestra Señora, de todo nuestro corazón, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse orden, á suplicación de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que allí atados venían; porque no le bastaba el ánimo, ni lo podían sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado.

»No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oídas del cielo; que, en nuestro favor, luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: «¡Por qué pensáis, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensáis que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le hará mi presencia cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos; ni penséis que la ha movido á mudar religión entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra»; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algún desatino no hiciese, le dijo: «¡Oh infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿adónde vas, ciega y desatinada, en poder de estos perros, naturales enemigos nuestros! ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!»

»Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra; y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando, por habernos hecho á la vela, no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decía: «Vuelve, amada hija, vuelve á tierra; que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas.»

»Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: «¡Plega á Alá, padre mío, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza! Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad; pues, aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, según la priesa que me daba mi alma á poner por obra ésta, que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala.»

»Esto dijo á tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya le veíamos; y así, consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro día al amanecer en las riberas de España. Mas, como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algún mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija había echado (que siempre se han de temer, de cualquier padre que sean), quiso, digo, que, estando ya engolfados y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timón, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timón para darnos lugar que pasásemos.

»Habíanse puesto al borde del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos y de dónde veníamos; pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro Renegado: «Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses, que hacen á toda ropa.» Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quebaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería; y, á lo que pareció, las balas venían con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento, disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero, como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses, bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundía, nos recogieron, diciendo que, por haber usado la descortesía de no respondelles, nos había sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver lo que hacía. En resolución, todos pasamos con los franceses, los cuales, después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenía de que habían de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valía y ella más estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se extienden á más que al dinero, y desto jamás se ve harta su codicia, la cual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de

cautivos nos quitaran si de algún provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar, envueltos en una vela; porque tenían intención de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones; y si nos llevaban vivos, serían castigados, siendo descubierto su hurto. Mas el capitán, que era el que había despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía, y que no quería tocar en ningún puerto de España sino irse luego al Océano, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta La Rochela, de donde había salido; y así, tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron otro día, ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: ¡tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida!»

»Cerca de mediodía podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razón se debía tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuán, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos.

»Hízose así, y poco antes de la media noche sería cuando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de dulcísimo contento, dimos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos había hecho en nuestro viaje; sacamos de la barca los bastimentos que tenía, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña: porque aun allí estábamos, y aún no podíamos asegurar el pecho ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía.

»Amaneció más tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos; acabamos

de subir toda la montaña, por ver si desde allí algún poblado se descubría ó algunas cabañas de pastores; pero, aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí más me fatigaba era el ver ir á pie á Zoraida por aquellas asperezas; que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado; y mirando todos con atención si alguno se parecía, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo.

»Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y, á lo que después supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el Renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Moros! ¡Moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma!»

»Con estas voces quedamos todos confusos y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa había de venir luego á ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo había de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aún no habrían pasado dos horas, cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venían; y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasión por que un pastor había apellidado al arma.

»Sí, dije yo; y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos y quién eramos, uno de los cristianos que con nosotros venían conoció al jinete que nos había hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir más palabra: «¡Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido! porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mío.»

»Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se

arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo, diciéndole: «¡Sobrino de mi alma y de mi vida! ya te conozco y ya te he llorado por muerto yo, mi hermana, tu madre y todos los tuyos, que aún viven; que Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte. Ya sabíamos que estabas en Argel y por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los desta compañía, comprendo que habéis tenido milagrosa libertad.

»—Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo.»

»Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tío del cristiano. Saliónos á recebir todo el pueblo; que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le había sacado al rostro tales colores, que, si no es que la afición entonces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no había en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto.

»Fuimos derechos á la iglesia, á dar gracias á Dios por la merced recebida; y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí había rostros que se parecían á los de Lela Marién. Dijímosle que eran imágenes suyas; y como mejor se pudo, le dió el Renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fuera cada una de ellas la misma Lela Marién que la había hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo.

»Seis días estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el Renegado, hecha su información de cuanto le convenía, se fué á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la santa Inquisición, al gremio santísimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera fortuna que la mía; puesto que, por haberme hecho el cielo compa-

ñero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente; puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.»





CAPITULO XLII

Que trata de lo que además sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ, en diciendo esto, el Cautivo, á quien don Fernando dijo: «Por cierto, señor Capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáranos que de nuevo se comenzara.» Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si quería volverse con él, que él haría que el Marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaría de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debía. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la media noche, y al mediar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo, y pidieron posada: á quien la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado.

«Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habían entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene.»

A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: «Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae (que sí debe de traer), entre en buen hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced.

—Sea en buen hora», dijo el escudero; pero á este tiempo ya había salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenía, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestía, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traía de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiración su vista; de suerte que, á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse.

Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: «Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.»

Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y Zoraida, que, á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido á verla y á recebirla; pero don Fernando, Cardenio y el Cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oidor entró confuso, así de lo que veía, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolución, bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y apostura de Don Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado: que todas las mujeres se entrasen en el camaranchón ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda; y así, fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero y con la mitad de la que el Oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor le dió saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venían, que cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el Licenciado Juan Pérez de Viedma, y que había oído decir que era de un lugar de las montañas de León. Con esta relación, y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho también el criado cómo iba proveído por oidor á las Indias, en la audiencia de Méjico; supo también cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con el dote que, con la hija, se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendría para descubrirse, ó para conocer primero si, después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaría, ó le recebiría con buenas entrañas.

«Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el Cura: cuanto más, que no hay pensar sino que vos, señor Capitán, seréis muy bien recebido; porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

—Con todo eso, dijo el Capitán, yo querría no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer.

—Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.»

Ya en esto estaba aderezada la cena para el Oidor y su hija, y los dos se sentaron á la mesa; el Cautivo se desvió á un lado, y las señoras se retiraron á su aposento. En la mitad de la cena dijo el Cura: «Del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los más valientes soldados y capitanes que había en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenía de esforzado y valeroso, tenía de desdichado.

—Y ¿cómo se llamaba ese capitán, señor mío! preguntó el Oidor.

—Llamábase, respondió el Cura, Rui Pérez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de León; el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le había sucedido, que, á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego; porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos, mejores que los de Catón; y sé yo decir que el que él escogió, de venir á la guerra, le había sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener

buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto; yo la perdí en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido.»

De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano había sucedido; á todo lo cual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez había sido tan oidor como entonces. Sólo llegó el Cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venían, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habían quedado; de los cuales no había sabido en qué habían parado, ni si habían llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia.

Todo lo que el Cura decía estaba escuchando, algo de allí desviado, el Capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacía; el cual, viendo que ya el Cura había llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo: «¡Oh señor, si supiésedes las nuevas que me habéis contado y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discreción y recato, me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís, es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mío, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, según os dijo vuestra camarada en la conseja que, á vuestro parecer, le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural, y yo ansimesmo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre; que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo agora me lastimo es de pensar si aquellos franceses no le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esta duda hará que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mío! y ¿quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los míos! ¡Oh! ¿quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenías vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería! que de allí te sacaran sus

riquezas, las de mi hermano y las mías. ¡Oh Zoraida hermosa y liberal! ¿quién pudiera pagar el bien que á mi hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran!»

Estas y otras semejantes palabras decía el Oidor, lleno de tanta compasión con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oían le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenían de su lástima. Viendo, pues, el Cura que tan bien había salido con su intención y con lo que deseaba el Capitán, no quiso tenerlos á todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda y Dorotea. Estaba esperando el Capitán á ver lo que el Cura quería hacer, que fué que, tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el Oidor y su hija y los demás caballeros estaban, y dijo: «Cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues tenéis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada. Este que aquí veis es el capitán Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo; los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho.»

Acudió el Capitán á abrazar á su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse.

Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de los dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el Capitán y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al Oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partía flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante ú otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le cono-

cían, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo había prometido. Sucedió, pues, que, faltando poco para venir el alba, llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormía doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno.

Unas veces les parecía que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusión muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: «Quien no duerma escuche; que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.

—Ya lo oímos, señor», respondió Dorotea.

Y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto:





CAPÍTULO XLIII

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

«Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego, sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
»Siguiendo voy á una estrella
Que desde lejos descubro,
Más bella y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro.
»Yo no sé á dónde me guía;
Y así, navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.
»Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Cuando más verla procuro.
»¡Oh clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.»

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no sería bien que dejase Clara de oir una tan buena voz; y así, moviéndola á una y á otra parte, la despertó, diciéndole: «Perdóname, niña.

que te despierte, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida.»

Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decía, y húboselo de preguntar; ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: «¡Ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oídos para no ver ni oir á ese desdichado músico.

—¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

—No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente.»

Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discreción que sus pocos años prometían, y así, le dijo: «Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más y decidme, ¿qué es lo que decís de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digáis nada por ahora; que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta; que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto.

—Sea en buen hora», respondió Clara; y por no oílle, se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que también se admiró Dorotea; la cual, estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguían en esta manera:

«Dulce esperanza mía,
Que, rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la vía
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.
»No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
»Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razón y es trato justo,
Pues no hay más rica prenda
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
»Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y ansí, aunque con las mías
Sigo de amor las más dificultosas,
No por eso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.»

Aquí dió fin la voz, y principió á vivos sollozos Clara, todo lo cual encendía el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro; y así, le volvió á preguntar qué era lo que le quería decir denantes.

Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podía hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: «Este que canta, señora mía, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragón, señor de dos lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte; finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun quererr. sin saber lo que me quería.

»Entre las señas que me hacía era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaría conmigo; y aunque yo me holgaría mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre, no sabía con quién comunicallo; y así, lo dejé estar, sin dalle otro favor si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo también, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacía tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el día que nos partimos nunca pude verle para despedirme dél siquiera con los ojos; pero á cabo de dos días que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar, una jornada de aquí, le vi á la puerta del mesón, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural. que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme; él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos; y como yo sé quién es. y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intención viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre. que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza: que he oído decir que es muy gran estudiante y poeta; y hay más. que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra; y con todo eso, le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mía, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado; que en sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.

—No digáis más, señora doña Clara, dijo á esta sazón Dorotea (y esto besándola mil veces); no digáis más, digo, y esperad que venga el nuevo día; que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

—¡Ay señora! dijo doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más esposa! Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querría sino que este mozo se volviese y me dejase; quizá con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaría la pena que ahora llevo; aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años; que para el día de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo.»

No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, á quien dijo: «Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos.»

Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio; solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes, su criada; las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates. Es, pues, el caso que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa: «¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! y ¿qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della ¡oh luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazón padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote

que de mi parte la saludes; pero guárdate que, al verla y saludarla, no le des paz en el rostro; que tendré más celos de ti que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia ó por las riberas del Peneo (que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces), celoso y enamorado.»

A este punto llegaba Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: «Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.»

A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, hija de los señores de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: «Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol, encerrados en una redoma.

—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes.

—Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.

—Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.

—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien dello, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.»

Parecióle á Maritornes que sin duda Don Quijote daría la mano que le había pedido; y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se

volvió á su agujero, á tiempo que Don Quijote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y al darle la mano, dijo: «Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.



«Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo.

—Ahora lo veremos», dijo Maritornes; y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: «Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. No la tratéis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.»

Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro había de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolución, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas

se habían ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su lazo, por ver si podía soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado (que sin duda alguna se había creído que lo estaba); allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones.

Llamaron á la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: «Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seáis, no tenéis para qué llamar á las puertas deste castillo; que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrir tales fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo ó no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es éste, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias! Si sois el ventero, mandad que nos abran; que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero! respondió Don Quijote.

—No sé de que tenéis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.

—Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojen personas dignas de corona y cetro.

—Sabéis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante.»

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo, que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban; y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse á su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de Don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba: creyó además haber quedado tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, entendiendo que le faltaba poco para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca; que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que, con poco más que se estiren, llegarán al suelo.





CAPÍTULO XLIV

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efeto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido y fué á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritornes, que ya había despertado á las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenía, que tales voces daba.

El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzón, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: «Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla.»

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles quién era Don Quijote, y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio.

Preguntáronle al ventero si acaso había llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traía el amante de doña Clara.

El ventero respondió que había tanta gente en la venta, que no había echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche donde había venido el Oidor, dijo: «Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales.

—Así se hará», respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta; todo lo cual veía el ventero, y no sabía atinar para qué se hacían aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habían dado.

Ya á esta sazón aclaraba el día; y así por esto, como por el ruido que Don Quijote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea; que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habían podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso dél, ni le respondían á su demanda, moría y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podía el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado; pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase.

El hombre le trabó del brazo y le dijo: «¡Por cierto, señor don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que tenéis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió!»

Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenía asido, y luego conoció que era criado de su padre; de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: «Aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.

—Pues ¿cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venía por este camino y en este traje?

—Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacía vuestro padre al punto que os echó menos; y así, despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, más contentos de lo que imaginar se

puede por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren.

—Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo ordenare, respondió don Luis.

—¿Qué habéis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en volveros? Porque no ha de ser posible otra cosa.»

Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien don Luis estaba; y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á don Fernando y á Cardenio y á los demás, que ya vestido se habían, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de *don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y cómo le quería volver á casa de su padre, y el mozo no quería; y con esto, y con lo que dél sabían, de la buena voz que el cielo le había dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así, se fueron hacia la parte donde aún estaba hablando y porfiando con su criado.

Salía en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada; y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, á quien él también dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre; y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraría poner remedio en todo; y ellas lo hicieron.

Ya estaban todos los cuatro que venían á buscar á don Luis dentro de la venta y rodeados á él, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre.

El respondió que en ninguna manera lo podía hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma.

Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningún modo volverían sin él, y que le llevarían, quisiese ó no quisiese.

«Esto no haréis vosotros, replicó don Luis, si no es llevándome muerto; aunque, de cualquiera manera que me llevéis, será llevarme sin vida.»

Ya á esta sazón habían acudido á la porfía todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quijote; que ya le pareció que no había necesidad de guardar más el castillo.

Cardenio, como ya sabía la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querían que ¿qué les movía á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho?

«Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que, por la ausencia deste caballero, queda á peligro de perderla.

A esto dijo don Luis: «No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre, y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.

— Harásela á vuestra merced la razón, respondió el hombre; y

cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados.

—Sepamos qué es esto, de raíz», dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre, que le conoció, como vecino de su casa, respondió: «¿No conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver!»

Miróle entonces el Oidor más atentamente, y conocióle, y abrazándole, dijo: «¿Qué niñerías son estas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra!»

Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haría bien; y tomando por la mano á don Luis, le apartó á una parte y le preguntó qué venida había sido aquella.

Y en tanto que le hacía esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta; y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habían alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habían intentado irse sin pagar lo que debían; mas el ventero, que atendía más á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así, le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro.

La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: «Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre; que dos malos hombres le están moliendo como á cibera.»

A lo cual respondió Don Quijote muy de espacio y con mucha flema: «Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré. Corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningún modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.

—¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes, que estaba delante; primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.

—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote; que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo; que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis más que medianamente satisfecha»; y sin decir más, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole

con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua.

La Princesa se la dió de buen talante; y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traían los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decían que ¿en qué se detenía? que socorriese á su señor y marido.

«Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho; que á él toca y atañe esta defensa y venganza.»

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto; todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémosle aquí; que no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que se atreve á más de lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atrás cincuenta pasos, á ver qué fué lo que don Luis respondió al Oidor; que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil traje vestido.

A lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algún gran dolor le apretaba el corazón, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: «Señor mío, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mía, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no lo impide, en este mesmo día ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco ó como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis deseos más de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabéis la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero; si os parece que estas son partes para que os aventuréis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades.»

Calló, en diciendo esto, el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oído el modo y la discreción con que don Luis le había descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabía el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese á sus criados que por aquel día no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza don Luis, y aun se las bañó con lágrimas: cosa que pudiera enternecer un corazón de mármol,

no sólo el del Oidor, que, como discreto, ya había conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabía que pretendía hacer de título á su hijo.

Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero; pues por persuasión y buenas razones de Don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor y la resolución de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: «¡Ah don ladrón, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos, que me robastes.»

Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decían, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicón al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia; y decía: «¡Aquí del Rey y de la justicia; que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladrón, salteador de caminos!

—Mentís, respondió Sancho; que yo no soy salteador de caminos; que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.»

Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la Orden de la caballería.

Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino á decir: «Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay más, que el mismo día que ella se me quitó, me quitaron también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo.»

Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, porque la tuviesen de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: «Vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesión; en lo del albarda no me entremeto; que lo que en ello sabré decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo. Yo se la dí, y él los tomó; y de haberse conver-

tido de jaez en albarda, no sabré dar otra razón si no es la ordinaria: que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería. Para confirmación de lo cual, corre, Sancho, hijo, y saca aquí el yelmo, que este buen hombre dice ser bacía.

—Pardiez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez deste buen hombre albarda.

—Haz lo que te mando, replicó Don Quijote; que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.»

*| Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo; y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos y dijo: «Miren vuestras mercedes ¡con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho! y juro por la Orden de caballería que profeso, que este yelmo es el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

—En eso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho; porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.





CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.

QUÉ les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfían que ésta no es bacía, sino yelmo!

—Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote... le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.»

Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero: «Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo, más ha de veinte años, carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni más ni menos, fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia (digo á los géneros de armas de los soldados); y digo (salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento) que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es», dijo el Cura, que ya había entendido la intención de su amigo el Barbero; y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas, y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco ó nada atendía á aquellos donaires.

«¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado: ¿que es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo! Cosa parece ésta que puede poner en admiración á toda una universidad, por discreta que sea. Basta; si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—A mí albarda me parece, dijo Don Quijote; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda ó jaez, dijo el Cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote; que, en estas cosas de la caballería, todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos, dijo Don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en él se contiene, se preguntare; porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve cogido deste brazo casi dos horas: sin saber cómo ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo agora, en cosa de tanta confusión, á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen, que ésta es bacía, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si ésa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva; sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes: quizá por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen.

—No hay duda, respondió á esto don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien que á nosotros toca la difinición deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores; y de lo que resultare, daré entera y clara noticia.»

Para aquellos que la tenían del humor de Don Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero á los que la ignoraban, les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero.

cuya bacía allí, delante de sus ojos, se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda, pensaba sin duda alguna, que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, y hablándolos al oído, para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocían, dijo en alta voz: «El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres; porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así, habréis de tener paciencia, porque, á vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez, y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

—No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes..... y no digo más; y en verdad que no estoy borracho; que no me he desayunado, si de pecar no.»

No menos causaban risa las necedades que decía el barbero que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazón dijo: «Aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga.»

Uno de los cuatro criados dijo: «Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que ésta no es bacía, ni aquélla albarda; mas, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡voto á tal (y arrojóle redondo), que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que ésta no sea bacía de barbero, y ésta albarda de asno!

—Bien podría ser de borrica, dijo el Cura.

—Tanto monta, dijo el criado; que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen.»

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado, dijo: «Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva.

—¡Mentís como bellaco villano!» respondió Don Quijote; y alzando el lanzón (que nunca le dejaba de las manos), le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que, á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don

Luis rodearon á don Luis, porque, con el alboroto, no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarba, y lo mismo hizo Sancho; Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros; don Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quijote y á Cardenio y á don Fernando, que todos favorecían á Don Quijote; el Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molía al barbero; don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada, que le bañó los dientes en sangre; el Oidor le defendía; don Fernando tenía debajo de sus pies á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad; de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre; y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante; y así, dijo con voz que atronaba la venta: «Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida.»

A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió, diciendo: «¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual, quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí, y trasladado entre nosotros, la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el jaez, acullá por el águila, acá por el yelmo; y todos peleamos, y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.» Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de Don Quijote, y se veían malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda; Sancho, á la más mínima voz de su amo, obedeció, como buen criado; los cuatro criados de don Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; sólo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces: la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de Don Quijote.

Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasión del Oidor y del Cura, volvieron los criados de don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenía, el Oidor comunicó con don Fernando, Cardenio y el Cura qué debía



«Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida.»

hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que don Luis le había dicho. En fin, fué acordado que don Fernando dijese á los criados de don Luis quién él era, y cómo era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marqués sería hospedado como el valor de don Luis merecía; porque, de otra manera, se sabía de la intención de don Luis que no volvería por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos; y creyeron que entendida de los cuatro la calidad de don Fernando y la intención de don Luis, determinarían entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viesen lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero, viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber entreoído la calidad de los que con ellos se habían combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que, de cualquiera manera que sucediese, habían de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por don Fernando, le vino á la memoria que, entre algunos mandamientos que traía para prender á algunos delincuentes, traía uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho, con mucha razón, había temido. Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas, que de Don Quijote traía, venían bien; y sacando del seno un pergamino doblado, con papeles dentro, topó con el que buscaba; y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía, ponía los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote; y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, con la izquierda mostró el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decía: «¡Favor á la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos.»

Tomó el mandamiento el Cura, y vió cómo era verdad cuanto el cuadrillero decía, y cómo convenía en las señas con Don Quijote: el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, le asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que, á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalles favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo

tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban.

Sancho dijo, viendo lo que pasaba: «¡Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!»

Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenían; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenía al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de caminos.

Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: «Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos! ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante!»





CAPÍTULO XLVI

Del fin de la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.

En tanto que Don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante; pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas.

«Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.»

En efeto, tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así, tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rancor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura, á socapa y sin que Don Quijote

lo entendiese, le dió al barbero por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amén. Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le quería llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á romper lazos, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso; porque los criados se contentaron de cuanto don Luis quería; de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendía bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba á bulto, conforme veía y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura había hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó don Fernando; puesto que el Oidor, de muy buena voluntad, había también ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo cual fué común opinión que se debían dar las gracias á la buena intención y mucha elocuencia del señor Cura y á la incomparable liberalidad de don Fernando.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinación, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pie y le dijo: «Es común proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algún día; porque ¿quién sabe si, por ocultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar, le tendrá de fortificarse en algún inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo!

Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura; que no está más el tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.»

Calló, y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la cual, con ademán señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera: «Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra: disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante; que la que una vez os entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que vuestra prudencia ordenare.

—A la mano de Dios, dijo Don Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo, y al camino, lo que suele decirse, que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafrén de la Reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.»

Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: «¡Ay señor, señor! y ¡cómo hay más mal en el aldegüela que se suena! con perdón sea dicho de las tocas honradas.

—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mío, villano!

—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado, como buen escudero y como debe un buen criado decir á su señor.

—Di lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

—No es eso ¡pecador fuí yo á Dios! respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre: porque, á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta.»

Paróse colorada, con las razones de Sancho, Dorotea (porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, á hurto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos, lo cual había visto Sancho, y parecídole que aquella desenvol-

tura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino), y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: «Esto digo, señor, porque, si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafrén; pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.»

¡Oh válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: «¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación! Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas; vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira»; y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas; á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor.

Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de Don Quijote, dijo, para templarle la ira: «No os despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasión, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que, como en este castillo, según vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto, por esta diabólica vía, lo que él dice que vió, tan en ofensa de mi honestidad.

—¡Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encanto no fuera! que sé yo bien, de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.

—Ansí es y ansí será, dijo don Fernando; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio.»

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas, pidió la mano á su amo, y él se la dió, y después de habérsela dejado besar, le echó la bendición, diciendo: «Agora acabarás de conocer, Sancho, hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por vía de encantamento.

—Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.

—No lo creas, respondió Don Quijote; que si así fuera, yo te vengara entonces, y aun agora; pero ni entonces ni agora pude, ni vi en quién tomar venganza de tu agravio.»

Desearon saber algunos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento; puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y de hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba.

Dos días eran ya pasados, desde que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del Cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas.

Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía; y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto como había pensado que sucedería el Cura, trazador desta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien

poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el Barbero (no el del albarda, sino el otro), que decía: «¡Oh Caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la cual se acabará cuando el furibundo león manchego con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán á luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar así, delante de tus ojos mesmos, á la flor de la caballería andante; que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas; y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde paréis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad; que yo me vuelvo adonde yo me sé»; y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla después con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significación de ella, y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prisión donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará, en buena ni en mala suerte; porque,

cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula ú otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mía.»

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego sacaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.





CAPÍTULO XLVII

Del extraño modo con que fué conducido encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

CUANDO Don Quijote se vió de aquella manera, enjaulado y encima del carro, dijo: «Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído ni visto ni oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algún carro de fuego, ó ya sobre algún hipógrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes ¡vive Dios, que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho, hijo?

—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaría afirmar y jurar que estas visiones, que por aquí andan, que no son del todo católicas.

—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote. ¿Cómo han de ser

católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten más de en la apariencia.

—Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo, que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero éste huele á ámbar de media legua.» Decía esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debía de oler á lo que Sancho decía.

«No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quijote; porque te hago saber que los diablos saben mucho; y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus: y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razón es, que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á ti te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio.»

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invención, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, y lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se había concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á dos cuadrilleros con sus ballestas; pero antes que se moviese el carro, salió la ventera con su hija y Maritornes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; á quien Don Quijote dijo: «No lloréis, mis buenas señoras; que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos; á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vías destruir á los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algún desaguisado, por descuido mío, vos he fecho; que, de voluntad y á sabiendas, jamás

le hice á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algún mal intencionado encantador me ha puesto; que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen.»

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el Cura y el Barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del Capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al Cura dónde



«No lloréis, mis buenas señoras; que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso.

había de escribirle, para avisarle en lo que paraba Don Quijote; asegurándole que no habría cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaría de todo aquello que él viese que podría darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos.

El ventero se llegó al Cura y le dió unos papeles, diciéndole que los había hallado en un aforro de la maleta, donde se halló la novela del *Curioso impertinente*, y que pues su dueño no había vuelto más por allí, que se los llevase todos; que pues él no sabía leer, no los quería. El Cura se lo agradeció; y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decía: *Novela de Rinconete y Cortadillo,* por donde entendió ser alguna novela, y coligió que, pues la del *Curioso imper-*

tinente había sido buena, que también lo sería aquélla, pues podría ser fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó, con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad.

Subió á caballo, y también su amigo el Barbero, ambos con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro.

Y la orden que llevaban era ésta: iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus ballestas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; detrás de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero que caminasen un poco más; porque él sabía que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, había un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querían. Tomóse el parecer del Barbero, y así, tornaron á proseguir su camino.

En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á sus espaldas venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos, y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que en resolución era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y más á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se había dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debía de ser algún facineroso salteador, ú otro delincuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad.

Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: «Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.»

Oyó Don Quijote la plática, y dijo: «¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias; y si no, no hay para qué me canse en decillas»; y á este tiempo habían ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El Canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: «En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando; así que, si no está más que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

—A la mano de Dios, replicó Don Quijote; pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, á despecho y pesar de la mesma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.

—Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazón el Cura; que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, *el Caballero de la Triste Figura,* si ya le oístes nombrar en algún tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos.»

Cuando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz, de admirado, y no podía saber lo que le había acontecido; y en la misma admiración cayeron todos los que con él venían.

En esto Sancho Panza, que se había acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: «Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre. El tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres y como las hacía ayer, antes que le enjaulasen: siendo esto ansí, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado, pues yo he oído decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores!»

Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: «¡Ah señor Cura, señor Cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro; y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza, la liberalidad. ¡Mal haya el diablo! que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor, *el de la Triste Figura,* como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo

que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa; pues cuando podían y debían esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor se le hace; y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—Adobadme esos candiles, dijo á este punto el Barbero: ¿también vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Vive el Señor, que voy viendo que le habéis de tener compañía en la jaula, y que habéis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería! En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis.

—Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaría empreñar del Rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsula deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más, pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor Barbero; que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo.»

No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir; y por este mismo temor había el Cura dicho al Canónigo que caminase un poco delante; que él le diría el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el Canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole el Cura brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberle puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algún medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir, dijo: «Verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo; porque me parece que, cuál más, cuál menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y según á mí me parece, este género de

escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar, y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique! Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla, y después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por sólo el valor de su fuerte brazo! Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se confía en los brazos de un andante y no conocido caballero! ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse, leyendo que una gran torre, llena de caballeros, va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo ni las vió Marco Polo! Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así, no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles-hía yo que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo curioso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando los tropiezos, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero, con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención de formar una quimera ó un monstruo, que de hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.»

El Cura le estuvo escuchando con grande atención, y parecióle

hombre de buen entendimiento y que tenía razón en cuanto decía; y así, le dijo que, por ser él de su misma opinión, y tener ojeriza á los libros de caballerías, había quemado casi todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. «Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Catón, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que, después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.





CAPÍTULO XLVIII

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es, como vuestra merced dice, señor Canónigo, dijo el Cura; y por esta causa son más dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningún buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

—Yo, á lo menos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas; y para hacer la experiencia de si correspondían á mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que vitoreado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros.

»Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento el de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado

de las comedias que ahora se representan, diciendo: «Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinión con los pocos; esto mismo vendrá á ser de mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del Cantillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinión que tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razón ni evidencia que dél los saque.»

»Acuérdome que un día dije á uno destos pertinaces: «Decidme, ¿no os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho?

»—Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir vuestra merced por la *Isabela*, la *Filis* y la *Alejandra*.

»—Por esas digo, le repliqué yo; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo; así que, no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La ingratitud vengada*, ni le tuvo la *Numancia*, ni se halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado»; y otras cosas añadí á éstas, con que, á mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

—En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dijo á esta sazón el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser, en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto.

y en la segunda salir ya hecho hombre barbado! Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona! ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo! Y si es que la imitación es lo principal á que ha de atender la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningún mediano entendimiento que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inexcusables! Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues ¿qué, si venimos á las comedias divinas! ¡Qué de milagros fingen en ellas! ¡qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos lo llaman, para que la gente ignorante se admire, y venga á la comedia. Y todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que, pues éste se consigue con cualquier comedia, buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debían hacerse; pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría mucho mejor, sin comparación alguna, con las comedias buenas que con las no tales; porque, de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas

partes tuviere, mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen éstas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen; porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen (y dicen verdad) que los representantes no se las comprarían, si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad vese por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeción que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, después de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes: y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen, no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobación, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna. Y desta manera, los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrían representallas, y aquellos que las componen mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende; y desta manera se harían buenas comedias, y se conseguiría facilísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinión de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados: pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se puede sustentar sin alguna lícita recreación.

A este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, cuando adelantándose el Barbero, llegó á ellos y dijo al Cura: «Aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

—Así me lo parece á mí», respondió el Cura; y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él también quiso quedarse con ellos.

convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecía; y así por gozar dél, como de la conversación del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; á lo cual uno de sus criados respondió que el acémila del repuesto, que ya debía de estar en la venta, traía recado bastante para no obligar á tomar de la venta más que cebada.

«Pues así es, dijo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver el acémila.»

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podía hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: «Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es, que aquestos dos que vienen aquí, encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero; y imagino han dado esta traza de llevalle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto; para prueba de lo cual, le quiero preguntar una cosa; y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo, Sancho, respondió Don Quijote; que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad; y en lo que dices que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos; pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja; y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á ti ocasión de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo; y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque, si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero, y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados! Ansí que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices; porque así son ellos como yo soy turco; y en lo que toca á querer preguntarme algo, di; que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana.

—¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz: y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto! Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense...

—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes...

—Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar; que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse.

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho: aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores! Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

—Ya, ya te entiendo, Sancho. Sí, y muchas veces, y aun agora la tengo: sácame deste peligro; que no anda todo limpio.





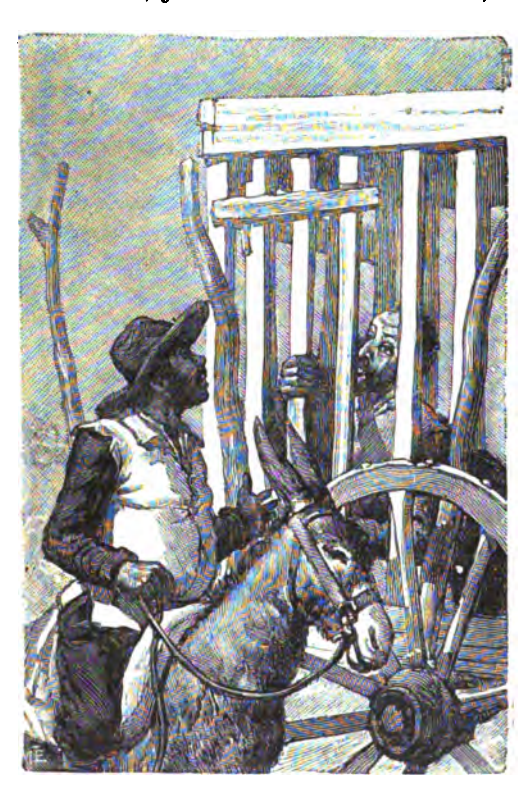
CAPÍTULO XLIX

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

AH! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad: «No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado?» De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé ó tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

—Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que, para mayor abundancia y satisfacción, sería bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel (que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun á sacarle della), y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de malencólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo, á ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, y yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.


En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero...

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho, hermano, replicó Don Quijote; y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.»

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula; porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas, y irse donde jamás gentes le viesen.

«Yo le fío de la fuga, respondió Sancho.

—Y yo y todo, dijo el Canónigo, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando: cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huído, le hará volver en volandas»; y que, pues esto era así, bien podían soltalle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no soltalle les protestaba que no podía dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaban.

Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra, le desataron, de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: «Aún espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de ti, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.» Y diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado, y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del Canónigo, le dijo: «¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la mesma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común natura-

leza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasión que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algún león ó algún tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla; cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío; de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, cuerdo sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.»

Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo; y cuando vió que ya había puesto fin á ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: «Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, ó inútiles para la república; y que yo he hecho mal en leerlos, y más mal en creerlos y peor en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan; negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando», dijo á esta sazón el Canónigo.

A lo cual respondió Don Quijote: «Añadió también vuestra merced que me habían hecho mucho daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es, dijo el Canónigo.

—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Flòripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que ¡voto á tal que es tanta verdad, como es ahora de día! Y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos. Y también se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristán y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan ansí, que me acuerdo yo que me decía una mi agüela de parte de mi padre, cuando veía alguna dueña con tocas reverendas: «Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona»; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algún retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy día se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta! Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán, tamaño como una grande viga; de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cid, y Bernardo del Carpio y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme también que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Arrás con el famoso señor de Charní, llamado Mosén Pierres, y después en la ciudad de Basilea con Mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; ni las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, el del Paso; las empresas de

Mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así, le respondió: «No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín dellos escribe; porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía (á lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen), y era como una religión de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decían en aquel tiempo caballero de los Doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice, del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado: que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote; y por más señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho.

—Todo puede ser, respondió el Canónigo; pero, por las Órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado, de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.





CAPÍTULO L

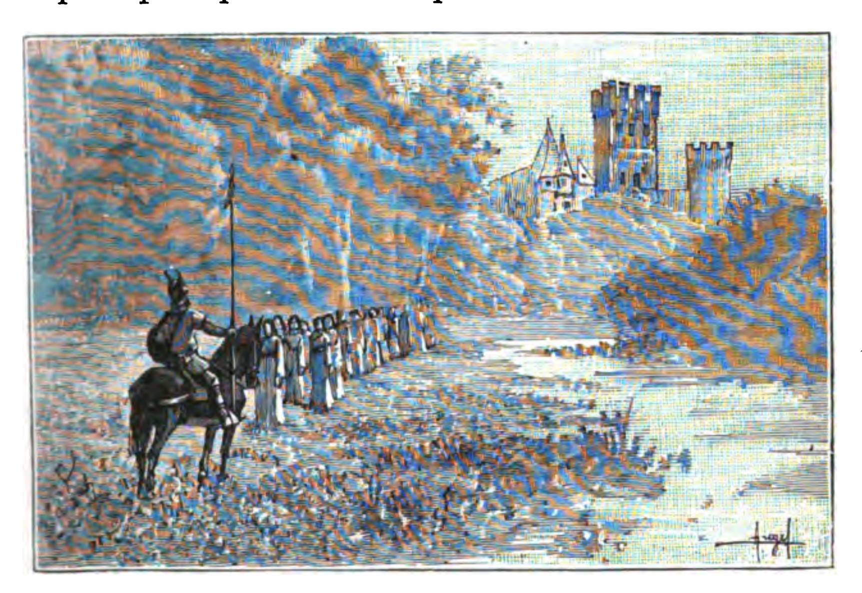
De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso! respondió Don Quijote. Los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobación de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame; que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: «Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás

digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen! ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa!

»Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas, blancas y amarillas, del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura; y ¿hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego, la que parecía principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que, por lo menos menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun más! ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado! ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada! ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil! ¿Qué verle servir de todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio! ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano, á cuál no! ¿Qué oir la música que en

canto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, ¡quedarse el caballero recostado sobre la silla (quizá mondándose los dientes como es costumbre), y entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas, que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia! No quiero yo alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante



¿Hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas...

ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso le tiene mala. De mí sé decir que, después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra; que, mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa

muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.»

Casi todas estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: «Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho, dijo el Canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto, y haciendo mi gusto, estaría contento, y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse; y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.»

A lo cual replicó Don Quijote: «No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho.

—Pero con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

—Yo no sé qué haya que decir; sólo me guío por muchos y diversos ejemplos que podía traer á este propósito, de caballeros de mi profesión, que, correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de ciudades y ínsulas; y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadís de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme! Y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.»

Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del lago, de la impresión que en él habían hecho las pegajosas mentiras de los libros que había leído, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido. Ya en esto volvían los criados del Canónigo, que á la venta habían ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas, que allí junto estaban, sonaba; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo; tras ella venía un cabrero dándole voces y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo.

Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: «¡Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada! y ¡cómo andáis vos estos días de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada? que ¡mal haya vuestra condición y la de todas aquellas á quien imitáis! Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo menos estaréis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos, que las habéis de guardar y encaminar, andáis tan sin guía y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas!»

Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canónigo, que le dijo: «Por vida vuestra, hermano, que os soseguéis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural distinto, por más que vos os pongáis á estorbarlo. Tomad ese bocado y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra»; y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno.

Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: «No querría que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

—Eso creo yo muy bien, dijo el Cura; que ya yo sé de experiencia que los montes crían letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

—A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creáis esta verdad, y la toquéis con la mano, aunque

parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadáis dello, y queréis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho y la mía.»

A esto respondió Don Quijote: «Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo: que todos escucharemos.

—Saco la mía, dijo Sancho; que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días; porque he oído decir á mi señor Don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer, cuando se le ofreciere, hasta no poder más, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada, que no aciertan á salir della en seis días; y si el hombre no va harto ó bien proveídas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

—Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; vete á donde quisieres y come lo que pudieres; que yo ya estoy satisfecho, y sólo me falta dar al alma su refacción, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.

—Así la daremos todos á las nuestras», dijo el Canónigo. Y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido había.

El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenía, diciéndole: «Recuéstate junto á mí, manchada; que tiempo nos queda para volver á nuestro apero.»

Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera:





CAPÍTULO LI

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.

Tres leguas deste valle está una aldea, que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual había un labrador muy honrado, y tanto, que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacía más dichoso, según él decía, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas... ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oídos de todo género de gente, que, como á cosa rara ó como á imagen de milagros, de todas partes á verla venían!

»Guardábala su padre y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya,

andaba confuso, sin saber determinarse á quién la entregaría de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenían, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocía quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado.

»Con todas estas mismas partes la pidió también otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecía que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusión, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que les dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; sólo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aún está pendiente; pero bien se deja entender que ha de ser desastrado.

»En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venía de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió él mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora (que de suyo es maliciosa, y dándole el caso lugar, es la misma malicia) lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes; y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando; porque ellos hacen una buena parte en esta historia.

»Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenía á todos, la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tienen Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, según él decía, que Garcilaso, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba; y de todos había salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte.

mostraba señales de heridas, que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo Rey no debía nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que también la tenía de poeta; y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo, componía un romance de legua y media de escritura.

»Este soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galán, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenía la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances (que de cada uno que componía daba veinte traslados), llegaron á sus oídos las hazañas que él de sí mismo había referido, y finalmente (que así el diablo lo debía de tener ordenado), ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presunción de solicitalla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dejado la casa de su honrado y amante padre (que madre no la tiene), y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba.

»Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron; yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos. Tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgràcia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la había engañado, y debajo de la palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre; que él la llevaría á la más rica y más vistosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que había faltado; y que él la llevó á un áspero monte, y la escondió en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también cómo el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenía, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiración á todos. Dura se nos hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado á su hija con la joya que, si una vez se

pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo día que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monesterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algún interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocían su discreción y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta.

»Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los míos en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase, con la ausencia de Leandra. Crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea y venirnos á este valle, donde él, apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas.

»A imitación nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos; y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condición: y, en fin, todos la deshonran y todos la adoran; y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desdén sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie; porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algún pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de *Leandra*, donde quiera que puede formarse; *Leandra* resuenan los montes, *Leandra* murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, sólo se queja de ausencia, y al son de un rabel, que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y á mi parecer, el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas incier-

tas, de su fe rompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar los pensamientos é intenciones que tienen; y esta fué la ocasión, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué; que, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros; si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto; cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.»





CAPÍTULO LII

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchado le habían; especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le había contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que había dicho muy bien el Cura en decir que los montes criaban letrados.

Todos se ofrecieron á Eugenio; pero el que más se mostró liberal en esto fué Don Quijote, que le dijo: «Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que, luego, luego, me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena; que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando empero las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno. Aunque yo espero en Dios, nuestro señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador, mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos.»

Miróle el cabrero; y como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y

catadura, admiróse, y preguntó al Barbero, que cerca de sí tenía: «Señor ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

—¿Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

—Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

— Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió.»

Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenía, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener ningún respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces, de Sancho, andaba buscando á gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el Barbero y el Cura; mas un cuadrillero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos á los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados; sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase.

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes, que se carpían, oyeron el son de una trompeta tan triste, que les hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad y más que medianamente molido, le dijo: «Hermano demonio (que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mías), ruégote que hagamos treguas no más de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama.» El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego; y Don Quijote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el son se oía, y

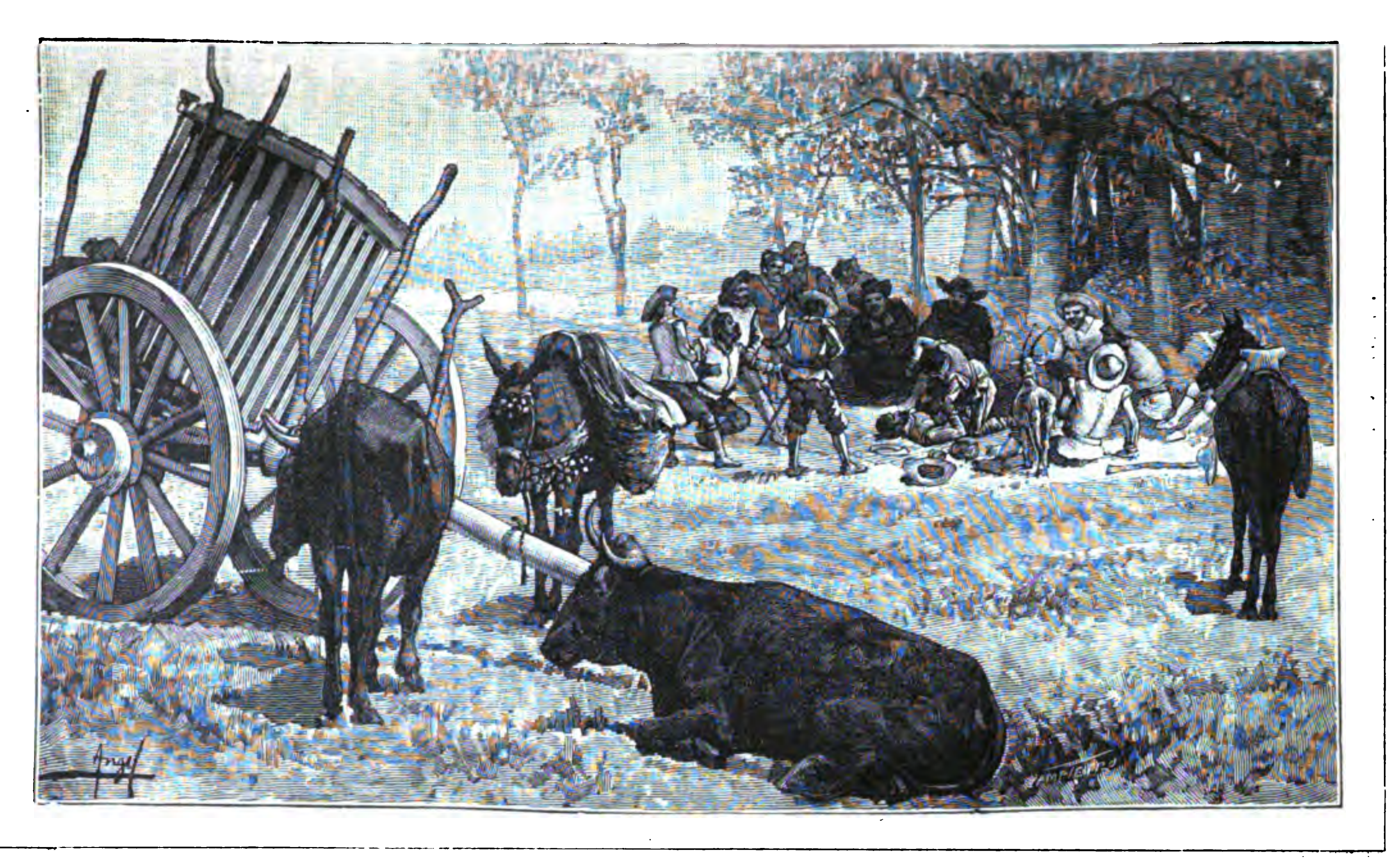
vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla: y confirmóle más esta imaginación, pensar que una imagen que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: «Agora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la Orden de la andante caballería; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.»

Y en diciendo esto, apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenía, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenelle; mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: «¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta ¡mal haya yo! que aquella es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe.»

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra: y aunque la oyera, no volviera, si el rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesión, y paró á Rocinante, que ya llevaba harto deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: «Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.»

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban: y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: «Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni



Cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones...

es razón que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

—En una lo diré, replicó Don Quijote, y es ésta: que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.»

Con estas razones cayeron todos los que las oyeron en que Don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla ó bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro (por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza), que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal á nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullía ni pie ni mano; y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaban todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imagen; y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinación de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía: «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por

sólo un mes de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que decirse puede!»

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué: «El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado; que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, y volvamos á nuestra aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.»

El Canónigo y el Cura y Barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como antes venía: la procesión volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debía; el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguía en ella; y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso; y á cabo de seis días llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del día, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venía; y cuando conocieron á su compatrioto quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas al Ama y á la Sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas.

A las nuevas de la venida de Don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero; y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venía bueno el asno: Sancho respondió que venía mejor que su amo.

«¡Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha

hecho! Pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traéis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos?

—No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mía; aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.

—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío; que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza; y por ahora estad contenta; que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me veréis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío; que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo.

—No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos?» respondió Teresa Panza; que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

«No te acucies, Teresa, por saber todo esto tan aprisa: basta que te digo verdad, y cose la boca; sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de alguna he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discreción, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí.»

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, su mujer, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quijote le recibieron y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia

ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que (según él dijo) se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres; y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar ó buscar otros, si no tan verdaderos, á lo menos de tanta instrucción y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en un pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, HOC SCRIPSERUNT

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De más despojos que Jasón á Creta;
El jüicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;
El brazo que su fama tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La Musa más honrada y más discreta
Que grabó versos en broncínea plancha;
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;
El que hizo callar los Belianises;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fría.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO

Soneto.

Esta que veis, de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademán brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjüez, á pie y cansado,
Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó, muriendo, de ser bella;
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto.

En el soberbio trono diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadís se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia,
Más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha;
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, Á SANCHO PANZA

Soneto.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!
Escudero el más simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdón se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasáis con prometer descanso,
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio.

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
Á quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace también junto á él,
Escudero el más fiel
Que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

Epitafio.

Reposa aquí Dulcinea;
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea:
Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quijote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer; los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho, á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

Forse altri canterà con miglior plettro.



EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE SEGUNDA

Dedicatoria al Conde de Lemos.

Enviando á Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije que DON QUIJOTE *quedaba, calzadas las espuelas, para ir á besar las manos á Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino; y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio á Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro* **Don Quijote,** *que, con nombre de* **Segunda Parte**, *se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China; pues, en lengua chinesca, habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome, se le enviase, porque quería fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana; y quería que el libro que se leyese fuese el de la* HISTORIA DE DON QUIJOTE: *juntamente con esto, me decía que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador si su Majestad le había dado para mí*

alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. «Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á vuestra China, á las diez, ó á las veinte, ó á las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros; y emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara, y hace más merced que la que yo acierto á desear.» Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á Vuestra Excelencia **Los trabajos de Persiles y Sigismunda**, *libro á quien daré fin dentro de cuatro meses,* **Deo volente;** *el cual ha de ser, ó el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto (quiero decir de los de entretenimiento): y digo que me arrepiento de haber dicho* **el más malo,** *porque, según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado; que ya estará* **Persiles** *para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid, último de Octubre de mil seiscientos y quince.*

Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra.



PRÓLOGO

VÁLAME Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote!* digo de aquel, que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que le diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen á los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra, y á desear la justa alabanza: y

hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame invidioso, y que, como á ignorante, me describa qué cosa sea la invidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio: y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero, en efecto, le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas:—y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama: y para confirmación desto, quiero que, en tu buen donaire y gracia, le cuentes este cuento.

Había en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo; y fué, que hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin; y en cogiendo algún perro en la calle ó en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota; y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo á los circunstantes, que siempre eran muchos: «¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro!»—¿Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro!—Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, éste, que también es de loco y de perro.

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano; y en topando algún perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso: amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió pues que, entre los perros en que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, á quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó

el grito el molido perro, vióle y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano; y á cada palo que le daba, decía: «¡Perro, ladrón! ¿á mi podenco! ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro!» Y repitiéndole el nombre de *podenco* muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro; y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decía: «Este es podenco; ¡guarda!» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decía que eran podencos; y así, no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador: que no se atreverá á soltar más la losa de su ingenio en libros, que en siendo malos, son más duros que las peñas. Dile también que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite; que acomodándome al entremés famoso de *la Perendenga,* le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos. Vívame el gran Conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas; y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra, puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo; pues como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida. Y no le digas más, ni yo quiero decirte más á ti, sino advertirte que consideres que esta *Segunda Parte de Don Quijote,* que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera; y que en ella te doy á Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados: y basta también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la *Segunda Parte de Galatea.*



EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, en la Segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible; porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la Primera parte desta tan grande como puntual historia, en sus últimos capítulos; y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su

mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos; preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras, y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solón flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló Don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes á la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento: pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera; y así, de lance en lance, vino á contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.

A esto respondió Don Quijote: «Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención, de la cual su Majestad, á la hora de agora, debe estar muy ajeno de pensar en ella.»

Apenas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí: «Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote; que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad.»

Mas el Barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

«El mío, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del Rey ó del reino.

—Pues el mío, respondió Don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuesa merced, señor Don Quijote, dijo el Cura.

—No querría, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí, dijo el Barbero, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere, á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del Cura que en el prefacio avisó al Rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula andariega.

—No sé historias, dijo don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero.

—Cuando no lo fuera, dijo el Cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—Y á vuesa merced, ¿quién le fía, señor Cura? dijo Don Quijote.

—Mi profesión, respondió el Cura, que es de guardar secreto.

—¡Cuerpo de tal! dijo á esta sazón Don Quijote; ¿hay más, sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la corte, para un día señalado, todos los caballeros andantes que vagan por España? que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco. Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura, es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique! Si no, díganme: ¡cuántas historias están llenas destas maravillas! ¡Había, enhoramala para mí (que no quiero decir para otro), de vivir hoy el famoso don Belianís, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula! que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo... y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay! dijo á este punto la Sobrina: ¡que me maten, si no quiere mi señor volver á ser caballero andante!»

A lo que dijo Don Quijote: «Caballero andante he de morir; y baje ó suba el Turco cuando él quisiere, y cuan poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende.»

A esta sazón dijo el Barbero: «Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.»

Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

«En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habían puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones, por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación, escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía; pues, por la misericordia de Dios, había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la renta de su hacienda, le tenían allí, y á pesar de la verdad, querían que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellán suyo se informase del Retor de la casa si era verdad lo que aquel Licenciado le escribía, y que asimismo hablase con él; y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el Capellán, y el Retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia, hablándole. Quiso hacerla el Capellán; y poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el Capellán fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fué, que el Retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aún estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda; pues por gozar della sus enemigos, ponían dolo y duda en la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el Capellán se determinó á llevársele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen Capellán pidió al Retor mandase dar los vestidos, con que allí había entrado, al Licenciado: volvió á decir el Retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el Licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellán las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dejase de llevarle; obedeció el Retor, viendo ser orden del Arzobispo; pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al Capellán que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El Capellán dijo que él le quería acompañar, y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegando el Licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mío, mire si me manda algo; que me voy á mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo,

de volverme mi juicio. Ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él; que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, también le volverá á él, si en él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma; y cómalos en todo caso; que le hago saber que imagino (como quien ha pasado por ello) que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.»

»Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.

»—Mirad lo que decís, Licenciado; no os engañe el diablo, replicó el loco; sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta.

»—Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.

»—¿Vos, bueno! dijo el loco; agora bien, ello dirá. Andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla, en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer; pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo! Pero con solo una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¡Tú libre, tú sano, tú cuerdo! y ¡yo loco, y yo enfermo, y yo atado! Así pienso llover, como pensar ahorcarme.»

»A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro Capellán y asiéndole de las manos, le dijo: «No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.»

»Rióse el Retor, y los presentes, por cuya risa se medio corrió y respondió el Capellán: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa; que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced.» Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.»

—Pues ¿éste es el cuento, señor Barbero, dijo Don Quijote, que

por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle! ¡Ah, señor rapista, señor rapista! y ¡cuán ciego es aquel que no vé por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recebidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan... antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza; ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes; ya no hay ninguno que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pase á una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro de los andantes caballeros. Si no, díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula? ó ¿quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán? y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su *Cosmografía?* Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Déstos, ó tales como éstos, quisiera yo que fueran los

de mi arbitrio; que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas. Y con esto, me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellán della; y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote, dijo el Barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intención, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé.»

A esto dijo el Cura: «Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora; y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más graves, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor Cura; y así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

— Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar á la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadís, pudiera, á mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe; que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.

—¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el Barbero, debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes,

que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la simetría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es, dijo el Cura»; el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

«De Reinaldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias), soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

—Si no fué Roldán más gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía de tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldán.

—Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor Cura, fué una doncella destraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió después de su ruin entrega, que no debieron de ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecía; que los poetas también se llaman *vates*, que quiere decir *adivinos*. Vese esta verdad clara, porque después acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus *Lágrimas*, y otro famoso y único poeta castellano cantó su *Hermosura*.

—Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazón el Barbero, ¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldán

'ueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella; porque es ›ropio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus lamas, fingidas, ó no fingidas (en fin, de aquellas á quien ellos escoŗieron por señoras de sus pensamientos), vengarse con sátiras y ibelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ιgora no ha llegado á mi noticia ningún verso infamatorio contra la ›eñora Angélica, que trujo revuelto el mundo.

—¡Milagro! dijo el Cura»; y en esto oyeron que el Ama y la Sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces ›n el patio, y acudieron todos al ruido.





CAPÍTULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el Cur y el Barbero eran de la Sobrina y Ama, que las daban diciend á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ella le defendían la puerta: «¿Qué quiere este mostrenco en esta cas Idos á la vuestra, hermano: que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales.»

A lo que Sancho respondió: «Ama de Satanás, el sonsacado y e destraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo El me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad de justo precio; él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero.

—¡Malas ínsulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito y ¿qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres?

—No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir, mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldías de corte.

—Con todo eso, dijo el Ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias; id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.»

Grande gusto recebían el Cura y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso de que Sancho se descosiese, y

esbuchase algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos ue no le estarían bien á su crédito, lo llamó, y hizo á las dos que allasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero e despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo uán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido n la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así, dijo el Cura al Barbero: «Vos veréis, compadre, cómo, cuando menos lo pensemos, uestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera.

—No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero; pero no me naravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del



Á lo que Sancho respondió: «Ama de Satanás, el sonsacado y el destraído y el llevado por esos andurriales soy yo...

scudero; que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no e lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios los remedie, dijo el Cura, y estemos á la mira; veremos en o que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escuero; que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían n ardite.

—Así es, dijo el Barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora os dos.

—Yo aseguro, respondió el Cura, que la Sobrina ó el Ama nos lo uenten después; que no son de condición que dejarán de escucharlo.»

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y stando solos, le dijo: «Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho

y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón, respondió Sancho; porque, según vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias que á sus escuderos.

—Engáñaste, Sancho, dijo Don Quijote, según aquello: *quando caput dolet*, etc.

—No entiendo otra lengua que la mía, respondió Sancho.

—Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza. y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón, el mal que á mí me toca ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo.

—Así había de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella á dolerse dellos.

—¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolía yo cuando á ti te manteaban! Y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora; que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? y ¿qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado, de resucitar y volver al mundo la ya olvidada Orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos; y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente ú otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra; que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote; bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido á caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado; roto, bien podría ser, y si roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, «loco, pero gracioso»; otros, «valiente, pero desgraciado»; otros, «cortés, pero impertinente»; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia: Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres; Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno... dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho; de Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle; de don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso, y de su hermano, que fué llorón. Así que ¡oh Sancho! entre tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

—Ahí está el toque ¡cuerpo de mi padre! replicó Sancho.

—Pues ¿hay más? preguntó Don Quijote.

—Aún la cola falta por desollar, dijo Sancho. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí, luego al momento, quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Tomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller; y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan á mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces, de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia: que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y ¡cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador; pues, según

dice el Bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena!

—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.

—Así será, respondió Sancho; porque, por la mayor parte, he oído decir que los moros son amigos de berengenas.

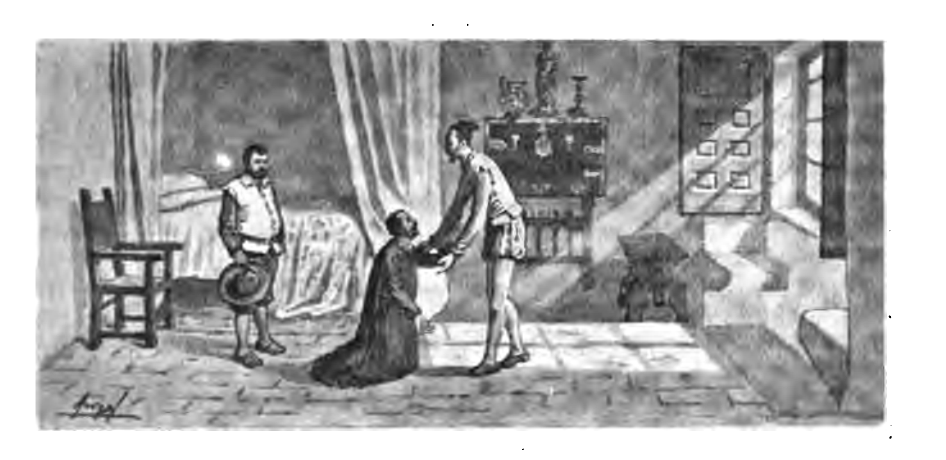
—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese *Cide*, que en arábigo quiere decir *señor*.

—Bien podría ser, replicó Sancho; mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí al Bachiller, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote; que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él», respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y juntos los tres, pasaron un graciosísimo coloquio.





CAPÍTULO III

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco.

Pensativo además quedó Don Quijote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como había dicho Sancho; y no se podía persuadir á que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habría dado á la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito; «puesto (decía entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escribieron»; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algún tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de *Cide;* y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y

doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el Bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento. Tendría hasta veinticuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande; señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: «Déme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá, en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes!»

Hízole levantar Don Quijote, y dijo: «Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.

—Una de las cosas, dijo á esta sazón Don Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa; dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.

—Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el Bachiller, sólo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso...

—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con *don* á mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso,* y ya en esto anda errada la historia.

—No es objeción de importancia esa, respondió Carrasco.

—No por cierto, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor Bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos

de viento, que á vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor Bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero; todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote; pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del héroe de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.

—Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos; porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme; pues, como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Socarrón sois, Sancho, respondió Don Quijote; á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla.

—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aún se están frescos en las costillas.

—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpáis al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí, dijo Sancho; que también dicen que soy yo uno de los principales presonajes della.

—*Personajes,* que no *presonajes,* Sancho amigo, dijo Sansón.

—¡Otro reprochador de voquibles tenemos! dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida.

—Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oiros hablar á vos que al más pintado de toda ella; puesto que también hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podría ser verdad el gobierno de aquella ínsula, ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.

—Aún hay sol en las bardas, dijo Don Quijote; y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está agora.

—Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalén: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde; y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla.

—Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote; que todo se hará bién, y quizá mejor de lo que vos pensáis; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—Así es verdad, dijo Sansón; que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil ínsulas que gobernar, cuanto más una.

—Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que, á mi parecer, no llegan á la suela de mi zapato; y con todo eso, los llaman señoría y se sirven con plata.

—Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sansón, sino de otros gobiernos más manuales; que los que gobiernan ínsulas, por lo menos han de saber gramática.

—Con la *grama* bien me avendría yo, dijo Sancho; pero con la *tica,* ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde más de mí se sirva; digo, señor Bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden las cosas que de mí se cuentan; que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habían de oir los sordos.

—Eso fuera hacer milagros, respondió Sansón.

—Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magín.

—Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el Bachiller, es que su autor puso en ella una novela, intitulada *El Curioso impertinente;* no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la historia de su merced del señor Don Quijote.

—Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con repollos.

—Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que, á tiento y sin algún discurso, se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, el cual, preguntándole qué pintaba, respondía: «Lo que saliere.» Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él: *este es gallo;* y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

—Eso no, respondió Sansón; porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante.» Y los que más se han dado á su letura son los pajes. No hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote:* unos le toman, si otros le dejan; estos le prestan, y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.

—A escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos; sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno», etc. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volumen, mayor (ó tan grande) que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento; decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto á verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo, dijo el Bachiller, que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso, replicó Don Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo ó la menoscabaron en algo.

—La causa deso es, dijo Sansón, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas; y tanto más se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres

famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote; porque muchos teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican.

—Todo eso es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares, que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren.

—El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado.

—Antes es al revés; que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvidó de contar quién fué el ladrón que hurtó el Rucio á Sancho; que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido. También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.»

Sancho respondió: «Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de santa Lucía. En casa lo tengo, mi oíslo me aguarda; en acabando de comer, daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo, de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos»; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fué á su casa.

Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.



CAPÍTULO IV

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otras cosas dignas de saberse y de contarse.

VOLVIÓ Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: «A lo que el señor Sansón dijo, que se deseaba saber quién ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi Rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas, que puso á los cuatro lados de la albarda; de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al Rucio, sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mesmo le sucedió á Sacripante, cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

—Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas, dí conmigo en el suelo una gran caída. Miré por el jumento, y no le vi; acudiéronme lágrimas á los ojos y hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él, en hábito de gitano, aquel Ginés de Pasamonte,

aquel embustero y grandísimo maleador, que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mesmo Rucio.

—A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.

—Así es sin duda, dijo Sansón; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?

—Deshiciéronse, respondió Sancho. Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado, sirviendo á mi señor Don Quijote; que si, al cabo de tanto tiempo, volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba. Y si hay más que saber de mí, aquí estoy; que responderé al mesmo Rey en presona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de avisar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho; que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quijote.

—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y ¿por ventura, dijo Don Quijote, promete el autor segunda parte?

—Sí promete, respondió Sansón; pero dice que no la ha hallado, ni sabe quién la tiene; y así, estamos en duda si saldrá ó no; y así por esto como porque algunos dicen: «nunca segundas partes fueron buenas»; y otros: «de las cosas de Don Quijote, bastan las escritas», se duda que no ha de hacer segunda parte; aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: «vengan más quijotadas: embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos.»

—Y ¿á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote.

—A que, respondió Sansón, en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna.»

A lo que dijo Sancho: «¿Al dinero y al interés mira el autor! Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de Pascuas: y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeción que requieren. Atienda ese señor moro, ó



Especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas, que puso á los cuatro lados de la albarda.

lo que es, á mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer, no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.»

No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón, y á la ciudad de Zaragoza, adonde se habían de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de san Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

«Deso es de lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho; que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas. ¡Cuerpo del mundo, señor Bachiller! Sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *Santiago, y cierra, España;* y más, que yo he oído decir (y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo) que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la ocasión pide otra cosa; pero sobre todo, aviso á mi señor, que, si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo: que en esto, yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante; y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula, de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido como cualquiera soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios: y más, que tan bien, y aun quizá mejor, me sabrá el pan, desgobernado, que siendo gobernador; y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin

mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula ú otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que también se dice: «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»; y «cuando viene el bien, métolo en tu casa.»

—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso, confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.

—Tanto es lo de más como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor, el reino que me diera, en saco roto; que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.

—Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador, no conociésedes á la madre que os parió.

—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo; no, sino llegaos á mi condición, que ¡sabrá usar de desagradecimiento con alguno!

—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá, cuando el gobierno venga; que ya me parece que le trayo entre los ojos.»

Dicho esto, rogó al Bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que, con todos los versos, juntando las primeras letras, se leyese DULCINEA DEL TOBOSO. El Bachiller respondió, que, puesto que él no era de los famosos poetas que había en España (que decían que no eran sino tres y medio), que no dejaría de componer los tales metros; aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de á cuatro versos, sobraba una letra; y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso, procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de *Dulcinea del Toboso.*

«Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote; que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que no crea que para ella se hicieron los metros.»

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á tres días. Encargó Don Quijote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y á Maese Nicolás, y á su Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación: todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.



CAPÍTULO V

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que á su oficio debía. y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: «¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís?»

A lo que él respondió: «Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras; y yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados; puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi

casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa y con no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte; así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho, replicó Teresa, después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho; que él es el entendedor de todas las cosas; y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos días con el Rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde; y así, quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

—Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

—Eso no, marido mío, dijo Teresa; viva la gallina, aunque sea con su pepita. Vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo. Sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, ú os llevarán, á la sepultura, cuando Dios fuere servido; como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como ésta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya á la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad también que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos; que me van dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

—A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me lleva á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría.

—Eso no, Sancho, respondió Teresa; casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una *Marica* y un *tú* á una *doña tal* y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, dijo Sancho; que todo será usarlo dos ó tres años: que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa; no os queráis alzar á mayores, y advertid al refrán que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa.» Por cierto que ¡sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que, cuando se le antojase, la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas! No en mis días, marido: ¡para eso, por cierto, he criado yo á mi hija! Traed vos dineros, Sancho; y el casarla dejadlo á mi cargo; que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con éste, que es nuestro igual, estará bien casada, y la tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan ni ella se entienda.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora, que está llamando á nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animal, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casar á Mari-Sancha con quien yo quisiere... y verás cómo te llaman á ti doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? ¡No, sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y en esto no hablemos más; que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Veis cuánto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas; *Cascajo* se llamó mi padre; y á mí, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza; que á buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes; y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima, que pese tanto, que no le pueda llevar; y no quiero dar qué decir á los que me vieren andar vestida á lo

condesil ó á lo de gobernadora; que luego dirán: «Mirad ¡qué entonada va la pazpuerca! ¡Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa, cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos!» Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará, como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

—Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algún familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tienen que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo! Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha): si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenías razón de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana y en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron todos en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refrán que dice: «Quien te cubre te descubre.» Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el mal decir y el peor pensar de los maldicientes; que los hay por esas calles á montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero decirte; quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo agora no hablo de mío; que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.» Todas estas razones, que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor (que tiene por apócrifo este capítulo) que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo: «De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona,

la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente; y si éste, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mesmas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino quien reverencie lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa; haced lo que quisiéredes, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

—Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto.

—No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis persuadido en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñéis á tener gobierno; que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros; que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores, cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, dijo Teresa; que yo os lo vestiré como un palmito.

—En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á los maridos, aunque sean unos porros •; y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica.

Sancho la consoló, diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y, al otro día, Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar orden en su partida.





CAPÍTULO VI

De lo que le pasó á Don Quijote con su Sobrina y con su Ama; y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas mal andante, caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío. Con todo esto, entre otras muchas razones, que, al otro día, con él pasaron, le dijo el Ama: «En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dice que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al Rey, que pongan remedio en ello.»

A lo que respondió Don Quijote: «Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad, tampoco; y sólo sé que si yo fuera rey, me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día les dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos y á responder á todos; y así, no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre.»

A lo que dijo el Ama: «Díganos, señor: en la Corte de su Majestad ¿no hay caballeros?

—Sí, respondió Don Quijote, y muchos, y es razón que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentación de la majestad real.

—Pues ¿no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su Rey y señor, estándose en la Corte?

—Mira, amiga, respondió Don Quijote: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes. De todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser; y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber más: que al buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas, no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes; que, según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mío! dijo á esta sazón la Sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira; y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—¡Por el Dios que me sustenta, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que

sonara por todo el mundo! ¡Cómo! ¿que es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes! ¿Qué dijera el señor Amadís, si lo tal oyera! Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído, que no te fuera bien dello; que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay, que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan ó con la ambición ó con la virtud, éstos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distintos en las acciones.

—¡Válame Dios! dijo la Sobrina, ¡que sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad, podría subir en un púlpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

—Tienes mucha razón, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote; y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero, por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuído y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los más, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor, que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni diminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos;

porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se les puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos, sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezca otra fama ni otro elogio su grandeza. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo, caritativo; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que, á mí me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren: la fortuna ordena y la razón pide, y sobre todo, mi voluntad desea; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella, y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso, y sé que sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

—¡Ay desdichada de mí! dijo la Sobrina, ¡que también mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.

—Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.»

A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apenas le hubo conocido el Ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecía. Abrióle la Sobrina, salió á recebirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.





CAPÍTULO VII

De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

APENAS vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor. cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al Bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podría persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa. y en viéndole, se dejó caer ante sus pies, trasudando y congojosa.

Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas. le dijo: «¿Qué es esto, señora Ama! ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?

—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale; sálese. sin duda.

—Y ¿por dónde se sale, señora? preguntó Sansón; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura; quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez (que con ésta será la tercera) á buscar por ese mundo lo que él llama aventuras: que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula. adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venía tal el

triste, que no le conociera la madre que le parió: flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro; que para haberle de volver algún tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller; que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora Ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?

—No, señor, respondió ella.

—Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá, y verá maravillas.

—¡Cuitada de mí! replicó el Ama: ¿la oración de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos.

—Yo sé lo que digo, señora Ama; váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear», respondió Carrasco; y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura, á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

Dijo Sancho á su amo: «Señor, ya yo tengo medio relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.

—Reducida has de decir, Sancho, dijo Don Quijote; que no relucida.

—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, ó diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme; que yo soy tan fócil...

—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote; pues no sé qué quiere decir «soy tan fócil».

—«Tan fócil» quiere decir, respondió Sancho: «soy tan así».

—Menos te entiendo ahora, replicó Don Quijote.

—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé cómo lo diga; no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás en cuenta lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oirme decir otras docientas patochadas.

—Podría ser, replicó Don Quijote. Y, en efecto, ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré; y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.

—Y yo lo digo también, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante; que habláis hoy de perlas.

—Es el caso, replicó Sancho, que, como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos.

—Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé dónde vas á parar.

—Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido, de lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde ó mal ó nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo desespero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario, gata por cantidad.

—Sancho amigo, respondió Don Quijote, á las veces tan buena suele ser una rata como una gata.

—Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que había de decir *rata*, y no *gata;* pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que los escuderos solían ganar cada mes ó cada año; pero yo he leído todas ó las más de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; sólo sé que todos servían á merced, y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y advertimientos, vos, Sancho, gustáis de volver á servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado. Así que, Sancho mío, volveos á vuestra casa y declarad á vuestra Teresa

mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem;* y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena oferta que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que también, como vos, sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente, quiero decir, y os digo, que si no queréis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que á mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.»

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco, y el Ama y la Sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadía á su señor que no tornase á buscar las aventuras.

Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo: «¡Oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nación española! ¡plega á Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos ni jamás se les cumpla lo que más desearen!» Y volviéndose al Ama le dijo: «Bien puede la señora Ama no rezar más la oración de santa Apolonia; que yo sé que es determinación precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus antiguos y nuevos pensamientos; y yo encargaría mucho mi conciencia si no instigase y persuadiese á este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la Orden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su gran rocín, en camino; y si alguna cosa faltare para ponerlo en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura.»

A esta sazón dijo Don Quijote, volviéndose á Sancho: «¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira ¡quién se ofrece á serlo, sino el ínclito Bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante! Pero no permita el cielo que, por seguir mi gusto, desbarate y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de

las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

—Sí digno», respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió: «No se dirá por mí, señor mío: «el pan comido y la compañía deshecha». Sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual, cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre donde quiera (que no lo puedo negar), también lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.»

Admirado quedó el Bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza; que puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda *revolcar*», en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda *revocar*», creyó todo lo que dél había leído, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos; y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres días fuese su partida, en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote que la había de llevar. Ofreciósela Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía: puesto que estaba más escura por el orín y el moho, que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina, echaron al Bachiller no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaron la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia; todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él

antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres días Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y Don Quijote á su Sobrina y á su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo Don Quijote; dió Sansón la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.





CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá! dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo; ¡bendito sea Alá! repite tres veces; y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del *Ingenioso Hidalgo,* y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el Rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé en qué astrología judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino.

Díjole Don Quijote: «Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más escuridad de la que habíamos menester para

alcanzar á ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa desta vida hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte á lo menos que pueda recebir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi, la vez postrera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¡Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo Don Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada



Más fueron los sospiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocín.

gentileza y hermosura! No debían de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote; que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas ó por resquicios ó verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.

—Pues, en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—¿Que todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar,

en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo es un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituídas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad! Mal se te acuerdan á ti ¡oh Sancho! aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacían, allá en sus moradas de cristal, aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas compuestas y tejidas; y desta manera debía de ser la de mi señora cuando tú la viste; sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así temo que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

—Eso es lo que yo digo también, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el Bachiller Carrasco que de nosotros había visto, debe de andar mi honra á «coche acá, cinchado», y como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles. Pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda ser envidiado. Bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren; que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

—Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podía dudar si lo era ó no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta, diciéndole que ¿qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras? y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche; si no, que mirase para lo que había nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego

y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande emperador Carlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora, con mejor advocación, se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana (ó por mejor decir, claraboya) redonda, que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitetura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo.

»—Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto; y de aquí en adelante no os pondré yo en ocasión que volváis á hacer prueba de vuestra lealtad; y así, os mando que jamás me habléis ni estéis donde yo estuviere»; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón á Julio César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guíados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama, que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes, á la soberbia; á la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; á la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar

que velamos; á la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero, con todo eso, querría que vuesa merced me sorbiese una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria.

—Asolviese, quieres decir, Sancho, dijo Don Quijote. Di en buen hora; que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?

—Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo.

—Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora: esas sepulturas, donde están los cuerpos desos señorazos, ¿tienen delante de sí lámparas de plata ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y si desto no, ¿de qué están adornadas?»

A lo que respondió Don Quijote: «Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausolo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—A eso voy, replicó Sancho; y dígame agora, ¿cuál es más, resucitar á un muerto ó matar á un gigante?

—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote: más es resucitar á un muerto.

—Cogido le tengo, dijo Sancho. Luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de su sepultura arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También confieso esa verdad, respondió Don Quijote.

—Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas (como llaman á esto), respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción, y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote.

—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que, según ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dicen, la espada de Roldán en la armería del Rey, nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier Orden que sea, que valiente y andante caballero: más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.

—Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

—Sí, respondió Sancho; pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

—Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes, dijo Sancho.

—Muchos, respondió Don Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros.»

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, el propio día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como casi no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando con su dueño entrase en el Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde no les sucedió cosa que á cosa llegara.



CAPÍTULO IX

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo, poco más á menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de sus enredos. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de Don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: «Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¿A qué palacio tengo de guiar ¡cuerpo del sol! respondió Sancho? que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña.

—Debía de estar retirada entonces, respondió Don Quijote, en algún pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente?

¿Vamos por dicha á llamar á casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman, y entran á cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quijote; que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que, ó yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuesa merced, respondió Sancho; quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.»

Guió Don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: «Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo, respondió Sancho, y ¡plega á Dios que no demos con nuestra sepultura! que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! dijo Don Quijote; ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida!

—Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así, suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen; podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar (que le vea yo comido de perros), que así nos trae corridos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.

—Yo me reportaré, respondió Sancho; pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que, de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces!

—Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote. Ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida apenas he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

—Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo que, pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote; que por lo menos, ya me has dicho tú que la viste aechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

—No se atenga á eso, señor, respondió Sancho; porque le hago

saber que también fué de oídas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quien es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

—Sancho, Sancho, respondió Don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.»

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía á pasar por donde estaban uno con dos mulas (que por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador), que había madrugado antes del día á ir á su labranza, y así fué la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles...

«¡Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

—Sí oigo, respondió Sancho; pero ¿qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calaínos, que todo fuera uno para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio.»

Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó: «¿Sabréisme decir, buen amigo (que buena ventura os dé Dios), dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?

—Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar: entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre esas, dijo Don Quijote, debe de estar, amigo, ésta por quien os pregunto.

—Podría ser, respondió el mozo; y á Dios, que ya viene el alba»; y dando á sus mulas, no atendió á más preguntas.

Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: «Señor, ya se viene á más andar el día, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora, y asaz sería de desdichado si no le hallase; y hallándole, hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho, dijo Don Quijote, mil sentencias, encerradas

en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado, le agradezco y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque; que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.»

Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado á Sierra Morena; y así, dió priesa á la salida, que fué luego; y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde Don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo capítulo.





CAPÍTULO X

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Cuenta la historia que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva, junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

«Anda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della: cómo te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba, oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces: si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me

los relatares como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón, acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos hay estacas; y también se dice: «donde no se piensa salta la liebre». Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, agora, que es de día, los pienso hallar cuando menos lo piense; y hallados, déjenme á mí con ella.

—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.»

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quijote se quedó á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones; donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que, no menos confuso y pensativo, se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: «Sepamos agora, Sancho hermano, á dónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde! En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. Y ¿habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo; no merecéis culpa, non*. No os fiéis en eso, Sancho; porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. ¡Vive Dios, que si os huelen, que os mando mala ventura! ¡Oxte, puto! allá darás, rayo. No, sino ándeme yo buscando tres pies

al gato por el gusto ajeno; y más, que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Marica por Ravena ó al Bachiller en Salamanca; el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.»

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué, que volvió á decirse: «Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «dime con quién andas, decirte he quién eres»; y el otro de: «no



Y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más.

con quién naces, sino con quien paces». Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios; y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador, de estos que él dice que le

quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.»

Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso, hacia donde él estaba, venían tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas (que el autor no lo declara), aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero, como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones.

Como Don Quijote le vió, le dijo: «¿Qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este día con piedra blanca ó con negra?

—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo, replicó Don Quijote, ¿buenas nuevas traes?

—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante, y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que, con otras dos doncellas suyas, viene á ver á vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo! dijo Don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad! Pique, señor, y venga, y verá venir á la Princesa, nuestra ama, vestida y adornada... en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo, respondió Don Quijote; y en albricias destas tan no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

—A las crías me atengo, respondió Sancho; porque lo de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.»

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso: y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

«¿Cómo fuera de la ciudad! respondió. ¿Por ventura, tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son éstas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía!

—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

—Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; y ¿es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; á lo menos, á mí tales me parecen.

—Calle, señor, dijo Sancho; no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca»; y diciendo esto, se adelantó á recebir á las tres aldeanas; y apeándose del Rucio, tuvo del cabestro á la jumenta de una de las tres labradoras; y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: «Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura.*»

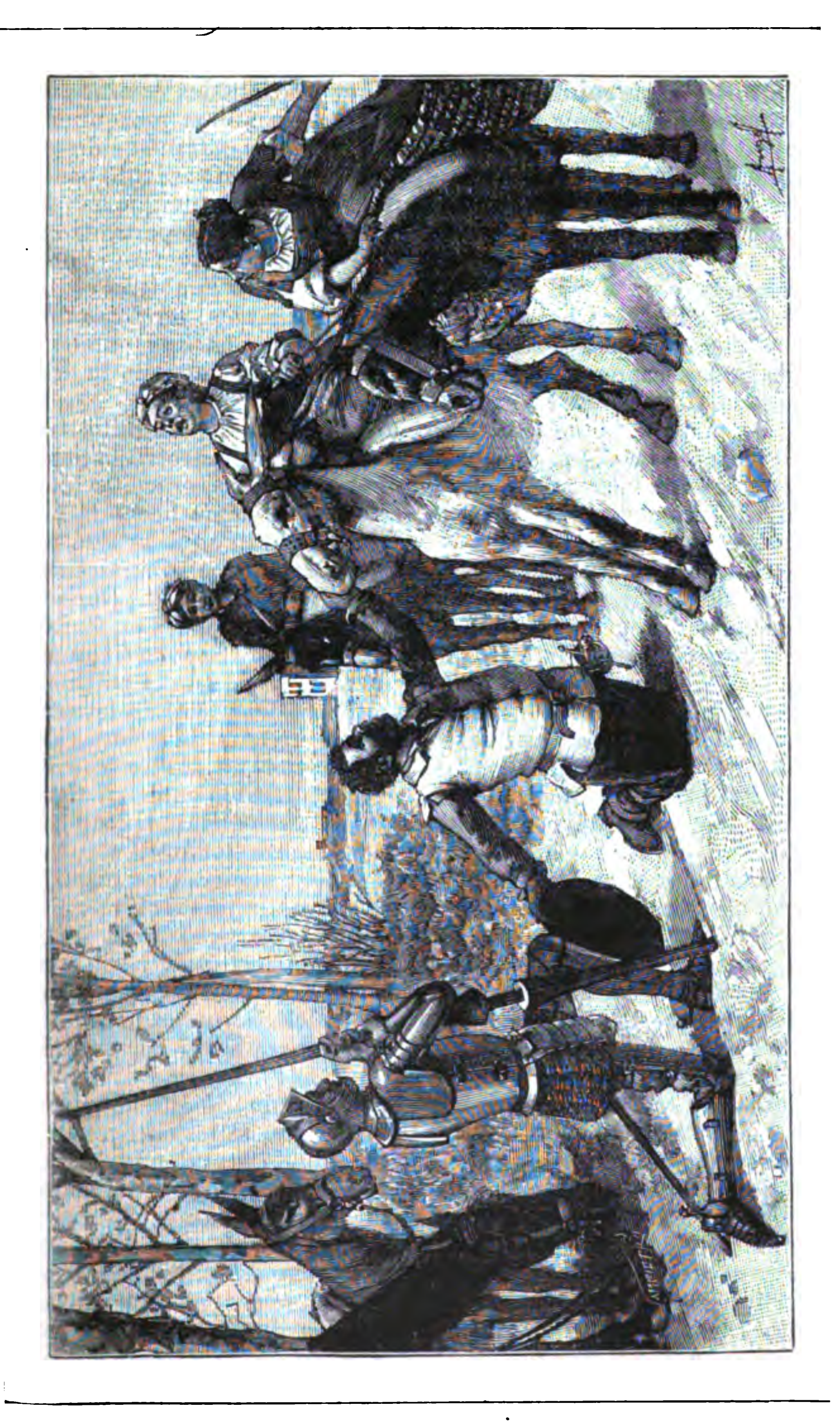
A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamada reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: «Apártense, nora en tal, del camino, y déjenmos pasar; que vamos de priesa.»

A lo que respondió Sancho: «¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería!»

Oyendo lo cual, otra de las dos dijo: «Mas jo, que te estrego, burra de mi suegro: mirad ¡con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; que ya veo



que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora, ya que el maligno encantador que me persigue ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá qué... mi agüelo! respondió la aldeana; ¡amiguita soy yo de oir resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijón que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que también vino á la barriga de la pollina.

Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo; porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligera que un halcón, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho: «¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto; y sin espuelas, hace correr la hacanea como una cebra; y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento»; y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua.

Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose á Sancho, le dijo: «Sancho, ¿qué te parece! ¡cuán mal quisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras,

que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (según tú dices, que á mí me pareció borrica), me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! gritó á esta sazón Sancho, ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados! y ¿quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis, y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor; que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza... aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de más de un palmo.

—A ese lunar, dijo Don Quijote... según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote; porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa ó sillón?

—No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, según es de rica.

—Y ¿que no viese yo todo eso, Sancho! dijo Don Quijote; ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.»

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, para tomar el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.



CAPÍTULO XI

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la Muerte.

Pensativo además iba Don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendría para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que, sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el cual, sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban.

De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuesa merced se reporte y vuelva en sí, y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto! ¿Qué descaecimiento es este! ¿Estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo; pues vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones de la tierra.

—Calla, Sancho, respondió Don Quijote con voz ronca y desmayada; calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora; que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

—Así lo digo yo, respondió Sancho; quien la vido y la ve ahora, ¿cuál es el corazón que no llora?

—Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura; que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza; contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto, he caído, Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas; y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama; y, á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas: y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas á los dientes; que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.

—Todo puede ser, respondió Sancho; porque también me turbó á mí su hermosura, como á vuesa merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios; que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, más que de otra, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ú otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea; ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso, hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán más que á mi padre.

—Quizá, Sancho, respondió Don Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido.

—Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese arbitrio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á sólo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero, como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas: que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.»

Responder quería Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta, que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas, y servía de carretero, era un feo demonio. Venía la carreta descubierta, á cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote fué la de la misma Muerte, con rostro humano; junto á ella venía un ángel con unas

grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador, con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venía también un caballero, armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero, lleno de plumas de diversas colores: con estas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual, visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote, y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: «Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón que carreta de las que se usan.»

A lo cual, mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: «Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar, que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de reina; el otro, de soldado; aquel, de emperador; y yo, de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo; que yo le sabré responder con toda puntualidad; que, como soy demonio, todo se me alcanza.

—Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho; que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.»

Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas; el cual moharracho, llegándose á Don Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo, de ser derribado, saltó del Rucio, y á toda priesa fué á valerle;

pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho para acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el Rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su Rucio y la caída de su amo, y no sabía á cuál de las dos necesidades acudiría primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño



Comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas...

de su jumento; puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno.

Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba Don Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera; y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo: «Señor, el Diablo se ha llevado al Rucio.

—¿Qué diablo? preguntó Don Quijote.

—El de las vejigas, respondió Sancho.

—Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho; que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del Rucio.

—No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho:

vuesa merced temple su cólera; que, según me parece, ya el Diablo ha dejado el Rucio, y vuelve á la querencia.»

Y así era la verdad, porque habiendo caído el Diablo con el Rucio, por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el Diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo.

«Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador.

—Quítesele á vuesa merced eso de la imaginación, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

—Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.» Y diciendo esto, volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: «Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada; que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes.»

Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Angel, sin quedarse la Reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recebir á Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote, que los vió, puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona.

En esto que se detuvo, llegó Sancho; y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo: «Asaz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la Muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideración no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes ó emperadores, no hay ningún caballero andante.

—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero; á ti, Sancho, toca, si quieres tomar

la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios; cuanto más, que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida.

—Pues esa es tu determinación, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sin pero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy peligrosas.»

Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su Rucio, la Muerte y todo su escuadrón volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte; gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el día siguiente le sucedió otra, con un enamorado y andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.





CAPÍTULO XII

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche que siguió al día del rencuentro de la Muerte la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, á persuasión de Sancho, comido Don Quijote de lo que venía en el repuesto del Rucio; y entre la cena dijo Sancho á su señor: «Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas! En efecto, en efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando.

—Todavía, respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo quería, te hubieran cabido en despojos, por lo menos, la corona de oro del Emperador y las pintadas alas de Cupido; que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos.

—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ú hoja de lata.

—Así es verdad, replicó Don Quijote; porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y, por el mismo consiguiente, á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida

humana; y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

—Sí he visto, respondió Sancho.

—Pues lo mesmo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

—¡Brava comparación! dijo Sancho; aunque no tan nueva, que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez: que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

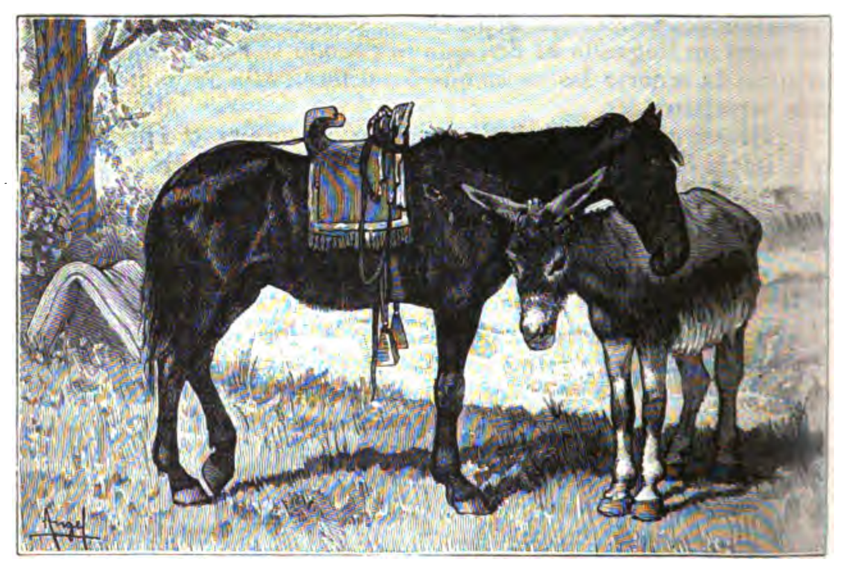
—Cada día, Sancho, dijo Don Quijote, te vas haciendo menos simple y más discreto.

—Sí; que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas, vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto, espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales, que no desdigan ni se deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.»

Rióse Don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decía de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera, que le admiraba; puesto que todas ó las más veces que Sancho quería hablar de oposición y á lo cortesano, acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decía cuando quería dormir; y desaliñando al Rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante. Antigua usanza, establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzón de la silla; pero ¿quitar

la silla al caballo! ¡guarda! Y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al Rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama, por tradición de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que, por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella; puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían á rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del Rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara; y mirando los dos



Y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días...

atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, ó á lo menos todo el tiempo que los dejaban, ó no les compelía la hambre á buscar sustento.

Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Orestes; y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió ser la amistad destos pacíficos animales, para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo;
Las cañas se vuelven lanzas;

y el otro que cantó:

De amigo á amigo la chinche, etc

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres; que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo.

Finalmente, Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas; y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedía, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro: «Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos; que, á mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.»

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venía armado; manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: «Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena, respondió Sancho. Y ¿adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho; y al caer, le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que, á lo que parece, templando está un laúd ó vihuela, y según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo Don Quijote; y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua.»

Replicar quería Sancho á su amo; pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fué este

SONETO

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mía así estimado,
Que por jamás un punto dél desdiga.
Si gustáis que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado;
Si queréis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
Á prueba de contrarios estoy hecho,
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho:
Entallad ó imprimid lo que os dé gusto;
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazón, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco, con voz doliente y lastimada dijo: «¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo! ¿que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero! ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote; que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos; quizá se declarará más.

—Sí hará, replicó Sancho; que término lleva de quejarse un mes arreo.»

Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación, se puso en pie, y dijo con voz sonora y comedida: «¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos ó de los afligidos?

—De los afligidos, respondió Don Quijote.

—Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la aflicción mesma.»

Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni más ni menos.

El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo, diciendo: « Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.»

A lo que respondió Don Quijote: Caballero soy de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della

la compasión que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes.»

Ya, cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

«¿Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, sois enamorado?

—Por desventura lo soy, respondió Don Quijote; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.

—No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste? preguntó el del Bosque.

—Sí es, respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor; á lo menos, ahí está ese mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues. á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun... Quédese aquí; que es peor meneallo.»

El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: «Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á estos señores amos nuestros, que se den de las astas, contándose las historias de sus amores; que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de haber acabado.

—Sea en buen hora, dijo Sancho; y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.»

Con esto, se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.





CAPÍTULO XIII

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos: éstos contándose sus vidas, y aquéllos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así, dice que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: «Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, los que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres.

—También se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos; porque, ¿quién más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal, si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.

—Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos, á pocos lances, se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula ó con un condado de buen parecer.

—Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo, y ¡qué tal!

—Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á su buen escudero; pero el mío es meramente lego; aunque yo me acuerdo cuándo le querían aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador; y yo estaba entonces temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?

—A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo. ¡Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima! A burla tendrá vuesa merced el valor de mi Rucio; que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habían de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo; y más, que entonces es la caza más gustosa, cuando se hace á costa ajena.

—Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros, y retirarme á mi aldea y criar mis hijitos; que tengo tres como tres orientales perlas.

—Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crío para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre.

—Y ¿qué edad tiene esa señora que se cría para condesa? preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más á menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapán.

—Partes son esas, respondió el del Bosque, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!»

A lo que respondió Sancho, algo mohino: «Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras

yo viviere; y háblese más comedidamente; que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

—¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! ¡Cómo! y ¿no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: «¡Oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho!» Y aquello que parece vituperio, en aquel término, es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes.

—Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa misma razón podía echar vuesa merced á mí y á mis hijos y á mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas; y para volverlos á ver, ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien escudos que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena; y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

—Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar de locos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo; porque es de aquellos por quien dicen: «cuidados ajenos matan el asno»; pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si, después de hallado, le ha de salir á los hocicos.

—Y ¿es enamorado por dicha?

—Sí, dijo el del Bosque; de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea sólo del pie de la crudeza; que otros mayores embustes le bullen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas.

—No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algún tropezón ó barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mía á calderadas. Más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discreción; mas si es verdad lo que comúnmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mío.

—Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y más bellaco que tonto y que valiente.

—Eso no es el mío, respondió Sancho; digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará

entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle, por más disparates que haga.

—Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies, y volvernos á nuestras querencias: que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.»

Escupía Sancho á menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo: «Paréceme que, de lo que hemos hablado, se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno.»

Y levantándose, volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho, al tocarla, entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito; lo cual visto por Sancho, dijo: «Y ¿esto trae vuesa merced consigo, señor!

—Pues ¿qué se pensaba? respondió el otro. ¿Soy yo por ventura algún escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo, cuando va de camino, un general.»

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: «Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo menos; y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante; á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, merced á la estrechez de mi dueño, y á la opinión que tiene y orden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos, ni á raíces de los montes; allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí ó por no; y es tan devota mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos»; y diciendo esto, se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola, puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dijo: «¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

—¡Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el *hideputa* de Sancho, cómo habéis alabado este vino, llamándole hideputa!

—Digo, respondió Sancho, que confieso y conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, este vino ¿es de Ciudad Real?

—¡Bravo mojón! respondió el del Bosque; en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡A mí con eso! dijo Sancho: ¡no toméis menos, sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su nacimiento! ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré: Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro; el segundo dijo que más sabía á cordobán; el dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán; porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas y volvámonos á nuestras chozas; que allí nos hallará Dios, si él quiere.

—Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré; que después, todos nos entenderemos.»

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed; que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.





CAPÍTULO XIV

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote: «Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir, mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia; llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce; y sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra (¡peligro inaudito y temeroso!), y que le trujese particular relación de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Gui-

sando, despeñéme en la sima y saqué á luz lo escondido de su abismo: y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero, Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo: porque el tal Don Quijote que digo, los ha vencido á todos; y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona,

> Y tanto el vencedor es más honrado,
> Cuanto más el vencido es reputado;

así que, ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.»

Admirado quedó Don Quijote de oir al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el *mentís* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente le dijo: «De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda; podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no! replicó el del Bosque. Por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos; campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura,* y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza, oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que le hará dar crédito á la mesma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese Don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que dél

me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido; por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo; si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmación desto, quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios, no ha más de diez horas que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas á pie ó á caballo, ó de cualquiera suerte que os agradare.»

Y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: «Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser; mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desa condición y convenencia», respondió Don Quijote; y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando los salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque, en saliendo el sol, habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos á buscar su ganado; que ya todos tres caballos y el Rucio se habían olido, y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho: «Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos, mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; á lo menos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería; cuanto más, que yo

quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos; que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes; hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos, con armas iguales.

—Desa manera, sea en buen hora, respondió Sancho; porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros, limpios y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y desta manera, nos podremos atalegar, sin hacernos mal ni daño.

—Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, ¡qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando arbitrios para que se acaben antes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras.

—Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no, respondió Sancho; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más, que, estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas!

—Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced y le daré tres ó cuatro bofetadas, que dé con él á mis pies; con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie: y cada uno mire por el virote... aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado, se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero.

que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien, replicó el del Bosque; amanecerá Dios y medraremos.»

En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar: los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.

Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó á herir de pie y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada á un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote; y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: «Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición.

—O vencido ó vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel Don Quijote, que dijistes haber vencido.

—A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis, como

se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero, según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contendido ó no.

—Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos; que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante, para tomar lo que convenía del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: «Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discreción del vencedor.

—Ya la sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende», respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tanto, que le juzgó por algún monstruo ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con sólo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando, del golpe ó del miedo, tendido en el suelo; y fuése tras su amo, asido á una ación de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo: «Suplico á vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio, por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.

—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que, á no ser yo quien soy, también me asombraran; y así, ven, ayudarte he á subir donde dices.»

En lo que se detuvo Don Quijote á que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habría hecho Don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante; y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y



Encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo...

parôse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba, hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano, dió señales de que estaba muerto.

Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba; el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió..... ¿Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyeren!

¡Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sansón Carrasco! Y así como la vió, en altas voces dijo: «Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer; aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores.»

Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote: «Soy de parecer, señor mío, que, por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á éste que parece el Bachiller Sansón Carrasco; quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los menos»; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y á grandes voces dijo: «Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote; que ése que tiene á los pies es el Bachiller Sansón Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero.» Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo: «¿Y las narices?»

A lo que él respondió: «Aquí las tengo en la faldriquera»; y echando mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas; y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo: «¡Santa María, y valme! Este ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre!

—Y ¡cómo si lo soy! respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que á sus pies tiene; porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado Bachiller Sansón Carrasco, nuestro compatrioto.»

En esto volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo: «Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto, habéis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia, de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver á buscarme (que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere), y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que, conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso, dijo el caído Caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el Bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que, en su figura, aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.»

Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial, ó su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención aquél de buscar algún lugar donde bizmarse y entablarse las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.



CAPÍTULO XV

Donde se cuenta y da noticia de quién era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero, como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante; pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el Bachiller Sansón Carrasco aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto común de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil; y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así, vencido Don Quijote, le había de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa; lo cual era claro que Don Quijote, vencido, cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería; y podría ser que en el tiempo de su reclu-

sión se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algún conveniente remedio.

Aprestóse Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la Muerte; y finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.

Tomé Cecial, que vió cuán mal habían logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al Bachiller: «Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco: ¿el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad?»

A lo que respondió Sansón: «La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y volverme á mi casa.

—Eso os cumple, respondió Sansón; porque pensar que yo he de volver á la mía hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.»

En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.





CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

CON la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Do Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser e caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mund Daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiese sucederle de allí adelante; tenía en poco á los encantos y á los encan tadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurs de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó l mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni de atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses; finalmente, decí entre sí que si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á s señora Dulcinea, no invidiaría á la mayor ventura que alcanzó ó pud alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos.

En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo «¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desafo radas narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial?

—Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejo era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial, tu compadre

—No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; sólo sé que las seña que me dió de mi casa, mujer y hijos, no me las podría dar otro qu él mesmo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo, y, pared en medio en mi misma casa; y el tono de la habla era todo uno.

—Estemos á razón, Sancho, replicó Don Quijote. Ven acá: ¿en qu

consideración puede caber que el Bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesión de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado?

—Pues ¿qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial, mi compadre! Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos á quien se parecieran?

—Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese ante los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual, ya sabes ¡oh Sancho! por experiencia, que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso; pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea, en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, con lagañas en los ojos y con mal olor en la boca; así que, el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformación tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero, con todo esto, me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.

—Dios sabe la verdad de todo», respondió Sancho; que como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre, que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de leonado y verde; traía un alfanje morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro.

Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando á la yegua, se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: «Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos.

—En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo, si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo.

—Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla, la lastamos mi señor y yo con las setenas. Digo otra vez que puede vuesa merced detenerse, si quisiere; que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre.»

Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada; que la llevaba Sancho, como maleta, en el arzón delantero de la albarda del Rucio; y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás; admiróle la longura de su cabello, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra.

Notó bien Don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: «Esta figura, que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo, cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería; y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares de veces, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el Caballero de la Triste Figura;* y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni este

escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrán admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.»

Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: Acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto; que puesto que, como vos, señor, decís que el saber ya quien sois me la podría quitar, no ha sido así; antes agora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. ¡Cómo! y ¿es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías! No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos; y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el cielo, que con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa, de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.

—Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razón de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros.

—Pues ¿hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias?

—Yo lo dudo, respondió Don Quijote, y quédese esto aquí; que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.»

Desta última razón de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gabán: «Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar, donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido; soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mi hijo y con mis amigos. Mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso ó algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín; de historia algunos, y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos. Ni gusto de murmurar, ni con-

siento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros. Oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.»

Atentísimo estuvo Sancho á la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del Rucio y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces.

Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó: «¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son estos!

—Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los días de mi vida.

—No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos, sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.»

Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiración á don Diego. Preguntóle Don Quijote que cuántos hijos tenía, y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos.

«Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni la reina de todas, la Teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender en una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio; en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.»

A todo lo cual respondió Don Quijote: «Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando,* siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hala de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego; y Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro; porque, según es opinión verdadera, el poeta nace; quiere decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más

tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debía de traer hacienda de su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote: pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo: «Hombre apercebido, medio combatido. No se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer»; y volviéndose á Sancho, le pidió la celada; al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho: «¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza! Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo. Sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con qué me limpie; que el copioso sudor me ciega los ojos.»

Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: «¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero!»

A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho: «Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré... pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¡Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced! ¡Halládole habéis el atrevido! A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago; que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga: y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser», dijo Don Quijote. Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, después de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendo la lanza, dijo: «Ahora venga lo que viniere; que estoy aquí con ánimo de tomarme con el mesmo Satanás en persona.»

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose Don Quijote delante y dijo: «¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es éste? ¿qué lleváis en él? y ¿qué banderas son aquestas?»

A lo que respondió el carretero: «El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía á la Corte, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey, nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones? preguntó Don Quijote.

—Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe; que es menester llegar presto donde les demos de comer.»

A lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco: «¿Leoncitos á mí! ¿A mí leoncitos, y á tales horas! Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre; y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían.

—Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos.»

Llegóse en esto á él Sancho y díjole: «Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales!

—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea», replicó el hidalgo; y llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: «Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridición de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio; este es el mío, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones»; y volviéndose al leonero, le dijo: «¡Voto á tal, don bellaco, que si no abrís, luego, luego, las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!»

El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasma, le dijo: «Señor mío, vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme

desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh hombre de poca fe! respondió Don Quijote; apéate y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.»

Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: «Séanme testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.»

Otra vez le propuso el hidalgo que no hiciese locura semejante: que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quijote que él sabía lo que hacía.

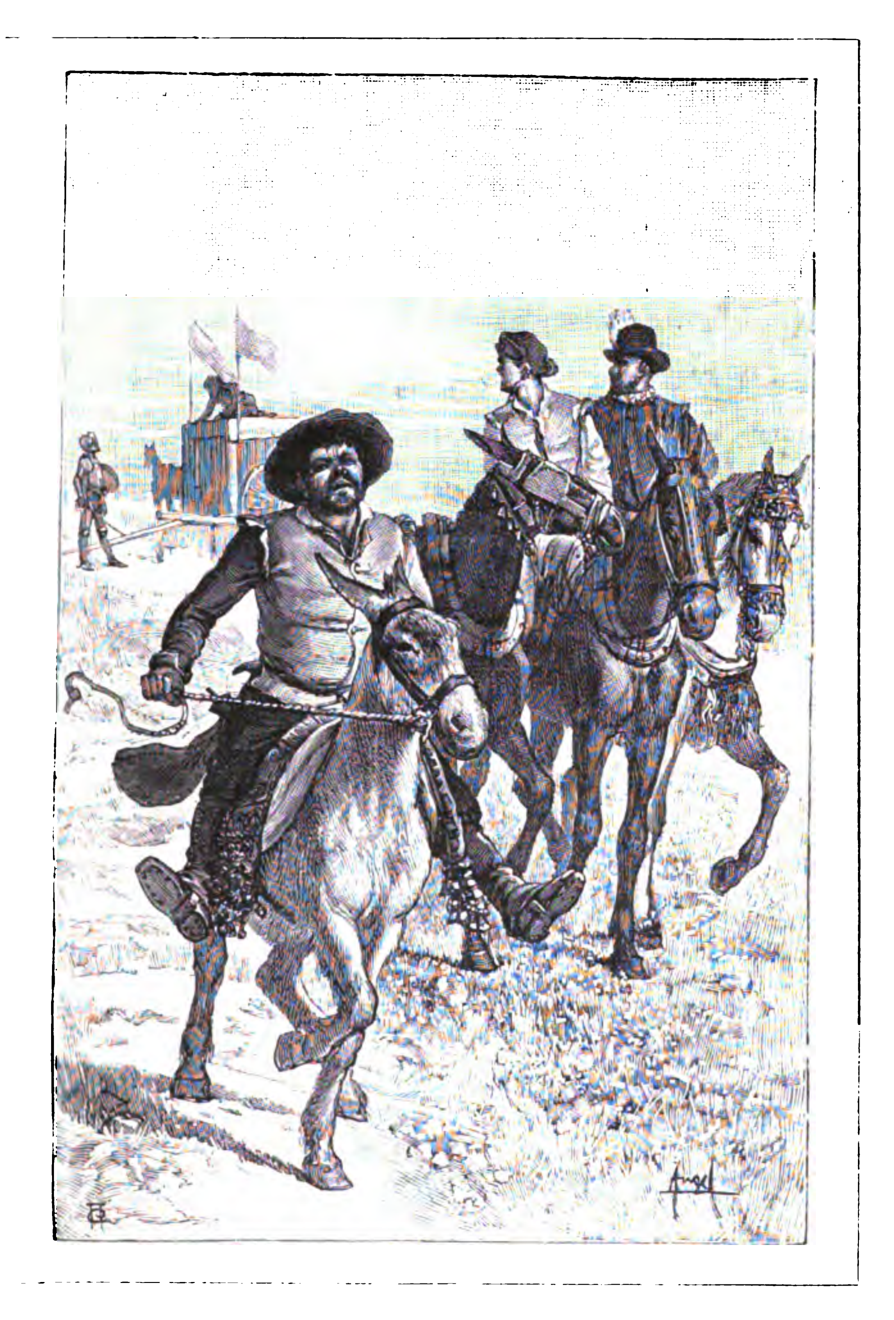
Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendía que se engañaba.

«Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que, á su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo.»

Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida. «Mire, señor, decía Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, á lo menos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea... y no te digo más.»

A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no había de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gabán oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco; que ya se lo había parecido de todo punto Don Quijote, el cual, volviendo á dar priesa al leonero y á reiterar las amenazas, dió ocasión al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor; que, aquella vez, sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no, por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al Rucio, para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á



Pero no, por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al Rucio, para que se alejase del carro.

intimar á Don Quijote lo que ya le había requerido é intimado; el cual respondió que lo oía, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos; que todo sería de poco fruto... y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo; y en fin, se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón, y luego á su señora Dulcinea.

Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice: «¡Oh fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso, Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creíble á los siglos venideros! ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles! Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras; con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos.»

Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas: vista y ademán para poner espanto á la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula; viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera.

«Eso no haré yo, respondió el leonero; porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta; en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada. Ningún bravo peleante, según á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad, respondió Don Quijote; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más; y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad, y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huídos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.»

Hízolo así el leonero, y Don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: «Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama.»

Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba.

Finalmente, volvieron al carro; y en llegando, dijo Don Quijote al carretero: «Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos?»

Entonces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el león acobardado, no quiso ni osó salir, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, había permitido que la puerta se cerrase.

«¿Qué te parece desto, Sancho! dijo Don Quijote: ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.»

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar

aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la Corte se viese. «Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES; que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura;* y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían ó cuando les venía á cuento.»

Siguió su camino el carro, y Don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no había hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No había aún llegado á su noticia la primera parte de su historia; que si la hubiera leído, cesara la admiración en que le ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero, como no la sabía, ya le tenía por cuerdo. y ya por loco; porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto; y decía entre sí: «¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores! y ¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones!»

Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quijote, diciéndole: «¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa; pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero, á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasear la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y (si se puede decir) honran las Cortes de sus príncipes; pero sobre todos éstos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la Corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones: pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible.

resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la juridición de mis ejercicios; y así, el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es más fácil quedar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: «el tal caballero es temerario y atrevido», que no: «el tal caballero es tímido y cobarde».

—Digo, señor Don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razón, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo; que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.

—Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor Don Diego», respondió Don Quijote; y picando más de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de don Diego, á quien Don Quijote llamaba *el Caballero del Verde Gabán*.





CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes.

HALLÓ Don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda hecha como de aldea: las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y sospirando y sin mirar lo que decía ni delante de quién estaba, dijo:

«¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

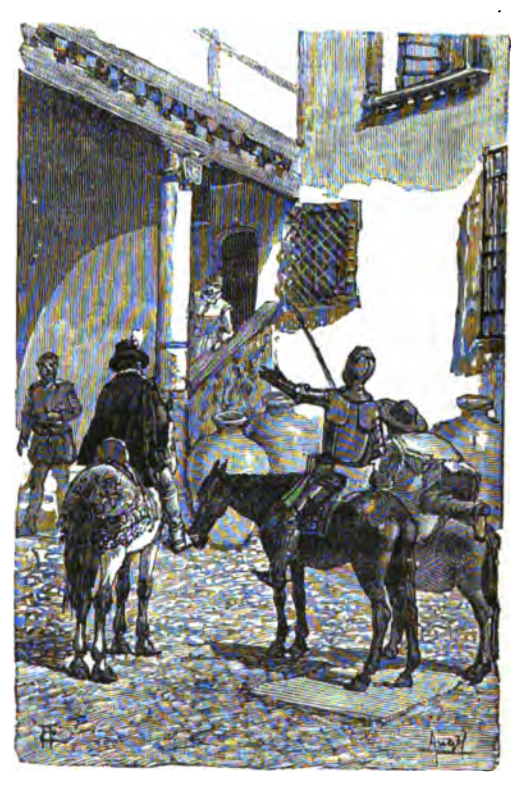
¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda, causa de mi mayor amargura!»

Oyóle decir eso el estudiante poeta, hijo de don Diego, que con su madre había salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de Don Quijote, el cual, apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirles las manos para besárselas, y don Diego dijo: «Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.»

La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que, en oyéndole hablar Don Quijote, le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.

Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas; el cuello era valona, á lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendía de un tahalí de lobos marinos (que es opinión que muchos años fué enfermo de los riñones); cubrióse un herreruelo de buen paño pardo... pero antes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro; y todavía se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donaire y gallardía, salió Don Quijote á otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponían; que por la venida de tan noble huésped, quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar á los que á su casa llegasen.


¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda, causa de mi mayor amargura!

En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir á su padre: «¿Quién diremos, señor, que es este caballero, que vuesa merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.

—No sé lo que te diga, hijo, respondió don Diego; sólo te sabré

decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y toma el pulso á lo que sabe; y pues eres discreto juzga de su discreción ó tontería lo que más puesto en razón estuviere; aunque, para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.»

Con esto se fué don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho; y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Quijote á don Lorenzo: «El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta, bien podrá ser, respondió don Lorenzo; pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algún tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote; porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepción, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

—Pocos, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa mercer llevar el segundo premio; que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de primero.»

—Hasta ahora, dijo entre sí don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante, y díjole: «Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas. ¿Qué ciencias ha oído?

—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más.

—No sé qué ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia.

—Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene. Ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del

mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao; ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante; porque vea vuestra merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan.

—Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.

—¿Cómo si es así? respondió Don Quijote.

—Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora, caballeros andantes, y adornados de virtudes tantas.

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote; que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es, rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente, si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

—Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí don Lorenzo; pero con todo eso, él es loco bizarro, y yo sería mentecato no flojo si así no lo creyese.»

Aquí dieron fin á su plática, porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego á su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: «No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos.»

Fuéronse á comer, y la comida fué tal como don Diego había dicho en el camino que la solía dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó Don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejaba un monasterio de cartujos.

Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á don Lorenzo dijese

los versos de la justa literaria. A lo que él respondió: «Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno; que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho.

—Un amigo mío discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos; y la razón, decía él. era, que jamás la glosa podía llegar al texto, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba; y más, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.

—Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latín continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice, ni quiere decir, en eso del deslizarme.

—Yo me daré á entender, respondió don Lorenzo; y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

¡Si mi fué tornase á es,
Sin esperar más será,
Ó viniese el tiempo ya
De lo que será después!...

GLOSA

Al fin, como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna, un tiempo no escasa,
Y nunca me lo volvió,
Ni abundante, ni con tasa.
Siglos ha ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus pies:
Vuélveme á ser venturoso;
Que será mi ser dichoso,
Si mi fué *tornase á* es.
No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego;
Y más si este bien es luego,
Sin esperar más será.
Cosas imposibles pido,
Pues volver el tiempo á ser,
Después que una vez ha sido...
No hay en la tierra poder
Que á tanto se haya extendido.

Corre el tiempo, vuela y va
Ligero, y no volverá;
Y erraría el que pidiese
Ó que el tiempo ya se fuese,
Ó viniese el tiempo ya.
Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.
Á mí me fuera interés
Acabar... mas no lo es;
Pues, con discurso mejor,
Me da la vida el temor
De lo que será después.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se levantó en pie Don Quijote, y en voz levantada, que parecía grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo: «¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca! ¡Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero... Febo los asaetee, y las Musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas! Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores; que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio.»

¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenía por loco! ¡Oh fuerza de la adulación, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu juridición agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo; pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

El muro rompe la doncella hermosa
Que de Píramo abrió el gallardo pecho;
Parte el Amor de Chipre, y va derecho
Á ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí; que amor suele de hecho
Facilitar la más difícil cosa.
Salió el deseo de compás, y el paso
De la imprudente virgen solicita
Por su gusto su muerte: ved ¡qué historia!
Que á entrambos en un punto ¡oh extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

«¡Bendito sea Dios, dijo Don Quijote, habiendo oído el soneto á don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mío, que así me lo da á entender el artificio deste soneto!»

Cuatro días estuvo Don Quijote regaladísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecía la merced y buen tratamiento que en su casa había recebido; pero que, por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se quería ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenía noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota: y que primero había de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comúnmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese: que le servirían con la voluntad posible; que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesión suya.

Llegóse, en fin, el día de su partida, tan alegre para Don Quijote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveídas alforjas; con todo esto, las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció. Y al despedirse, dijo Don Quijote á don Lorenzo: «No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir: que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inacesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas.»

Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió, diciendo: «Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se han de perdonar los sumisos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesión que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle á vuesa merced, que, siendo poeta, podrá ser famoso, si se guía más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.»

De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas, ya disparatadas, y del tema y tesón que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el Rucio, se partieron.



CAPÍTULO XIX

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se había alongado Don Quijote del lugar do don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traían otras cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande, donde las habían comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían á Don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel, tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba, de nombre propio, Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, *el Caballero de los Leones.*

Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jerigonza, pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de

celebro de Don Quijote; pero con todo eso, le miraban con admiración y con respeto, y uno dellos le dijo: «Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda.»

Preguntóle Don Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba.

«No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora: él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo; porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman *Quiteria la Hermosa*, y el desposado se llama *Camacho el Rico*; ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto; que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimesmo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal, vecino del mesmo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el Amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo, los amores de los dos niños, Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía, y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla á los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el más pintado.

—Por esa sola gracia, dijo á esta sazón Don Quijote, merecía ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma

reina Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dice: «cada oveja con su pareja». Lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con esa señora Quiteria; que ¡buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al reyés) los que estorben que se casen los que bien se quieren!

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la eleción y juridición á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que, una vez comprada, se vuelve ó se trueca ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida; es un lazo, que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano; que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio.»

A lo que respondió el estudiante, bachiller, ó licenciado, como le llamó Don Quijote: «De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el Rico, nunca más le han visto reir, ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor, dijo Sancho; que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aquí á mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; y yo he

visto llover y hacer sol, todo á un mesmo punto; tal se acuesta sa- la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme: ¿por ven- habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la for- tuna? No por cierto; y entre el sí y el no de la mujer, no me atreve- yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría. Denme á mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas.

—¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito! dijo Don Quijote: que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede entender sino el mesmo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

—Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte ni he estudiado en Salamanca para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí, que ¡válgame Dios! no hay para qué obligar al sayagués á que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

—Así es, dijo el Licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes.

—Si no os picárades más de saber menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola.

—Mirad, Bachiller Corchuelo, respondió el Licenciado: vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana.

—Para mí no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo: y si queréis que os la muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay; yo pulsos y fuerzas tengo, que, acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia; que yo espero de haceros ver estrellas á mediodía, con

i destreza moderna y zafia, en quien espero, después de Dios, que ıtá por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le ay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.

—En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro; orque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el ie, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes ıuerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá», respondió Corchuelo; y apeándose con gran resteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que evaba el Licenciado en el suyo.

«No ha de ser así, dijo á este instante Don Quijote; que yo quiero ər el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiuada cuestión»; y apeándose de Rocinante y asiendo de su lanza, se uso en la mitad del camino, á tiempo que ya el Licenciado, con entil donaire de cuerpo y compás de pies, se iba contra Corchuelo, ue contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por ɔs ojos.

Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus ollinas, sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia.

Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, más espesos que hígado y más menudos ue granizo. Arremetía como un león irritado; pero salíale al encuenro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en nitad de su furia le detenía, y se la hacía besar como si fuera reliquia, unque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen esarse. Finalmente, el Licenciado le contó á estocadas todos los botoıes de una medio sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los fallamentos, como colas de pulpo; derribóle el sombrero dos veces, y ansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia, asió la espada por a empuñadura y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de os labradores asistentes, que era escribano, y fué por ella, dió después ɔor testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual estimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verlad cómo la fuerza es vencida del arte.

Sentóse, cansado, Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo: Mía fe, señor Bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí ıdelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos á quien llaman liestros, he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo le una aguja.

—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba.»

Y levantándose, abrazó al Licenciado y quedaron más amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho; y así, determinaron seguir, por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia.

Era anochecido; pero antes que llegasen, les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendía el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el Bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de don Diego.





CAPÍTULO XX

Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el suceso de Basilio el Pobre.

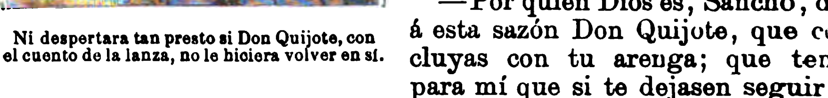
Apenas la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aún todavía roncaba; lo cual, visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo: «¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamentos! Duerme, digo una vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.»

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver

en sí. Despertó en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: «De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor, harto más de torreznos asados que de juncia y tomillos; bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón, dijo Don Quijote; ven, iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.





Ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí.

—Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes! A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo, que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, allá que las tenga el Conde Dirlos; pues cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que concluyas con tu arenga; que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir; que todo le gastarías en hablar.

—Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced; y hasta agora, me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quijote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas; que ya los instrumentos que anoche oímos, vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.»

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al Rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques, de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos en tejares, formaban una muralla; y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servían de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullían en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle; las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar á un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas.

A lo que el cocinero respondió: «Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene juridición la hambre, merced al rico Camacho; apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno, respondió Sancho.

—Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y

para poco debéis de ser!» Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: «Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarla, respondió Sancho.

—Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo; que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.»

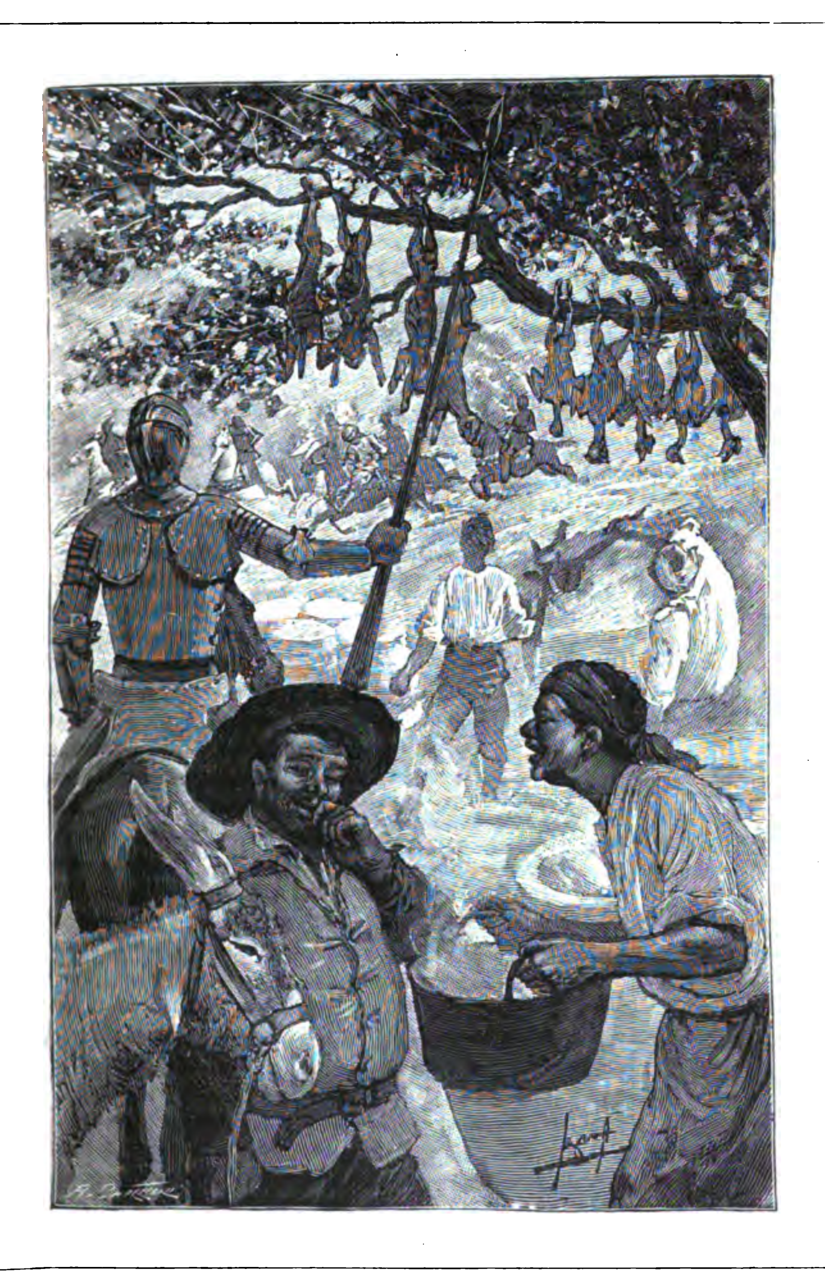
En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta; los cuales, en concertado tropel, corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara y grita, diciendo: «¡Vivan Camacho y Quiteria: él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!»

Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí: «Bien parece que éstos no han visto á mi Dulcinea del Toboso; que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria.»

De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales, de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes. «Por ahora ¡bendito sea Dios! no se ha herido nadie: todos vamos sanos»; y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque Don Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella.

También le pareció bien otra que entró, de doncellas hermosísimas, tan mozas, que, al parecer, ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Haciales el son una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad, y en los pies á la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras ésta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas; éste vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían, traían á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda, *Discreción;* el de la tercera, *Buen linaje*, el de la cuarta, *Valentía.* Del modo mismo venían señaladas las que al



«Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

Interés seguían. Decía *Liberalidad*, el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro*, el de la tercera; y el de la cuarta, *Posesión pacífica*. Delante de todos venía un castillo de madera, á quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de hiedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito: *Castillo del Buen Recato*. Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta.

Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

«Yo soy el dios poderoso
En el aire y en la tierra,
Y en el ancho mar undoso,
Y en cuanto el abismo encierra
En su báratro espantoso.
»Nunca conocí qué es miedo;
Todo cuanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo y vedo.»

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés, y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

«Soy quien puede más que Amor,
Y es amor el que me guía;
Soy de la estirpe mejor
Que el cielo en la tierra cría,
Más conocida y mayor.
»Soy el Interés, con quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí es gran milagro;
Y cual soy te me consagro
Por siempre jamás, amén.»

Retiróse el Interés, y hízose adelante la Poesía, la cual, después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos lo ojos en la doncella del castillo, dijo:

«En dulcísimos concetos
La dulcísima Poesía,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te envía,
Envuelta entre mil sonetos.
»Si acaso no te importuna
Mi porfía, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mí levantada
Sobre el cerco de la luna.»

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y después de hechas sus mudanzas, dijo:

«Llaman liberalidad
Al dar que el extremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario, que arguye
Tibia y floja voluntad.
»Mas yo, por te engrandecer,
De hoy más pródiga he de ser;
Que aunque es vicio, es vicio honrado
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de ver.»

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada una hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria Don Quijote (que la tenía grande) los ya referidos; y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente, después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecía estar lleno de dineros; y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla; lo cual, visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela; y todas las demostraciones que hacían eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales, con mucha presteza, volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él de nuevo, y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban.

Preguntó Don Quijote á una de las ninfas que quién la había compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones.

«Yo apostaré, dijo Don Quijote, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas; ¡bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho!»

Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: «El rey es mi gallo; á Camacho me atengo.

—En fin, dijo Don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: ¡viva quien vence!»

—No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es ésta que he sacado de las de Camacho»; y enseñóle el caldero lleno de gansos y

de gallinas; y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dijo: «¡A la barba de las habilidades de Basilio! que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener; aunque ella al del tener se atenía; y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo á decir que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle.

—¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo Don Quijote.

—Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuesa merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días.

—¡Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera!

—Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuesa merced se muera, estaré yo mascando barro; y entonces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos, hasta el día del juicio.

—Aunque eso así suceda ¡oh Sancho! respondió Don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más, que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya; y así, jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

—A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias, hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas; que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beberse sola las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.

—No más, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; tente en buenas, y no te dejes caer; que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías.

—Ni las has menester, dijo Don Quijote; pero yo no acabo de

entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más á un lagarto que á él, sabes tanto.

—Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas; que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma; que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida»; y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.





CAPÍTULO XXI

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Cuando estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían, acompañados del Cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: « A buena fe, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que, según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos. Y ¡montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco! Voto á mí que es de raso. Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro; y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos! que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida. ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis á una palma, que se mueve, cargada de racimos de dátiles! que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes.»

Rióse Don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza, y parecióle que, fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no había visto

mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decía: «Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.» A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre, vestido, al parecer, de un sayo negro, jironado de carmesí á llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés; en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca, fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras; temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó en fin, cansado y sin aliento; y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: «Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenía; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven, no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente, que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!» Y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque, que en él se ocultaba; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su mísera y lastimosa desgracia; y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á sostenerle y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo á un tiempo.

Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: «Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso

trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.»

El Cura, oyendo lo tal, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera; y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. «Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efeto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura.»

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forzaron, á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano.

Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras.

Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo: «¡Oh Quiteria! ¿que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es ¡oh fatal estrella mía! que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza á tu voluntad, me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como éste me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado

contigo.» Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: «Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma; que, á mi parecer, más la tiene en la lengua que en los dientes.»

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura, tierno y lloroso, les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado... el cual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: «¡Milagro, milagro!» Pero Basilio replicó: «No milagro, milagro, sino industria, industria.»

El Cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el Cura y Camacho, con todos los más circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; antes, oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos; y desenvainando muchas espadas, arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delantera á caballo Don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas, donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que había de ser tenido en respeto.

Don Quijote á grandes voces decía: «Teneos, señores, teneos; que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y

advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea; que á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza»; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así, tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho, que si Quiteria quería bien á Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa, ni secuaces; y así, se fueron á la aldea de Basilio; que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas de Rocinante.





CAPÍTULO XXII

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa; y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se había visto; bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

«No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines»; y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decía con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. «El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles

y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso, se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña; y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote; opinión fué de no sé qué sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena; y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo; y con todo esto, me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan á la honra de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa será conservarla, y aun mejorarla, en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla; que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.»

Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí: «Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánimo que sólo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique, y deje de meter su cucharada.»

Murmuraba esto algo recio Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: «¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho, antes que me casara; que quizá dijera yo ahora: «el buey suelto bien se lame».

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote.

—No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena; á lo menos no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer; que, en efecto, es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada, respondió Sancho; que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa; que entonces súfrala el mesmo Satanás.»

Finalmente, tres días estuvieron con los novios; donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro Licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Monte-

sinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos. El Licenciado le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete ó arpillera.

Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al Rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveídas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó Don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios. A lo que él respondió, que su profesión era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república; que el uno se intitulaba *El de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones; «porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, á quien he de llamar *Metamorfóseos, ó Ovidio español*, de invención nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el Angel de la Madalena, quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores; porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo.»

Sancho, que había estado muy atento á la narración del primo, le dijo: «Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros; ¿sabríame decir (que sí sabrá, pues todo lo sabe) quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán.

—Sí sería, respondió el primo; porque Adán, no hay duda sino q tuvo cabeza y cabellos y manos; y siendo esto así, y siendo el prim hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién f el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré dete minar por ahora, hasta que lo estudie: yo lo estudiaré, en volvien adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veam que no ha de ser ésta la postrera.

—Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto; q ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron ó arroja ron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tenéis razón, amigo», dijo el primo.

Y dijo Don Quijote: «Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sanch á alguno las has oído decir.

—Calle, señor, replicó Sancho; que, á buena fe, que si me doy preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester y andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas, que, despu de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento á la memoria.»

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y á noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo Don Quijote, que desde allí á la cueva de Montesinos no había m de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, er menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profu didad. Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ve dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de soga, y otro dí á las dos de la tarde, llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y maleza tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cua los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho: «Mire vuesa merced, señor mío lo que hace; no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algún pozo. Sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta, que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla, respondió Don Quijote; que tal empresa como aquesta Sancho amigo, para mí estaba guardada.»

Y entonces dijo la guía: «Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro; quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones.

—En manos está el pandero, que le sabrán bien tañer», respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar), dijo Don Quijote: «Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño, que fuera atado junto á mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios, que me guíe.» Y luego se hincó de rodillas y hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: «¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu aventurero



Por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos ó grajos...

amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que, si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe»; y en diciendo esto, se acercó á la sima.

Vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada, si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas; y así, poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísivos cuervos ó grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y excusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó; y viendo que no salían más cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos (que asimismo entre los cuervos salieron), dándole sóga el primo y Sancho, se dejó calar al

fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo: «Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce. Dios te guíe otra vez y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida, que dejas, por enterrarte en esa escuridad que buscas.» Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba Don Quijote dando voces, que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oirse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podían dar más cuerda; con todo eso, se detuvieron como una hora, al cabo del cual espacio, volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente, y tiraba con mucha priesa, por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho, diciéndole: «Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mío; que ya pensábamos que se quedaba allá para casta»; pero no respondía palabra Don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido.

Tendiéronle en el suelo y desliáronle; y con todo esto, no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara; y mirando á una y otra parte como espantado, dijo: «Dios os lo perdone, amigos; que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras, sin dicha, hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas la que lloraron vuestros hermosos ojos!...»

Con grande atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decía, y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

«¿Infierno le llamáis! dijo Don Quijote; pues no le llaméis ansí, porque no lo merece, como luego veréis.» Pidió que le diesen algo de comer; que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres, en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo Don Quijote de la Mancha: «No se levante nadie, y estadme, hijos, los dos atentos.»



CAPÍTULO XXIII

De las admirables cosas que el extremado Don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serían cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á Don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos carísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente:

«A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura región abajo, sin llevar cierto ni determinado camino; y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades; y haciendo della una rosca ó rimero, me senté sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confu-

sión, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía, y hacia mí se venía, un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura. No traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron.

»Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: «Luengos tiempos ha, valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo; que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre.»

»Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba: que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fué daga ni pequeña, sino un puñal buído, más agudo que una lezna.

—Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramón de Hoces el Sevillano.

—No sé, prosiguió Don Quijote... pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

—Así es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor Don Quijote; que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote; y así, digo

que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde, en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol, con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: «Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado (como me tiene á mí y á otros muchos y muchas) Merlín, aquel famoso encantador que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que, después de muerto, le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando como si estuviese vivo!» Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que llevéis mi corazón
Adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.»

»Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: «Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de vuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con

otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín, ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete hijas son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una Orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un río llamado de su mesmo nombre, el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se le llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por donde quiera que va, muestra su tristeza y melancolía; y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo ¡oh primo mío! os lo he dicho muchas veces; y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín; aquel Don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.»

»Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja; cuando así no sea ¡oh primo! digo, paciencia y barajar»; y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco

y amojamado. Díjome Montesinos cómo toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas, cuatro días en la semana hacían aquella procesión, y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; y que si me había parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; «y no toma ocasión



Y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas...

su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entonces, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido... y quédese aquí.»

»A lo que él me respondió: «Señor Don Quijote, perdóneme vuesa

merced; que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo.» Con esta satisfación que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazón del sobresalto que recebí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote; no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

A esta sazón dijo el primo: «Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced, en tan poco espacio de tiempo como ha que entró allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto ha que bajé? preguntó Don Quijote.

—Poco más de una hora, respondió Sancho.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer otras dos veces; de modo que, á mi cuenta, tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.

—Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho; que, como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será, respondió Don Quijote.

—Y ¿ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mío? preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento.

—Y los encantados ¿comen? dijo el primo.

—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—Y ¿duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.

—No por cierto, respondió Don Quijote; á lo menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de «dime con quién andas, decirte he quién eres»: ándase vuesa merced con encantados, ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios (que iba á decir el diablo) si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no! dijo el primo. Pues ¿había de mentir el señor Don

Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millón de mentiras!

—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.

—Si no ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.

—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlín, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el majín ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora cómo, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras; y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos á la salida del Toboso! Pregunté á Montesinos si las conocía; respondióme que no, pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona, la que escanciaba el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.»

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio, ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: «En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced, ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

—Conocíla, respondió Don Quijote, en que trae los mesmos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa, que no la alcanzaría una jara. Quise seguirla; y lo hiciera, si

no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la sima. Díjome asimesmo que, andando el tiempo, se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban. Pero lo que más pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo, de cotonía nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere; que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad.» Suspendióme y admiróme el tal recado; y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: «¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?»

»A lo que él me respondió: «Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena (según parece), no hay sino dárselos; que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto.

»—Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales», los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: «Decid, amiga mía, á vuesa señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también que, cuando menos se lo piense, oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marqués de Mantua, de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. «Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora», me respondió la doncella; y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz, Sancho, ¿es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio

de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor! por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido.

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.»





CAPÍTULO XXIV

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

DICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso »Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente »capítulo queda escrito. La razón es, que todas las aventuras hasta »aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero á esta de »la cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, »por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que »Don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más »noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una »mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y »la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en »tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura »parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa »ó verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que »te pareciere; que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por »cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y »dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba

»bien con las aventuras que había leído en sus historias.» Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecían molerle á palos; porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: «Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas: la primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad; la segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos; la tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: *paciencia y barajar*. Y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades*; y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte; la cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.

—Vuesa merced tiene razón, dijo Don Quijote; pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros (que lo dudo), á quién piensa dirigirlos.

—Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo.

—No muchos, respondió Don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo, que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche.

—No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote; porque

no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que, por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dejan de ser todos buenos. A lo menos, yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita, que se finge bueno, que el público pecador.»

Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre á pie, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo: «Buen hombre, deteneos; que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas, que veis quo aquí llevo, han de servir acaso mañana; y así, me



Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

es forzoso el no detenerme; y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta, que está más arriba de la ermita, pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas; y á Dios otra vez»; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta y la ermita, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á Don Quijote que llegasen á ella á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el Rucio á la ermita, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala

suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa; que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.

Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

«Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho, y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!»

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio, al parecer, de sus vestidos, que debían de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo y alguna camisa; porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, á uso de Corte; la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

Á la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole: «Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galán; y ¿adónde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo.»

A lo que el mozo respondió: «El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y adonde voy es á la guerra.

—¿Cómo la pobreza! preguntó Don Quijote; que por el calor bien puede ser.

—Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelón en la Corte.

—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido á algún grande de España ó algún principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara; que eso tiene el servir á los buenos; que del tinelo suele salir uno á ser alférez ó capitán, ó con algún buen entendimiento; pero yo ¡desventurado! serví siempre á catariberas y á gente advenediza, de ración

y quitación tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della; y sería tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.

—Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quijote, ¿es posible que, en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea?

—Dos me han dado, respondió el paje; pero así como al que se sale de alguna religión antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían á mí los míos mis amos; que acabados los negocios á que venían á la Corte, se volvían á sus casas y recogían las libreas, que por sola ostentación habían dado.

—¡Notable espilorchería! como dice el italiano, dijo Don Quijote: pero con todo eso, tenga á felice ventura el haber salido de la Corte con tan buena intención como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, si no más riquezas, á lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir; que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, ó ya de un tiro de artillería ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huída, y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden. Y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza; cuanto más, que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, cuando ya son viejos y no pueden servir; que echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte; y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.»

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con l en la venta; y á esta sazón, dicen que dijo Sancho entre sí: «¡Válate)ios por señor! y ¿es posible que hombre que sabe decir tales, tantas tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates mposibles que cuenta de la cueva de Montesinos! Ahora bien, ello lirá»; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, no por castillo, como solía.

No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero or el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en a caballeriza estaba acomodando el macho; lo mismo hicieron de sus umentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el nejor lugar de la caballeriza.





CAPÍTULO XXV

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocía el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre, condutor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había de decir después, acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió: «Más despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas; déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia; que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso, respondió Don Quijote; que yo os ayudaré á todo»; y así lo hizo, aechándole la cebada y limpiando el pesebre: humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera:

«Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha, criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido.

»—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido.

»—En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa; que luego vuelvo.

»—Mucho placer me haréis, dijo el del jumento; y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.»

»Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores, á pie y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron.

»Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: «Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que... yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluído.

»—¿Algún tanto decís, compadre! dijo el otro; por Dios, que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos.



Y, cada uno engañado del rebuzno del otro...

»—Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo; porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo; y, de trecho en trecho, rebuznaréis vos y rebuznaré yo; y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.»

»A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio»; y dividiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y, cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron los dos

á buscarse, pensando que ya el jumento había parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó!

»—No fué, sino yo, respondió el otro.

»—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.

»—Esas alabanzas y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que, por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad.

»—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.

»—También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.

»—Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en éste, plega á Dios que nos sean de provecho.»

»Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos! Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

»—En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.» Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que

fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos, y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formado escuadrón, han salido contra los burladores los burlados á darse batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras»; y con esto dió fin á su plática el buen hombre.

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre, todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón, y con voz levantada dijo: «Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¡Cuerpo de tal! dijo el ventero: ¿que aquí está el señor Maese Pedro! Buena noche se nos apareja.» (Olvidábaseme de decir como el tal Maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquél lado debía de estar enfermo.) Y el ventero prosiguió diciendo: «Sea bien venido vuesa merced, señor Maese Pedro; ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.

—Al mismo Duque de Alba se la quitara, para dársela al señor Maese Pedro, respondió el ventero; llegue el mono y el retablo; que gente hay esta noche en la venta, que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buen hora, respondió el del parche; que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo»; y luego se volvió á salir de la venta.

Preguntó luego Don Quijote al ventero qué Maese Pedro era aquél, y qué retablo y qué mono traía.

A lo que respondió el ventero: «Este es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón, enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono, de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho

más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acier- en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tie- el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que mono responde; quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído; y así, se cree que el tal Maese Pedro es riquísimo; y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compañ*, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo.»

En esto volvió el Maese Pedro, y en una carreta venía el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vió Don Quijote, cuando le preguntó: «Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué pexe pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales»; y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

«Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.

—¡Voto á Rus! dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado; porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo? y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene?»

No quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo: «No quiero recebir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios»; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fué Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo: «Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero, Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!»

Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: «Y tú ¡oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo! alégrate; que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino; y por más señas, tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que, según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro:

y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.

—Ahora digo, dijo á esta sazón Don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho y ve mucho, sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mesmo Don Quijote de la Mancha, que este buen animal ha dicho (puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas); pero, como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno.

—Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo.»

A lo que respondió Maese Pedro (que ya se había levantado de los pies de Don Quijote): «Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros; que por servicio del señor Don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora (porque se lo debo, y por darle gusto) quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna.» Oyendo lo cual el ventero, alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así, en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quijote con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oídos de nadie, le dijo: «Mira, Sancho; yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este Maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto, tácito ó expreso, con el demonio.

—Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal Maeso Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho, no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y después que esté rico, le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á más; que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que á sólo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir; que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el espíritu del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se

usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros que si una perrilla de falda pequeña que tenía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaría, y pariría tres perricos: el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición, que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fué, que de allí á dos días se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los más levantadores.

—Con todo eso, querría, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á Maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdón de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas.

—Todo podría ser, respondió Don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas; puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.»

Estando en esto, llegó Maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo; que su merced viniese á verle, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecía que tenían de todo. A lo que Maese Pedro, sin responder palabra, volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quijote y de Sancho, dijo: «Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva, llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas»; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole, al parecer, en el oído, dijo luego Maese Pedro: «El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verdaderas; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare; que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene.

—¿No lo decía yo, dijo Sancho, que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen Maese Pedro; que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

—¿Cómo alguna! respondió Maese Pedro; sesenta mil encierra en sí este mi retablo; dígole á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite et non verbis;* y manos á la labor; que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.»

Obedeciéronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían. Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó á decir lo que oirá ó verá el que leyere ú oyere el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

CALLARON *todos, tirios y troyanos;* quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: «Esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boça de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando á las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

> Jugando está á las tablas don Gaiferos;
> Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones; y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados:

y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana; y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra á armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa; porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.

—Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón Don Quijote, seguid vuestra historia, línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales; que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas.»

También dijo Maese Pedro desde dentro: «Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado; sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

—Yo lo haré así», respondió el muchacho; y prosiguió diciendo: «Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante

puesta á los miradores de la torre, sin conocerle ha visto, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

> Caballero, si á Francia ides,
> Por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido; y más ahora, que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellín, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas, como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. Vais en paz, ¡oh par sin par de verdaderos amantes! lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida.»

Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro y dijo: «Llaneza, muchacho: no te encumbres; que toda afectación es mala.»

No respondió nada el intérprete; antes prosiguió diciendo: «No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y ¡miren con qué priesa! que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.»

Lo cual oído por Maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: «No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y

con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad», replicó Don Quijote.

Y el muchacho dijo: «Miren ¡cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes! ¡cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban! Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.»

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían; y levantándose en pie, en voz alta dijo: «No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla»; y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán.

Daba voces Maese Pedro, diciendo: «Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.»

Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: «Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, ¡qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra! A buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
. . . .
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía.

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo, sin mi mono; que á fe que primero que le vuelva á mi poder, me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas: y en mí sólo ha venido á faltar su intención generosa: ¡que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.»

Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole: «No llores, Maese Pedro, ni te lamentes; que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.

—¿Cómo no! respondió Maese Pedro. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cúyos eran sus cuerpos, sino míos? Y ¿con quién me sustentaba yo, sino con ellos?

—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiferos, don Gaiferos; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían; y con este buen propósito hice lo que habéis visto. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia,

quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.»

Inclinósele Maese Pedro, diciéndole: «No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores, entre vuesa merced y mí, de lo que valen ó podían valer las ya deshechas figuras.»

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: «Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su ser primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento, cuatro reales y medio.

—Adelante, dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco, dijo Sancho.

—Ni mucho, replicó el ventero; médiese la partida, y señálense cinco reales.

—Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote; que no está en un cuartillo más á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura, dijo Maese Pedro, que está sin narices y con un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—¡Aun ahí sería el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia! porque el caballo en que iban, á mí me pareció que antes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme á mí el gato por libre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia, con su esposo, á pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana... y prosiga.»

Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo: «Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.»

Desta manera fué poniendo precios á otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros con satisfación de las partes, y llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

«Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino

la mona; y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podría decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche; y amanecerá Dios y verémonos.»

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido, se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes ni diretes con Don Quijote, á quien él conocía muy bien; y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía á Don Quijote... tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaración desta famosa historia.





CAPÍTULO XXVII

Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano...* A lo que su traductor dice que en jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico, en lo que quería escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era Maese Pedro, y quién el mono adivino, que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, á quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamó don Ginesillo de Paropillo, fué el que hurtó á Sancho Panza el Rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuían á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero, en resolución, Ginés le hurtó, estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas; y después le cobró Sancho, como se ha contado.

Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos cristianos, ya libres, que venían de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, ó de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas.

Acabada la muestra, proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato, según tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono, y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él; otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adevinaba su mono, á todos hacía mamonas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta, conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiración á Don Quijote y á Sancho Panza y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si Don Quijote bajara un poco más la mano, cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono; y volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza: pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intención, siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos, picó á Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vió al pie della, á su parecer, más de docientos hombres, armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas estacas. Bajó del recuesto, y acer-

cóse al escuadrón tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una, que en un estandarte ó girón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua defuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito.

Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, porque, según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: «Señor, en eso no hay que reparar; que bien puede ser que los regidores, que entonces rebuznaron, viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto más, que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.» Finalmente, conocieron ó supusieron, como era cierto, que el pueblo corrido salía á pelear con otro, que le corría más de lo justo y de lo que se debía á la buena vecindad.

Fuese llegando á ellos Don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas; los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo: «Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis, pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza á mi lengua.»

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese; que de buena gana le escucharían.

Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo: «Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión, la de favorecer á los necesitados de favor y acudir á los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que

os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados; porque ningún particular puede afrentar á un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que sólo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque también es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija.


Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase...

»Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más á menos! ¡Bueno sería, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese! No, no, ni Dios lo permita ó quiera; los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y

haciendas. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria. Á estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero ¡tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta!... Parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.

—El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, á fe que lo parece como un huevo á otro.»

Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo: «Mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó *el Caballero de la Triste Figura,* y ahora se llama *el Caballero de los Leones,* es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, en la uña; y así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo errare; cuanto más, que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oir un rebuzno; que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo; y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen; que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.»

Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa, dió consigo Sancho Panza en el suelo.

Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; antes, viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas, y que algunos cargaban los arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y á cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba; pero los del escuadrón se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el Rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venía, y atendióle, viendo que ninguno le seguía. Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.





CAPÍTULO XXVIII

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención.

Cuando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual, dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin, ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del Rucio á los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado.

Apeóse Don Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz cólera le dijo: «Bien en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho: ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.

—No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas; subamos, y apartémonos de aquí; que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la

prudéncia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo; y así, yo confieso que me he retirado, pero no huído; y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte á ti de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.»

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda, que hasta un cuarto de legua de allí se parecía.

De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolía de manera, que le sacaba de sentido.

«La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo, con que te dieron, largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y si más te cogiera, más te doliera.

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿tan cubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aún pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque, si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchas averías, que si ahora me han salido á las espaldas, después me saldrán á los ojos. Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida); harto mejor haría yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme; y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante; que ¡quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados! De los presentes no digo nada; que por ser vuesa merced uno dellos, les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

—Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando, sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca; que á trueco de que á vos no os

duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros á vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida. Dineros tenéis míos: mirad cuánto ha que esta segunda vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servía, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida; con vuesa merced, no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolución, los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que esta vez sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo agua, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

—Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, es la verdad; ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

—A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes, me tendría por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serían treinta.

—Está muy bien, replicó Don Quijote; y conforme al salario que vos os habéis señalado, ved cuántos días ha que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

—¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta; porque, en lo de la promesa de la ínsula, se ha de contar desde el día que vuesa merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos.

—Pues ¿qué tanto ha, Sancho, que os la prometí? dijo Don Quijote.

—Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres días más á menos.»

Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: «Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la ínsula! Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga; que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de

quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en tanto más cuanto me habéis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo (que todo lo pareces); éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algún escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro. Vuelve las riendas ó el cabestro al Rucio, y vuélvete á tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre, que tiene más de bestia que de persona! Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, ¿te despides! ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo! En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.»

Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decía, y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: «Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono, con que te enmiendes y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita.»

Sancho respondió que sí haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles, y otros sus semejantes, siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.



CAPÍTULO XXIX

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, cuatro días después que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de Maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más á las verdaderas que á las mentirosas; bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco, sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol, que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba.

Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: «Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero, ó á otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este

es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican. Cuando algún caballero está puesto en algún trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero (puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas, y aun más), ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires ó por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda; así que ¡oh Sancho! este barco está puesto aquí para el mesmo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día, y antes que éste se pase, ata juntos al Rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios, que nos guíe; que no dejaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: «haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa»; pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.»

Esto decía, mientras ataba las bestias, Sancho, dejándolas á la protección y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima.

Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales; que el que los llevaría á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendría cuenta de sustentarlos.

«No entiendo esto de longicuos, dijo Sancho, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

—Longincuos, respondió Don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas; que no estás tú obligado á saber latín, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.

—Ya están atados, replicó Sancho: ¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? respondió Don Quijote, santiguarnos y levar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.»

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó á temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oir roznar al Rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: «El Rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia.»

Y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo: «¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue ó quién te acosa, ánimo de ratón casero? Ó ¿qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha, ¿vas caminando á pie y

descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque, por el sesgo curso deste agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido, y caminado, por lo menos, setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado; aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto, por la línea equinocial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, replicó Don Quijote; porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo



¡Oh carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros...

de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona! puto y gafo, con la añadidura de meón, ó meo, ó no sé cómo.»

Rióse Don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: «Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda; y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo, haré lo que vuesa merced me manda; aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no

nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas diez varas, porque allí están Rocinante y el Rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, ¡voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga!

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra; que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodíaco, eclíptica, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente ¡qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora! Y tórnote á decir que te tientes y pesques; que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.»

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: «O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¿qué! preguntó Don Quijote, ¿has topado algo?

—Y aun algos», respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesen alguna inteligencia secreta ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas, que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: «¿Ves? Allí ¡oh amigo! se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor! dijo Sancho. ¿No echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho, dijo Don Quijote; que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.»

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista.

Daban voces grandes, diciendo: «Demonios de hombres, ¿dónde

vais! ¿Venís desesperados, que queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á dó llega el valor de mi brazo? Mira ¡qué de malandrines y follones me salen al encuentro! Mira ¡cuántos vestiglos se me oponen! Mira ¡cuántas feas catadura nos hacen cocos! Pues ahora lo veréis, bellacos»; y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: «Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis. oprimida, alta ó baja, de cualquier suerte ó calidad que sea; que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado *el Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado, por orden de los altos cielos, el dar fin felice á esta aventura»; y diciendo esto, echó mano á su espada y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al través en el agua; pero vínole bien á Don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habría sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos elevados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

«¿Qué personas ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio! ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas!

—Basta, dijo entre sí Don Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras; yo no puedo

más.» Y alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando á las aceña-: «Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrado-, perdonadme; que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os pued sacar de vuestra cuita; para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.»

En diciendo esto, se concertó con los pescadores y pagó por el barc cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: «A dos barcadas como ésta, daremos con todo el caudal al fondo.»

Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras, tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y n acababan de entender á dó se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decía; y teniéndolos por locos, los dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.





CAPÍTULO XXX

De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso río: Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle; porque, magüera tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más, eran disparates; y buscaba ocasión de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él pensado tenía.

Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho: «Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor, que yo, *el Caballero de*

los Leones, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare; y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

—¡Hallado os le habéis el encajador! respondió Sancho. ¡A mí con eso! Sí, que no es ésta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena; quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada; que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote; ve en buena hora, y Dios te guíe.»

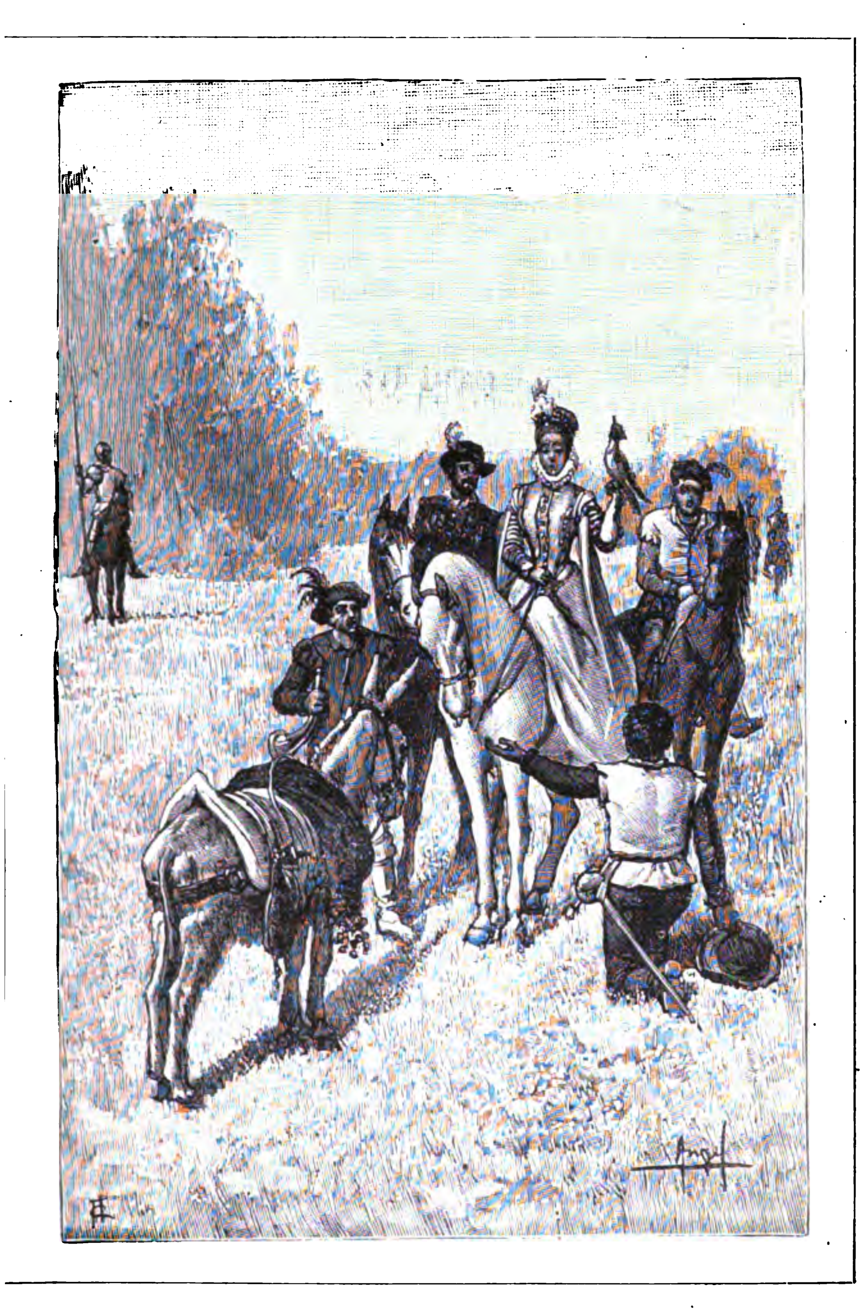
Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al Rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: «Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado *el Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal *Caballero de los Leones*, que no ha mucho que se llamaba *el de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su permiso y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo; que escudero de tan gran caballero como es *el de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.»

Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho, que tenía noticia de su señor, *el Caballero de la Triste Figura*, y que si no le había llamado *el de los Leones* debía de ser por habérsele puesto tan nuevamente.

Preguntóle la Duquesa (cuyo título aún no se sabe): «Decidme, hermano escudero: este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso?

—El mesmo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo, que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.



Y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: «Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece...

—De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, herma Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado y el l venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que n contento me diera.»

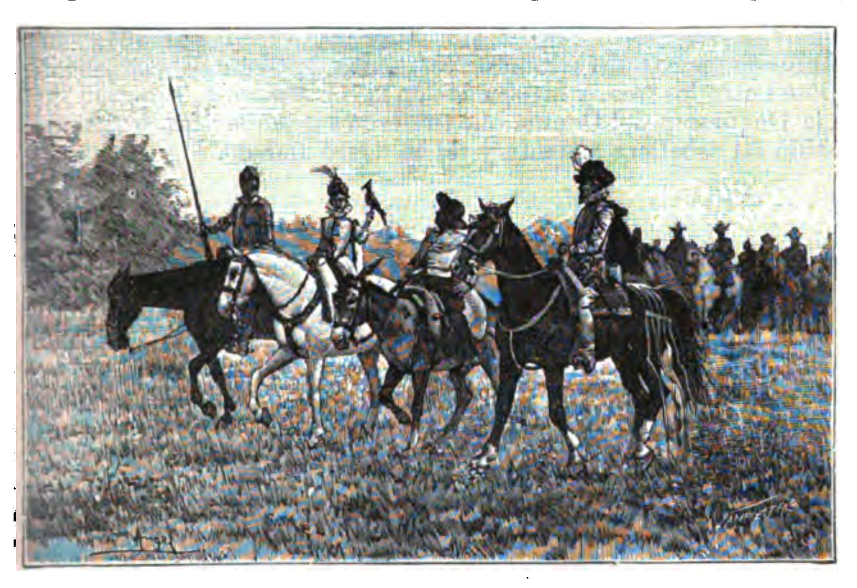
Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gus volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le hab dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mu fermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, acicateó á R nante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa. cual, haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto c Don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber le la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el dispar tado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo conocerle, le atendían con prosupuesto de seguirle el humor y conced con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante l días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostu bradas en los libros de caballerías, que ellos habían leído, y aun l eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quijote, alzada la visera; y dando muestras apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciad que al apearse del Rucio, se le asió un pie en una soga del albarda, tal modo, que no fué posible desenredarle; antes quedó colgado d con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que Sancho había llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchad y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de much maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que a todavía tenía el pie en la corma. El Duque mandó á sus cazador que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron Don Quijote, maltrecho de la caída; y, renqueando y como pudo, f á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consint en ninguna manera; antes apeándose de su caballo, fué á abrazar Don Quijote, diciéndole: «A mí me pesa, señor *Caballero de la Tris Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra hay sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen se causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Do Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta e profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara l gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desat la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que es firme; pero, como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pie á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora l Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía.

—Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que londe está mi señora doña Dulcinea del Toboso, no es razón que se aben otras fermosuras.»

Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo; y hallándose lí cerca, antes que su amo respondiese, dijo: «No se puede negar, no afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero onde menos se piensa se levanta la liebre; que yo he oído decir que to que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro; el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos y tres y



Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella...

iento: dígolo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á ıi ama, la señora Dulcinea del Toboso.»

Volvióse Don Quijote á la Duquesa, y dijo: «Vuestra grandeza nagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más ablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdaero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.»

A lo que respondió la Duquesa: «El que Sancho el bueno sea graioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las racias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien ıbe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es racioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador, añadió Don Quijote.

—Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se ueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo n ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*...

—*De los Leones* ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho; que ya
hay triste figura ni figurón.

—Sea el *de los Leones*, prosiguió el Duque; digo que venga el se
Caballero de los Leones á un castillo mío, que está aquí cerca, donde
le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y
que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes q
á él llegan.»

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Ro
nante; y subiendo en él Don Quijote, y el Duque en un herm
caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al casti
Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gust
infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y ent
tejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversación, con gran gu
de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en
castillo tal caballero andante y tal escudero andado.





CAPÍTULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose, á su parecer, en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y así, tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía. Cuenta, pues, la historia que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el Duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habían de tratar á Don Quijote; el cual, como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo... al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros, vestidos hasta los pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron: «Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa.»

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero, en efecto, venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafrén sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla; y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de

aquellos señores, diciendo á grandes voces: «¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!»; y todos ó los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques; de todo lo cual se admiraba Don Quijote, y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al Rucio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña, que con otras á recebir á la Duquesa había salido, y con voz baja le dijo: «Señora González, ó cómo es su gracia de vuesa merced...

—Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandáis, hermano?»

A lo que respondió Sancho: «Querría que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío; vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza; porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, y tened cuenta con vuestro jumento; que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.

—Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído yo decir ó mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino;* y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para adonde lo parezcan y se os paguen; que de mí no podréis llevar sino una higa.

—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto menos.

—Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera; si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos»; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había.

«Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino; y sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, más que cuantas pudieran decirme»; y hablando con Sancho, le dijo: «Advertid,

Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza, y que aquesas tocas, más las trae por autoridad y por la usanza que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona más caritativa que á la señora doña Rodríguez.»

Don Quijote, que todo lo oía, le dijo: «¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar!

—Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé dél; y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara.»

Á lo que dijo el Duque: «Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; al Rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su mesma persona.»

Con estos razonamientos, gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala, adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habían de hacer, y de cómo habían de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó Don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza; seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien en los caballeros andantes como la valentía.

Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra, donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: «Dime, truhán moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella! ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó ¿señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños! Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira ¡pecador de ti! que en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos, ó algún caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo; huye, huye destos inconvenientes; que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspié cae y da en truhán desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la

boca, y advierte que hemos llegado á parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.»

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal; que nunca por él se descubriría quién ellos eran.

Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el mantón de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle agua á manos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala, para llevarle á comer; que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales, digo, que debía de ser el grave religioso que con los Duques salió á recebir á Don Quijote.

Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente, cogiendo á Don Quijote en medio, se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados.

A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: «Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos.»

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necedad.

Miróle Sancho y entendióle, y dijo: «No tema vuesa merced, señor mío, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto.

—Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.

—Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres; que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra.

—Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto; quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.

—Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen crédito que de mi ingenio tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este. Convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venía de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar (que, á lo que entiendo, mi señor Don Quijote se halló en ella), de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso.

—Hasta ahora, dijo el Eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante, no sé por lo que os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días.

—No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días; que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado...

—Adelante, hermano, dijo á esta sazón el Religioso; que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así, digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador... que buen poso haya su ánima, que ya es muerto; y por más señas, dicen que hizo una muerte de un ángel; que yo no me hallé presente; que había ido por aquel tiempo á segar á Tembleque...

—Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento.

—Es, pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa... que parece que ahora los veo más que nunca...»

Gran gusto recebían los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso, de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento; y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

«Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas; que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera»; y este es el cuento, y en verdad que creo que no sido aquí traído fuera de propósito.»

Púsose Don Quijote de mil colores, que, sobre lo moreno, le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quijote que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos.

A lo que Don Quijote respondió: «Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero ¡adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede!

—No sé, dijo Sancho Panza; á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo menos, en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador. A buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.

—¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque.

—Y ¡cómo si la he visto! respondió Sancho; pues ¿quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio! Tan encantada está como mi padre.»

El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo: «Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.» Y volviendo la plática á Don Quijote, le dijo: «Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda,



«Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse á la mesa...

y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde ¡nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes! ¿Dónde hay gigantes en España ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan!»

Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo... Pero esta respuesta, capítulo por sí merece.





CAPÍTULO XXXII

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.

LEVANTADO, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: «El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mesmas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debían esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones sanas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino, á troche moche, entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondón á dar

leyes á la caballería y á juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, ¿es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno; si el que en esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—¡Bien, por Dios! dijo Sancho: no diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que persuadir en el mundo; y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho!

—¿Por ventura, dijo el Eclesiástico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí soy, respondió Sancho; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien «júntate á los buenos, y serás uno dellos»; y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces»; y de los «quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija». Yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y ho de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo: que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar.

—No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el Duque; que yo, en nombre del señor Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los pies á su excelencia, por la merced que te ha hecho.»

Hízolo así Sancho; lo cual visto por el Eclesiástico, se levantó de la mesa, mohino además, diciendo: «Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras! Quédese vuestra excelencia con ellos; que en tanto que estu-

vieren en casa, me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar»; y sin decir más ni comer más, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado.

Acabó de reir, y dijo á Don Quijote: «Vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

—Así es, respondió Don Quijote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse. Este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mesmo confirmará otro ejemplo. Está uno vuelto de espaldas; llega otro, y dale de palos, y en dándoselos, huye y no espera; y el otro le sigue, y no le alcanza. Este, que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurtacordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo, haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron á traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho, sin volver las espaldas y á pie quedo; y así, según las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado; porque los niños no pueden ni las mujeres suelen herir, ni tienen para qué esperar (y lo mesmo los constituídos en la sacra religión), porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así, aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie. Y aunque poco ha dije que yo podía estar agraviado, agora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho. Sólo quisiera que esperara algún poco, para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadís, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced.

—Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melón muy maduro: ¡bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas! Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalbán

hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara más en tres años. ¡No, sino tomárase con ellos, y vieran cómo escapaba de sus manos!»

Perecía de risa la Duquesa oyendo hablar á Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer.

Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas; y así, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran menos blancas las jabonaduras), no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero; tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella: que el señor Don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir, que se pudiera imaginar.

Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa. Las doncellas de la burla tenían los ojos bajos, sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir, si á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á Don Quijote de aquella suerte.

Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir; pero el Duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: «Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua.»

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quijote; y dándose prisa, le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias, se fueron. Después se supo que había jurado el Duque que si á él no le lavaran

como á Don Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado.

Estuvo atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: «¡Válame Dios! ¿Si será también usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque, en Dios y en mi ánima, que lo he bien menester, y aun si me las rapasen á navaja lo tendría á más beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió él, que en las Cortes de los otros príncipes, siempre he oído decir, que, en levantando los manteles, dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho; aunque también dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar; puesto que pasar por un lavatorio de estos, antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa; que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuere menester.

—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos; que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra.»

El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quijote, hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La Duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso; que, según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha.

Sospiró Don Quijote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: «Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla!

—¿Qué quiere decir *demostina*, señor Don Quijote? preguntó la Duquesa; que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida.

—Retórica *demostina*, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de *Demóstenes*, como *ciceroniana* de *Cicerón*, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Así es, dijo el Duque; y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta.

—Pero con todo eso, nos daría gran gusto el señor Don Quijote, si nos la pintase; que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan invidia las más hermosas.

—Sí hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los días pasados á besarle las manos, y á recebir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora; de hermosa, en fea; de ángel, en diablo; de olorosa, en pestífera; de bien hablada, en rústica; de reposada, en brincadora; de luz, en tinieblas; y finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién? respondió Don Quijote; ¿quién puede ser sino algún maligno encantador, de los muchos invidiosos que me persiguen, esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos! Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me persiguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren, donde ven que más lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote, de pocos días á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfeciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote. Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea: una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por

cortés, cortés por bien criada, y finalmente, alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfeción que en las hermosas humildemente nacidas.

—Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe.

—A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más, que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar á ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque, mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por más señas, dice que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.»

A lo que respondió Don Quijote: «Señora mía, sabrá la vuestra grandeza que todas ó las más cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen; ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador invidioso. Y como es cosa ya averiguada que de todos ó los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteo, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la Tierra; quiero inferir de lo dicho que podría ser que

yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables; ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme, si no fuera á fuerzas de encantamentos; pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca. Y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes cómo viniendo poco ha por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día, habiéndola visto Sancho, mi escudero, en su mesma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas, hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea; que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca suerte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad; y así, estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced; aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldría con cualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas; y más, que ya, por muchas experiencias, sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador; pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos jirifaltes; el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo; que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros

y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare.»

A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar; seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

«¿Qué es esto, hermanos! preguntó la Duquesa; ¿qué es esto! ¿Qué queréis hacer á ese buen hombre? ¿Cómo! y ¿no consideráis que está electo gobernador!»

A lo que respondió el pícaro barbero: «No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque, mi señor, y el señor, su amo.

—Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y al que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada, que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras, más parecen burlas que gasajos de huéspedes.»

Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así, haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: «¡Hola, señores caballeros! vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro; y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros; tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas.»

Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: «¡No, sino lléguense á hacer burla del mostrenco! que así lo sufriré, como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces.»

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: «Sancho Panza

tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dije: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, en traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.»

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala, que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos, se fueron y le dejaron; el cual, viéndose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo: «De grandes señoras grandes mercedes se esperan: ésta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos, si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir á tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias, como vos decís. ¡Bien haya tal señor y tal criado: el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo; que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque, mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.»

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que, si no tenía mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad, él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente á su mandato; y fuése.

El Duque dió nuevas órdenes cómo se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.



CAPÍTULO XXXIII

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta, pues, la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino encontinente á ver á la Duquesa; la cual, con el gusto que tenía de oirle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja; aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Rui Díaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: «Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea (digo á la señora Dulcinea del Toboso), ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, cosas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos!»

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre

los labios, anduvo por toda la sala, levantando los doseles; y luego esto hecho, se volvió á sentar, y dijo: «Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado y á todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues, como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá diez y seis ó diez y ocho días, que aún no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda.»

Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mesmo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron las oyentes; y prosiguiendo en su plática, dijo la Duquesa: «De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: «Pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y con todo eso, le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse á sí, ¿cómo sabrá gobernar á otros!

—Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced, y hable claro ó como quisiere; que yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado á mi amo; pero ésta fué mi suerte y ésta mi malandanza. No puedo más, seguirle tengo. Somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiéreme bien, es generoso, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón. Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios; y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que magüera tonto, se me entiende aquel refrán de «por su mal le nacieron alas á la hormiga»; y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos, y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado, y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno, y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero; y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia; y

al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero; y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo, todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches; y torno á decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Vamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten.

—Y ¡cómo que no mienten! dijo á esta sazón doña Rodríguez, la dueña, que era una de las escuchantes; que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo, vivo, vivo, en una tumba, llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos días dijo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado había.

Y según esto, mucha razón tiene este señor en decir que quiere más ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas.»

No pudo la Duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: «Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero; y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula, á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo; que, cuando menos lo piense, se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche; lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos.

—Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mío, y tengo compasión de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza; y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso; soy perro viejo, y entiendo todo tus, tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato; dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que á quince días de gobernador me anduviesen las manos tan bien en el oficio, que supiese más dél que de la labor del campo, en que me he criado.

—Vos tenéis razón, Sancho, dijo la Duquesa; que nadie nace ense-

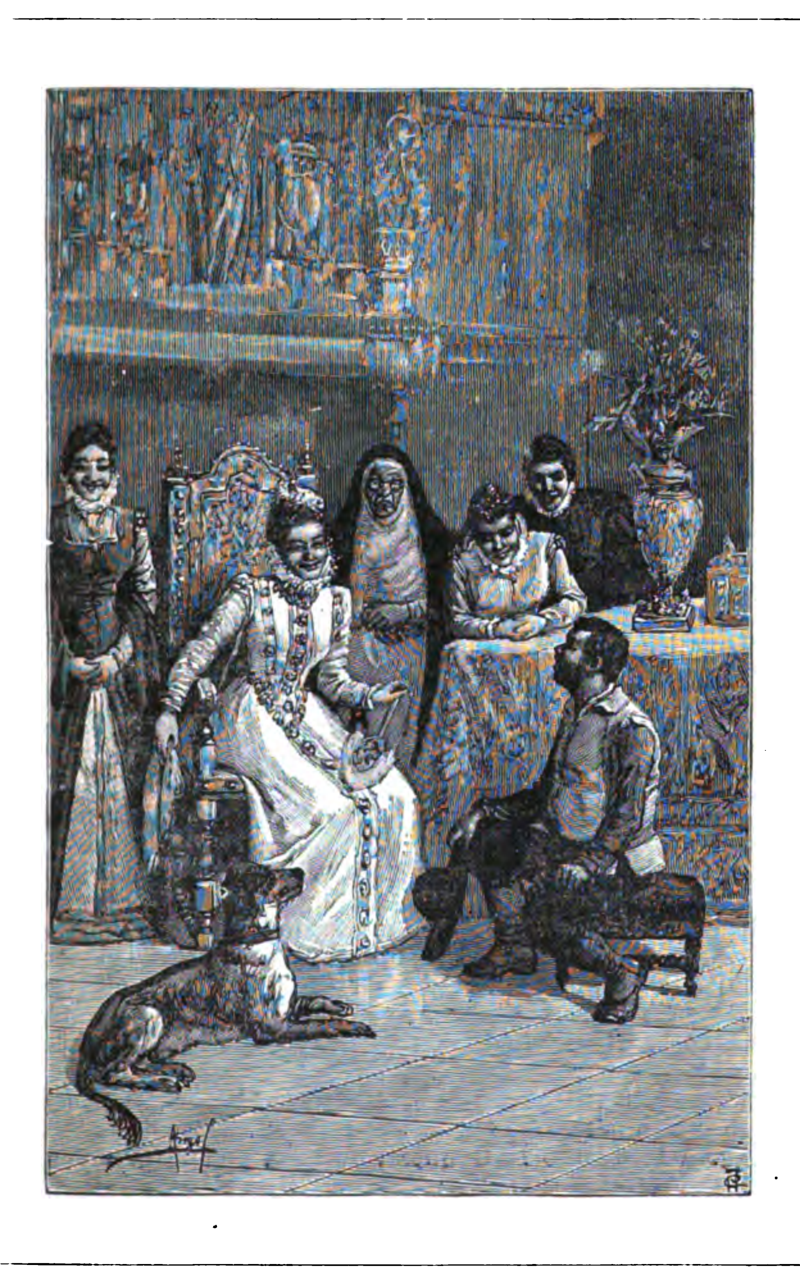
ñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos, del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada, que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocía debía de ser por estar encantada, toda fué invención de alguno de los encantadores que al señor Don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos; y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo, pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando menos nos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

—Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza; y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por sólo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mía, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que, con tan flaca y magra persuasión como la mía, creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores. Yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.

—Así es la verdad, dijo la Duquesa; pero dígame agora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaría saberlo.»

Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa, dijo: «Deste suceso se puede inferir que, pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la mesma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente bellacos.

—Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, es claro que yo no la pude encantar, sino los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos; verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello ¡morena! No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte, «Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió»; como si Sancho fuese algún



Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar.

quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que, por lo menos, es persona bachillerada por Salamanca; y los tales no pueden mentir, si no es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento; así que, no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y que según oí decir á mi señor: «más vale el buen nombre que las muchas riquezas», encájenme ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero, será buen gobernador.

—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo menos, sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micael Verino, que *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed, bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita; bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo y me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado; que á un brindis de un amigo, ¿qué corazón ha de haber tan de mármol, que no haga la razón! Pero aunque las calzo, no las ensucio; cuanto más, que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo.

—Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora, váyase Sancho á reposar; que después hablaremos más largo, y daremos orden cómo vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno.»

De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su Rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

«¿Qué Rucio es ese? preguntó la Duquesa.

—Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar *el Rucio;* y á esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar!

—Sería algún villano, dijo doña Rodríguez la dueña; que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

—Agora bien, dijo la Duquesa, no haya más; calle doña Rodríguez y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del Rucio; que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho; que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consentiría yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de

perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compás en la mano y con medido término.

—Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho; que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva.»

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento; y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.





CAPÍTULO XXXIV

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro.

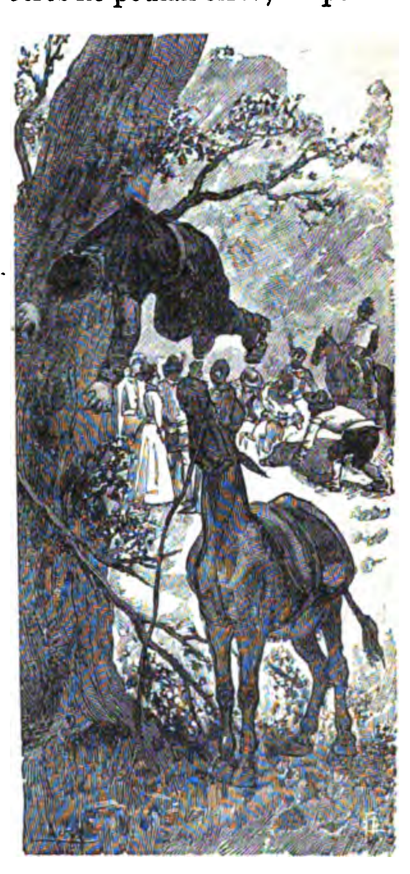
Grande era el gusto que recebían el Duque y la Duquesa de la conversación de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas, que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de lo que Sancho ya les había contado de la cueva de Montesinos para hacerle una que fuese famosa; porque de lo que más la Duquesa se admiraba era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio; y así, habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí á seis días los llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su Rucio (que no le quiso dejar, aunque le daban un caballo) se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa sali-

bizarramente aderezada, y Don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén, aunque el Duque no quería consentirlo; y finalmente, llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oirse, así por el ladrido de los perros como por el son de las bocinas.

Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque, y también Don Quijote, y pusiéronse á sus lados; Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del Rucio, á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algún desmán; y apenas habían sentado el pie y puéstose en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recebirle Don Quijote; lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara.



Y al venir al suelo, se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina...

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al Rucio y dió á correr cuanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes, estando ya á la mitad della, asido de una rama, pugnando por subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba, le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote

á los gritos de Sancho (que ya por ellos le había conocido) vióle pe- diente de la encina y la cabeza abajo, y al Rucio junto á él, que n le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas ve- vió á Sancho Panza sin ver al Rucio, ni al Rucio sin ver á Sanc: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó Don Quijote y descolgó á Sancho, el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en e alma; que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atr- vesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con mata- de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de vito- riosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña que en la mita del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba.

Sancho, mostrando á la Duquesa las llagas de su roto vestido, dijo: «Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
Como Favila el nombrado.

—Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería, le comió un oso.

—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho; que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco de un gusto, que parece que no lo había de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañáis, Sancho, respondió el Duque; porque el ejer- cicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores into- lerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que ¡oh Sancho! mudad de opinión, y cuando seáis gobernador, ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento.

—Eso no, respondió Sancho; el buen gobernador, la pierna que- brada y en casa. ¡Bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así, enhoramala andaría el gobierno! Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos, más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores; en lo que yo

pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado, las pascuas, y á los bolos, los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.

—Plega á Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Haya lo que hubiere, replicó Sancho; que al buen pagador no le duelen prendas; y más le vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan pies, que no pies á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un jerifalte. ¡No, sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no!

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito! dijo Don Quijote; y ¿cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada! Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan á sazón y tan á tiempo, cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los quisiera escuchar.

—Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son menos de estimar por la verdad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados.»

Con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho la intención de los Duques; y así como comenzó á anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego y el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos á un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él, al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza; y finalmente, aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron.

Con el temor les cogió el silencio, y un postillón que en traje de demonio les pasó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedía.

«Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?»

A lo que respondió el correo con voz horrísona y desentonada: «Yo soy el diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso; encantada viene, con el gallardo francés Montesinos, á dar orden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero, Don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

—En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venía se me olvidaba.

—Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, á no serlo, no jurara «en Dios y en mi conciencia». Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.»

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo: «A ti, *el Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo), me envía el desgraciado, pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores»; y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho, de ver que, á despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo: «¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?

—Pues ¿no! respondió él; aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno.

—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes», dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecía verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi

sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocací; que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra.

Llegando, pues, el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dijo: «Yo soy el sabio Lingardeo»; y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra.

Tras éste, pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro dijo: «Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida»; y pasó adelante.

Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pie, como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: «Yo soy Arcalaús, el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela»; y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal; y así, dijo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: «Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad», respondió la Duquesa.

A lo que replicó Sancho: «Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá», dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXXV

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compás de la agradable música, vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas, empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados y frente dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, á lo menos vistosamente vestida; traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte ni bajaban de diez y siete; junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la Muerte, descarnada y fea; de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho

miedo, y los Duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

«Yo soy Merlín (aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos),
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Émulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
Á quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos, contino
Dura la condición, áspera y fuerte,
La mía es tierna, blanda y amorosa,
Y amiga de hacer bien á todas gentes.
»En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caráteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamento y su desgracia,
Y su transformación de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme;
Y encerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Después de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.
»¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guía
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas!
A ti digo ¡oh varón, como se debe,
Por jamás alabado, á ti, valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella!
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho, tu escudero,
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y á esto es mi venida, mis señores.

—¡Voto á tal! dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los

encantos. Par Dios, que si el señor Merlín no ha hallado otra manera cómo desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.

—Tomaros he yo, dijo Don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió; y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.»

Oyendo lo cual Merlín, dijo: «No ha de ser así, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho; á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso «mi vida, mi alma», sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo! abernuncio.»

Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció más que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo: «¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! Si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon ¡oh miserable y endurecido animal! pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos míos, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón, y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mía (que aun se está todavía en el *diez y* de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte) se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, sólo porque te enternezca mi belleza; que las lágrimas de una afligida hermosura

vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón ese brío, que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz; y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte á algún razonable término, hazlo por ese pobre caballero, que á tu lado tienes; por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.»

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque: «Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad; que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta.

—¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho; que de los azotes, abernuncio.

—Abrenuncio, habéis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el Duque.

—Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho; que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más á menos; porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora, mi señora doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene; viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura, ¿son mis carnes de bronce? ó ¿vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré! Pues el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge, ¡me amarrará desnudo á un árbol, y me doblará la parada de los azotes! Y habían de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice: «bebe con guindas». Aprendan, aprendan, mucho de enhoramala, á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza; que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de tan buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y ¡vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como yo de volverme cacique!

—Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. ¡Bueno sería que yo enviase á mis insulanos un gobernador

cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios! En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado por vos, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador.

—Señor, respondió Sancho, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor?

—No, en ninguna manera, dijo Merlín; aquí, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio. O Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su rústico estado de labradora, ó ya, en el ser que está, será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.

—Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo, y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino; que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis.»

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlín le preguntó: «Dígame vuesa merced, señor Merlín, cuando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venía á dar orden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantase: y, hasta agora, ¿hemos visto á Montesinos ni á sus semejas?»

A lo cual respondió Merlín: «El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesinos, sino mío; porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando, su desencanto, que aún le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes; y por agora, acabad de dar el sí desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—Muchos médicos hay en el mundo, hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero, pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso; pues, según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado

contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran.

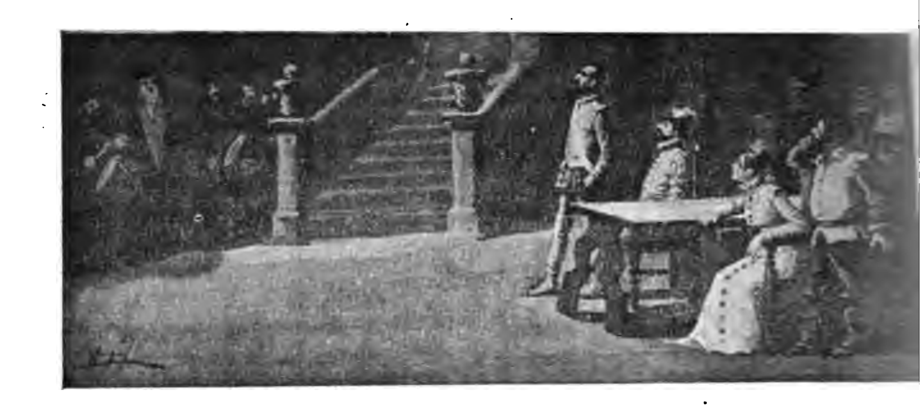
—De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlín, porque ›gando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada señora Dulcinea; y vendrá á buscar, como agradecida, al buen ıncho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que, › hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo ›rmita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

—Ea, pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ›ntura... digo que yo acepto la penitencia, con las condiciones apundas.»

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcaıces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos ı la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los rcunstantes dieron muestras de haber recebido grandísimo contento, el carro comenzó á caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho...

Y ya en esto se venía á más andar el alba, alegre y risueña; las orecillas de los campos descollaban y se erguían, y los líquidos crisıles de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, ›an á dar tributo á los ríos, que los esperaban. La tierra alegre, el elo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos jun›s daban manifiestas señales que el día, que al Aurora venía pisando ıs faldas, había de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la ıza, y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, e volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas; ue para ellos no había veras que más gusto les diesen.





CAPÍTULO XXXVI

Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer, Teresa Panza.

Tenía un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la Duquesa á Sancho otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea.

Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes.

Preguntóle la Duquesa que con qué se los había dado.

Respondió que con la mano.

«Eso, replicó la Duquesa, más es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura. Menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio.»

A lo que respondió Sancho: «Déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descríe por el provecho ajeno.

—Sea en buena hora, respondió la Duquesa; yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias.»

A lo que dijo Sancho: «Sepa vuestra alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador; digo, al modo que deben de escribir los gobernadores.

—Y ¿quién la notó? preguntó la Duquesa.

—¿Quién la había de notar sino yo ¡pecador de mí! respondió Sancho.

—Y ¿escribístesla vos? dijo la Duquesa.

—Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.

—Veámosla, dijo la Duquesa; que á buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.»

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vió que decía desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA, SU MUJER

«Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si buen gobierno »me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa »mía, por ahora; otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo »determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque »todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres; mira »si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de »cazador, que me dió mi señora la Duquesa; acomódale de modo que »sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Quijote, mi amo, según »he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato »gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de »Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desen»canto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. »Con tres mil y trecientos azotes, menos cinco, que me he de dar, »quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto »nada á nadie, porque, pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es »blanco y otros que es negro. De aquí á pocos días me partiré al »gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque »me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo »deseo; tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo, »ó no. El Rucio está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso »dejar, aunque me llevaran á ser gran turco. La Duquesa, mi señora, »te besa mil veces las manos; vuélvele el retorno con dos mil; que no »hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo,

»que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararr »otra maleta con otros cien escudos como la de marras; pero no te »pena, Teresa mía; que en salvo está el que repica, y todo saldrá en »colada del gobierno; sino que me ha dado gran pena que me dice »que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras é. »y si así fuese, no me costaría muy barato; aunque los estropeados y »mancos ya se tienen su calongía en la limosna que piden; así que »por una vía ó por otra, tú has de ser rica y de buena ventura. Dios »te la dé, como puede, y á mí me guarde para servirte. Deste castillo, »á 20 de Julio de 1614.

»Tu marido, el Gobernador,

» *Sancho Panza.*»

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo á Sancho: «En dos cosas anda un poco descaminado el buen Gobernador: la una, en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él (que no lo puede negar) que cuando el Duque, mi señor, se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo: la otra es que se muestra en ella muy codicioso; y no querría que orégano fuese; porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva; y podría ser que fuese peor, si me lo dejan á mi caletre.

—No, no, replicó la Duquesa; buena está ésta, y quiero que el Duque la vea.»

Con esto se fueron á un jardín donde habían de comer aquel día. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles, y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de unos roncos y destemplados tambores. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote, que no cabía en su asiento, de puro alborotado; de Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo; éstos venían tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífaro, negro y pizmiento como los demás. Seguía á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñía y atravesaba un ancho tahalí, también negro, de quien pendía un desmesurado alfanje, de guarniciones y

vaina negra. Venía cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecía una longísima barba, blanca como la nieve. Movía el paso al son de los tambores, con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya referida, á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie, con los demás que allí estaban, le atendía. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie, alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habían visto; y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora; y poniendo los ojos en el Duque, dijo: «Altísimo y poderoso señor: á mí me llaman Trifaldín, el de la barba blanca; soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es, que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado; y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado; cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije.»

Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué: «Ya, buen escudero, Trifaldín de la blanca barba, ha muchos días que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podéis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría.»

Oyendo lo cual Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que había entrado se volvió á salir del jardín, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á Don Quijote, le dijo: «En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis días que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pie y en

ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en es fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro día mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo; tocara, por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere; que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.»





CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intención Don Quijote, y á esta sazón dijo Sancho: «No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo á la promesa de mi gobierno; porque yo he oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que, donde interviniesen dueñas, no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que, pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tres-faldas ó Tres-colas! que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno.

—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote; que pues esta señora dueña, de tan lueñas tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenía en su número; cuanto más, que ésta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices, y en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas.»

A esto respondió doña Rodríguez, que se halló presente: «Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes. Y nadie diga mal de las dueñas antiguas, y menos de las doncellas; que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien á nosotras trasquiló... las tijeras le quedaron en la mano.

—Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi boticario, que lo mejor será no menear el arroz aunque se pegue.

—Siempre los escuderos, respondió doña Rodríguez, son enemigos nuestros; que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesión. A fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no sólo á los presentes, sino á todo el mundo, cómo no hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena doña Rodríguez tiene razón, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.»

A lo que Sancho respondió: «Después que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo.»

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvían á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si sería bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal.

«Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho, antes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla: pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete á ti en esto, Sancho? dijo Don Quijote.

—¿Quién, señor? respondió Sancho; yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, según he oído decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos; y al buen entendedor pocas palabras.

—Así es como Sancho dice, dijo el Duque; veremos el talle de la Condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.»

En esto entraron los tambores y el pífaro como la vez primera. Y aquí, á este breve capítulo, dió fin el autor, y comenzó el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.



CAPÍTULO XXXVIII

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

Detrás de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la Condesa Trifaldi, á quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que, á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos; la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban; por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía llamar la *Condesa Trifaldi*, como si dijésemos la *Condesa de las Tres Faldas;* y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llamó la *Condesa Lobuna,* á causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos, fueran zorras, la llamaran la *Condesa Zorruna,* por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi.*

Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de

Trifaldín, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucía. Así com acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el Duque, la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espacios. procesión miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo lo cual, el Duque, la Duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recebirla.

Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: «Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado... digo á esta su criada... porque, según soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde; y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco, menos le hallo.

—Sin él estaría, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor; el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias»; y levantándola de la mano, la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le había de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: «Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso: porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía, el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.

—El Panza, antes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo; y así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestro servidorísimos.»

En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: «Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor ó fuerzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos, sino, á la llana y sin rodeos, decir vuestros males; que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos.»

Oyendo lo cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los pies de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decía: «Ante estos pies y piernas me arrojo ¡oh caballero invicto! por ser los que son basas y colunas de la andante caballería. Estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises!»

Y dejando á Don Quijote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo: «¡Oh tú, el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín, mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa.»

A lo que respondió Sancho: «De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa; que, de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora, que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y deje hacer; que todos nos entenderemos.»

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habían tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual, volviéndose á sentar, dijo: «Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeción de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues ¡digamos agora que la discreción era mocosa! Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo; y lo es, si ya los hados invidiosos y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus

muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y más, que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad; que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso, el malandrín y desalmado vagamundo, granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolución, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decían:

De la dulce mi enemiga
Nace un mal que al alma hiere,
Y por más tormento, quiere
Que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar; y después acá (digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos) he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. Pues ¿qué, cuando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas! Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente, el azogue de todos los sentidos. Y así, digo, señores míos, que los tales trovadores, con justo título los debían de desterrar á las islas de los Lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir: «vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego,

espero sin esperanza, pártome y quédome», con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues ¿qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya los aromas! Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir.

»Pero ¿dónde me divierto! ¡Ay de mí, desdichada! ¿Qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías! ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad; mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de don Clavijo (que este es el nombre del referido caballero); y así, siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la, por mí y no por él, engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo; que, aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no; el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mí se tratare.

»Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos días estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á más andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el Vicario por su mujer á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le había hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesión á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de Corte muy honrado...»

A esta sazón dijo Sancho: «¿También en Candaya hay alguaciles de Corte, poetas y seguidillas! Por lo que puedo jurar, que imagino que todo el mundo es uno. Pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi; que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia.

—Sí haré», respondió la Condesa.





CAPÍTULO XXXIX

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De cualquiera palabra que Sancho decía, la Duquesa gustaba tanto como se desesperaba Don Quijote; y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: «En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaración, el Vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa; de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos.

—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.

—Claro está, respondió Trifaldín; que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.

—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algún paje suyo ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oído decir, fuera el daño sin remedio: pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que, aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque según las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros (y más si son andantes) los reyes y los emperadores.

—Razón tienes, Sancho, dijo Don Quijote; porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida; que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

—Y ¡cómo si queda lo amargo! respondió la Condesa; ¡y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas! Muerta, pues, la Reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando *¿quis talia fando temperet a lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que, junto con ser cruel, era encantador; el cual, con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la mesma sepultura: á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos está un padrón, asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma »estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga »conmigo á las manos en singular batalla; que para sólo su gran valor »guardan los hados esta nunca vista aventura.»

»Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje; y asiéndome á mí por los cabellos, hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero, con todo, me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron éstas que están presentes; y después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua; y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis.»

Y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles albarrazadas; de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: «Desta manera nos castigó aquel follón y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas; que ¡pluguiera

al cielo que antes con su desmesurado alfanje nos hubiera derrib
las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con e
borra que nos cubre! porque, si entramos en cuenta, señores míos
esto que voy á decir agora, lo quisiera decir hechos mis ojos fuent
pero la consideración de nuestra desgracia, y los mares que hasta a
han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas; y así, lo d
sin lágrimas. Digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barb
¿Qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿Quién le dará ayuda? Pu
aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes
menjurjes y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿qué ha
cuando descubra hecho un bosque su rostro! ¡Oh dueñas y compañer
mías! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padr
nos engendraron!» Y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.





CAPÍTULO XL

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo: «Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como ésta. ¡Válgate mil Satanases, por no maldecirte por encantador y gigante Malambruno! y ¿no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? ¿Cómo! y ¿no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio abajo, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas! Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape.

—Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así, hemos tomado, algunas de nos-

otras, por remedio ahorrativo, de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora, por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas; y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.

—Yo me pelaría las mías, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.»

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: «El retintín desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva, y cobre todos mis sentidos; y así, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable: vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

—Por mí no quedará, respondió Don Quijote; ved, señora, qué es lo que tengo de hacer; que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más á menos; pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete. Es también de saber, que Malambruno me dijo que, cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en el cuello, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlín. Prestósele á Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino á quien él quería, ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro día en Potosí; y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.»

A esto dijo Sancho: «Para andar reposado y llano, mi Rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.»

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: «Y este tal caballo, si es

que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia; porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo, donde fuese con comodidad y presteza.

—Y ¿cuántos caben en ese caballo?» preguntó Sancho.

La Dolorida respondió: «Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas; y, por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

—Querría yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalbán; ni Frontino, como el de Rugero; ni Etonte ni Piroente, como dicen que se llaman los del Sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado.

—Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Alígero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en el cuello, y con la ligereza con que camina; y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna?

—Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija; que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

—Ya lo querría ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi Rucio y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie. Cada cual se rape como más le viniere á cuento; que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto más, que yo no debo de ser al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi; y tanto, que sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del Rey! dijo Sancho: ¿qué tienen que ver los escude con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de Aun si dijesen los historiadores: «el tal caballero acabó la tal y aventura, pero con ayuda de Fulano, su escudero, sin el cual fue imposible el acabarla»; pero ¡que escriban á secas: «don Paralipóm non de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos», nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, co si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi se se puede ir solo, y buen provecho le haga; que yo me quedaré aquí compañía de la Duquesa, mi señora; y podría ser que cuando volvie hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quint porque pienso, en los ratos ociosos y desocupados, darme una tan de azotes, que no me la cubra pelo.

—Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, bue Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vues tro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras; que, ciert sería mal caso.

—¡Aquí del Rey otra vez! replicó Sancho. Cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas ó por algunas niñas de la doc trina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¿que lo sufra por quitar las barbas á dueñas! ¡Mal año! Mal que las vies yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la menos melindrosa hasta la más repulgada.

—Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa; mucho os vais tras la opinión del boticario toledano. Pues á fe que no tenéis razón; que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa.

—Mas que la diga vuestra excelencia, dijo la Rodríguez; que Dios sabe la verdad de todo; y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas, que seamos las dueñas, tan bien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie.

—Ahora bien, señora Rodríguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas; que Sancho hará lo que yo le mandare. Ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno; que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparía de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.

—¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida: con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes; que ¡mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña! ¡Desdichadas de nosotras las due-

as! que aunque vengamos por línea recta de varón en varón del ıismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un *vos* nuestras ›ñoras, si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, ue aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas! envíanos a al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si ıtra más el calor, y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra entura!»

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas e los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y ropuso en su corazón de acompañar á su señor hasta las últimas artes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aqueos venerables rostros.





CAPÍTULO XLI

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvajes, vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera.

Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvajes dijo: «Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.»

Aquí dijo Sancho: «Yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.»

Y el salvaje prosiguió diciendo: «Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno; que, si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta el caballo; que el los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje.»

Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido.

La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote: «Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido

ciertas; el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas, rasas y mondas.

—Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros; que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos! Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras; que bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.»

A lo que el Duque dijo: «Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabéis, y sé yo, que no hay ningún género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es, que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pie, hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes halleréis vuestra ínsula donde la dejáis, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho; que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

—No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme á Dios, y avísenme si, cuando vamos por esas altanerías, podré encomendarme á nuestro Señor ó invocar los ángeles, que me favorezcan.»

A lo que respondió la Trifaldi: «Sancho, bien podéis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes; que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que, con licencia destos señores, os quiero hablar aparte dos palabras»; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo: «Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos; que dados te los tendrás; que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—¡Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado! Esto es como aquello que dicen: «empreñada me ves, y ¡doncelled me demandas!» Ahora, que tengo de ir sentado en una tabla rasa, ¿quiere vuesa merced que me lastime las posas! En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razón. Vamos ahora á rapar estas dueñas; que á la vuelta, yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligación, que vuesa merced se contente... y no le digo más.»

Y Don Quijote respondió: «Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás; porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra.»

Y con esto, se volvieron á subir en Clavileño, y al subir, dijo Don Quijote: «Tapaos, Sancho, y subid, Sancho; que quien de tan luñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fía; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

—Vamos, señor, dijo Sancho; que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero; que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad», replicó Don Quijote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dijo: «Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay para qué, dijo la Dolorida; que yo le fío, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y ¡á mi daño, si alguno le sucediere!»

Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía; y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada ó tejida, en algún romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que, si fuese posible, le acomodasen de algún cojín ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa ó del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño.

A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño; que lo que podía hacer era, ponerse á mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza.

Hízolo así Sancho, y diciendo *á Dios*, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados, se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen.

A lo que dijo Don Quijote: «Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias! ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias! Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mía.

—Tápenme, respondió Sancho; y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna región de diablos, que den con nosotros en Peralvillo!»

Cubriéronle, y sintiendo Don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo: «¡Dios te guíe, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta, ya comenzáis á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas; mira no cayas; que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre.»

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñéndole con los brazos, le dijo: «Señor, ¿cómo dicen éstos, que vamos tan altos, si

alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros?

—No repares en eso, Sancho; que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas; que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que, en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad, respondió Sancho; que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando. y así era ello, que con unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar Don Quijote, dijo: «Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego; y no sé yo cómo templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos.»

En esto, con unas estopas, ligeras de encenderse y apagarse, pendientes de una caña, les calentaban desde lejos los rostros.

Sancho, que sintió el calor, dijo: «Que me maten, si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos; y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón; y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos; que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla, por más que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme, que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es, respondió Sancho Panza; sólo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.»

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa los del jardín, de que recebían extraordinario contento; y queriendo ar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de lavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el ıballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ıido, y dió antes con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, ıedio chamuscados.

En este tiempo ya se había desparecido del jardín todo el barbado scuadrón de las dueñas y la Trifaldi y todo, y los del jardín quedaron omo desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se vantaron maltrechos; y mirando á todas partes, quedaron atónitos e verse en el mesmo jardín de donde habían partido, y de ver tendido or tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando



Voló por los aires con extraño ruido, y dió antes con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados.

ı un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y endiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo iguiente:

«El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la »aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña »Dolorida, y compañía, con sólo intentarla.

» Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y »las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don »Clavijo y Antonomasia en su prístino estado; y cuando se cumpliere »el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos »jirifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que »así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encan»tadores.»

Habiendo, pues, Don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas

gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gra fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas que ya no parecían, se fué adonde el Duque y la Duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo: «Ea gran señor, buen ánimo, buen ánimo; que todo es nada; la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.»

El Duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que fácilmente podían dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje.

A lo cual Sancho respondió: «Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices, aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas; porque se vea ¡cuán altos debíamos de ir entonces!»

A esto dijo la Duquesa: «Sancho amigo, mirad lo que decís; que, á lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso, la descubrí por un ladito, y la vi toda.

—Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas, replicó Sancho; sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo, descubriéndome por junto á las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar.

señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por la parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente, me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora; y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el Duque, ¿en qué se entretenía el señor Don Quijote?»

A lo que Don Quijote respondió: «Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice; de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer; pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño, respondió Sancho; si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.

—Dígalas, pues, Sancho, dijo la Duquesa.

—Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores... digo, cabras de tales colores.

—Bien claro está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.

—Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿vistes allá entre esas cabras algún cabrón?

—No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.»

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardín. En resolución, éste fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera; y llegándose Don Quijote á Sancho al oído, le dijo: «Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo más.»



CAPÍTULO XLII

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo.

Sancho se le humilló y le dijo: «Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que, á mi parecer, no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña; que á sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundosa, donde, si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

—Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula; que yo pugnaré

por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. Á buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador (que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas), que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete. Y quédese esto aquí, y advertid que mañana, en ese mesmo día, habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida.

—Vístanme, dijo Sancho, como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.

—Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa; que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido, parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aún no sé el A, B, C; pero bástame tener á *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.

—Con tan buena memoria, replicó el Duque, no podrá Sancho errar en nada.»

En esto llegó Don Quijote; y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno, con licencia del Duque, le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo: «Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que, antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recebir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que



CAPÍTULO XLIII

De los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho Panza.

Quién oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento; de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esto de los primeros y segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discreción y cordura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quijote y dijo: «En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excedente y añadidura, que se dejan de cortar, fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

»No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

»Toma con discreción el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si

sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

»No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería; anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo; que toda afectación es mala.

»Come poco, y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

»Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto ni cumple palabra.

»Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

—Eso de erutar no entiendo», dijo Sancho.

Y Don Quijote le dijo: «Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones; y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo.

—Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo Don Quijote.

—Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

—También, Sancho... no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso, Dios lo puede remediar, respondió Sancho; porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros; por eso la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo; que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! dijo Don Quijote; encaja, ensarta, enhila refranes; que nadie te va á la mano: castígame mi madre, y yo trómpogelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito; pero cargar y ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada y baja.

»Cuando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas, y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el Rucio; que el andar á caballo, á unos hace caballeros, á otros caballerías.

»Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte ¡oh Sancho! que la diligencia es madre de la buena ventura; la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

»Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria; que creo no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es, que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre sí; pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres, serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado.

»Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; gregüescos, ni por pienso; que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

»Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos... no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño; y así, será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor, para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.

—¡Ah pecador de mí! respondió Don Quijote, y ¡qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! porque has de saber ¡oh Sancho! que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo; y así, querría que aprendieses á firmar siquiera.

—Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar, aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decían mi nombre. Cuanto más, que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio, si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere. Cuanto más, que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde... llegaos, que la dejan ver. No, sino popen y calóñenme; que vendrán por lana y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere bien, la caza le sale; y

las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, y siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No sino haceos miel, y paparos han moscas. Tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.

—¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazón Don Quijote. Sesenta mil Satanases te lleven á ti y á tus refranes: una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime: ¿dónde los hallas, ignorante! ó ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

—Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda? que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes. Y ahora se me ofrecen tres, que venían aquí pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

—Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote; porque, no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso, querría saber qué tres refranes te ocurrían ahora á la memoria, que venían aquí á propósito; que yo ando recorriendo la mía (que la tengo buena), y ninguno se me ofrece.

—¿Qué mejores, dijo Sancho, que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares»; y «á idos de mi casa, y ¿qué queréis con mi mujer? no hay responder»; y «si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro», todos los cuales vienen á pelo? Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa, y ¿qué queréis con mi mujer? Pues lo de la piedra en el cántaro, un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: «espantóse la muerta de la degollada»; y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho, respondió Don Quijote; que el necio ni en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción á mí posible; con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla

que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y malicias.

—Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no so pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me susten Sancho á secas, con pan y cebolla, como, gobernador, con perdic capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los gra y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar; qu no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir San al cielo, que gobernador al infierno.

—Por Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que por solas estas últim razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de m ínsulas. Buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valg encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intenció quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acert en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el ciel los buenos deseos; y vámonos á comer; que creo que ya estos señore nos aguardan.»





CAPÍTULO XLIV

Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

DICEN que lo que en el propio original desta historia se lee, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no lo tradujo su intérprete como él lo había escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma, á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que, por huir deste inconveniente, había usado en la primera Parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo,* que están como separadas de la historia; puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la darían á las novelas, y pasarían por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y así, en esta segunda Parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos

sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos limitadamente y con solo las palabras que bastan á declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo que en acabando de comer Don Quijote, el día que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, á la otra tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento, al lugar que para él había de ser ínsula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso (que no puede haber gracia donde no hay discreción), el cual había hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi; y volviéndose á su señor, le dijo: «Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida.»

Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dijo á Sancho: «No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir); que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida; que á serlo, implicaría contradición muy grande; y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.

—No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubro otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha.

—Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.»

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas, leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la jineta; y detrás dél, por orden del Duque, iba el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando

cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, .e no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendi-ɔn de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con ıcheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen ıncho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su no aquella noche; que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás s labios con risa de jimia, porque los sucesos de Don Quijote ó se ın de celebrar con admiración ó con risa. Cuéntase, pues, que apenas



Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado...

se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera.

Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste; que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa, que le servirían muy á satisfación de su deseo.

«Verdad es, señora mía, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

—En verdad, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que no ha de

ser así; que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

—Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro: que yo pongo una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor Don Quijote, replicó la Duquesa; por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella. No soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote; que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere; que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero; y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un vivo deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.»

A lo cual dijo Don Quijote: «Vuestra altitud ha hablado como quien es; que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar; venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano; que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto, que no haya causado algún molimiento.

—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más.

—A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que había hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que más le traía desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño; que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha.»

De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la Duquesa; y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó; y al descalzarse ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.

Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata: digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo, dijo: «¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte *dádiva santa desagradecida*. Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuviésedes»; y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?» (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos). Y prosiguió: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle, después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!»

Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía, como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas... hacía calor, y no podía dormir. Levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardín. Púsose á escuchar atentamente... levantaron la voz los de abajo tanto, que pudo oir estas razones:

«No me porfíes ¡oh Emerencia! que cante; pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más, que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo. Y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto, si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida.



Altisidora dió principio á este romance:

—No des en eso, Altisidora amiga, respondieron; que sin duda la Duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma; porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mía, en tono bajo y suave, al son de tu arpa; y cuando la Duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso el punto ¡oh Emerencia! respondió la Altisidora, sino en que no querría que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada, de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana. Pero venga lo que viniere; que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón»; y en esto sintióse tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual, quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquélla, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído. Luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música; y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las

doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

¡Oh tú, que estás en tu lecho
Entre sábanas de holanda,
Durmiendo á pierna tendida
De la noche á la mañana;
Caballero el más valiente
Que ha producido la Mancha,
Más honesto y más bendito
Que el oro fino de Arabia!
Oye á una triste doncella,
Bien crecida y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
Y ajenas desdichas hallas;
Das las feridas, y niegas
El remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
Que Dios prospere tus ansias,
Si te criaste en la Libia
Ó en las montañas de Jaca;
Si sierpes te dieron leche;
Si á dicha fueron tus amas
La aspereza de las selvas
Y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y sana,
Preciarse de que ha rendido
Á una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
Desde Henares á Jarama,
Desde el Tajo á Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las más gayadas mías,
Que de oro la adornan franjas.
¡Oh quién se viera en tus brazos,
Ó si no, junto á tu cama,
Rascándote la cabeza
Y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada;
Los pies quisiera traerte;
Que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
Qué de escarpines de plata,
Qué de calzas de damasco,
Qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
Cada cual como una agalla,
Que, á no tener compañeras,
Las solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,

Ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
Mi edad de quince no pasa;
Catorce tengo y tres meses,
Te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
Ni tengo nada de manca;
Los cabellos como el oro,
Que, en pie, por el suelo arrastran;
Y aunque es mi boca aguileña
Y la nariz algo chata,
Ser mis dientes de topacios
Mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
Que á la que es más dulce iguala,
Y soy de disposición
Algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
Son despojos de tu aljaba;
Desta casa soy doncella,
Y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó á ser mayor el asombro del requerido Don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: «¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar. Para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje. Para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra»; y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.





CAPÍTULO XLV

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música; tú, que siempre sales, y aunque lo pareces, nunca te pones! A ti digo ¡oh Sol! con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; á ti digo que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza; que sin ti, yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Diéronle á entender que se llamaba la *Insula Barataria,* ó ya porque el lugar se llamaba *Baratario,* ó ya por el *barato* con que se le había dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios; y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenían admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun á todos los que lo sabían, que eran muchos.

Finalmente, en sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla d
juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le di
«Es costumbre antigua, señor Gobernador, que el que viene á tom
posesión desta famosa ínsula está obligado á responder á una p
gunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cu
respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nue
gobernador; y así, ó se alegra ó se entristece con su venida.»

En tanto que el mayordomo decía esto á Sancho, estaba él miran
unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su si
estaban escritas; y como él no sabía leer, preguntó que qué er
aquellas pinturas que en aquella pared estaban.

Fuéle respondido: «Señor, allí está escrito y notado el día en qu
vuestra señoría tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafio: «Ho
»día tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula e
»señor don Sancho Panza, que muchos años la goce.»

—Y ¿á quién llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho.

—A vuestra señoría, respondió el mayordomo; que en esta ínsu
no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don.
en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas.
Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas
sin añadidura de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsul
debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende
y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días, yo escarde est
dones, que por la muchedumbre deben de enfadar, como los mosqui-
tos. Pase adelante con su pleito el señor mayodormo; que yo senten-
ciaré lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristez
el pueblo.

Á este instante entraron en el juzgado dos hombres ancianos: e
uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo: «Señor,
este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro, p
hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuan
se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle
en mayor necesidad de volvérmelos, que la que él tenía cuando yo
los presté; pero, por parecerme que se descuidaba en la paga, se l
he pedido una y muchas veces; y no solamente no me los vuelve, per
me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que
se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni de
prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que
vuesa merced le tomase juramento; y si jurare que me los ha vuelto,
yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos á esto, buen viejo del báculo?» dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo: «Yo, señor, confieso que me los pres
(y baje vuesa merced esa vara), y pues él lo deja en mi juramento,
yo juraré cómo se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.»

Bajó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el
báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como s

le embarazara mucho; y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano á la suya, y que, por no caer en ello, se los volvía á pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran Gobernador, preguntó al acreedor qué respondía á lo que decía su contrario; y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada.

Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo: «Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana, respondió el viejo. Hele aquí, señor»; y púsosele en la mano.

Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: «Andad con Dios; que ya vais pagado.

—¿Yo, señor! respondió el viejo: pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí, dijo el Gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino»; y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro.

Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomón.

Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió que, de haberle visto dar, al viejo que juraba, á su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que el otro pedía; de donde se podía colegir que á los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más, que él había oído contar otro caso como aquel al Cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto ó por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la cual venía

dando grandes voces, diciendo: «¡Justicia, señor Gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado. ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros; y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme.

—Aún eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galán», dijo Sancho; y volviéndose al hombre, le dijo ¿qué decía y respondía á la querella de aquella mujer?

El cual, todo turbado, respondió: «Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía deste lugar, de vender (con perdón sea dicho) cuatro puercos... que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían. Volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña; y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguéle lo soficiente, y ella, mal contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto. Dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago ó pienso hacer; y ésta es toda la verdad, sin faltar meaja.»

Entonces el Gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase, así como estaba, á la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor Gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, contenta se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos... aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero (que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa): «Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella»; y no lo dijo ni á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba.

Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito; y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera: ella, la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces, diciendo: «¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuesa merced, señor Gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

—Y ¿háosla quitado? preguntó el Gobernador.

—¿Cómo quitar! respondió la mujer; antes me dejara yo quitar la

vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña! Otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso. Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones; antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes.

—Ella tiene razón, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela»; y dejóla.

Entonces el Gobernador dijo á la mujer: «Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.» Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: «Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades (y aun la mitad menos) para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes; andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora.»

Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta; y el Gobernador dijo al hombre: «Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero; y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.» El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano; y el sastre dijo: «Señor Gobernador, yo y este honrado labrador venimos ante vuesa merced, en razón que este buen hombre llegó á mi tienda ayer (que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito), y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza?» Yo, tanteando el paño, le respondí que sí. El debióse de imaginar, á lo que yo imaginé, é imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intención, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas. Yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; antes me pide que le pague, ó vuelva su paño.

«¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho.

—Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana», respondió el sastre; y sacando encontinente la mano de bajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperucicas, puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: «He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide; y en Dios y en mi

conciencia, que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio.»

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito.

Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: «Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varón; y así, yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya más.»

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió á admiración á los circunstantes, ésta les provocó á risa; pero, en fin, se hizo lo que mandó el Gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando. Y quédese aquí el buen Sancho; que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.





CAPÍTULO XLVI

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejamos al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le había causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que se le soltaron de sus medias; pero, como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana; lo cual, visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso, se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo contino traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería, estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella, su amiga; y así como Altisidora vió á Don Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho.

Don Quijote, que lo vió, llegándose á ellas, dijo: «Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué, respondió la amiga; porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay

en cuanto ha que la conozco: ¡que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos! Váyase vuesa merced, señor Don Quijote; que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.»

A lo que respondió Don Quijote: «Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella; que en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados»; y con esto, se fué, porque no fuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: «Menester será que se le ponga el laúd; que sin duda Don Quijote quiere darnos música; y no será mala, siendo suya.»

Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba, y del laúd que pedía Don Quijote; y ella, alegre sobre modo, concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa; y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote. Llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento; templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
Que aspiran á ser casadas...
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
Y los que en la Corte andan,
Requiébranse con las libres,
Con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.
El amor recién venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágines no deja
Bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
Ni se muestra ni señala,
Y do hay primera belleza,

La segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
Es la parte más preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y hasta el cielo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de Don Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel, donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores, atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó; y temeroso Don Quijote, quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecía que una legión de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardían, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: «¡Afuera, malignos encantadores! ¡afuera, canalla hechiceresca; que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!»; y volviéndose á los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, entraron con luces y vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Viendo la desigual pelea, acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces: «No me le quite nadie; déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador; que yo le daré á entender, de mí á él, quién es Don Quijote de la Mancha.» Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas, en fin, el Duque se le desarraigó, y le echó por la reja: quedó Don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador.

Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora, con sus

blanquísimas manos, le puso unas vendas por todo lo herido; y al ponérselas, con voz baja le dijo: «Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y ¡plega á Dios que se le olvide á Sancho, tu escudero, el azotarse, porque nunca salga de su encanto esa tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro!»

A todo esto no respondió Don Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar y se fueron, pesarosos del mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó ocho días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura, más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.





CAPÍTULO XLVII

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado lleváron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecía estudiante, echó la bendición, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacía el oficio de maestresala, llegó un plato de fruta adelante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral.

A lo cual respondió el de la vara: «No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho

más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices, que están allí asadas, y á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algún daño.»

Á lo que el médico respondió: «Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué?» dijo Sancho.

Y el médico respondió: «Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima.* Quiere decir: «toda hartaza es mala; pero la de las perdices, malísima.»

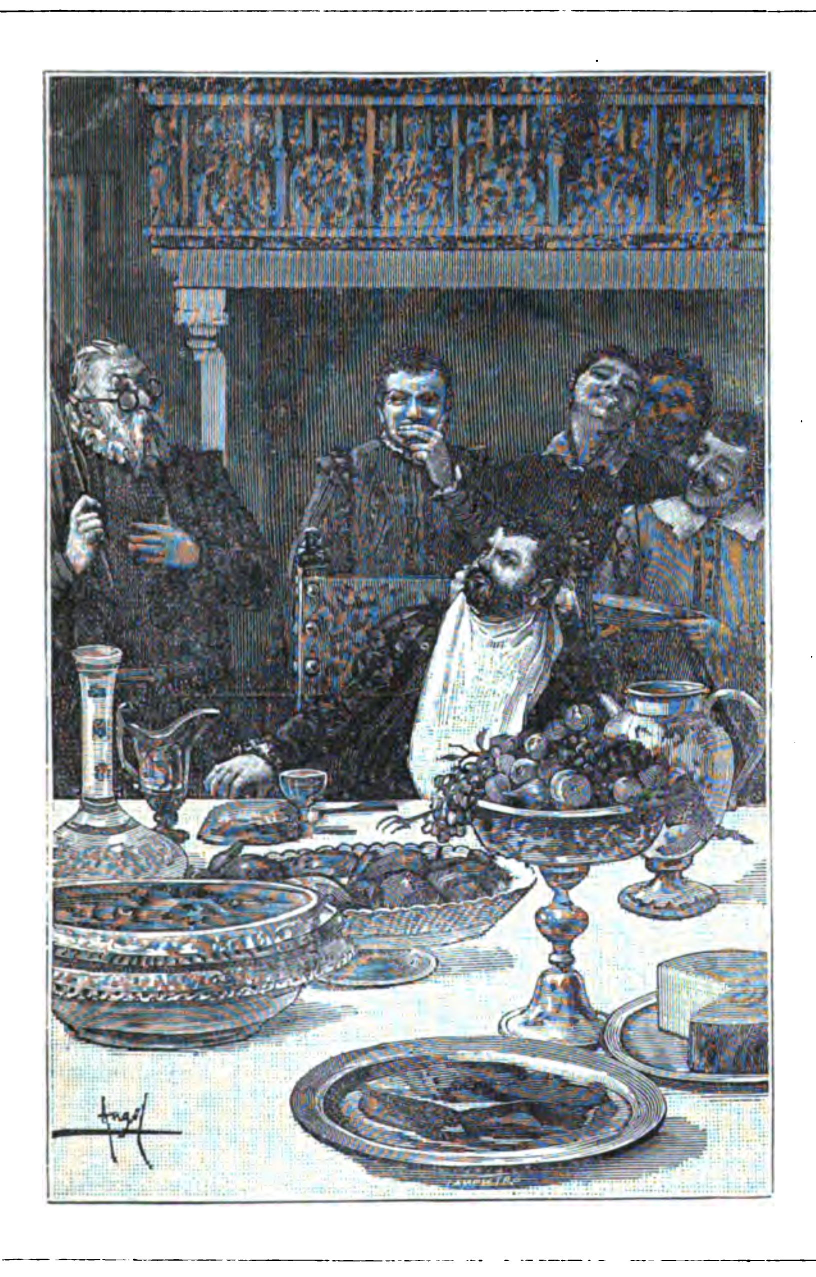
—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho, y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque, por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor Gobernador, respondió el médico; y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar; pero no hay para qué.»

Y Sancho dijo: «Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es olla podrida; y por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*, dijo el médico; vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas, para los canónigos ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas; y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestión.»

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró



Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico...

de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado.

A lo que él respondió: «Yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.»

A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: «Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no ¡voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula! á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. Y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia; que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y denme de comer, ó si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.»

Alborotóse el doctor, viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle; y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: «Correo viene del Duque, mi señor; algún despacho debe de traer de importancia.»

Entró el correo, sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así: *A don Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho, dijo: «¿Quién es aquí mi secretario?»

Y uno de los que presentes estaban respondió: «Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno.

—Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice.»

Hízolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala; y los demás y el médico se fueron, y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

«A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos ene»migos míos y desa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé »qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen des»apercibido. Sé también, por espías verdaderas, que han entrado en »ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se »temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién llega á habla»ros, y no comáis de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de

»socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera »de vuestro entendimiento. Deste lugar, á veinte y seis de Julio, á las »cuatro de la mañana.

»Vuestro amigo,

»*El Duque.*»

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo: «Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio; porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre.

—También, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas; y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.

—No lo niego, respondió Sancho; y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas; que en ellas no podrá venir veneno, porque, en efecto, no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas. Y vos, secretario, responded al Duque, mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío á mi mujer Teresa Panza; que en ello recibiré mucha merced; y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á cuento; y denme á mí de comer; y álcense estos manteles, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.»

En esto entró un paje y dijo: «Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, según él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es éste, dijo Sancho, destos negociantes: ¿es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como éstas no son en las que han de venir á negociar? Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, ¿no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará, según se me trasluce), que yo ponga en pretina á más de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mío.

—No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer, dijo el mayordomo; que aquí estamos todos.

—¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora, que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuesa señoría satisfecho y pagado, dijo el maestresala.

—Dios lo haga», respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma.

Lo primero que dijo fué: «¿Quién es aquí el señor Gobernador?

—¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome, pues, á su presencia», dijo el labrador; y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela.

Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo: «Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.

—¿Otro Tirteafuera tenemos! dijo Sancho; decid, hermano; que lo que yo os sé decir es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado, en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.

—De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto, ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo.

—No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador.

—¡Medrados estamos! replicó Sancho. Adelante, hermano; que es hora de dormir, más que de negociar.

—Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo... y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre, los llaman Perlerines; aunque, si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto, parece bien por extremo, porque tiene la boca grande; y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar

raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero, como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado... y perdóneme el señor Gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que, al fin, al fin, ha de ser mi hija; que la quiero bien, no me parece mal.

—Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho; que yo me voy recreando en la pintura; y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

—Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca; y con todo eso, se echa bien de ver que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

—Está bien, dijo Sancho; y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies á la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querría, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza; porque, para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay día que, tres ó cuatro veces, no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caído una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito.

—¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.

—Otra cosa querría, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo. Pero vaya; que en fin, no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller... digo, para ayuda de poner su casa (porque en fin han de vivir por sí), sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.

—Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.

—No por cierto», respondió el labrador; y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: «¡Voto á tal, don patán, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Hideputa bellaco, pintor del mesmo

demonio! y ¡á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? Y ¿dónde los tengo yo, hediondo? Y ¿por qué te los había de dar, aunque los tuviera, socarrón y mentecato? Y ¿qué se me da á mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo; si no, por vida del Duque, mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado: aún no ha medio día que tengo el gobierno, y ¡ya quieres que tenga seiscientos ducados!

Hizo de señas el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y, al parecer, temeroso de que el Gobernador no ejecutase su cólera; que el bellacón supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote; que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho días; en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.





CAPÍTULO XLVIII

De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Además estaba mohino y melancólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato, desdichas anejas á la andante caballería. Ocho días estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento; y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condición de faltar á la fe que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso.

«No (dijo, creyendo á su imaginación, y esto con voz que pudiera ser oída); no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mía, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas, de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlín ó Montesinos donde ellos quisieren; que adonde quiera eres mía, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.»

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados: el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen; en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que

se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas, repulgadas y luengas, tanto, que la cubrían y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra, porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrían unos muy grandes antojos: venía pisando quedito, y movía los pies blandamente.



Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño...

Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venía en aquel traje á hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la visión; y cuando llegó á la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote: y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque así como le vió, tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas, que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: «¡Jesús! ¿qué es lo que veo!» y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo, tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída.

Don Quijote, temeroso, comenzó á decir: «Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo; que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo; que para esto tomé la Orden de la caballería andante, que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende.»

La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: «Señor Don Quijote (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote), yo no soy fantasma ni visión ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de

mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

—Dígame, señora doña Rodríguez, dijo Don Quijote; por ventura ¿viene vuesa merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodríguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva, y departiremos de todo lo que me mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo mensaje.

—¡Yo recado de nadie, señor mío! respondió la dueña; mal me conoce vuesa merced. Sí, que aún no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñerías. Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco; saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como á remediador de todas las del mundo»; y sin esperar respuesta, se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo, esperándola. Pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecióle ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: «¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oído decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguileña; y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertarán mis deseos, que duermen, y harán que, al cabo de mis años, venga á caer donde nunca he tropezado? Y, en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso; que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna, pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. Por ventura ¿hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? Por ventura ¿hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo. ¡Oh cuán bien hacía aquella señora, de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto, con sus antojos y almohadillas, al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas!»

Y diciendo esto, se arrojó del lecho, con intención de cerrar la puerta, y no dejar entrar á la señora Rodríguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca; y cuando ella vió á Don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquín, temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos, dijo: «¿Estamos seguras, señor caba-

llero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

—Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote; y así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

—¿De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña.

—A vos y de vos la pido, replicó Don Quijote; porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano; que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas»; y diciendo esto, besó su derecha mano y la asió de la suya, que ella le dió con la mesma ceremonia. (Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que, por Mahoma, que diera, por ver ir á los dos así, asidos y trabados, desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenía.) Entróse, en fin, Don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodríguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni soltando la vela.

Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué Don Quijote, diciendo: «Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodríguez, descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas; que será de mí escuchada con castos oídos y socorrida con piadosas obras.

—Así lo creo yo, respondió la dueña; que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podía esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón, y en hábito de dueña, aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la corte de Madrid, donde, por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos.

»Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suelen dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya entrado en días, barbudo y apersonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era montañés. No tratamos tan

secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la cual, por excusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenía; no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto encuentro que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara»; y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: «Perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote; que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas.

»¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos. Esto, á lo menos, no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago, en Madrid, que es algo estrecha, venía á salir por ella un alcalde de Corte, con dos alguaciles delante; y así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decía: «¿Qué hacéis, desventurado! ¿no veis que voy aquí!» El Alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y díjole: «Seguid, señor, vuestro camino; que yo soy el que debo acompañar á mi señora doña Casilda», que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al Alcalde; viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzón, del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara... digo, la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrían por las calles; y por esto, y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora le despidió; de cuyo pesar, sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte.

»Quedé yo viuda y desamparada, y con mi hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recién casada con el Duque, mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragón, y á mi hija ni más ni menos, adonde, yendo días y viniendo días, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo. Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento; de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo,

diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más á menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque, mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque, mi señor, lo sabe (porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija), hace orejas de mercader y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo.

»Querría, pues, señor mío, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues, según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables. Y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene; que, en Dios y en mi conciencia, que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mío, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida; además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa... Quiero callar; que se suele decir que las paredes tienen oídos.

—¿Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mía, señora doña Rodríguez? preguntó Don Quijote.

—Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta, con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa? ¿aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer, primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena.

—¡Santa María! dijo Don Quijote; y ¿es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos! No lo creyera, si me lo dijeran frailes descalzos; pero, pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.

Apenas acabó Don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento; y, del sobresalto del golpe,

e le cayó á doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia omo boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña ue la asían de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la ejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar alabra, le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela, le comenzó dar tantos azotes, que era una compasión; y aunque Don Quijote se a tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y stábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á a dueña, la cual no osaba quejarse, los callados verdugos acudieron Don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le ellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de lefenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la atalla casi media hora; saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, in decir palabra á Don Quijote; el cual, doloroso y pellizcado, confuso pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos, deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto; pero llo se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.





CAPÍTULO XLIX

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.

Dejámos al gran Gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarrón, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rústico; y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio (que como se acabó el secreto de la carta del Duque, había vuelto á entrar en la sala): «Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures; espera sazón y coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir; que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida; que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea... digo á la de los malos médicos; que los buenos palmas y lauros merecen.»

Todos los que conocían á Sancho Panza se admiraban oyéndole ablar tan elegantemente, y no sabían á qué atribuirlo, sino á que los ficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. 'inalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió e darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los forismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y speraba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque l tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, odavía le llegó el por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un alpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera, algo ntrada en días.

Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines e Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón gansos de Lavajos; y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme á comer osas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios; el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de alacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco. Lo que el naestresala puede hacer es, traerme estas que llaman ollas podridas que mientras más podridas son, mejor huelen), y en ellas puede mbaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer; que o se lo agradeceré, y se lo pagaré algún día; y no se burle nadie onmigo, porque, ó somos ó no somos. Vivamos todos y comamos en uena paz y compaña, pues cuando Dios amanece, para todos amanece: yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire por el virote; porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasión, han de ver maravillas. No, sino haceos miel, y comeros han noscas.

—Por cierto, señor Gobernador, dijo el maestresala, que vuesa nerced tiene mucha razón en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los insulanos desta ínsula, que han de servir á vuesa nerced con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave nodo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha usado, no es da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde.

—Yo lo creo, respondió Sancho; y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi Rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora, vamos á rondar; que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener

respeto á la religión y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza?

—Dice tanto vuesa merced, señor Gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced (que, á lo que creo, no tiene ninguna) diga tales y tantas cosas, llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados.»

Aquella noche, ya cenado el Gobernador con licencia del señor doctor Recio, aderezáronse de ronda, y salió Sancho con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que podían formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver; y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas. Acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñían, los cuales, viendo venir á la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: «¡Aquí de Dios y del Rey! ¡Cómo! y ¿que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan á saltear en él en la mitad de las calles!

—Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia; que yo soy el gobernador.»

El otro contrario dijo: «Señor Gobernador, yo la diré con toda brevedad. Vuesa merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontero, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente, juzgué más de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia. Alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me había de dar algún escudo, por lo menos, de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarrón, que es más ladrón que Caco y más fullero que Andradilla, no quería darme más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor Gobernador, ¡qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero á fe, que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que había de saber con cuántas entraba la romana.

—¿Qué decís vos á esto? preguntó Sancho.»

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía; y no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no

ladrón, como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

«Así es, dijo el mayordomo: vea vuesa merced, señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres.

—Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho. Vos, ganancioso, bueno ó malo ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, los cumpláis en la otra vida, colgándoos yo de una picota, ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique; que le asentaré la mano.»

Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula, y aquél se fué á su casa, y el Gobernador quedó diciendo: «Ahora, yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego; que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

—Esta, á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es, sin comparación, lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren; que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algún oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo.

—Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso.»

Y en esto llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: «Señor Gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.

—¿Por qué huías, hombre?» preguntó Sancho.

A lo que el mozo respondió: «Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—Y ¿qué tejes?

—Hierros de lanzas, con licencia buena de vuesa merced.

—¿Graciosico me sois! ¿De chocarrero os picáis? Está bien. Y ¿adónde íbades ahora?

—Señor, á tomar el aire.

—Y ¿adónde se toma el aire en esta ínsula?

—Adonde sopla.

—¡Bueno! respondéis muy á propósito. Discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevadle; que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.

—Par Dios, dijo el mozo, así me hará vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey.

—Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?

—Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

—¿Cómo que no! replicó Sancho. Llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad; que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.

—Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

—Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar?

—Ahora, señor Gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante, con todo su poder, para hacerme dormir, si yo no quiero?

—No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención.

—¿De modo, dijo Sancho, que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía?

—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.

—Pues andad con Dios, dijo Sancho; idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño; que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.»

Fuése el mozo, y el Gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traían á un hombre asido, y dijeron: «Señor Gobernador, éste que parece hombre, no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre.»

Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abajo, y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual

traía un jubón de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza pareció bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron; y los naturales del lugar dijeron que no podían pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habían de hacer á Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos; y así, estaban dudosos, esperando en qué pararía el caso.

Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba y qué ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito.

Ella, puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: «No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladrón ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe.»

Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho: «Haga, señor Gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere.»

Mandólo así el Gobernador; apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, el maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo: «Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre...

—Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora; porque yo conozco muy bien á Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra; y más, que decís que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre.

—Ya yo había dado en ello, dijo Sancho.

—Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer.

—Ya eso lleva camino, respondió el mayordomo; que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó, no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija; que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea; y con todo esto, la fama dice que es en extremo hermosa.

—Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo. Si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto»; y en esto comenzó á llorar tiernamente.

Viendo lo cual el secretario, se llegó al oído del maestresala y le dijo muy paso: «Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

—No hay dudar en eso, respondió el maestresala; y más, que es sospecha la confirman sus lágrimas.»

Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pid que sin temor alguno les dijese lo que le había sucedido; que tod procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vías posibl

«Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido ence rrada diez años, que son los mismos que á mi madre come la tier En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo he visto más que el sol del cielo de día, y la luna y las estrellas noche; ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fu de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez, el arrendad que, por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que e mi padre, por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarm el salir de casa siquiera á la iglesia, ha muchos días y meses que trae muy desconsolada. Quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos e pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el bue decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mesmas. Cuan oía decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban come dias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que m dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: é me lo declaraba por los mejores modos que sabía; pero todo era encen derme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento d mi perdición, digo que yo rogué y pedí á mi hermano... que ¡nun tal pidiera ni tal rogara!...»; y tornó á renovar el llanto.

El mayordomo le dijo: «Prosiga vuesa merced, señora, y acabe d decirnos lo que le ha sucedido; que nos tienen á todos suspensos su palabras y sus lágrimas.

—Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque mucha lágrimas sí que llorar; porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.»

Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncell y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que n eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y a las subía de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba desean que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indi de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el Gobernador de la tardanza que tenía la moza en relatar su historia, y díjole que acabas de tenerlos más suspensos; que era tarde, y faltaba mucho que anda del pueblo.

Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dijo: «No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á m hermano que me vistiese en hábito de hombre con uno de sus vestidos y que me sacase una noche á ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condescendió con mi deseo y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mío, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más

ó menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y cuando queríamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: «Hermana, ésta debe de ser la ronda; aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan; que nos será mal contado»; y diciendo esto, volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar. Yo, á menos de seis pasos, caí, con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia que me trujo ante vuesas mercedes, adonde, por mala y antojadiza, me veo avergonzada ante tanta gente.

—En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa?

—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de vèr mundo; que no se extendía á más que á ver las calles de este lugar»; y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decía, llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hérmana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, según eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el Gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron cómo venía en aquel traje; y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana había contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el Gobernador les dijo: «Por cierto, señores, que ésta ha sido una gran rapacería; y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir: somos Fulano y Fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento; y no gemidicos y lloramicos, y darle.

—Así es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debía.

—No se ha perdido nada, respondió Sancho. Vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no los habrá echado menos. Y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo; que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más.»

El mancebo agradeció al Gobernador la merced que quería hacerles de volverlos á su casa; y así, se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues; y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados, así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad.

Quedó el maestresala, traspasado su corazón, y propuso de, luego otro día, pedírsela por mujer á su padre, teniendo por cierto que n se la negaría, por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le viniero deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á unos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.





CAPÍTULO L

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la Dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormía la sintió; y que, como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento le fué á poner en pico á su señora la Duquesa de cómo doña Rodríguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con Don Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora; y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira,

y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que había pasado, de lo que se holgó mucho; y la Duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo, aquel día, real y verdaderamente, despachó á un paje suyo, que había hecho en la selva la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenía bien olvidado Sancho Panza, con la ocupación de su gobierno), á Teresa Panza, su mujer, con la carta y con el lío de ropa de su marido, y con otra suya y con una gran sarta de corales ricos, presentados.

Dice, pues, la historia que el paje era muy discreto y agudo; y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en él, vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrían decir si en aquel lugar vivía una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha. A cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dijo: «Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

—Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre; porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío», respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más á menos; y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse (que estaba en piernas y desgreñada), saltó delante de la cabalgadura del paje y dijo: «Venga vuesa merced; que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre.

—Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas.»

Finalmente, saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dijo á voces desde la puerta: «Salga, madre Teresa, salga, salga; que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre.»

A cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda (que parecía, según era de corta, que se la habían cortado por vergonzoso lugar), con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada; la cual, viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: «¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es éste?

—Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza», respondió el paje; y diciendo y haciendo, se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: «Déme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay señor mío! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa; que

yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno.

—Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo; y para prueba desta verdad, reciba vuesa merced esta carta y este presente»; y sacó al instante de la faldriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: «Esta carta es del señor Gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envía.»

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo: «Que me maten, si no anda por aquí nuestro señor amo,



Y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa...

Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le había prometido.

—Así es la verdad, respondió el paje; que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho Gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa merced, señor gentil hombre, dijo Teresa; porque, aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí; que yo iré á llamar quién la lea, ora sea el Cura mesmo, ó el Bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame á nadie; que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré»; y así, se la leyó toda, que, por quedar ya referida, no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decía desta manera:

«Amiga Teresa: Las buenas partes de la bondad y del ingenio de »vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido

»el Duque le diese un gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. »Tengo noticia que gobierna como un jirifalte, de lo que yo estoy »muy contenta, y el Duque, mi señor, por el consiguiente; por lo »que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle »escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora »Teresa que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, »y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envío, que»rida mía, una sarta de corales con extremos de oro: yo me holgara »que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querría »ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuni»quemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica, su hija, »y dígale de mi parte que se apareje; que la tengo de casar altamente, »cuando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas »gordas: envíeme hasta dos docenas; que las estimaré en mucho, por »ser de su mano; y escríbame largo, avisándome de su salud y de su »bienestar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer »más que boquear; que su boca será medida; y Dios me la guarde. »Deste lugar:

»Su amiga, que bien la quiere,

» *La Duquesa.* »

«¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y ¡qué buena y qué llana y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mesmas reinas; que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual; que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mío, yo le enviaré á su señoría un celemín, que por gordas las puedan venir á ver á la mira y á la maravilla. Y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor: pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe; que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene, lo merecen todo; y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre Cura y á Maese Nicolás, el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

—Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta; que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa, que se la había de enviar á ella toda.

—Toda es para ti, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos días al cuello; que verdaderamente parece que me alegra el corazón.

—También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lío que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el

Gobernador sólo un día llevó á caza; el cual todo le envía para la señora Sanchica.

—Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuera necesidad.»

Salióse en esto Teresa fuera de casa, con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el Cura y Sansón Carrasco, comenzó á bailar y á decir: «A fe, que agora que no hay pariente pobre. Gobiernito tenemos. No sino tómese conmigo la más pintada hidalga; que yo la pondré como nueva.

—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son éstas y qué papeles son esos?

—No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos las avemarías, y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.

—De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís.

—Ahí lo podrán ver ellos», respondió Teresa, y dióles las cartas.

Leyólas el Cura de modo que las oyó Sansón Carrasco, y Sansón y el Cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído, y preguntó el Bachiller quién había traído aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verían al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente, que valía más de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: «Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas.

—Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco. Agora bien, vamos á ver el portador deste pliego; que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen.»

Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y después de haberle saludado cortésmente, y él á ellos, le pidió Sansón les dijese nuevas, así de Don Quijote como de Sancho Panza; que puesto que habían leído las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas, ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su Majestad.

A lo que el paje respondió: «De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos. Y en cuanto á lo de las bellotas, digo, que mi

señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no digo yo el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontece enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes.»

Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con un halda de huevos, y preguntó al paje: «Dígame, señor: mi señor padre ¿trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador?

—No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer.

—¡Ay Dios mío! replicó Sanchica, y ¡qué será de ver á mi padre con pedorreras! ¿No es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas!

—Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el gobierno.»

Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido); y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y más, cuando Teresa dijo: «Señor Cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere: que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere; y aun, que si me enojo, me tengo de ir á esa Corte, y echar un coche como todas; que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

—Y ¡cómo, madre! dijo Sanchica; ¡pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana! aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: «Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y ¡cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa!» Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo. ¡Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo! y ándeme yo caliente, y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mía!

—Y ¡cómo que dices bien, hija! respondió Teresa; y todas estas aventuras, y aun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho: y verás tú, hija, cómo no para hasta hacerme condesa; que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo, lo es de los refranes): «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale, y cuando te hicieren tus tus, con alguna buena dádiva, envásala. No sino dormíos, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.

—Y ¿qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere,

cuando me vea entonada y fantasiosa: «vióse el perro en bragas de cerro», y lo demás?»

Oyendo lo cual el Cura, dijo: «Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho.

—¿Que todavía afirma vuesa merced, señor mío, dijo el Bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba! Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que ésta es una de las cosas de Don Quijote, nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así, estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced, por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos; que yo no sé otra cosa, para el juramento que hago, que es por vida de mis padres; que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así, replicó el Bachiller; pero *dubitat Augustinus.*

—Dude quien dudare, respondió el paje; la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis.* Véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verá con los ojos lo que no cree por los oídos.

—Esa ida á mí toca, dijo Sanchica. Lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocín; que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.

—Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes.

—Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche: ¡hallado la habéis la melindrosa!

—Calla, mochacha, dijo Teresa; que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto; que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha; y cuando gobernador, señora; y no sé si digo algo.

—Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje; y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde.»

A lo que dijo el Cura: «Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia

conmigo; que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas pa
servir á tan buen huésped.»

Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por s
mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar d
preguntarle de espacio por Don Quijote y sus hazañas. El Bachille
se ofreció de escribir á Teresa las cartas de la respuesta; pero ella n
quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas; que le tenía por alg
burlón; y así, dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sab
escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra par
la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores qu
en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.





CAPÍTULO LI

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

AMANECIÓ el día que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella, y el coronista ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse, en fin, el señor Gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio, le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago; haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía á las personas constituídas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno, y aun á quien se le había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel día y otros, y uno dellos lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué: «Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío... Y esté vuesa merced atento, porque el caso es de impor-

tancia y algo dificultoso. Digo, pues, que sobre este río estaba un puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban por la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: «Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello, ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna.» Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, que luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo, que para el juramento que hacía, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: «Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre.» Pídese á vuesa merced, señor Gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre? que aun hasta agora están dudosos y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.»

A lo que respondió Sancho: «Por cierto que esos señores jueces, que á mí os envían, lo pudieran haber excusado; porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda; quizá podría ser que diese en el hito.» Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo: «A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, si es así: el tal hombre jura que va á morir en la horca; y si muere en ella, juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen.

—Así es como el señor Gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora, replicó Sancho, que deste hombre, aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor Gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir; y así, no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho: este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de

parecer que digáis á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera mejor firmar; y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo Don Quijote, antes que viniese á ser gobernador desta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

—Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden cómo el señor Gobernador coma muy á su gusto.

—Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí; que yo las despabilaré en el aire.»

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y más, que pensaba concluir con él una de aquellas noches, haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el Gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta.

Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: «Bien se puede leer en voz alta; que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA,

GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA

«Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, »Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí, pasmado, gracias »particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, »y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses »hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humil»dad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas »veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra »la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que »está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, »y no á la medida de á lo que su humilde condición le inclina. Vístete »bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas

»dijes ni galas, ni que, siendo juez, te vistas como soldado, sino que »te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio »y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, »entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos »(aunque esto ya otra vez te lo he dicho), y la otra, procurar la abun»dancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el »corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

»No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean »buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmá»ticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan »á entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para »hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que »atemorizan y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las »ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menosprecia»ron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes y padrastro de »los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre blando, y escoge el »medio entre estos dos extremos; que en esto está el punto de la »discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la pre»sencia del Gobernador en lugares tales es de mucha importancia: »consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, sé »coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y sé espan»tajo á las placeras por la misma razón. No te muestres (aunque por »ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mujeriego ni glotón: »porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación »determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el pro»fundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y »documentos que te dí por escrito antes que de aquí partieses á tu »gobierno, y verás cómo hallas en ellos, si los guardas, una ayuda »de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso »á los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores y muéstra»teles agradecido; que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de »los mayores pecados que se saben; y la persona que es agradecida »á los que bien le han hecho, da indicio que también lo será á Dios, »que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

»La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro pre»sente á tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta. »Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que »me sucedió, no muy á cuento de mis narices; pero no fué nada: »que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me »defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver »en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que »te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto »más, que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues »no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha »de poner en desgracia destos señores; pero, aunque se me da mucho, »no se me da nada; pues, en fin, en fin, tengo de cumplir antes con »mi profesión que con su gusto, conforme á lo que suele decirse:

»*amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígote este latín, porque me »doy á entender que después que eres gobernador, lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.

»Tu amigo,

»*Don Quijote de la Mancha*.»

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego á su señor Don Quijote; y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

«La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar »para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas; y así, las »traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi »alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado »aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo más »hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los des»poblados.

»Escribióme el Duque, mi señor, el otro día, dándome aviso que »habían entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme; y hasta »agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor, que está en »este lugar, asalariado para matar á cuantos gobernadores aquí vinie»ren; llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera; por»que vea vuesa merced ¡qué nombre, para no temer que he de morir »á sus manos! Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no »cura las enfermedades, cuando las hay, sino que las previene para »que no vengan; y las medecinas que usa son dieta y más dieta, hasta »poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal »la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de »hambre, y yo me voy muriendo de despecho; pues cuando pensé venir »á este gobierno á comer caliente y á beber frío, y á recrear el cuerpo »entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido á »hacer penitencia como si fuera ermitaño; y como no la hago de mi »voluntad, pienso que, al cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

»Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo »pensar en qué va esto; porque aquí me han dicho que los goberna»dores que á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han »dado, ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es »ordinaria usanza en los demás que van á gobiernos, no solamente »en éste.

»La primera noche que anduve de ronda, topé una muy hermosa »doncella en traje de varón, y un hermano suyo en hábito de mujer: »de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación »para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno: »hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre »de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano »viejo cuanto se quiere.

»Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer »hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüele que »había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, »vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que »las sabrán bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no »entrase en la plaza: hanme dicho que lo hice valerosamente. Lo que »sé decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay »gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, »desalmadas y atrevidas; y yo así lo creo, por las que he visto en otros »pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mujer Teresa »Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy »satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo; bésele »vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo »ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querría que »vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores; »porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de »redundar en mi daño; y no será bien que pues se me da á mí por »consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien »tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo le trata en su »castillo.

»Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser »alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los »malos encantadores: yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle »á vuesa merced alguna cosa; pero no sé qué envíe, si no es algunos »cañutos de jeringas, que para con vejigas los hacen en esta ínsula »muy curiosos; aunque, si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de »haldas ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague »vuesa merced el porte, y envíeme la carta; que tengo grandísimo »deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y »con esto, Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encanta»dores, y á mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo »dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor »Pedro Recio.

»Criado de vuesa merced,

»*Sancho Panza, el gobernador.*»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas orde-

nanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la venta por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interés; puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*





CAPÍTULO LII

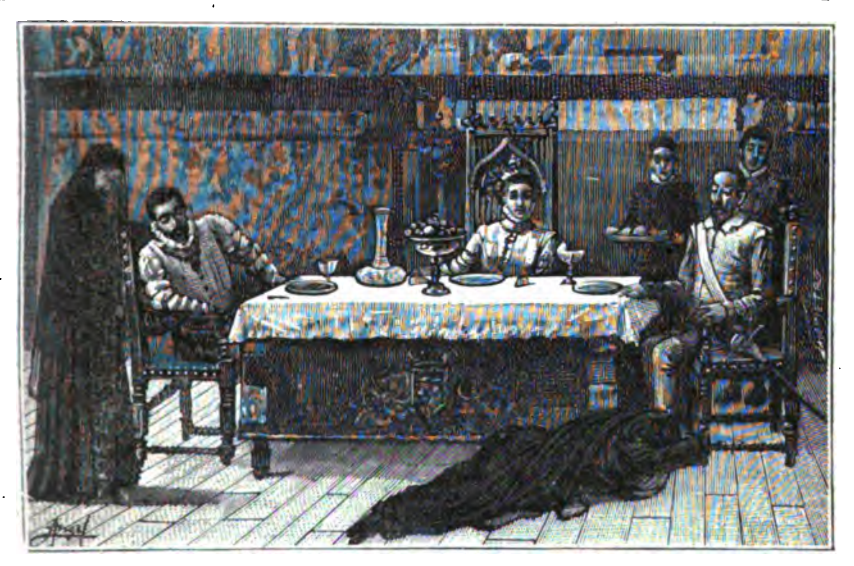
Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez.

Cuenta Cide Hamete que estando ya Don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la Orden de caballería que profesaba; y así, determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista. Y estando un día á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza; y la una dellas, llegándose á Don Quijote, se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de Don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión á todos los que la oían y miraban; y aunque los Duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querían hacer á Don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que Don Quijote, compasivo, la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodríguez, la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocían, y más los Duques que ninguno; que puesto que la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto, que viniese á hacer locuras.

Finalmente, doña Rodríguez, volviéndose á los señores, les dijo: «Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano.»

El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor Don Quijote cuanto le viniese en deseo.

Ella, enderezando la voz y el rostro á Don Quijote, dijo: «Días ha, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que



Todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos...

es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho; y agora ha llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas aventuras que Dios os depare; y así, querría que antes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo, antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque, mi señor, me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasión que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto, nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare.»

A cuyas razones respondió Don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: «Buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros; que yo tomo á mi

cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte, son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del Duque, mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra; que el principal asunto de mi profesión es perdonar á los humildes y castigar á los soberbios; quiero decir, acorrer á los miserables y destruir á los rigurosos.

—No es menester, respondió el Duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarle; que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos.

—Pues con ese seguro y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó Don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto, en razón de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es; y que le ha de cumplir la palabra que le dió, de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda.»

Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo que, como ya había dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis días, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo y arnés tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, supercherĺa ó superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo. «Pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quijote; que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecución el tal desafío.

—Yo sí pongo, respondió la dueña.

—Y yo también», añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la Duquesa que de allí adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venían á pedir justicia á su casa; y así, les dieron cuarto aparte y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabían en qué había de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodríguez y de su malandante hija.

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aquí dónde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza; de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le había sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras; que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos, las puso en manos de la Duquesa. La una decía en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa Tal, de no sé dónde;* y la otra: *A mi marido Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere más años que á mí.*

No se le cocía el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, y leída para sí, y viendo que la podía leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA

«Mucho contento me dió, señora mía, la carta que vuesa grandeza »me escribió; que en verdad que la tenía bien deseada. La sarta de »corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en »zaga. De que vuesa señoría haya hecho gobernador á Sancho, mi »consorte, ha recebido mucho gusto todo este lugar; puesto que no »hay quien lo crea, principalmente el Cura y Maese Nicolás, el »barbero, y Sansón Carrasco, el bachiller; pero á mí no se me da nada; »que, como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; »aunque, si va á decir verdad, á no venir los corales y el vestido, »tampoco yo le creyera; porque en este pueblo todos tienen á mi »marido por un porro, y que, sacado de gobernar un hato de cabras, »no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga »y le encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de »mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter »este buen día en mi casa, yéndome á la Corte á tenderme en un coche, »para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo; y así, suplico »á vuesa excelencia mande á mi marido me envíe algún dinerillo, y »que sea algo qué, porque en la Corte son los gastos grandes; que el »pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que es un »juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque »me están bullendo los pies por ponerme en camino; que me dicen »mis amigas y mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas y »pomposas en la Corte, vendrá á ser conocido mi marido por mí más »que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: «¿Quién son »estas señoras deste coche?» y un criado mío responder: «La mujer »y la hija de Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria»; y »desta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma »por todo.

»Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han co
»bellotas en este pueblo; con todo eso, envío á vuesa Alteza h
»medio celemín, que una á una las fuí yo á coger y á escoger al mo
»y no las hallé más mayores: yo quisiera que fueran como huevos
»avestruz.

»No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme; que yo te
»cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hub
»que avisar deste lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor gua
»á vuestra grandeza, y á mí no olvide. Sancha, mi hija, y mi h
»besan á vuesa merced las manos.

»La que tiene más deseo de ver á vuesa señoría que de escribi

»Su criada,
» *Teresa Panza.* »

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Tere
Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer
Don Quijote, si sería bien abrir la carta que venía para el Gobernador
que imaginaba debía de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abri
por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decía desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA, SU MARIDO

«Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo y ju
»como católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme lo
»de contento. Mira, hermano: cuando yo llegué á oir que eres gober-
»nador, me pensé allí caer muerta, de puro gozo; que ya sabes tú que
»dicen que así mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica
»tu hija, se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. E
»vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que me envió m
»señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador
»dellas allí presente; y con todo eso, creía y pensaba que era tod
»sueño lo que veía y lo que tocaba; porque ¿quién podía pensar que
»un pastor de cabras había de venir á ser gobernador de ínsulas! Ya
»sabes tú, amigo, que decía mi madre que era menester vivir mucho
»para ver mucho: dígolo porque pienso ver más, si vivo más; porque
»no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios
»que, aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en fin, en fin, siempre
»tienen y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que
»tengo de ir á la Corte: mírate en ello, y avísame de tu gusto; que yo
»procuraré honrarte en ella, andando en coche.

»El Cura, el Barbero, el Bachiller y aun el sacristán, no pueden
»creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de
»encantamento, como son todas las de Don Quijote, tu amo; y dice
»Sansón que ha de ir á buscarte y á sacarte el gobierno de la cabeza,
»y á Don Quijote la locura de los cascos; yo no hago sino reirme y

mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envío á mi señora la Duquesa; yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula. Las nuevas deste lugar son, que la Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el Concejo pintar las armas de su Majestad sobre las puertas del Ayuntamiento; pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no »pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas; volvió »el dinero, y con todo eso, se casó á título de buen oficial; verdad es »que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va al campo como »gentil hombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados »y corona, con intención de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la nieta »de Mingo Silbato, y hale puesto demanda de que la tiene dada »palabra de casamiento: malas lenguas quieren decir que ha estado en »cinta dél; pero él lo niega á pies juntillas. Hogaño no hay aceitunas, »ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó »una compañía de soldados; lleváronse de camino tres mozas deste »pueblo: no te quiero decir quién son; quizá volverán, y no faltará »quien las tome por mujeres, con sus tachas, buenas ó malas. Sanchica »hace puntas de randas; gana cada día ocho maravedís horros, que los »va echando en una alcancía para ayuda á su ajuar; pero ahora, que »es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. »La fuente de la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí me »las den todas. Espero respuesta desta y la resolución de mi ida á la »Corte; y con esto, Dios te me guarde más años que á mí, ó tantos, »porque no querría dejarte sin mí en este mundo.

»Tu mujer,

» *Teresa Panza.* »

Las cartas fueron solenizadas, reídas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo que traía la que Sancho enviaba á Don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del Gobernador. Retiróse la Duquesa, para saber del paje lo que le había sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese; dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió, por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchón. Recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.



CAPÍTULO LIII

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

PENSAR que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que en ella anda todo en redondo, digo, á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera; y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin, ligera más que el viento, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos, sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la décimaséptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas; cuando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero, no sólo no lo supo, sino que, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobre-

ropa de levantar ni cosa que se le pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: «¡Arma, arma, señor Gobernador! ¡Arma! ¡que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!»

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía; y cuando llegaron á él, uno le dijo: «Armese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda.

—¿Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros! Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo ¡pecador fuí á Dios! no se me entiende nada destas priesas.

—¡Ah, señor Gobernador! dijo otro, ¿qué relente es ese? Armese vuesa merced; que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guía y nuestro capitán; pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Armenme norabuena», replicó Sancho; y al momento le trujeron dos paveses (que venían proveídos dellos), y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase á todos; que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios.

«¿Cómo tengo de caminar ¡desventurado yo! respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes! Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algún postigo; que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo.

—Ande, señor Gobernador, dijo otro; que más el miedo que las tablas le impide el paso: acabe y menéese; que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga.» Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al través en la arena; y no por verle caído aquella gente burladora, le tuvieron compasión alguna; antes, apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre Gobernador, el cual, en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y

de todo corazón se encomendaba á Dios, que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decía: «¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranqueen! ¡Vengan alcancías de pez y resina, y calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones!»

En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: «¡Oh si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia!

Oyó el cielo su petición; y cuando menos lo esperaba, oyó voces que decían: «¡Vitoria, vitoria! Los enemigos van de vencida: ea, señor Gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo.

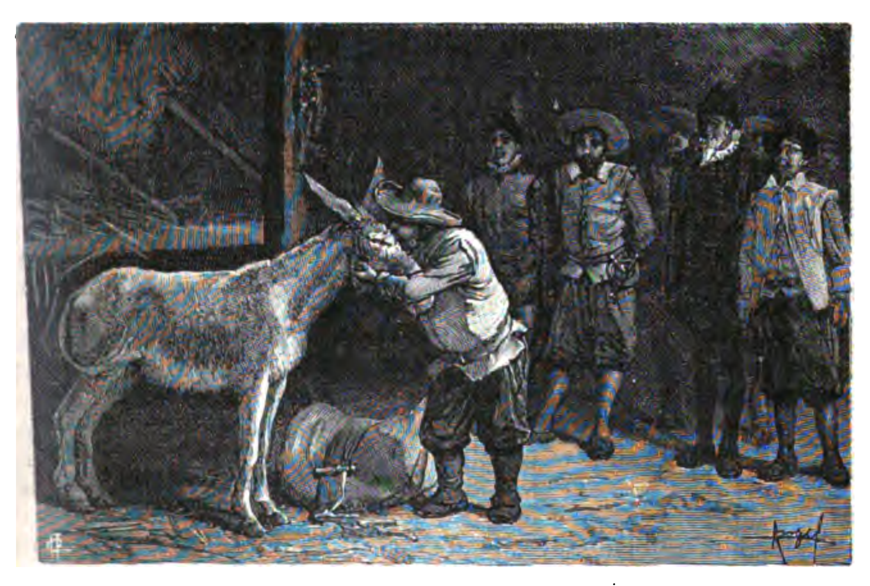
—Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho.» Ayudáronle á levantar, y puesto en pie dijo: «El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.»

Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio; y todos le miraban, y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía.

Vistióse, en fin, y poco á poco, porque estaba molido, y no podía ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban; y llegándose al Rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo: «Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.»

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el Rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á

ɔdro Recio el doctor y á otros muchos, que allí presentes estaban, jo: «Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua ɔertad; dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me sucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni ıra defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren ;ometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ırmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni ɔinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está ıda uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una



«Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias...

hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre, y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjenme ir, que me voy á bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No ha de ser así, señor Gobernador, dijo el doctor Recio; que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida,

yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abu-
dantemente de todo aquello que quisiere.

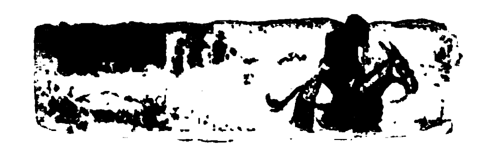
—Tarde piache, respondió Sancho; así dejaré de irme como volver
turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me que
en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos pla
como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que tod
son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunq
sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriz
las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que n
comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suel
con pie llano; que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, n
le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y
nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenm
pasar, que se me hace tarde.»

A lo que el mayordomo dijo: «Señor Gobernador, de muy buen
gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de
perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearl
pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se
ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia
déla vuesa merced de los diez y siete días que ha que tiene el gobiern
y váyase á la paz de Dios.

—Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, si no es quien orde-
nare el Duque, mi señor; yo voy á verme con él, y á él se la daré de
molde; cuanto más, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menes-
ter otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.

—Par Dios, que tiene razón el gran Sancho, dijo el doctor Reci
y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar
infinito de verle.»

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero com-
pañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para
la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un po
de cebada para el Rucio, y medio queso y medio pan para él; que pue
el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor reposteri
Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó á todos, y los dejó admi-
rados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan
discreta.





CAPÍTULO LIV

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

RESOLVIÉRONSE el Duque y la Duquesa en que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; r puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo ›or no tener por suegra á doña Rodríguez, ordenaron de poner en su ugar á un lacayo gascón, que se llamaba Tosilos, industriándole ›rimero muy bien de todo lo que había de hacer. De allí á dos días lijo el Duque á Don Quijote cómo desde allí á cuatro vendría su ontrario, y se presentaría en el campo, armado como caballero, y ustentaría cómo la doncella mentía por mitad de la barba, y aun por oda la barba entera, si se afirmaba en que él le hubiese dado palabra le casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, r se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á ;ran ventura habérsele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudie- en ver hasta dónde se extendía el valor de su poderoso brazo; y así, on alborozo y contento esperaba los cuatro días, que se le iban ıaciendo, á la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos. Dejémoslos ›asar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar . Sancho, que, entre alegre y triste, venía caminando sobre el Rucio á ›uscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador le todas las ínsulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alon- ;ado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á ıveriguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió [ue por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus

bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando; los cuales en llegando á él, se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra, que claramente pronunciaba *limosna* por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas el medio pan y medio queso, de que venía proveído, y dióles dello, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles.

Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: *Geld, geld.*

—No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente.»

Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedían dineros; y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenía ostugo de moneda; y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: «¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo! ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza! Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.»

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino; y después de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspensión, el peregrino le dijo: «¿Cómo! y ¿es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar!»

Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto; y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo: «¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote? y ¿cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde, si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura!

—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy; que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente, y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba, según oiste.»

Hízolo así Sancho; y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, á lo menos

de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cebollas, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que, si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados; pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino; que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recebían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía; antes, por cumplir con el refrán, que él muy bien sabía, de «cuando á Roma fueres, haz como vieres», pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado.

De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decía: «Español y tudesqui tuto uno bon compaño»; y Sancho respondía: «Bon compaño, jur á Dí»; y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdición suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones.

«Bien sabes ¡oh Sancho Panza! vecino y amigo mío, cómo el pregón y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; á lo menos en mí le puso de suerte, que me pareció que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené,

digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución á su determinado tiempo: y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió á su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolución; no porque todos fuésemos culpados: que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar.

»Do quiera que estamos, lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos (y son muchos), que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo.

»Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España, muchos dellos, cada año á visitar los santuarios della; que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que, trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado (que por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro), y escribir, ó pasar desde Valencia, á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza cómo traerlas á algún puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer

de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota, mi hija, y Francisca Ricota, mi mujer, son católicas cristianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podía vivir como cristiana.»

A lo que respondió Sancho: «Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste enterrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.

—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi entierro, porque yo no les descrubí dónde estaba, temeroso de algún desmán; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades; que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso; que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haría traición á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si, como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe, que no hallen otra como ella á tres tirones.

—Y ¿dónde está esa ínsula? preguntó Ricote.

—¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

—Calla, Sancho, dijo Ricote; que las ínsulas están allá dentro de la mar; que no hay ínsulas en la tierra firme.

—¿Cómo no! replicó Sancho. Dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—Y ¿qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote.

—He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento; porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

—Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te había de dar á ti ínsulas que gobernases! ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gober-

nadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido (que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro), y te daré con qué vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho yo, Ricote, replicó Sancho, que no quiero; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío; que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.

—No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿halléstete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?

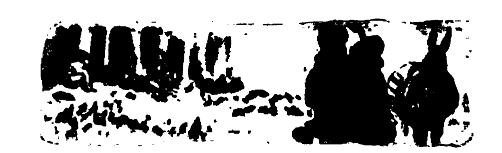
—Sí hallé, respondió Sancho; y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedía la encomendasen á Dios y á nuestra Señora, y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón. Y á fe, que muchos tuvieron deseo de seguirla, y quitársela á su madre en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo. Principalmente se mostró más apasionado don Gaspar Gregorio, aquel mancebo, mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la quería mucho; y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada.

—Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero, fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la quería bien; que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que, á lo que yo creo, atendía á ser más cristiana que enamorada, no se curaría de las solicitudes dese señor mayorazgo.

—Dios lo haga, replicó Sancho; que á entrambos les estaría mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo; que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.

—Dios vaya contigo, Sancho hermano; que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino.»

Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Rucio, y Ricote se arrimó á su bordón, y se apartaron.





CAPÍTULO LV

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay más que ver.

EL haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel día llegase al castillo del Duque; puesto que llegó media legua dél, .onde le tomó la noche, algo escura y cerrada; pero, como era verano, .o le dió mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino con intenión de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte ue, buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el Rucio n una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos staba. Y al tiempo del caer, se encomendó á Dios de todo corazón, ensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos; y .o fué así, porque, á poco más de tres estados, dió fondo el Rucio, y él e halló encima dél, sin haber recebido lisión ni daño alguno. Tentóse odo el cuerpo y recogió el aliento, por ver si estaba sano ó agujereado or alguna parte; y viéndose bueno, entero, y católico de salud, no se artaba de dar gracias á Dios, nuestro Señor, de la merced que le había echo, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó simismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería osible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin sidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente uando oyó que el Rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era nucho ni se lamentaba de vicio; que á la verdad no estaba muy bien arado.

«¡Ay! dijo entonces Sancho Panza, y ¡cuán no pensados sucesos uelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo!

¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado, gobernador de ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se había de sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, criado ni vasallo que acuda á su socorro! Aquí habremos de perecer hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido quebrantado, y yo de pesaroso; á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa; que no parece sino que se fué á mesa puesta á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieren noticias que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde, ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados.»

Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle; y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el Rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: «Todos los duelos con pan son menos.»

En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose, se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo; y púdolo ver porque, por lo que se podía llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubría todo. Vió también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual, volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó

á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

«¡Válame Dios Todopoderoso! decía entre sí: esta, que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algún florido prado; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies, de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo.»

Desta manera, y con estos pensamientos, le pareció que habría caminado poco menos de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que parecía ya que por alguna parte baja entraba, y daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho. Sucedió, pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percebir y entender que el que las daba decía: «¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche, ó algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador?»

Parecióle á Don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: «¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha!»

Oyendo lo cual D. Quijote, se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo: «Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti; que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo será

para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

—Desa manera, respondieron, vuesa merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda.

—Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito; porque, si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres.

—¡Voto á tal! respondieron; y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy tu escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima donde yago, el Rucio testigo, que no me dejará mentir, pues, por más señas, está aquí conmigo.»

Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

«¡Famoso testigo! dijo Don Quijote; el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mío. Espérame: iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben haber puesto.

—Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios; que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.»

Dejóle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron; aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemorables estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, llevaron, como dicen, *sogas y gente*, y á costa de mucha y de mucho trabajo, sacaron al Rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol.

Vióle un estudiante, y dijo: «Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo.»

Oyólo Sancho, y dijo: «Diez y seis ó diez y siete días ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como

lo es, no merecía yo, á mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé; que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres; que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren: es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

—A buen seguro, respondió Sancho, que, por esta vez, antes me han de tener por tonto que por ladrón.»

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde, en unos corredores, estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo: «Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche; y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo; que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas y las obligaciones que trae consigo el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través; y ayer, de mañana, dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías; y aunque pensaba hacer muchas ordenanzas provechosas, no hice casi ninguna, temeroso que no se habían de guardar; que es lo mesmo entonces hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi Rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida; pero no tan fácil; que á no depararme el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez y siete días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes

los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: «salta tú, dámela tú», doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de n señor Don Quijote; que en fin en él, aunque como el pan con sobr salto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me ha que sea de zanahorias que de perdices.»

Con esto dió fin á su amarga plática Sancho, temiendo siempre D. Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando l vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo; y el Duqu abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubie dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provech Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal traído y peor parado.





CAPÍTULO LVI

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más, que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días; y finalmente, les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Después desto, cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas; y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra (puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafíos), y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido; que él le obedecería en todo. Llegado, pues, el temeroso día, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija, demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla; que nunca otra tal no habían visto ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de la ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo; de cada mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque, su señor, de cómo se había de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha; advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedía; llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se había presentado en la plaza; y junto con Tosilos, habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condición de los combatientes que si Don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfación alguna.

Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos, cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas; temblaba debajo de los pies la tierra; estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros, el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quijote, encomendándose de todo su corazón á Dios, nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose á él bonitamente, sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida, estaba

nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad; y así, no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió, y á todo el correr que permitía Rocinante, partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: «¡Dios te guíe, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razón de tu parte!»

Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, al cual, venido á ver lo que quería, le dijo: «Señor, esta batalla ¿no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora?

—Así es, le fué respondido.

—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así, digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora.»

Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía.

El Duque no sabía la ocasión por que no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo.

En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces: «Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte.»

Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo: «Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios, nuestro Señor, se la dió, san Pedro se la bendiga.»

El Duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos, le dijo: «¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que, instigado de vuestra temerosa conciencia, os queréis casar con esta doncella?

—Sí, señor, respondió Tosilos.

—El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado.»

Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo.

Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron: «Este es engaño, engaño es éste. A Tosilos, el lacayo del Duque, mi señor, nos han puesto en lugar del verdadero esposo. ¡Justicia de Dios y del Rey, y de tanta malicia, por no decir bellaquería!

No vos acuitéis, señoras, dijo Don Quijote; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los

malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de éste, que decís que es lacayo del Duque. Tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo.»

El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: «Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince días siquiera, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su prístina figura; que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

—¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar de unas en otras las cosas que tocan á mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida.

A lo que dijo la hija de doña Rodríguez: «Séase quien fuere éste que me pide por esposa; que yo se lo agradezco; que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es.»

En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformación. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía ó por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.





CAPÍTULO LVII

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que, como á caballero andante, aquellos señores le hacían; y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia á los Duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase.

Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: «¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha! Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa; que, á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho; porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél; y así, podré decir con segura conciencia (que no es poco): «desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.»

Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo Don

Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, á la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su Rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le había dado un bolsico con docientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía Don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa, que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

«Escucha, mal caballero,
Detén un poco las riendas,
No fatigues las ijadas
De tu mal regida bestia.
»Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy lejos de oveja.
»Tú has burlado, monstruo horrendo,
La más hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

»Tú llevas ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada, tierna.
»Llévaste tres tocadores
Y unas ligas (de unas piernas
Que al mármol puro se igualan,
En lisas) blancas y negras.
»Llévaste dos mil suspiros,
Que, á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

»De ese Sancho, tu escudero,
Las entrañas sean tan tercas
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
»De la culpa que tú tienes,
Lleve la triste la pena;
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
»Tus más finas aventuras
En desventuras se vuelvan,
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.



Siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

»Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres á Ingalaterra.
»Si jugares al reinado,
Los cientos ó la primera,
Los reyes huyan de ti,
Ases ni sietes no veas.
»Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raigones,
Si te sacares las muelas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.»

En tanto que, de la suerte que se ha dicho, se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote; y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: «Por el siglo de tus pasados, Sancho mío, te conjuro, que me digas una verdad. Dime: ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?»

A lo que Sancho respondió: «Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.»

Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora; que, aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiración.

El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: «No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo más las ligas de mi doncella. Indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama. Volvedle las ligas; si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho con el de Tosilos, mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido. Los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así, no tengo de qué pedirle perdón, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinión, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

—Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías; y andad con

Dios; que mientras más os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y á la mía yo la castigaré de modo, que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una no más quiero que me escuches ¡oh valeroso Don Quijote! dijo entonces Altisidora, y es, que te pido perdón del latrocinio de las ligas; porque, en Dios y en mi ánima, que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba.

—¿No lo dije yo? dijo Sancho. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues á quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasión en mi gobierno.»

Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.





CAPÍTULO LVIII

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

CUANDO Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dijo: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara, si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo!

—Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que, como pítima y confortativo, la llevo puesta sobre el corazón para

lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen; que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.»

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba; estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas.

Llegó Don Quijote á los que comían, y saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían.

Uno dellos le respondió: «Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren.

—Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaría de verlas; pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

—Y ¡cómo si lo son! dijo otro; si no, dígalo lo que cuestan; que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos»; y levantándose, dejó de comer y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de san Jorge, puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse.

Viéndola Don Quijote, dijo: «Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse Don San Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra.»

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martín, puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo: «Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad: y sin duda debía de ser entonces invierno; que si no, él se la diera toda, según era de caritativo.

—No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refrán que dicen, que para dar y tener, seso es menester.»

Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas, á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo Don Quijote: «Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; éste se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.»

Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de san Pablo, del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse.

Cuando le vió tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondía, «Este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios, nuestro Señor, en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás; caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte; trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase, el mismo Jesucristo.»

No había más imágines; y así, mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: «Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto; porque éstos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza; y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo», dijo Sancho á esta ocasión.

Admiráronse los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: «En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sin sobresalto alguno; ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: ¡bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos ni corren de una misma suerte; y estos que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la Orden del bienaventurado san Francisco; y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazón, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipión á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados;

pero él, abrazándose con el suelo, dijo: «No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos.» Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines, ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; y querría que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa por que dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros: «Santiago y cierra España?» ¿Está por ventura España abierta, y de modo qué es menester cerrarla? O ¿qué ceremonia es ésta?

—Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote. . . . . .

. . . .

y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan.»

Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: «Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa. ¡Bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas! He oído decir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

—Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores; y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima.

—¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara las más mínima razón amorosa suya. ¡Hideputa! y ¡qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced, que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas la enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con vehemencia. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.»

En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba; y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: «Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten, si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido. Pues mándoles yo que, aunque estas redes, así como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, y más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodón.»

Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado... digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios, podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas; la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué ésta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote; y reparando en él las pastoras, la sorpresa tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á Don Quijote: «Detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes; que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo, ahí están tendidas; y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales

hasta agora no hemos representado. Ayer fué el primero día que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que, ojeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.»

Calló, y no dijo más; á lo que respondió Don Quijote: «Por cierto, hermosísima señora, que no debió quedar más suspenso ni admirado Acteón cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar, porque no es otra la profesión mía, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representan; y si como estas redes deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque deis algún crédito á esta mi exageración, ved que os lo promete, por lo menos, Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oídos este nombre.

—¡Ay amiga de mi alma! dijo entonces la otra zagala, y ¡qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene con él es un tal Sancho Panza, su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se les igualen.

—Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha, historiado y referido.

—¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede; que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura.

—Con razón se la dan, dijo Don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo.»

Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y gala que á las de las zagalas correspondía. Contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenía él ya noticia por haber leído su historia;

ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas; húbolo de conceder Don Quijote, y así lo hizo.

Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes que, engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á Don Quijote, dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo: «Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia: y esta estrecheza y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras, zagalas contrahechas, que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.»

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz, dijo: «¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco! Digan vuesas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ni ¿hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?»

Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: «¿Es posible ¡oh Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, á Rocinante. Vamos á

poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razón que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla»; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco ó por cuerdo.

Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían; con todo esto, salió Don Quijote con su intención, y puesto sobre



Pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo.

Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su Rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: «¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasáis, ó habéis de pasar en estos dos días siguientes! sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.»

Dos veces repitió estas mismas razones, aquel día y otro, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que el segundo día se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban, les podía suceder algún peligro; sólo Don Quijote con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venía más adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: «Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedazos estos toros.

—Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.»

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin, se levantaron todos; y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: «Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye hacerle la puente de plata.»

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.





CAPÍTULO LIX

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote.

Al polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al Rucio y á Rocinante, los dos asendereados, amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solía llamar condumio; enjuagóse la boca y lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comía Don Quijote, de puro pesaroso, y Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenía, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecía.

«Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote; sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales indómitos y feroces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece

las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera q pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muerte

—Desa manera, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no apr bará vuesa merced aquel refrán que dicen: «muera Marta, y mue harta»: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo; antes pie hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que l hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta qu llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vues merced; y créame, y después de comido échese á dormir un poco sob los colchones verdes destas yerbas, y verá cómo cuando despierte halla más aliviado.»

Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho m eran de filósofo que de mentecato, y díjole: «Si tú ¡oh Sancho! quisi ses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciert y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duerm obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y co las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecien ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeñ que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligenci

—Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho; durmamos por aho entrambos; y después, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced q esto de azotarse un hombre á sangre fría es cosa recia, y más si ca los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido. Teng paciencia mi señora Dulcinea; que cuando menos se cate, me ver hecho una criba de azotes; y hasta la muerte todo es vida: quier decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo qu he prometido.»

Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío, y sin ord alguna, pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba llen á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Ruc Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dá dose priesa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de al se descubría: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó as fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos. Lleg ron, pues, á ella; preguntaron al huésped si había posada. Fuél respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hall en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un ap sento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á l caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, qu estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares graci al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella vent

Llegóse la hora del cenar, recogiéronse á su estancia, pregun Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar.

A lo que el huésped respondió que su boca sería medida; y así, q

pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta.

«No es menester tanto, respondió Sancho; que con un par de pollos que nos asen, tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía.»

Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

«Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla, que sea tierna.

—¡Polla, mi padre! respondió el huésped; en verdad, en verdad, que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

—Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.

—En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Medrados estamos con eso! respondió Sancho; yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

—¡Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¡quiere que tenga huevos! Discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.

—Resolvámonos ¡cuerpo de mí! dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos.

—Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «cómeme, cómeme».

—Por mías las marco desde aquí, dijo Sancho; y nadie las toque; que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto; y no se me daría nada que fuesen manos, como ni que fuesen uñas.

—Nadie las tocará, dijo el ventero; porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.»

Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito.

Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote:

«Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro capítulo de la segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha.*»

Apenas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió: «¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

—Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena.

—Lo que á mí en éste más me desplace es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.»

Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: «Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso... yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno.

—¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha? que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere: que al buen pagador no le duelen prendas.»

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros (que tales lo parecían); y uno dellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo: «Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego.»

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó Don Quijote; y sin responder palabra, comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo: «En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutiérrez; y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia.»

A esto dijo Sancho: «¡Donosa traza de historiador, por cierto! ¡Bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo don Jerónimo, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quijote.

—Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello.

—Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera Parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está san Pedro en Roma.»

Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos; que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos; quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que, no menos que Sancho, estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don Juan á Don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso: si se había casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote.

A lo que él respondió: «Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada»; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlín le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura.

Acabó de cenar Sancho; y dejando hecho equis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando, dijo: «Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, no quiere que no hagamos buenas migas juntos; yo querría que ya que me llama comilón, como vuesas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Sí llama, dijo don Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.

—Créanme vuesas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo,

valiente, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo, dijo don Juan; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor; bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle, sino Apeles.

—Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, á mi parecer, es fuerte y grande.»

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discordaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje.

Respondió que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo Don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

«Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.

—Hará muy bien, dijo don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote; y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y á mí también, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo.» Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habían hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describía el autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveída.



CAPÍTULO LX

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el día en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál 'a el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: .l era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, ıe tanto decían que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis ;as no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los ıales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas ıcinas ó alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide .amete que en otras cosas suele.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo; y acomodándose á los troncos ə los árboles, Sancho, que había merendado bien aquel día, se dejó ıtrar de rondón por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien əsvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía ꞔgar los ojos; antes iba y venía con el pensamiento por mil sucesos lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver :incar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ı que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín, que le ıferían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener ı el desencanto de Dulcinea.

Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho, su escu- əro; pues, á lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número əsigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió ınta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: «Si el nudo gor- ïano cortó el Magno Alejandro, diciendo: «tanto monta cortar como əsatar», y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni ıás ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si o azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condición deste remedio

está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me á mí que se los dé él, ó que se los dé otro? pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.»

Con esta imaginación se llegó á Sancho, habiendo primero toma las riendas de Rocinante, y acomodádolas en modo que pudiese az- tarle con ellas. Comenzóle á quitar las cintas (que es opinión que tenía más que la delantera) en que se sustentaban los gregüesc pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuer y dijo: «¿Qué es esto! ¿Quién me toca y desencinta!

—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos; véngote á azotar, Sancho, y á descargar e parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en de- cuido, yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad; que la mía es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes.

—Eso no, dijo Sancho; vuesa merced se esté quedo; si no, por Di- verdadero, que nos han de oir los sordos. Los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no teng gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapu- larme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

—No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazón, y, aunque villano, blando de carnes»; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle.

Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le deja rodear ni alentar.

Don Quijote le decía: «¿Cómo, traidor! ¡Contra tu amo y señor natural te desmandas! ¡Con quien te da su pan te atreves!

—Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará qued y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desem- barazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.»

Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabez y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calz Tembló de miedo; acudió á otro árbol, y sucedióle lo mesmo; dió voce llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hízolo así Don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, le resp- dió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas.

Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole á Sancho: «No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas, que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona»; y así era la verdad, como él lo había imaginado.

Al primer albor alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía; y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán.

Hallóse Don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á expulgar al Rucio y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avínole bien á Sancho, que en una ventrera, que tenía ceñida, venían los escudos del Duque y los que habían sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena.

Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza; mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole: «No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Busiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, por haber caído en tu poder ¡oh valeroso Roque! cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la Orden de la andante caballería, que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago sàber ¡oh gran Roque! que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.»

Luego Roque Ginart conoció que la confianza de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le había

oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél había oído; y así, le dijo: «Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis á siniestra fortuna ésta en que os halláis; que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.»

Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos; y no era sino uno solo, sobre el cual venía á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados.

Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual, en llegando á él, dijo: «En tu busca venía ¡oh valeroso Roque! para hallar en ti, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy. Yo soy Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que don Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no ha dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre el tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse, nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves; y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí; y sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y, á lo que creo, le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en su sangre, saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los deudos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza.»

Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, le dijo: «Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo; que después veremos lo que más te importare.»

Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia



«En tu busca venía ¡oh valeroso Roque!...

había dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo: «No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora; que lo tomo yo á mi cargo. Denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí; que yo iré á buscar á ese caballero, y, muerto ó vivo, le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.

—Nadie dude de esto, dijo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos días que hizo casar á otro que también negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, ésta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.»

Roque, que atendía más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia que á las razones de amo y mozo, no las entendió; y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habían quitado del Rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habían estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recién derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debía de ser don Vicente, á quien sus criados, ó muerto ó vivo, llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos; que, como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados, á quien, con cansada y debilitada voz, rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentía que más adelante pasase.

Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él; temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de don Vicente; y así, entre enternecida y rigurosa, se llegó á él, y asiéndole de la mano, le dijo: «Si tú me dieras ésta conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso.»

Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dijo: «Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamás quise ni supe ofenderte.

—Luego ¿no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro?

—No, por cierto, respondió don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que, celosa, me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo, si quisieres; que no tengo otra mayor satisfación que darte del agravio que piensas que de mí has recebido.»

Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazón de manera, que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabía qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo

Claudia, pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida.

Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. «¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decía, con qué facilidad te moviste á poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mío, cuya desdichada suerte, por ser prenda mía, te ha llevado del tálamo á la sepultura!»

Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasión. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecía campo de tristeza y lugar de desgracia.

Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que quería irse á un monasterio, donde era abadesa una tía suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más seguro acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos; y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. Pero ¿qué mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos!

Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les había ordenado, y á Don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadía dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habían vuelto y restituído las alhajas y preseas que los suyos del Rucio le habían quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valían tres ciudades.

—¿Qué es lo que dices, hombre! dijo uno de los presentes; que yo los tengo, y no valen tres reales.

—Así es, dijo Don Quijote; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió.»

Mandóselos volver al punto Roque Guinart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y redu-

ciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva.

Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote: «Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podría vivir con ellos.»

A lo que dijo Sancho: «Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mesmos ladrones.»

Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y éste dijo: «Señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente.»

A lo que respondió Roque: «¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos?

—No, sino de los que buscamos, respondió el escudero.

—Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno.»

Hiciéronlo así, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traían, y en este entretanto dijo Roque á Don Quijote: «Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que, no sólo las mías, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro.»

Admirado quedó Don Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear, no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: «Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena; vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo (ó Dios, por mejor decir), que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores

discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo; que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.»

Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Cláudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho; que no le había parecido mal la belleza, desenvoltura y brío de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran y adónde iban, y qué dinero llevaban.

Uno dellos le respondió: «Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras que, dicen, están en Barcelona con orden de pasar á Sicilia; llevamos hasta docientos ó trecientos escudos; con que, á nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.»

Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes; fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber también quién iba en el coche y adónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de á caballo dijo: «Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales; mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.»

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: «¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdición procuran!»

Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer á tiro de arcabuz; y volviéndose á los capitanes, dijo: «Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré,

para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que teng didas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi inte de agraviar á soldados ni á mujer alguna, especialmente á las cu principales.»

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los cap agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad; que por tal la tuvi en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñ se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gr Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pi perdón del agravio que le hacía, forzado de cumplir con las obl ciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta á un cr suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y los capitanes habían desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dij se estuviesen quedos; y volviéndose á los suyos, les dijo: «Destos es dos, dos tocan á cada uno y sobran veinte; los diez se den á es peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda bien de esta aventura»; y trayéndole aderezo de escribir, de siempre andaba proveído Roque, les dió por escrito un salvocond para los mayorales de sus escuadras; y despidiéndose dellos, los ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposici extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que ladrón conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: E nuestro capitán, más es para frade que para bandolero; si de adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no c nuestra.»

No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oirlo Roque cual, echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos pa diciéndole: «Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevid

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la ob diencia que le tenían. Apartóse Roque á una parte, y escribió u carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso cómo tenía consig famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de qu tantas cosas se decían; y que le hacía saber que era el más gracio el más entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro días, era el de la Degollación de San Juan Bautista, se le pondría en m de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocina su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno; y que diese no desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen: que quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; per que esto era imposible, á causa que las locuras y discrecione Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no po dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas ca con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en e un labrador, entró en Barcelona y la dió á quien iba.



CAPÍTULO LXI

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.

TRES días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el aodo de su vida. Aquí amanecían, acullá comían; una veces huían sin aber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormían en pie, nterrompiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era ›oner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, ›unque traían pocos, porque casi todos se servían de pedreñales. Roque ›asaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde llos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que l Visorey de Barcelona había echado sobre su vida, le traían inquieto ‹ temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos uyos, ó le habían de matar ó entregar á la justicia: vida, por cierto, niserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y endas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho, con ›tros seis escuderos, á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera le la Degollación de San Juan, en la noche; y abrazando Roque á)on Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos (que ıasta entonces no se los había dado), los dejó, con mil ofrecimientos ıue de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el día, así á caballo :omo estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los ›alcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas ‹ las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante

alegraron también el oído el son de muchas chirimías y atabales, ru de cascabeles, «trapa, trapa, aparta aparta» de corredores, que parecer, de la ciudad salían. Dió lugar la aurora al sol, que con rostro mayor que el cerco de una rodela, por el más bajo horizo poco á poco se iba levantando.

Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vie el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísim largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Man habían visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cual abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gall detes, que tremolaban al viento, y besaban y barrían el agua; den sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenab el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, corresp diéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciud sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salían. Los soldad de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondían l que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artiller gruesa, con espantoso estruendo, rompía los vientos, á quien resp dían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tier jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artiller parece que reían, infundiendo y engendrando gusto súbito en tod las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tan pies aquellos bultos que por el mar se movían.

En esto llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara, los de libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dell que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote: «¡Bi sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el n de toda la caballería andante, donde más largamente se conti ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha; no falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos cribió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores!»

No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperar que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los de que los seguían, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derr de Don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo: «Estos bie han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y au del aragonés, recién impresa.»

Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y d «Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros; que somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart.»

A lo que Don Quijote respondió: «Si cortesías engendran cor la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de la gran Roque: llevadme do quisiéredes; que yo no tendré otra vol que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.»

Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el

ero; y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los :abales se encaminaron con él á la ciudad, al entrar de la cual, el alo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos ıe el malo... dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, s pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las ılas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, eron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, :udió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de ı Rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atremiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron ıtre más de otros mil que los seguían. Volvieron á subir Don Quijote Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su ıía, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, ınde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.





CAPÍTULO LXII

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable: el cual, viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcón que salía á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban.

Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían.

Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho: «Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardáis en el seno para el otro día.

—No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de

limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.

—Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.

—¡Cómo! dijo don Antonio: ¿gobernador ha sido Sancho?

—Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez y siete días la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.»

Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce.

Paseóse don Antonio con Don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo: «Agora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las más raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

—Así lo juro, respondió Don Quijote, y aun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabía su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oir, no tiene lengua para hablar; así que, con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiración con lo que verá y oirá, y darme á mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.»

Suspenso estaba Don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la pasó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo: «Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la sacó con la perfeción que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que quiera preguntar; que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.»

Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero, por ver cuán poco tiempo había que aguardar para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habían acontecido...

Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rúa, vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote de la Mancha.*

En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leían: «Este es Don Quijote de la Mancha», admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: «Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor Don Quijote, respondió don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.»

Acaeció, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: «¡Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha! ¿Cómo! ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que

tienes á cuestas! Tú eres loco; y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican; si no, míreulo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman.

—Par diez, vuesa merced tiene razón, respondió el castellano; que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo á nadie, aunque me lo pida.»

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse á casa: hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honradas, eran algo descompuestas: por dar lugar á que las burlas alegrasen sin enfado á los convidados, éstas dieron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima.

Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él también como á hurto las desdeñaba; pero, viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: «*Fugite, partes adversae;* dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan»; y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio.

Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole: «Nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado. ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, antes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear, yo supliera

vuestra falta, que zapateo como un jirifalte; pero en lo del danzar no doy puntada.»

Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro día le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada; y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto, y aun, si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: «Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razón: «Yo no juzgo de pensamientos.»

Oyendo lo cual, todos quedamos atónitos, y más viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa, no había persona humana que responder pudiese.

«¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar don Antonio.

Y fuéle respondido, por el propio tenor, paso: «Estáis tú y tu mujer con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre.»

¡Aquí sí que fué el admirarse de nuevo; aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos, de puro espanto!

Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo: «Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere.»

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué: «Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?»

Y fuéle respondido: «Sé muy honesta.

—No te pregunto más», dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera y dijo: «Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no.»

Y respondiéronle: «Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.

Apartóse la casada, diciendo: «Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta; porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.»

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio, y preguntóle: «¿Quién soy yo?»

Y fuéle respondido: «Tú lo sabes.

—No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí conozco, le respondieron; que eres don Pedro Nóriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender ¡oh cabeza! que lo sabes todo.»

Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle: «Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo, el mayorazgo?

—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es, dijo el caballero, «lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo», y no pregunto más.»

Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo: «Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido.»

Y respondiéronle: «Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.»

Llegóse luego Don Quijote, y dijo: «Dime, tú, el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho, mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir; de todo tiene. Los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecución.

—No quiero saber más, dijo Don Quijote; que, como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear.»

El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: «¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré á ver á mi mujer y á mis hijos?»

A lo que le respondieron: «Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu mujer y á tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Bueno par Dios! dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia, dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta?

—Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.»

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se

acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así, dice que don Antonio Moreno, á imitación de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondía á la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mesmo cañón, de modo que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual, estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta; á las demás respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente.

Y dice más Cide Hamete, que hasta diez ó doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía; temiendo no llegase á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinión de Don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfación de Don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer á don Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis días, que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante.

Dióle gana á Don Quijote de pasear por la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habían de perseguir los mochachos; y así, él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros;* de lo que se contentó mucho, por-

ue hasta entonces no había visto emprenta alguna, y deseaba saber ómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en ına parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, r finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se nuestra. Llegábase Don Quijote á un cajón, y preguntaba qué era quello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y ›asaba adelante.

Llegó, entre otros, á uno, y preguntóle qué era lo que hacía.

El oficial le respondió: «Señor, este caballero que aquí está (y enseñó un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha raducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo omponiendo para darle á la estampa.

—¿Qué título tiene el libro?» preguntó Don Quijote.

A lo que el autor respondió: «Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle.*

—Y ¿qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quijote.

—*Le bagatelle,* dijo el autor, es como si en castellano dijésemos *los uguetes;* y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y ncierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

—Yo, dijo Don Quijote, sé algún tanto del toscano, y me precio de antar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, eñor mío (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa nerced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en ese su libro alguna rez nombrada la *pignata?*

—Sí, muchas veces, respondió el autor.

—Y ¿cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla?*

—¡Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa nerced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace,* dice vuesa merced en el castellano *place;* y adonde diga *piu,* dice *más;* y el *su* declara con *arriba,* y el *giu* con *abajo.*

—Sí declaro, por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos, que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del

traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la tradución ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced: este libro ¿imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algún librero?

—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á diez reales cada uno en daca las pajas.

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! respondió Don Quijote. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

—Pues ¿qué! dijo el autor, ¿quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aún piense que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero; que sin él no vale un cuatrín la buena fama.

—Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote»; y pasó adelante á otro cajón donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*; y en viéndole, dijo: «Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.» Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *La Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal... vecino de Tordesillas.

«Ya yo tengo noticia deste libro, dijo Don Quijote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su san Martín se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son más verdaderas»; y diciendo esto, con muestras de algún despecho se salió de la emprenta; y aquel mismo día ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las había visto. Avisó don Antonio al Cuatralvo de las galeras cómo aquella tarde había de llevar á verlas á su huésped, el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el Cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO LXIII

Del mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRANDES eran los discursos que Don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido; que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno, su huésped, y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho, fueron á las galeras.

El Cuatralvo estaba alegrísimo de su buena ventura, por ver á los dos tan famosos, Quijote y Sancho. Apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí; y en poniendo que puso los pies en él Don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo; y al subir Don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: «Hu, hu, hu», tres veces.

Dióle la mano el General (que con este nombre le llamaremos), que era un principal caballero valenciano, y abrazó á Don Quijote, diciéndole: «Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don

Quijote de la Mancha, tipo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.»

Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobre manera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado; y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que había de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma, puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué alzando y volteando de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le había.

Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuesen, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía á dar sobre su cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habían amainado, y todo esto callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar.

Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre sí: «Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? Y ¿cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es el infierno, ó por lo menos el purgatorio.»

Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: «¡Ah Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán á poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de

Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.»

Preguntar quería el General qué azotes eran aquéllos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: «Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente.»

Esto oído, saltó el General en la crujía y dijo: «Ea, hijos, no se nos vaya: algún bergantín de cosarios de Argel debe de ser éste que la atalaya nos señala.»

Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iría tierra á tierra, porque ansí el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dós millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse; y así, el arráez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no incitar á enojo al capitán que nuestras galeras regía. Pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podían los del bajel oir las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantín venían con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían. Viendo lo cual, juró el General de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase; y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta.

Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos. Hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana á poco más de media milla, les echó la palamenta encima y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar, luego luego, al arráez y á los demás que en el bajel había cogido, que serían hasta diez y seis personas, todos gallardos, moros los más, y los escopeteros turcos.

Preguntó el General quién era el arráez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español): «Este mancebo, señor, que aquí ves,

es nuestro arráez»; y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años.

Preguntóle el General: «Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda á las capitanas! ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.»

Responder quería el arráez; pero no pudo el General por entonces oir la respuesta, por acudir á recebir al Virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

«¡Buena ha estado la caza, señor General! dijo el Virey.

—Y tan buena, respondió el General, cual la verá vuestra excelencia agora, colgada de esta entena.

—¿Cómo ansí! replicó el Virey.

—Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arráez del bergantín»; y enseñóle al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte.

Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: «Dime, arráez, ¿eres turco de nación, ó moro, ó renegado?»

A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: «Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres? replicó el Virey.

—Mujer cristiana, respondió el mancebo.

—¡Mujer y cristiana, y en tal traje y en tales pasos! Más es cosa para admirarla que para creerla.

—Suspended, dijo el mozo ¡oh señores! la ejecución de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida.»

¿Quién fuera el de corazón tan duro, que con estas razones no se ablandara, á lo menos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El General le dijo que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa.

Con esta licencia, el mozo comenzó á decir desta manera: «De aquella nación, más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tíos míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla;

ntes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la ierra donde había nacido; y así, por fuerza más que por grado, me rujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y ristiano ni más ni menos; mamé la fe católica en la leche, criéme con uenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas, jamás, á mi parecer, í señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo ue lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi ecato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no uviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado don Gaspar regorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar tro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido or mí, y cómo yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y más n tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha e atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, sólo diré cómo n nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio.

»Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque abía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de los dos tíos níos, que consigo me traían; porque mi padre, prudente y prevenido, sí como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó ncerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, nuchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo sí, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados asamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, omo si le hiciéramos en el mismo infierno.

»Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis iquezas, que en parte fué ventura mía. Llamóme ante sí, preguntóme e qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Díjele l lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero ue con facilidad se podrían cobrar, si yo misma volviese por ellos. 'odo esto le dije, temerosa de que le cegase mi hermosura, y no su odicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir cómo enía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se odía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregoio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden. 'urbéme, considerando el peligro que don Gregorio corría; porque ntre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un mochacho mancebo hermoso, que una mujer, por bellísima que sea. Mandó uego el Rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme i era verdad lo que de aquel mozo le decían.

»Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero ue le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le uplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo n todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su resencia. Díjome que fuese en buen hora, y que otro día hablaríamos

en el modo que se podía tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hombre; vestíle de mora, y aquella mesma tarde le truje á la presencia del Rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podía tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero), se deje á la consideración de los que se apartan, si bien se quieren.

Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español (señalando al que había hablado primero), del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver á Berbería; la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mí y á este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron correr esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen.

»Anoche descubrimos esta playa, y hoy, sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido causante de la culpa en que los de mi nación han caído»; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban.

El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la moza ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el Virey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros le dijo: «¡Oh Ana Félix, desdichada hija mía! yo soy tu padre, Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma.»

A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su paseo; y mirando al

peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al General y al Virey: «Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese; y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de unos alemanes, á buscar mi hija y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y agora, por el extraño rodeo que habéis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados.»

Entonces dijo Sancho: «Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intención, no me entremeto.»

Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo: «Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron»; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habían muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya: hizo el General lo que el Virey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenía: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algún barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del Renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote, su padre, dijo que salía á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible; que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.



CAPÍTULO LXIV

Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido.

La mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que reci grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibi con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreci porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda gente de la ciudad, como á campana tañida, venían á verla.

Dijo Don Quijote á don Antonio que el parecer que habían toma en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenía más peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á en Berbería con sus armas y caballo; que él le sacaría á pesar de t la morisma, como había hecho don Gaiferos con su esposa Melisendr

«Advierta vuesa merced, dijo Sancho, oyendo esto, que el se don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por dónde traerlo á España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, si no es para la muerte, respondió Don Quijote; pues llegando un barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho, pero del dicho al hecho hay gran trecho; y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.»

Don Antonio dijo, que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería.

De allí á dos días partió el Renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros

se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix.

Quedó el Visorey de hacerlo así como se lo pedía; y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas (porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), vió venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose á trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo: «Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, Don Quijote de la Mancha, yo soy *el Caballero de la Blanca Luna,* cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria; vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfación sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.»

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió: «Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamás habéis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido, aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traéis determinado; y sólo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mesmo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.»

Habían descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al Visorey, y que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno ó por otro algún caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros

que le acompañaban y Sancho, al tiempo cuando Don Quijote volv... las riendas á Rocinante, para tomar del campo lo necesario. Vien... pues, el Visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura; y en breves razones le d... las mismas que había dicho á Don Quijote, con la acetación de ... condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse ... Visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el ... caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querían hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ... si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplej... al Visorey en si les dejaría ó no pasar adelante en la batalla; pero ... pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo: «Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense.»

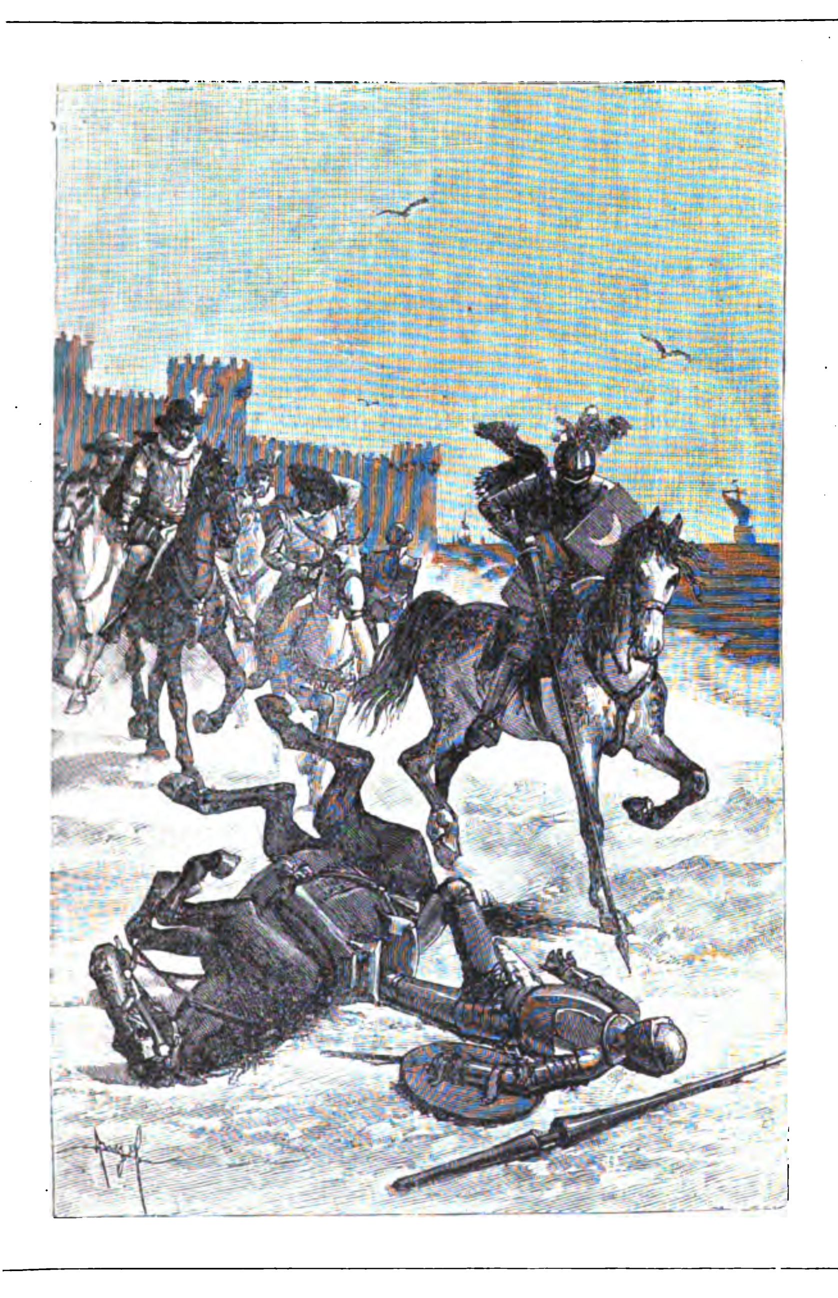
Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo: el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y á su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mismo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito), que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo con una peligrosa caída.

Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: «Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.»

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.»

Todo esto oyeron el Visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confe-



Y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza...

sión, volvió las riendas el de la Blanca Luna; y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas proezas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió también á ella, con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado á Don Quijote.





CAPÍTULO LXV

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recebirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio; que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese.

Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: «Bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sansón Carrasco. Soy del mesmo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez muéve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre de los que más se la han tenido, uno he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño; poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase á discreción del vencedor. Y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido), era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo

me volví vencido, corrido, y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplícoos no me descubráis, ni le digáis á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

—¡Oh señor! dijo don Antonio; Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.»

El cual respondió que ya, una por una, estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndole ofrecido á don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél; y hechas liar sus armas sobre un macho luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento.

Consolábale Sancho, y entre otras razones, le dijo: «Señor mío, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más malparado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen á volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año; que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane, y algún condado que darte.

—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo; que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión.»

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: «Albricias, señor Don Quijote; que don Gregorio, y el Renegado que fué por él, está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento.»

Alegróse algún tanto Don Quijote, y dijo: «En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á don Gegorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable! ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita; que hoy por ti, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora, para recebir á don Gregorio; que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.»

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el Renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el Renegado á casa de don Antonio; y aunque don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que sacó consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recebirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el Renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio. Contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al Renegado como á los que habían bogado al remo. Reincorporóse y reconcilióse el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí á dos días trató el Visorey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde había de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

«No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática; no hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su Majestad el cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque, aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecución el peso de esta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raíz escondida, con el tiempo venga después á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

—Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo don Antonio. Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio; y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.»

El Visorey consintió en todo lo propuesto; don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar á Ana Félix; pero, teniendo intención de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el día de la partida de don Antonio y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofreció Ricote á don Gregorio mil escudos, si los quería, pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto, se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino; Sancho á pie, por ir el Rucio cargado con las armas.



CAPÍTULO LXVI

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo: «Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.»

Oyendo lo cual Sancho, dijo: «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora, que soy escudero de á pie, no estoy triste; porque he oído decir que ésta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote; muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme; y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero

andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi retirada. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del Rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que pensar que tengo de caminar á pie y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó alrededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

...Nadie las mueva,
Que estar no pueda con Roldán á prueba.

—Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado.

—Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón.

—Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho; porque, según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.»

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al quinto día, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un mesón mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando.

Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo: «Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

—Sí diré, por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

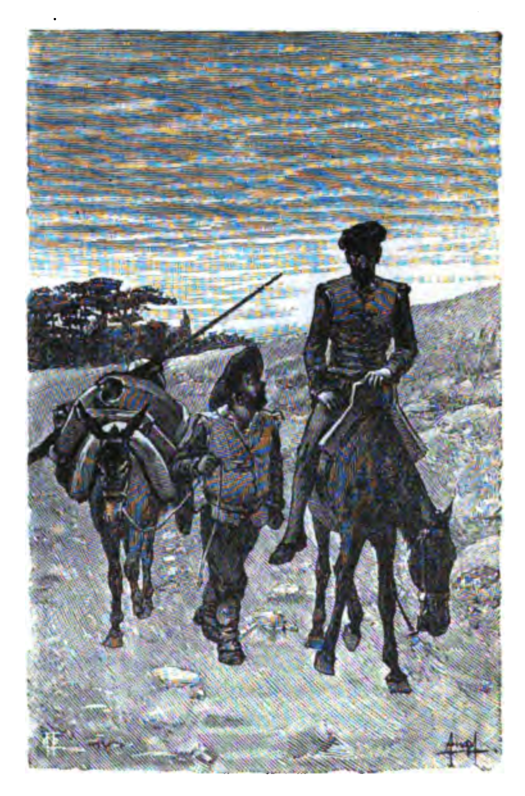
—Es, pues, el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que Don Quijote respon-

diese; y á mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador y juez como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.»

Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores (que estaban muchos alrededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya): «Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna; porque, si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere; y desta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.



Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado...

—¡Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo! Pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar más que de paso.»

Y así, dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos

admirados el haber visto y notado, así su extraña figura como la discreción de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores dijo: «Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe de ser el amo! Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano ó con una mitra en la cabeza.»

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y otro día, siguiendo su camino, vieron que hacia ellos venía un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie; el cual, como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y



Y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas...

abrazándole por el muslo derecho (que no alcanzaba á más), le dijo con muestras de mucha alegría: «¡Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el Duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo! que todavía se está en él con mi señora la Duquesa.

—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois si vos no me lo decís.

—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos, el lacayo del Duque, mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodríguez.

—¡Válame Dios! dijo Don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

—Calle, señor bueno, replicó el cartero; que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés

mi pensamiento; pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque, mi señor, me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla; y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodríguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate; que yo me iré adelante poco á poco, esperando á que vengas.»

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olía á queso.

Dijo Tosilos á Sancho: «Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¿Cómo, debe! respondió Sancho: no debe nada á nadie; que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y más agora, que va rematado, porque va vencido del Caballero de la Blanca Luna.»

Rogóle Tosilos le contase lo que le había sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello; y levantándose, después de haberse sacudido del sayo y las barbas las migajas, antecogió al Rucio, diciendo «á Dios», dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.





CAPÍTULO LXVII

De la resolución que tomó Don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á Don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho; y allí, como moscas á la miel le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que había de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condición del lacayo Tosilos.

«¿Es posible, le dijo Don Quijote, que todavía ¡oh Sancho! pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora? ¿si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran, respondió Sancho, los que yo tenía tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí, señor! ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos!

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al par-

:er, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse, á despecho de la vergüenza, públicamente, señales todas de que me adoraba; que las iras de los ımantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que larle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas ı Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son, como los de .os duendes, aparentes y falsos; y sólo puedo darle estos acuerdos que lella tengo, sin perjuicio, empero, de los que tengo de Dulcinea, á ղuien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar ³sas carnes (que vea yo comidas de lobos), que quieren guardarse ıntes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me ɔuedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con .os desencantos de los encantados; que es como si dijésemos: «Si os luele la cabeza, untaos las rodillas.» A lo menos, yo osaré jurar que ın cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante ɪaballería, no ha visto algún desencantado por azotes; pero por sí ó ɔor no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comolidad para castigarme.

—Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia ɔara que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar ı mi señora, que es la tuya, pues tú eres mío.»

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al nismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconoɪióle Don Quijote, y dijo á Sancho: «Este es el prado donde topamos ı las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querían renovar ı imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á ɪuya imitación, si es que á ti te parece bien, querría ¡oh Sancho! que ıos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar ecogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al ɔastoral ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijótiz, ʳ tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas ˈ por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los íquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de ɔs caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo ruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, ombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas ɔs extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las strellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría l lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos ternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

—Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal ˈénero de vida; y más, que no la ha de haber aún bien visto el ⅼachiller Sansón Carrasco y Maese Nicolás el barbero, cuando la han e querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios o le venga en voluntad al Cura de entrar también en el aprisco, ɔgún es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho muy bien, dijo Don Quijote; y podrá llamarse el Bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascón; el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso; al Cura, no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes... como entre peras, podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma.

—¡Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas y qué de rabeles! Pues ¿qué, si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues! Allí se verán casi todos los intrumentos pastorales.

—¿Qué son albogues? preguntó Sancho; que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida.

—Albogues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hacen un son, si no muy agradable ni armónico, que no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*, conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacén*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos más, y solos tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *í*, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*; *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el *al* primero, como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albogues; y hanos de ayudar mucho á poner en perfeción este ejercicio el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el Bachiller Sansón Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collar de poeta, y que las tenga también Maese Nicolás no dudo en ello, porque todos ó los más de su oficio son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón, de desdeñado; y el Cura Curiambro, de lo que él más puede servirse; y así andará la cosa, que no haya más que desear.»

A lo que respondió Sancho: «Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué

polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica, mi hija, nos llevará la comida al hato... Pero ¡guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples; y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios; y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazón que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto; y, castígame mi madre, y yo trómpogelas.

—Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: «Dijo la sartén á la caldera: quítate allá, ojinegra.» Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto; y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.»

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día ni siempre de noche; y así, pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.





CAPÍTULO LXVIII

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados.

Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho y le dijo: «Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo de azotarme; que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—¡Oh alma endurecida! ¡oh escudero sin piedad! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas, las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año; que yo *post tenebras spero lucem.*

—No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y ¡bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y finalmente, moneda general, con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto! Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: «no con quien naces, sino con quien paces.»

—¡Ah, pesia tal! replicó Sancho: señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes; que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mí; sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero, en efecto, todos son refranes.»

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del Rucio, poniéndose á los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos; á lo menos al uno, que al otro... ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara; y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando, no sólo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos,

puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al Rucio. á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada. diciéndole que quería matar media docena de aquellos soeces y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran.

Don Quijote le dijo: «Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que, un caballero andante vencido, le coman adivas, y le piquen avispas, y le hocen puercos.

—También debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir; que yo nací para velar: en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

—A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere; que yo dormiré cuanto pudiere»; y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase.

Don Quijote, arrimado á un tronco de una haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mismos suspiros cantó de esta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das, terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso;
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Y la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condición no oída,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón gemía, traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho. despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros, miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería. y maldijo la piara y aun más adelante. Finalmente, volvieron los

dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde, vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de á caballo y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de Don Quijote y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra.

Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole: «Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos.»

Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callasen, asió del freno de Rocinante y le sacó del camino, y los demás de á pie, antecogiendo á Sancho y al Rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban ó qué querían; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un aguijón le punzaba, y al Rucio ni más ni menos, como si hablar quisiera.

Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían: «¡Caminad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros»; y otros nombres semejantes á éstos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo.

Sancho iba diciendo entre sí: ¡Nosotros tortolitas! ¡nosotros bárbaros ni estropajos! ¡nosotros perritas, á quien dicen *cita, cita!* No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!»

Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar, con cuantos discursos hacía, á qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de la noche, á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del Duque, donde había poco que habían estado. «¡Válame Dios! dijo, así como conoció la estancia; y ¿qué será esto! Sí; que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos, el bien se vuelve en mal, y el mal en peor.»

Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO LXIX

Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y, junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardían casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que, á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte.

Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda, de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subía por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trujeron los presos, sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran, callaran ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho

acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quijote ser el Duque y la Duquesa, sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecían reyes. ¿Quién no se había de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto, que estaba sobre el túmulo, era el de la hermosa Altisidora!

Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillación, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algún tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza. al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio; y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza ó le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo; veíase ardiendo en llamas; pero, como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: «Aun bien que ni ellas me abrasan ni ellos me llevan.» Mirábale también Don Quijote; y aunque el temor le tenía suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que, por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo viento guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del, al parecer, cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

«En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
»Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fría en la boca
Pienso mover la voz á ti debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

—No más, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes; no más, cantor divino; que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa; sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho

Panza, que está presente; y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite! pues sabes todo aquello que en los inexcrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.»

Apenas hubo dicho esto Minos, juez compañero de Radamanto, cuando levántandose en pie Radamanto, dijo: «Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y con doce pellizcos y seis alfilerazos sus brazos y lomos; que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora.»

Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo: «¡Voto á tal! así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hala de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado; que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus.

—Morirás, dijo en alta voz Radamanto. Ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio; y sufre y calla, pues no te piden imposibles; y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. ¡Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habéis de ver para lo que nacisteis.»

Parecieron en esto (que por el patio venían) hasta seis dueñas en procesión, una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa.

No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo: «Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buídas; atenácenme los brazos con tenazas de fuego; que yo lo llevaré en paciencia, y serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo.»

Rompió también el silencio Don Quijote, diciendo á Sancho: «Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.»

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia.

«Menos cortesía y menos muda, señora dueña, dijo Sancho; que por Dios, que traéis las manos oliendo á vinagrillo.»

Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer mohino; y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: «¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!»

En esto Altisidora, que debía de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: «Viva es Altisidora, Altisidora vive.» Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se había alcanzado el intento que se procuraba.

Así como Don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: «Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo, donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera.»

A lo que respondió Sancho: «Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. ¡Bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes! No tienen más que hacer, sino tomar una gran piedra y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda.»

Ya en esto se había sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: «Viva Altisidora, Altisidora viva.»

Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con Don Quijote y Sancho, fueron á recebir á Altisidora y á bajarla del túmulo, la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques y á los reyes; y mirando de través á Don Quijote, le dijo: «Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, más de mil años; y á ti ¡oh el más compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida que poseo. Dispón desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para ti, que si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias.»

Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra; que las quería llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarían; que ya sabía él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á Don Quijote y á Sancho los llevasen á la que ellos ya se sabían.



CAPÍTULO LXX

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenía presentes, y no le dejaban libre la lengua; y viniérale más á cuento dormir en una choza solo que no en aquella rica estancia acompañado.

Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: «¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche! Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, cuando por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado.

—Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho; y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar; con todo esto, suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas.

—Ningún dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.

—Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe.»

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida; y dice que no habiéndosele olvidado al Bachiller Sansón Carrasco cuándo el Caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó, pues, al castillo del Duque, que le informó del camino y derrota que Don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le había hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que había de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, le dió cuenta de la burla que Sancho había hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y cómo la Duquesa, su mujer, había dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como el extremo de la locura de Don Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase (que le venciese ó no), se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el Bachiller; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvía á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el cual tiempo podía ser, dijo el Bachiller, que sanase de su locura; que esta era la intención que le había movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venía. De aquí tomó ocasión el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote; y haciendo tomar los caminos (cerca y lejos del castillo, por todas las partes que imaginó que podría volver Don Quijote) con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, y dieron aviso al Duque, el cual, ya prevenido

de todo lo que había de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos había bien poca diferencia. Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el día, y no la gana de levantarse; aunque las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á Don Quijote.



Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera...

Altisidora, en la opinión de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía, y vestida una tunicela de tafetán blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna.

Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: «Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una déstas: apretada, vencida y enamorada, pero con todo esto, sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi sentimiento, y perdí la vida. Dos días ha que por la consideración del rigor con que me has tratado, ¡oh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he

estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

—Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno; que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

—La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara una por una, no pudiera salir dél, aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas, en las cuales tenían unas palas de fuego. Y lo que más me admiró fué, que les servían, en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían.

—Eso no es maravilla, respondió Sancho; porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

—Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que también me admira (quiero decir me admiró entonces), y fué, que al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez; y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: «Mirad qué libro es ese.»

»Y el diablo le respondió: «Esta es la *Segunda Parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha,* no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.

»—Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno; no le vean más mis ojos.

»—¿Tan malo es? respondió el otro.

»—Tan malo, replicó el primero, que si, de propósito, yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara.»

»Prosiguieron su juego, peloteando otros libros; y yo, por haber oído nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

—Visión debió de ser verdadera sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo; y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oir que ando, como cuerpo fantástico, por las

tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.»

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote: «Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos, antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es éste para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.»

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: «¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensáis, por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejante camello había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

—Eso creo yo muy bien, dijo Sancho; que esto del morirse los enamorados es cosa de risa. Bien lo pueden ellos decir, pero ¡hacer! créalo Judas.»

Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta, que había cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo: «Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos días que le soy muy aficionado, así por su fama como por sus hazañas.»

Don Quijote le respondió: «Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos.»

El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche antes. «Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito: porque, ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?

—No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico; que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad, se usa que cada uno escriba como quisiere y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética.»

Responder quisiera Don Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verlos, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para

partirse aquel mismo día, pues á los vencidos caballeros como él, más les convenía habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora.

El le respondió: «Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano; que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginación la imagen ó imágines de lo que bien quiere; y ésta es la verdad, éste mi parecer, y éste es mi consejo.

—Y el mío, añadió Sancho; pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas... más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo; pues mientras estoy cavando, no me acuerdo de mi oíslo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos.

—Vos decís muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca; que la sabe hacer por extremo.

—No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio; pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y, con licencia de vuestra grandeza, me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

—Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar.»

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento.

«Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara.»

Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.





CAPÍTULO LXXI

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora; aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dijo un día á su amo: «En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físico que, con matar al enfermo que cura, quiere ser pagado de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías; que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis.

—Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas: y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien

con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.»

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: «Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mío, y pon el precio á cada azote.

—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos azotes; de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demás: entren en la cuenta estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno (que no llevaré menos, si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trecientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más.

—¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió Don Quijote, y ¡cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los días que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina; que porque la abrevies, te añado cien reales.

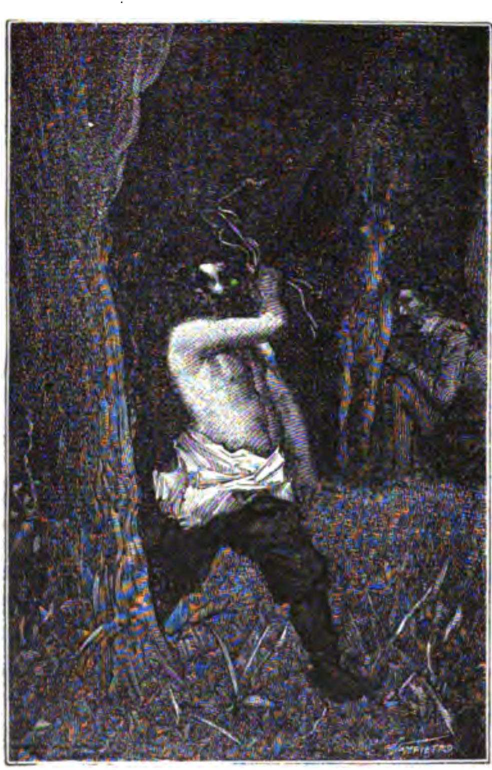
—¡Cuándo! replicó Sancho: esta noche sin falta. Procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto; que yo me abriré mis carnes.»

Llegó la noche, esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan con el tiempo la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos lozanos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del Rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas.

Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo: «Mira, amigo, que no te hagas pedazos; da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della

te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho: yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela; que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.»



Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles...

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes.

Hasta seis ú ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della: y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecía cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

«Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote; que yo doblo la parada del precio.

—Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes.» Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: «Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio; que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo; que no se ganó Zamora en un hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora; que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—No, no, señor, respondió Sancho. No se ha de decir por mí: «á dineros pagados, brazos quebrados». Apártese vuesa merced otro

poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera; que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.

—Pues tú te hallas con tan buena disposición, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate; que yo me aparto.»

Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: «Aquí morirá Sansón y cuantos con él son.»

Acudió Don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho á Sancho, le dijo: «No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos. Espere Dulcinea mejor coyuntura; que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos.

—Pues vuesa merced, señor mío, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora; y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas; que estoy sudando, y no querría resfriarme; que los nuevos diciplinantes corren este peligro.»

Hízolo así Don Quijote; y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol; y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servían de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la robó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas: ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar, sobre una fragata ó bergantín, se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarrón; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos.

Viendo lo cual Don Quijote, dijo: «Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya. Encontrara á aquestos señores yo, y ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruída, pues con sólo que matara á Paris, se excusaran tantas desgracias.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á éstas.

—Tienes razón, Sancho, dijo Don Quijote; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le pre-

guntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere»; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *Este es gallo,* porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor (ó escritor, que todo es uno), que sacó á luz la historia deste nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió á lo que saliere ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte llamado Mauleón, el cual respondía de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué quería decir *Deum de Deo,* respondió: *Dé donde diere.* Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto.

—Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles; que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió Don Quijote, sino que, para que tomes fuerza, lo hemos de guardar para nuestra aldea; que, á lo más tarde, llegaremos allá después de mañana.»

Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

«No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote; que parece que te vuelves al *sicut erat:* habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es esta mía, respondió Sancho, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me emendaré, si pudiere»; y con esto, cesó por entonces su plática.





CAPÍTULO LXXII

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Casi todo aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante á caballo, con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía: «Aquí puede vuesa merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.»

Oyendo esto Don Quijote, le dijo á Sancho: «Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda Parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Alvaro Tarfe.

—Bien podrá ser, respondió Sancho: dejémosle apear; que después se lo preguntaremos.»

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de Don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano; y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó: «¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre?»

Y Don Quijote le respondió: «A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced ¿dónde camina?

—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.

—Y buena patria, replicó Don Quijote; pero dígame vuesa merced

por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Alvaro Tarfe», respondió el huésped.

A lo que replicó Don Quijote: «Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe que anda impreso en la segunda Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy, respondió el caballero; y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.

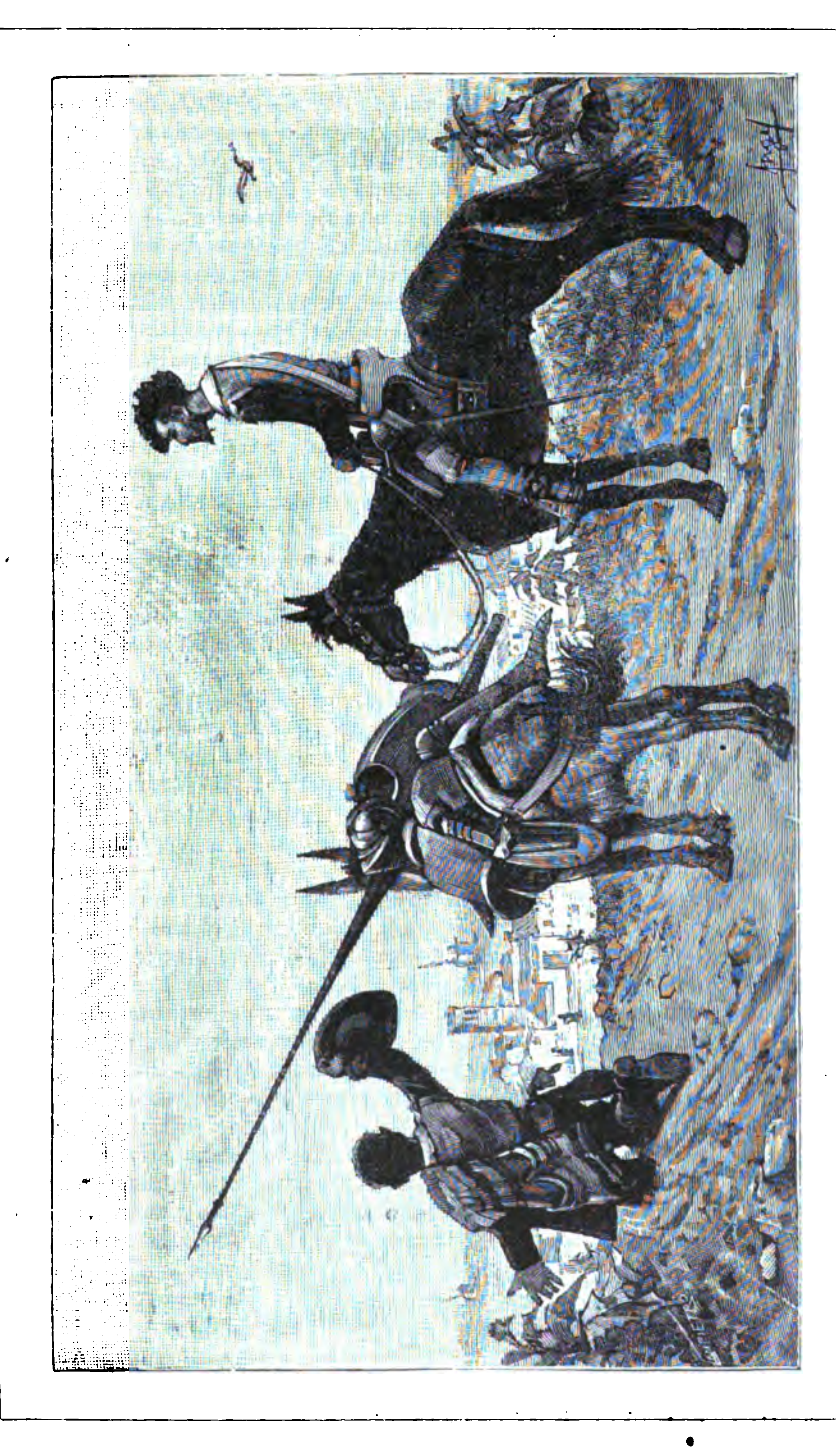
—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía, respondió don Alvaro; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan. Y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—Por Dios, que lo creo, respondió don Alvaro; porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas: más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mío.

—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo, para prueba de lo cual, quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese Don Quijote



fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de largo á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda Parte, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Alvaro; puesto que cause admiración ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y ¡pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno!

—No entiendo eso de azotes, dijo don Alvaro»; y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mismo camino.

Llegóse en esto la hora de comer: comieron juntos Don Quijote y don Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una petición, de que á su derecho convenía de que don Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocía á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por* un tal *de Avellaneda, natural de Tordesillas.* Finalmente, el Alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debía hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostraran claro la diferencia de los dos Don Quijotes y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Alvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó á don Alvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que había de llevar don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración á don Alvaro, el cual, abrazando á Don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas; que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Alvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo; y esperaba el día, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea, su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín.

Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: «Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también á tu hijo Don Quijote; que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate desas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.»

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron á su pueblo.





CAPÍTULO LXXIII

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: «No te canses, Periquillo; que no la has de ver en todos los días de tu vida.»

Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho: «¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, «no la has de ver en todos los días de tu vida?»

—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? replicó Don Quijote: ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea?»

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino á recoger y á agazapar debajo de los pies del Rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum:* liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.

—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella

huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?»

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho «no la verás más en toda tu vida» que él había tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida.

Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á Don Quijote, diciendo: «He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos (según que yo imagino, aunque tonto) que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oído decir al Cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.»

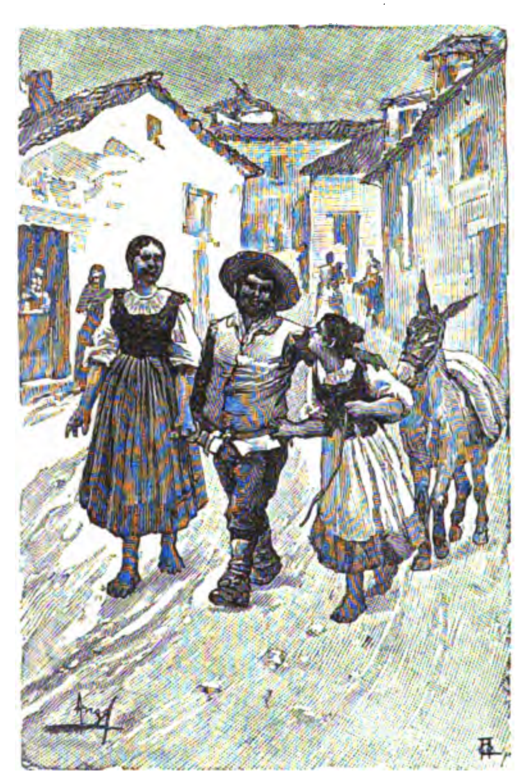
Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela Don Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al Cura y al Bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el Rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle también la coroza en la cabeza, que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente, y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento y acudieron á verle, y decían unos á otros: «Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día.» Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del Cura y del Bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al Ama y á la Sobrina, á quien ya habían llegado las nuevas de su venida.

Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica, su hija, acudió á ver á su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo: «¿Cómo venís así, marido mío! que me parece que venís á pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador.

—Calla, Teresa, respondió Sancho; que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa; que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí; que como quiera que los hayáis ganado, no habréis hecho usanza nueva en el mundo.»

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo; que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al Rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya, en poder de su Sobrina y de su Ama y en compañía del Cura y del Bachiller.



Y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al Rucio, se fueron á su casa.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y Orden de la andante caballería; y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podía dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros; que él compraría ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde.

Díjole el Cura que los dijese.

Respondió Don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz; y el Bachiller, el pastor Carrascón; y el Cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote; pero, porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando

que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva invención y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio. «Y más, dijo Sansón Carrasco, que (como ya todo el mundo sabe) yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que más es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no se retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde, respondió Don Quijote; puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.

—Así es verdad, dijo el Cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen.»

A lo que añadió Sansón Carrasco: «Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucía, Lucinda; que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina.»

Rióse Don Quijote de la aplicación del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto, se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud y con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su Sobrina y el Ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la Sobrina le dijo: «¿Qué es esto, señor tío! Ahora, que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas! Pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas.»

A lo que añadió el Ama: «Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aire, la lluvia y los lodos? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cuarenta años que tengo de

edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima, si mal le fuere.

—Callad, hijas, les respondió Don Quijote; que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho; que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra.» Y las buenas hijas (que lo eran sin duda). Ama y Sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.





CAPÍTULO LXXIV

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que ¡mal año para cuantas Sanázaro había compuesto! y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo

sosegado; pero no lo oyeron así su Ama, su Sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto, que pensaron el Ama y la Sobrina que se había de quedar en el sueño.

Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: «¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.»

Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tío, y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: «¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, ó qué pecados de los hombres?

—Las misericordias, respondió Don Quijote, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga afición y continua leyenda, los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sansón Carrasco y Maese Nicolás el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento.» Pero de este trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo: «Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puse con haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.»

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo: «Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, ¿sale vuesa merced con eso! Y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño! Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi pro-

vecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa: déjense burlas aparte, y óiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que, en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.»

Miráronse unos á otros, admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor), hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas.

Acabóse la confesión, y salió el Cura, diciendo: «Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.»

Estas nuevas dieron un terrible empujón á los ojos preñados de Ama y Sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que les hicieron reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato; y por esto, no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.

Entró el escribano con los demás; y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: «Item, es mi voluntad que... de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene... que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas y dares y tomares... quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobraren algunos, después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga. Y si como, estando yo loco, fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.» Y volviéndose á Sancho, le dijo: «Perdóname, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámo-

nos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más, que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

—Así es, dijo Sansón, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

»Item, mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfación que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi Ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido.

»Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sansón Carrasco, que están presentes.

»Item, es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad.

»Item, suplico á los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda Parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que, sin yo pensarlo, le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.»

Cerró con esto el testamento; y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron á su remedio, y en tres días, que vivió después déste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la Sobrina, brindaba el Ama y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto.

En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún

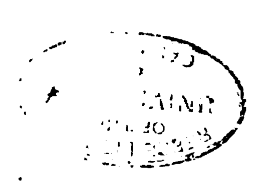
caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu... quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina y Ama de Don Quijote, y los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerto,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco,
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo y vivir loco.



Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever, á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero; porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio: á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros

de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace, tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera Parte y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos; y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien á quien mal te quiere.» Y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba; pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.





ÍNDICE

Páginas.

Páginas.

PARTE SEGUNDA

Páginas.

Páginas.



14 DAY USE

RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

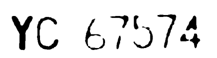
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

JUN 8 1966 16	OCT 25 1967
	OCT 13 '67 -4 PM
MAY 26 '66 8 5 R C D	SNAG
JUN 13 1967 8 5	
JUN 22 1966	
JUN 22 '67	
JUL 6 1967 1 2 REC'D	
JUL 7 '67 -4 PM	
LOAN DEPT.	

LD 21A–60m-10,'65

General Library
University of California


YC 67574

